Alonso Aguilar Monteverde

Nuevas realidades
Nuevos desafíos
Nuevos caminos

EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES BIBLIOGRAFICAS
F-2 Año
Ejems
Prov
Fecha Recibido

Colección: Los Grandes Problemas Nacionales

© Editorial Nuestro Tiempo, S. A.
Av. Universidad 771-103 y 104
Delegación Benito Juárez
Código Postal 03100
México, D. F.

Primera Edición: 1996

ISBN: 968-427-202-2

Portada: Irma Carrión

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

A Stella, a quien debo tanto y hace treinta años dediqué mi primer libro, dedico también éste, que espero no sea el último.

A.A.M.

INDICE

Prólogo 9

1. Desafíos ante el pensamiento revolucionario 11
Pensamiento y realidad, 12. La realidad histórica en el umbral de un nuevo siglo,14. ¿En qué difiere el mundo de hoy del de antes?, 15.

2. Cambios en el juego de contradicciones 39
La contradicción fundamental, 41.

3. La contradicción capital-trabajo 55
Reestructuración del capital, 56. Concentración del capital y descentralización de la producción, 62. Del fordismo a la producción flexible, 70. Capital productivo y capital financiero, 74. Cambios en la rotación del capital, 77.

4. Cambios en la fuerza de trabajo 85
Contradicción burguesía-trabajadores, 104.

5. Contradicciones entre los países industrializados, y otras 109
Contradicción entre países industriales y subdesarrollados, 122. Contradicción capitalismo-socialismo, 132. Otras contradicciones, 136.

6. Un nuevo tipo de crisis. 143
¿A que obedece la crisis?, 152. Desintegración del sistema-mundo, 163. The Age of Extremes, 166.

7. La crisis en México 177
La crisis latinoamericana, 177. La crisis en México, 183. La crisis económica, 184. Algunos cambios importantes en la economía mexicana, 192. La crisis social y política, 215.

8. Problemas y perspectivas de un cambio 225
Hacia nuevas propuestas y nuevos caminos, 225. Modernización, 226. Organización, 227. Internacionalización, 228. Integración regional, 229. Nacionalismo, 230. Preservación y mejoramiento de lo que tenemos, 231. Estado, mercado y sociedad, 235. Desburocratización, 239. Democratización, 240. Preparación de la mujer y defensa de sus derechos, 242. Lucha contra la corrupción, 244.

9. Hacia una nueva estrategia de desarrollo 247
Crecimiento y desarrollo, 249 Inversión, ahorro y consumo, 252. Inversión, tecnología y empleo, 254. Estado y empresa privada nacional y extranjera, 256. Desarrollo hacia adentro y hacia afuera, 264. Política comercial interna e internacional, 265. Financiamiento del Desarrollo, 270. Un menos inequitativo reparto de la riqueza y el ingreso, 276. Necesidad de una política industrial, 284.

10. Fuerzas y dinámica del cambio 301
Objetivos a alcanzar, 303. Participantes en el cambio, 311. Naturaleza del proceso, 314. Formas de organización, 317. Dirección, 320. El problema de la unidad, 322. Teoría y práctica, 327.

PROLOGO

Al proyectar y al empezar a escribir el presente libro, pensé que podría ser interesante y útil recapitular sobre algunos de los principales cambios que ha sufrido el capitalismo en nuestros días, sobre la naturaleza y alcance de tales cambios, la forma en que nos afectan y se manifiestan, concretamente, en México, y cómo podríamos enfrentarnos a ellos para superar los más serios obstáculos y llevar adelante, en mejores condiciones, nuestro desarrollo. Pues bien, al concluir y hacer la última lectura del texto no me fue difícil advertir que, como el lector podrá comprobarlo, buena parte de lo que me proponía quedó probablemente en el tintero, o sea sin realizarse. Lo cierto es que el tema resultó demasiado vasto y complejo y el tiempo y espacio de que dispuse, insuficientes.

Al terminar este libro siento contar con más elementos que al empezarlo y mejores condiciones para reescribirlo o hacer algo menos incompleto, pero ello desafortunadamente no es por ahora viable porque tengo otros compromisos inmediatos que debo atender.

Además de los materiales que se mencionan expresamente, revisé muchos otros y consulté a menudo numerosas cifras; mas para no sobrecargar el texto de referencias de amplia difusión y bien conocidas de los especialistas, y sobre todo de demasiados números que volvieran más pesada la lectura para quienes no

están familiarizados con ellos, me limité a recoger sólo algunos de los principales.

Quienes, ante una situación tan difícil como la actual querrían saber qué hacer de inmediato para resolver los más graves problemas, lamentarán que mis propuestas no sean todo lo precisas y concretas que sería de desearse. Al respecto sólo puedo decir que si no señalé con mayor claridad hacia dónde y cómo podemos avanzar, es porque no lo sé.

Pese a ésta y otras limitaciones espero que la lectura de estas páginas sea de alguna utilidad para quienes trabajan en el campo de las ciencias sociales e incluso para otras personas que aun careciendo de este instrumental de análisis, a menudo saben más de lo que algunos creen, porque ven las cosas desde otra perspectiva, conocen mejor lo que realmente acontece y, de uno u otro modo, son protagonistas del proceso social.

Alonso Aguilar Monteverde.

1

NUEVAS REALIDADES

DESAFIOS ANTE EL PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO[1]

La misión del pensamiento revolucionario nunca es fácil. No lo es porque ese pensamiento está indisolublemente asociado al cambio, a la transformación social, a los quiebres de la historia, y este es un proceso de largo alcance y de gran complejidad. Incluso podría decirse que cada nueva situación suele plantear múltiples desafíos; pero más que hacer una

[1] El presente texto procede en parte de un artículo que escribí para la revista *América Libre*, que se edita en Buenos Aires. La relectura de ese artículo me permitió advertir que, dado el breve espacio de que se había dispuesto, ciertos pasajes resultaban demasiado esquemáticos y aun de difícil comprensión, y en algunos planteos no se ofrecía la necesaria fundamentación. Debido a la complejidad de las cuestiones que aquí se examinan y a la profundidad de los cambios que el mundo ha experimentado en las últimas décadas, es probable que aun el nuevo texto suscite explicables dudas y que no haya logrado aclarar, precisar y matizar algunas apreciaciones que todavía pueden parecer simplistas. Espero que la revisión cumpla su propósito y que al hacerla no me haya ocurrido, como suele suceder, que el texto ampliado resulte más incompleto que el original.

larga lista de ellos, lo que intentaré en este ensayo es reparar en algunos de indudable importancia, pues en la medida en que los comprendamos mejor, tendremos mayor posibilidad de enfrentarnos a ellos con éxito.

Pensamiento y realidad

Un primer desafío al que siempre es necesario encarar consiste en entender la realidad en la que nos movemos y que queremos contribuir a hacer mejor. La transformación de la realidad, por lo demás siempre en movimiento y aun sujeta a desplazamientos inesperados y desconcertantes, es el objetivo central del pensamiento revolucionario. La realidad no se desenvuelve caprichosamente; su curso responde a ciertas leyes y a una lógica dialéctica, no formal, según la cual al menos el cambio que representa un progreso sólo es posible cuando se conoce a fondo el escenario en el que se actúa y se influye sobre él; y, a la vez, la comprensión de la realidad va mucho más allá de la superficie y reclama penetrar en sus tejidos internos más profundos y descubrir tanto los cambios que más la afectan y modifican como los obstáculos que impiden o estorban su transformación.

El pensamiento revolucionario postula e incluso se distingue por el reconocimiento de que todo intento serio de análisis –y desde luego la acción– debe partir de un examen riguroso y un conocimiento a fondo de la realidad concreta. En este y otros aspectos es un pensamiento objetivo y realista, y, sin duda esa es una de sus ventajas sobre la "sabiduría convencional".

Mas ello no significa que quienes piensan de manera revolucionaria tengan, necesariamente, la razón. Ocurre con frecuencia que aun reiterándose que la realidad es lo que más importa, ciertas posiciones avanzadas se apartan de ella. Una apreciación unilateral o parcial de determinados hechos puede ser como una verdad a medias que a la postre conduce al error. La tendencia a sustituir la realidad por esquemas simplistas en los que escapan los elementos fundamentales de aquélla, es aún más peligrosa. Y si bien no es posible entender complejos procesos históricos desde un raso pragmatismo, tampoco lo es admitir de palabra que esos procesos deben ser explicados teóricamente, y convertir en los hechos lo que en rigor es sólo una pauta o guía, en un rígido dogma que ante las situaciones más diversas se repite sacramentalmente.

Es tan compleja y multidimensional la realidad que aun al tratar solamente de señalar algunos de sus rasgos, se corre el riesgo de presentar una imagen limitada e insuficiente. A menudo, por ejemplo, el cambio no se aprecia en forma adecuada y, o bien se exagera o, a la inversa se menosprecia y aun ignora, sobre todo si no es de aquellos que, por alguna razón, al que juzga le parecen más importantes. A veces se repara en ciertas relaciones pero no en otras incluso de mayor significación, lo que vuelve imposible descubrir el juego central de contradicciones y, por tanto, conocer la dirección y la forma en que un proceso se desenvuelve. En ocasiones se ve como estático lo que es esencialmente dinámico y se repara en algunas de las partes o aspectos de un fenómeno, pero no en el todo y su dinámica global. Y ello deriva en un creciente divorcio entre pensamiento y reali-

dad, divorcio al que no escapan ciertos planteos verbalmente radicales, que si bien ofrecen en apariencia líneas de acción para el futuro, de hecho quedan atrás del presente y sus cambios e incluso resultan anacrónicos e incapaces de dar respuesta a nuevas exigencias. Pese a esos y otros problemas y dificultades, si queremos saber en dónde estamos y qué hacer, tenemos que destacar al menos lo que nos parece fundamental.

La realidad histórica en el umbral de un nuevo siglo

Somos conscientes de que el mundo de hoy no es el de antes. Tan sólo en los últimos años se registran profundos e inesperados cambios. Pensar que la República Democrática Alemana sería absorbida por la sin duda más poderosa República Federal Alemana, que por lo demás nunca reconoció la soberanía de aquélla, podía esperarse. Pero ¿quién podría pensar que, a más de setenta años de la revolución de octubre, la URSS revelaría entre sus propias repúblicas conflictos insolubles e incluso que la Unión desaparecería volviendo en su enorme territorio a cobrar fuerza relaciones de producción y aun un régimen de propiedad capitalista que se consideraban definitivamente superados? En otro trabajo menciono algunos de los factores que probablemente contribuyeron al desplome de la URSS y del socialismo europeo.[2] Aquí me limitaré a examinar algunos de los cambios que sufre en años recientes el capitalismo y tratar de entender la forma en que nos afectan. Pero al hacerlo resulta necesario advertir que la crisis, el debilitamien-

[2] Véase: "Reflexiones sobre el subdesarrollo latinoamericano y la realidad de hoy", en *Hagamos cuentas... con la realidad.* Edit. Nuestro Tiempo, México 1991. pp. 104-125

to y la desaparición de la URSS y del socialismo en Europa, por sí sólos entrañan una nueva situación histórica cuya influencia es difícil exagerar. Hace apenas unos años creíamos que la contradicción prinipal de nuestra época era la existente entre el capitalismo y el socialismo y que éste, como elemento dominante de esa contradicción demostraría su superioridad y avanzaría con rapidez hacia una nueva, más racional y menos injusta organización social. Lejos de ello, el hecho posiblemente de mayor significación a que hoy nos enfrentamos es que el capitalismo no sólo no murió o se tornó inoperante sino que se ha modernizado, fortalecido y consolidado, y como aconteció hasta el triunfo de la revolución de octubre y la creación de la Unión Soviética, incluso vuelve a ser un sistema propiamente universal, lo que trae consigo profundos cambios en la dinámica del mundo de nuestros días.

El solo hecho de que la contradicción capitalismo-socialismo se desenvuelva, sobre todo en los ultimos años, en forma muy diferente y hasta inversa de cómo supuestamente debía hacerlo, bastaría para alterar todo el juego de contradicciones de nuestra época y, concretamente, del capitalismo. Y el que se produzcan además otros cambios significativos, determina la necesidad de que al examinar los problemas de hoy, si queremos hacerlo conforme a la dialéctica real del proceso, tengamos no sólo que considerarlos, sino incluso que partir de esos cambios.

¿En que difiere el mundo de hoy del de antes?

Podría pensarse que no es difícil advertir los cambios más importantes que la sociedad en que vivimos

experimenta en años recientes. Algunos incluso están a la vista de todos y no podrían pasar inadvertidos. Mas apenas se intenta examinar lo ocurrido, afloran también las opiniones más discrepantes y aun encontradas.

Con frecuencia se oye decir que la razón por la cual no podemos resolver los más graves problemas, consiste en que para ello sería preciso un cambio y que lo cierto es que en el fondo todo sigue igual. Nos dominan, dicen algunos, la inercia y la rutina. Las reformas de que tanto suele hablarse no cambian las cosas o sólo lo hacen en la superficie.

En el otro extremo no faltan quienes aseguran que estamos ante cambios de tal dimensión, que en verdad nada es hoy igual que antes. Lo viejo, se sugiere, ha muerto o está a punto de hacerlo, y lo nuevo, que por cierto no siempre queda claro en qué consiste y cómo funciona, está imponiéndose. Thomas Hine escribe al respecto:

> El fin de las cosas está en el aire. Desde que empecé a escribir este libro, he oído del fin de la historia, del fin del arte, del fin del comunismo, del fin de la naturaleza, del fin de la guerra fría, del fin de los sindicatos de trabajadores, del fin de las cadenas de televisión, del fin de las clases medias, del fin de la verdad objetiva, del fin del siglo americano, del fin de la industria. Algunas de estas cosas están sufriendo profundos cambios, y podría sostenerse que otras nunca existieron. Mas si bien se dice que la historia llega a su fin, la vida de la gente continúa cambiando en formas profundas e interesantes, y la mayor parte de las demás cuestiones demuestran que siguen presentes y que lo estarán en adelante.[3]

[3] Thomas Hine. *Facing Tomorrow.* Alfred A. Knopf. New York, 1991, p. 244.

El cambio más importante que hoy se registra, piensan otros, es la llamada globalización. El mundo no es ya un conjunto de países aislados que vivían fundamentalmente dentro de sus propias fronteras, sino la suma de múltiples procesos interconectados que se articulan e integran de nuevas maneras. La revolución en las comunicaciones, acaso en primer término, contribuye a que las condiciones de trabajo y aun las formas de vida tradicionales cambien con rapidez. La globalización está presente en la economía, esto es en el comercio, la banca y las finanzas, en los transportes y los mercados, en la cultura y en las ideas.

Refiriéndose, en particular, a los Estados Unidos aunque señalando, a la vez, que casi todo lo que ha escrito sobre su país se aplica a otros altamente desarrollados, John Naisbitt destaca diez megatendencias, como aquellas que más influyen en la reestructuración y desenvolvimiento de la economía norteamericana.

1). El país –dice-- ha pasado de una sociedad industrial a una nueva economía electrónica y un nuevo orden social basados en la creación, procesamiento y distribución de información;

2). Estados Unidos se mueve en la dirección dual de alta tecnología y estrecho contacto (high touch) con ella;

3). Ya no operamos dentro de un sistema económico nacional aislado y autosuficiente; ahora somos parte de una economía global;

4). Nos estamos reestructurando al pasar de una sociedad regida por consideraciones y recompensas de corto plazo, a una en la que los problemas se ventilan en marcos de largo plazo;

5). En ciudades y estados, en pequeñas organizaciones y subdivisiones hemos redescubierto la capacidad para innovar y lograr resultados, de abajo hacia arriba;

6). Nos desplazamos, de la ayuda institucional, a depender cada vez más de nuestro propio esfuerzo;

7). Empezamos a darnos cuenta de que el marco de la democracia representativa es ya obsoleto, en una era en que podemos compartir la información al instante;

8). Estamos dejando de depender de estructuras jerárquicas, y haciéndolo más de redes informales y flexibles;

9). Más norteamericanos viven en el sur y el oeste, y dejan las viejas ciudades del norte y el este;

10). Desde una sociedad que dependía de un estrecho: ésto o ésto, con un número muy limitado de opciones personales avanzamos hacia una sociedad más libre, de opciones múltiples.[4]

No podríamos considerar aquí, así fuese muy brevemente, cada una de esas tendencias. Pero al menos trataremos de aclarar algunos puntos.

Naisbitt considera que "la sociedad de la información" no es ya una idea; es una realidad que tiene sus inicios en 1956-1957, cuando por primera vez, en los Estados Unidos los trabajadores de "cuello blanco" superan a los de "cuello azul", característicos de una economía industrial; y cuando los rusos lanzan el primer Sputnik, con el que se abre la comunicación vía satélite. En 1950 sólo 17% de la población ocupada en Estados Unidos trabajaba en actividades ligadas a la información. En 1983 era ya el 65% en esos servi-

[4] John Naisbitt. *Megatrends.* Warner Books Editions. New York, 1982, 1984. pp. XXII y XXIII.

cios, y sólo 12% en la industria manufacturera y menos de 3% en la agricultura. En esa nueva sociedad, como Daniel Bell lo señalara, "el recurso estratégico más importante es la información. Y la información se basa en el conocimiento".[5]

La nueva tecnología de la información revoluciona los canales de la comunicación, esto es el tiempo que se requiere para comunicarse, que se reduce enormemente. "Las tecnologías combinadas del teléfono, la computadora y la televisión se funden en un sistema integrado de información y comunicación que trasmite datos y permite una instantánea interacción de personas y computadoras".[6]

"La transición de una sociedad industrial, a una de la información no significa que la industria manufacturera deje de existir o pierda importancia..." En la época de la información, el centro de las manufacturas se desplazará de las funciones físicas a otras más intelectuales, de que aquellas dependen.[7] Y si bien la tecnología será cada vez más importante, de ella por sí sola no dependerá la solución de nuestros problemas.

Como nunca antes se avanza hoy hacia una economía mundial, o al menos cada vez más internacionalizada. Lo que se producía en sólo ciertos países ahora se fabrica en muchos más, incluso subdesarrollados. La llamada "producción compartida" en la que múltiples procesos se fragmentan geográficamente, se ha generalizado y ahora cada fase de un proceso suele estar en un lugar distinto, lo que sin duda ha hecho

[5] *Ibid.*, pp. 4, 5 y 6.
[6] *Ibid.*, p. 16.
[7] *Ibid.*, p. 31.

que la división internacional del trabajo experimente profundos cambios.

El empresario, según Naisbitt, es el principal actor en la construcción de una economía global, y las grandes empresas se están descentralizando y convirtiéndose en redes de empresarios. Las viejas y pesadas burocracias son cada vez más ineficientes. En vez de crecer hasta niveles difíciles de manejar, las más poderosas corporaciones subdviden su operación, contratan y subcontratan con otros empresarios y forman alianzas "estratégicas" incluso con algunos de sus principales competidores.

Bajo la influencia de las nuevas tecnologías muchas cosas devienen realmente universales. Naisbitt menciona entre otras, el código de barras, los pantalones de mezclilla (jeans), los mecanismos del libre comercio, la declinación del estado-nación y a la vez, la creación de un número cada vez mayor de nuevos estados, los servicios financieros y el turismo.[8] Y a esa lista podría agregarse la Coca Cola, los cigarros Marlboro y muchos otros bienes y servicios.

En el mundo occidental, según el autor antes mencionado vivimos bajo una "crisis política", porque los líderes políticos han dejado de ser importantes. Fuerzas políticas antes muy poderosas en Francia, Inglaterra, Japón, los países escandinavos, Canadá y otros, sufrieron recientemente duras derrotas. Pero, porque la crisis es política si se hace a un lado ésta no hay crisis.

"La revolución electrónica ha vuelto obsoletas la democracia representativa y las economías de escala".

[8] John Naisbitt. *Global Paradox.* Avon Books, New York, 1995, p. 30.

"La política es menos y menos importante en la vida de la gente, en la medida en que ésta adquiere más y más control sobre su vida". "En la democracia postrepresentativa, la gente se representa a sí misma, y a la postre cada quien se convierte en un político".[9]

Todo ello es discutible. El tiempo dirá si la política sigue o no siendo importante, y si una democracia más directa y participativa nos vuelve a todos políticos. Entretanto, lo que parece indudable es que la revolución en el campo de la electrónica, ligada a otros hechos de los que después nos ocuparemos, juega un papel fundamental en las transformaciones de los últimos decenios.

La industria moderna de la computación arranca de la fabricación de semiconductores y de la interacción de ambos. Unos años más tarde aparece el transistor, y poco después el "circuito integrado", que algunos consideran "acaso la invención más importante del siglo XX".[10] Con el microprocesador, y gracias a él y a nuevos avances, "los ingenieros pudieron cambiar los sistemas electrónicos con sólo reescribir sus programas, en vez de rediseñar los equipos (hardware)".[11]

Tanto en la industria moderna como en los servicios hoy es muy pequeña la proporción de quienes hacen un trabajo propiamente físico. En realidad predominan los servicios, y sobre todo el contacto con la información. Esta es tan importante que se conviene en que las empresas de mañana necesitarán

[9] *Ibid.*, pp. 49, 47 y 51.

[10] William H. Davidow & Michael S. Malone. *The virtual corporation.* Harper Collins Publishers. New York, 1993, pp. 36 y 37.

[11] *Ibid.*, p. 38.

almacenar y procesar grandes cantidades de información de bajo costo, de la que puedan disponer para influir en su contenido, su forma, el comportamiento y la acción misma. Y además deberán trasmitir rápidamente y a bajo precio la información.[12] Los avances ya logrados son muy grandes, y los que se logren en los próximos años serán todavía mayores. Y aunque ciertas opiniones pueden aparecer exageradas no son pocas las personas convencidas de que las transformaciones que presenciamos entrañan toda una revolución.

Visto ese proceso en perspectiva histórica, algunos autores lo consideran como una "tercera ola", ahora hacia una sociedad de la información e incluso una nueva civilización, después de las revoluciones que entrañaron dos olas previas: el desarrollo agrícola y la industrialización. Esta "tercera ola... no es sólo una cuestión de tecnología y economía. Involucra moral, cultura e ideas, así como instituciones y estructuras políticas. Implica, en resumen, una verdadera transformación de los asuntos humanos".[13] Estamos ante una "nueva civilización", "...ante una nueva forma de vida basada en fuentes de energía diversas y renovables; en métodos de producción que hacen obsoletas a la mayor parte de las líneas industriales de ensamble; en un nuevo tipo de familia, en una institución que podría llamarse la 'aldea electrónica' y en las radicalmente distintas escuelas y corporaciones del futuro". Esta civilización nos lleva más allá de la estandarización, de la sincronización y la centralización.[14]

[12] Véase: *Ibid.*, p. 76.

[13] Alvin and Heidi Toffler. *Creating a New Civilization.* Turner Publishing, Inc. Atlanta, 1994, 1995, p 11.

[14] *Ibid.*, p. 20.

El mayor conflicto político de nuestro tiempo, según los autores antes mencionados, es el que surge entre quienes defienden los valores y el legado de la sociedad industrial, y quienes avanzan con decisión hacia el futuro convencidos de que el nuevo motor del cambio es la información, y de que no estamos en decadencia ni mucho menos ante el fin de la historia.

"Así como se están reestructurando empresas y economías completas, estamos reorganizando totalmente la producción y distribución del conocimiento y los símbolos usados para comunicarlo": "...estamos creando nuevas redes de conocimiento". "...De todos los recursos necesarios para crear riqueza, ninguno es más versátil que el conocimiento..." "...La nueva tecnología pone a las teorías de la segunda ola (la industria) de cabeza. . ." De la producción en masa vamos hacia una producción desmasificada, diferenciada y que responda mejor a las necesidades e intereses de quienes la demanden.

Las nuevas tecnologías industriales hacen posible a partir de la computación, ofrecer una variedad infinita y barata" de bienes y servicios así como ahorrar tiempo, espacio, energía, materiales, transportes y otros insumos.[15]

En los nuevos procesos todo se hace con mayor celeridad, y "las economías de velocidad reemplazan a las economías de escala". "El tiempo deviene una variable crítica como lo refleja el sistema de entregas *'just in time'* y la presión para reducir las 'decisiones en proceso' ". "Lo que antes se hacía lenta y sucesivamente, hoy es preciso hacerlo con rapidez y de mane-

[15] *Ibid.*, pp. 36,37 y 38.

ra simultánea. El dinero se mueve a la velocidad de la luz. La información tiene que moverse más de prisa.[16]

"La fábrica fue el símbolo central de la sociedad industrial"... "...En la nueva sociedad el trabajo se realizará en forma diferente, y cada vez más, fuera y más allá de las fábricas; "...en el hogar, la oficina, en automóviles y aviones". La producción de bienes y servicios y los riesgos que entraña, así como las formas de integración serán más flexibles y permitirán mayor iniciativa de quienes participen en todas las fases de un proceso. La nueva sociedad en desarrollo reclamará muchos más cambios que los que ya se han realizado o están en marcha no sólo en la economía y la tecnología sino en la política. "En ninguna parte... la obsolescencia es más avanzada o más peligrosa que en nuestra vida política. Y en ningún campo se advierte hoy menos imaginación, menos experimentación, menos voluntad para contemplar cambios de fondo"; "...Tanto se teme a la posibilidad de un cambio profundo, con sus correspondientes riesgos, que no obstante lo surrealista y opresivo que es el *status quo,* de pronto aparece como el mejor de los mundos posibles.[17]

El nuevo orden "global" o internacional no es, como algunos sugieren neutro y sin relación con ciertos intereses. Se relaciona estrechamente con las grandes empresas y corporaciones, entre las que unos cuantos centenares son realmente gigantescas. "La economía de la Ford (Motor Company), por ejemplo, es más grande que la de Arabia Saudita y la de Noruega, y las ventas anuales de Philip Morris supe-

[16] *Ibid.,* p. 47.
[17] *Ibid.,* p. 104.

ran al producto interno bruto de Nueva Zelanda". "...Estas instituciones, a las que normalmente suponemos más económicas que políticas, se están convirtiendo en los imperios mundiales del siglo XXI..." Si bien millones de gentes participan en el esfuerzo por enlazar al mundo, ". . .unos cuantos centenares de empresas comerciales controlan la energía humana, el capital y la tecnología que lo hacen posible. Ellas son las parteras de la nueva economía mundial".

Un número relativamente pequeño de grandes empresas con conexiones mundiales dominan las cuatro redes en las que descansa la nueva economía: los bazares culturales, los centros comerciales, el mercado de trabajo y el sistema bancario y financiero.[18]

"...El poder formidable y la movilidad de las corporaciones globales minan la efectividad de los gobiernos nacionales para llevar a cabo políticas esenciales en nombre de sus pueblos. Los dirigentes de Estados-naciones pierden mucho del control que tuvieron de sus propios territorios, y más y más tienen que sujetarse a las demandas del mundo exterior, porque quienes antes eran extraños están ya dentro de esos territorios. Pero el Estado-nación está lejos de desaparecer..."

"La integración global tiene muchos aspectos positivos; (sin embargo), mientras las economías nacionales se entrelazan crecientemente, las naciones se fragmentan de múltiples maneras y no hay una comunidad alternativa en el horizonte... " En tanto desaparecen comunidades tradicionales y viejas culturas son arrolladas, miles de millones de seres humanos pier-

[18] Richard J. Barnet y John Cavannagh. *Global Dreams*. Simon & Schuster. New York. 1994, pp. 14, 15 y 17.

den el sentido del lugar y la identidad que da significado a la vida. (Por ello) el conflicto político fundamental en las primeras décadas del nuevo siglo... no será entre las naciones o siquiera entre los bloques comerciales, sino entre las fuerzas de la globalización y las basadas territorialmente, que intenten sobrevivir para preservar y redefinir la comunidad".[19]

La globalización, para otros, es "...la última fase en la larga historia de cambiantes relaciones entre las dimensiones políticas y económicas de la vida". La economía capitalista creció con cierta estabilidad, desde los años de la segunda guerra mundial hasta principios de los setenta. A partir de ahí lo hizo lenta e inestablemente, porque la competencia se tornó más severa y las tasas de ganancia se redujeron. Jacques de Larosiere, director del Fondo Monetario Interncional, reconoce en 1984 que se había producido "una sustancial y progresiva declinación a largo plazo, de la tasa de rentabilidad del capital". Pues bien, las corporaciones vieron cada vez más el sistema de regulación económica nacional y las concesiones sociales como una barrera para incrementar sus ganancias.[20] Y en los últimos años forjaron una nueva estrategía, en parte para responder a la crisis y en parte para proyectar un desarrollo diferente, a largo plazo.

Entre los principales rasgos de esa estrategia --quiza el más importante– está la movilidad del capital. "Los nuevos transportes y comunicaciones y la tecnología de la producción la hicieron posible; pero el proceso responde en gran parte al deseo de reducir

[19] *Ibid.*, pp. 19, 20 y 22.

[20] Jeremy Brecher y Tim Costello. *Global Village or Global Pillage* South End Press. Boston, 1994. p. 51.

los costos de producción". "Como escribe el economista David Ranney: "...hay una fuerte interconexión entre la movilidad del capital y el abaratamiento de los costos de producción. La movilidad ofrece la oportunidad de moverse hacia áreas de bajos costos' y 'pone a los pueblos de diferentes naciones uno contra el otro'." . . .Y el crecimiento de los mercados de capitales impulsa grandemente esa movilidad del capital.[21]

La nueva estrategia supone una profunda reestructuración de las grandes empresas. Frente a ellas, sobre todo las menos ágiles y eficaces no se multiplican, ni triunfan, como algunos sugieren, los negocios individuales. Más bien se integran nuevas y tupidas redes que cubren espacios y campos de actividad cada vez mayores. Como dice Bennett Harrison, las grandes firmas "...crean toda suerte de redes, alianzas, acuerdos financieros y tecnológicos de corto plazo—entre sí, con gobiernos en todos los niveles y con legiones de, generalmente (aunque no de manera invariable) empresas menores que actúan como sus proveedores o subcontratistas". "Pero el control lo conservan las grandes instituciones..." Según Harrison, este "nuevo paradigma" se caracteriza "por combinar la concentación del control con la descentralización de la producción". Por ello, "mientras más se globaliza la economía, más accesible se vuelve tan sólo a las empresas de alcance global".[22]

[21] *Ibid.*, pp. 51 y 52.

[22] *Ibid.*, pp. 51 a 54. La obra de David C. Ranney citada aquí es: *The Evolving Supra- National Policy Arena.* Chicago, 1993; y la de Harrison: *Lean and Mean: The changing landscape of corporate power in the age of flexibility.* Basic Books, New York, 1994.

En el marco de la crisis las grandes corporaciones pierden interés y aun se oponen a un capitalismo nacionalmente regulado. "La nueva agenda aparece bajo muy diversas etiquetas, "...incluyendo monetarismo, desregulación, laissez faire, neoliberalismo y economía del lado de la oferta". "Para combatir la inflación se recurre al desempleo, y para reducir los costos de producción de las empresas se contraen salarios, servicios públicos y protección del medio ambiente". "...Para ser 'más competitivo' en la economía global, cada país debe reducir el costo del trabajo y del gobierno... "[23]

Al profundizar la crisis, gradualmente empieza a cobrar fuerza lo que Ranney llama un "espacio de política supra-nacional", dominado por el grupo de los países más industrializados y por los principales organismos financieros internacionales, los que, a partir del inicio de la década de los ochenta y la llamada crisis de la deuda comienzan a exigir, concretamente a los países subdesarrollados que solicitaban nuevos préstamos, la aceptación de rígidos, ortodoxos y contraccionistas "programas de ajuste", que coincidían con la nueva estrategia de las más grandes empresas y el propósito de 'reducir costos'.

Un autor destaca como algunos de los principales rasgos de esos programas de ajuste:

--Reducir el gasto público; lo que en la práctica ha significado menos gastos en salud, educación y bienestar;

--Reducir salarios o al menos poner topes a su elevación;

[23] *Ibid.*, p. 55.

–Liberalizar importaciones para hacer más eficiente la producción doméstica e incentivar exportaciones, por ser éste un sector más dinámico que el mercado interno;

Remover restricciones a la inversión extranjera en la industria y los servicios financieros;

–Devaluar la moneda local para hacer más competitivas las exportaciones, y

–Privatizar empresas estatales y realizar una radical desregulación, a fin de que sea el mercado y no un "decreto gubernamental", el que asigne los recursos.[24]

Entre otras poderosas organizaciones internacionales, de aquellas que de diversas maneras apoyan al capital trasnacional, cabría recordar también al GATT y a la Organización Mundial de Comercio, que reclaman "libertades" crecientes para las grandes empresas y restricciones a la libertad de los gobiernos y los ciudadanos. En tal sentido algunos consideran que la organización Mundial del Comercio (OMC), entraña "un audaz golpe de esta*do global*". Esta nace con amplias facultades y puede esperarse que, trabajando muy cerca del FMI y del Banco Mundial (con menoscabo de su soberanía) imponga la agenda corporativa a los países en desarrollo".[25]

La tendencia a operar con los más bajos costos posibles así se afecten los salarios y sueldos, la protección del ambiente, el cuidado de la salud y la educación, es una "carrera hacia abajo", y el hacer tal cosa

[24] Véase: Walden Bello. *Dark Victory,* Oakland, 1994. p. 27. Citado por Brecher y Costello, en *Global Village or Global Pillage...*, pp. 56 y 57.

[25] *Ibid.*, pp. 58 y 61.

a escala mundial, o sea en los más diferentes y alejados territorios y los más diversos procesos, tiene sin duda consecuencias negativas. Aunque ésa no es la única causa de los problemas que aquejan al mundo, es sin embargo un cáncer que destruye a la tierra y a sus habitantes. Esa política promueve el desempleo y la inseguridad en el trabajo, contribuye al deterioro del ingreso, de la infraestructura y los niveles de vida; acentúa la desigualdad social, refuerza a las corporaciones más poderosas y a los organismos financieros internacionales; debilita la vida democrática, agrava el racismo y un nacionalismo chovinista e intensifica rivalidades y múltiples conflictos.[26]

La internacionalización del capital y en general de la actividad económica no es un hecho nuevo. Como se sabe está presente desde hace siglos, y desde las postrimerías del XIX adquiere cada vez mayor importancia. Pero el nivel, la dimensión y la complejidad actuales del proceso de internacionalización entrañan cambios cualitativos que dan un nuevo rango a la "globalización" de que tanto se habla.

El que sobre todo el capital trasnacional desborde con mucho sus viejas fronteras, se reestructure y transforme los procesos productivos, las formas de organización, la tecnología, la ubicación y el papel de la fuerza de trabajo, el movimiento de mercancías, de servicios y recursos financieros y los medios de información y comunicación, trae consigo profundos cambios estructurales en la economóa mundial y en la división internacional del trabajo.

En su versión más apologética, la "globalización" se nos presenta como algo benéfico y necesario, como

[26] Véase: *Ibid.*, pp. 19 a 33.

un mundo sin fronteras, interdependiente y armónico en el que las grandes empresas, de hecho sin nacionalidad y sin sujeción ya a ningún Estado, se entrelazan de nuevas maneras y a la vez descentralizan su funcionamiento en respuesta a mercados cada vez más amplios y diversificados, que libres de múltiples trabas asignan mejor los recursos productivos y elevan la rentabilidad.

La "globalización", o como suelen decir algunos economistas franceses, la "mundialización", es una fase del proceso de internacionalización, que entre otras cosas expresa la liberalización desigual y parcial de las fuerzas del mercado. La liberalización del intercambio contribuye a ese proceso y alienta, en particular, el comercio intrafirma de los grupos empresariales más poderosos. Pero más que del comercio, la internacionalización depende de la inversión tanto directa como de cartera, que a su vez se apoya y crece bajo el impulso de la internacionalización de la banca y los mercados financieros. La globalización, en tal virtud, parece ser un proceso fundamentalmente de orden industrial, sobre el que ejerce gran influencia la transformación profunda del modo predominante de organización de la producción y del trabajo. Para Michalet, "la mundialización del capital productivo deviene parte integrante de la mudialización del capital. Más precisamente, la central".

La "telemática", o sea "la convergencia de los nuevos sistemas de telecomunicaciones vía satélite y por cable, de las tecnologías de la información y de la microelectrónica", permite a las grandes empresas y bancos contar con enormes redes de comunicación que se interconectan a escala mundial y que hacen posible reducir costos de capital y de trabajo. En

efecto, la telemática flexibiliza el proceso de producción y capacita para producir más con el mismo equipo, reduce las existencias de productos intermedios y finales, acorta los plazos de entrega y facilita el uso de la computación en las franquicias y venta al menudeo, y la extensión de la subcontratación.[27]

Según Chesnay, bajo la "mundialización", el capital "...se internacionaliza y valoriza a la escala del conjunto de regiones, en donde se encuentran los recursos y los mercados..." A diferencia de otros autores que asocian esa fase exclusivamente a los cambios más recientes, él considera que la mundialización" "...es fruto de dos movimientos estrechamente interconectados pero distintos: 1) la larga fase de expansión de la posguerra, y 2) las políticas de liberación, privatización, desregulación y desmantelamiento de las conquistas sociales y democráticas, que se inician a principios de los años ochenta bajo los gobiernos de Thatcher y Reagan. Sin el apoyo de esos gobiernos, de sus políticas y después de otros, el capital financiero internacional y los grandes grupos trasnacionales no habrían podido hacer lo que hicieron.

¿Y qué ha caracterizado esa mundialización? Entre otros rasgos, el propio Chesnay menciona:

--El crecimiento de la inversión extranjera directa, muy por encima del comercio internacional;

--La concentración de esas inversiones en los países de la Triada (UE, Estados Unidos-Canadá y Japón;

--El predominio del comercio intrafirma e intrasectorial;

[27] Véase: Francois Chesnay. *La mondialization du capital.* Syros, París, 1994, pp. 14 a 19 y 36.

–Las trasnacionales se benefician de la liberación del intercambio, las nuevas tecnologías y las nuevas formas de organización de la producción (toyotaismo);

–El comercio se regionaliza fundamentalmente en torno a los tres polos de la Triada;

–Los grandes grupos tienden a convertirse en "redes (o conjuntos) de firmas", como formas de organización y de control, que permiten conciliar "la centralización del capital con la descentralización de su operación";

–La interpenetración de capitales de diferentes nacionalidades se intensifica; y la inversión cruzada y las adquisiciones-fusiones en el extranjero crean estructuras de oferta muy concentradas;

–La mayor fuerza de un capital-dinero altamente concentrado, favorece la globalización financiera y acentúa los rasgos financieros (y la lógica financiera) de los grupos industriales;

–El proceso de mundialización es excluyente, y con excepción de unos cuantos países como los NIC y otros ligados estrechamente a las más poderosas economías industriales, contribuye al rezago y marginalización de casi todos los países subdesarrollados.[28] Por eso puede decirse que la creciente desigualdad y polarización es en buena parte resultado de esa mundialización.

La internacionalización impulsa y extiende el desarrollo capitalista en donde éste era incipiente o todavía débil; los "nuevos países industriales" son sólo una prueba de ello, aunque las más elocuentes se dan en las propias naciones industrializadas. Pero la interna-

[28] *Idib.*, pp. 23 y 24.

cionalización financiera y el manejo electrónico de la información y la comunicación, alientan sobre todo la inversión de cartera improductiva y acentúan, la volatilidad del dinero, las crisis monetario-financieras, la dependencia y la inestabilidad del sistema. Lo que al menos en parte obedece a que el capitalismo, hasta la expansión de la segunda postguerra ligado fundamentalmente a la producción, hoy gira en torno de la órbita financiera e incluso de mercados en buena parte especulativos, en donde el capital se valoriza con rapidez --aunque también se pueden sufrir cuantiosas pérdidas en unos cuantos minutos--, sin que necesariamente se relacione con el proceso productivo, porque más que de un capital real se trata de un capital ficticio --de montañas de papel con valores nominales a veces elevadísimos y del todo artificiales--, divorciados de la economía de carne y hueso y que se mueve con gran autonomía, a través de circuitos exclusivos.

La creciente internacionalización se expresa en, y a la vez trae consigo, profundos cambios. Se conviene, en general, en que "la economía trasnacional descansa principalmente en flujos de dinero, más que en el comercio de bienes y servicios. (Y) estos flujos monetarios tienen su propia dinámica.[29]

Todavía bajo el keynesianismo, la unidad central del sistema y de la macroeconomía dominante era el Estado Nacional. Ahora, en cambio --señala Drucker--, son cuatro unidades aquellas de las que procede la política económica, a saber: el Estado, sobre todo de los países más poderosos; los bloques económicos regionales --como la Comunidad Económica

[29] Peter F. Drucker. *The New Realities.* Nueva York, 1989, p, 115.

Europea–; la economía financiera internacional y las empresas trasnacionales. Tales unidades son "variables parcialmente dependientes" "ligadas entre sí e interdependientes, pero no controladas por ninguna de ellas".[30] "La economía mundial es hoy una realidad grandemente separada de las economías nacionales". A la que sin embargo falta todavía un orden jurídico e institucional.[31]

"Ninguna teoría existente explica –según el propio autor– los principales eventos económicos..." "La realidad ha rebasado a las teorías...", y es mucho más compleja que la microeconomía individual de los neoclásicos y que la macroeconomía estatal Keynesiana. "Desde principios de los años setenta la realidad y las teorías económicas disponibles se apartan cada vez más..."[32]

"En la teoría económica contemporánea no hay lugar para la tecnología, para la innovación, para el cambio en su conjunto". Todos ellos son elementos "exógenos". Sin embargo, pueden cambiar la economía en un lapso notablemente corto y "ellos, más que la macroeconomía, son los amos".[33]

Lo que, según el autor antes citado cambia radicalmente las cosas es disponer de una información y de un conocimiento que permita aprovecharla, de los que antes se carecía, aunque ello también plantea nuevos problemas de dirección. En la nueva economía, los "factores de producción" tradicionales pasan a segundo plano. La clave ahora es la capacidad de

[30] *Ibid.*, p, 116.
[31] Véase: *Ibid.*, pp.164 y117.
[32] *Ibid.*, pp. 156 y 157.
[33] *Ibid.*, pp. 160, 163 y 164.

dirección y organización (management), en donde el peso de las grandes empresas es cada vez mayor.[34]

Y el que, en vez de una unidad dominante y a veces casi exclusiva fuente de política económica –como hasta hace relativamente poco tiempo ocurrió con el Estado nacional–, ahora haya varias de diferente naturaleza y alcance, si bien de un lado amplía la proyección del sistema y refuerza la internacionalización –o si se prefiere, la trasnacionalización–, del otro crea una estructura más compleja, desigual y sujeta a nuevas y más profundas contradicciones.

Tan sólo a partir del esquema propuesto por Drucker, podría decirse que entre sus diversas unidades se desenvuelven estas contradicciones principales:

–Entre los Estados nacionales;

–En particular, entre los Estados más fuertes y los más débiles. Hoy día, por ejemplo, es indudable que el grupo de los siete, que representa a otros tantos de los países más poderosos, ejerce gran influencia y es un mecanismo que toma decisiones, en las que los demás países no participan;

–Entre el Estado nacional y las uniones o bloques económicos regionales;

–Entre ese propio Estado y el sistema financiero internacional;

–Entre los Estados y las empresas trasnacionales;

–Entre las uniones económicas regionales y la economía internacional;

–Entre tales uniones y las empresas trasnacionales;

–Entre estas empresas y la economía internacional y

[34] *Ibid.*, pp. 115 y 216.

–Entre las empresas trasnacionales y aquellas menos poderosas y que operan en marcos más limitados.

Y no sería difícil desdoblar las contradicciones anteriores, para advertir otras de menor rango o secundarias que se entrelazan a ellas.

2

CAMBIOS EN EL JUEGO DE CONTRADICCIONES

Cuando se hace una apreciación como la que sigue, es fácil caer en simplificaciones y aun en serios errores. Un riesgo es el de que las contradicciones que se examinan, más que recogerse de la realidad misma, sean elementos de un esquema ideológico prefabricado, o en otras palabras tengan un origen doctrinario y libresco, que a la postre derive en posiciones dogmáticas. Otro riesgo consiste en que a partir de la idea de que en un sentido histórico las contradicciones del capitalismo, concretamente en la fase actual de su desarrollo tienden a agravarse, procedamos de manera mecánica en vez de hacerlo en forma dialéctiva, y no entendamos la complejidad, los altibajos, las contratendencias y la diversidad de situaciones que se dan en el proceso social. Otro más, que al examinar el desenvolvimiento y los efectos de una contradicción, tomemos sus extremos como una unidad o como algo uniforme, sin reparar en el contenido real de cada uno de ellos y, por tanto, en el hecho de que su composición suele ser muy diversa, desigual y también contradictoria. E incluso sucede a menudo

que mientras a ciertas contradicciones se atribuye un carácter antagónico otras se suponen no antagónicas, lo que significa establecer niveles, jerarquías y diferencias, de difícil y aun imposible ponderación en la realidad, y que en vez de contribuir a entender mejor la naturaleza y alcance de ciertos cambios, se vuelven elementos formales rígidos que restan frescura, objetividad y profundidad al análisis. O sea que el reparar en los hechos que más influyen en la realidad y en las múltiples contradicciones en que se expresan, es todo menos fácil.

Podríamos, en tal virtud, prescindir de este herremental de análisis y limitarnos a examinar las variables en las que más reparan las teorías económicas y sociológicas convencionales; pero proceder así sería divorciarnos aún más de la realidad, suponer lineal lo que es contradictorio y dialéctico, y de hecho renunciar a la ciencia social, a una verdadera teoría de la historia y a la posibilidad de entender lo que acontece, situándolo en una perspectiva adecuada.

O en otras palabras: si bien el mundo ha sufrido profundos cambios, desde luego no estamos en una situación que desborde todo lo que hasta aquí conocimos. Y ello no significa menospreciar lo nuevo. Aun en casos en los que ha habido serias fracturas, esto no ha impedido la continuidad de ciertos procesos. Por ejemplo los rápidos avances tecnológicos, las nuevas formas de organización e integración económica, la reestructuración del capital, de la producción y del proceso y la fuerza de trabajo que la "globalización" trae consigo, no hacen que la economía capitalista deje de ser capitalista. Solamente dan cuenta de que, en múltiples aspectos el capitalismo de hoy es diferente del de antes. Ahora, en tal virtud tenemos que

comprender qué leyes históricas propias de ese sistema siguen siendo importantes, cuáles se han modificado y operan de nuevas maneras, cuáles han dejado de funcionar y hasta dónde las nuevas realidades se expresan en nuevas contradicciones que reclaman nuevas explicaciones teóricas.

Pero alguien podría decir: ¿Se puede hablar de contradicciones cuando la principal de ellas, o sea la existente con el socialismo, de hecho no está ya presente, y cuando los apologistas de la "globalización" nos aseguran que al desaparecer las trabas de distinta naturaleza, se abre una nueva perspectiva de crecimiento rápido y armonioso? Lo primero es que todo ello está por verse. Lo segundo que aun de lograrse tal cosa, el proceso social no sería líneal ni uniforme.

Mientras haya desarrollo, es decir vida en cualquier proceso, habrá desajustes, altibajos y contradicciones. De ahí que descubrir cuáles son las principales, en qué consisten, cómo se expresan y de qué manera influyen en la problemática sobre la que se trabaja, es necesario. En todo caso el mayor peligro consiste en que al repararse en esas contradicciones caigamos en una forma u otra de mecanicismo que impida comprender el impacto de los nuevos y más importantes cambios sobre la realidad y aun sobre las propias leyes que condicionan su desarrollo. Desde esta perspectiva, veamos o al menos intentemos ver cómo se desenvuelve el conjunto de contradicciones que actualmente más afectan nuestra vida social.

La contradicción fundamental

La contradicción fundamental del capitalismo, o sea la existente entre la producción social y la apropia-

ción privada, expresa la que hay entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción propias de este sistema.

La producción social y la propiedad privada no son incompatibles. Un tipo determinado de relaciones de producción y la forma jurídica de propiedad en que esas relaciones se manifiestan, pueden impulsar o frenar la producción. Las relaciones de producción capitalistas hicieron posibles progresos que bajo el feudalismo eran irrealizables. Y ya dominante el nuevo sistema, incluso el tránsito de una fase a otra y el recorrido de ciertas etapas, permitieron lograr tasas de crecimiento y de inversión altas y aun superiores a las previas.

Desde la segunda guerra mundial y durante casi un cuarto de siglo después, tanto el socialismo como el capitalismo lograron que sus economías crecieran con rapidez y mayor estabilidad que antes. Años más tarde la Unión Soviética tropezó con crecientes dificultades para llevar su desarrollo de planos y formas fundamentalmente extensivos a otros propiamente y cada vez más intensivos, y el ritmo de crecimiento de los países capitalistas fue también más lento, salvo en ciertos países tanto altamente industrializados como Alemania y Japón y algunos subdesarrollados como Corea del Sur, Taiwan, Singapur y otros orientales, así como Brasil, México y alguno más de América Latina, que en ciertos momentos crecieron también con celeridad, lo que incluso, en mayor medida, ocurrió en China. El caso de este último país es, sin duda, singular. Desde fines de 1978, el entonces dirigente del Partido Comunista, Deng Xiaoping, logró que se aprobara un ambicioso plan de descentralización, desburocratización, apertura comercial y

reformas económicas, que contribuyó a que China incrementara su producción, a razón de 9% al año en términos reales durante los siguientes quince años. Gracias a ese avance, China es hoy la tercera economía del mundo en importancia, sólo atrás de Estados Unidos y Japón. Y si crece en la forma prevista en los próximos años, en 2002, la economía de ese país será ocho veces más grande que la de 1978 y su crecimiento será comparable al que Japón, Taiwan y Corea del Sur lograron en los 25 años en que se desarrollaron con mayor celeridad.[1]

La contradicción fundamental no es ya la misma; se ha redefinido y sufrido sensibles modificaciones, en parte porque el rápido avance tecnológico y la reestructuración del capital, de un lado, y del otro la caída del socialismo europeo y los cambios que sufre en China, Cuba y otros países no debilitan el carácter social de la producción, y a la vez refuerzan la propiedad privada.

[1] Véase: John Naisbitt. *Global Paradox... Ob. cit.*, pp. 234, 241 y 242. Según este autor, lo que fundamentalmente hizo posible ese rápido crecimiento económico fue que, en los años ochenta, la productividad del campesino aumentó más que la de cualesquiera otros trabajadores en el mundo; que se eliminó el control estatal del comercio exterior; que se impulsó como nunca antes el desarrollo industrial; se convirtió al mercado –no ya al plan– en el principal distribuidor de recursos; se logró que decenas de miles de empleados del gobierno trabajaran exitosamente como pequeños productores privados y se atrajo e interesó en invertir al capital extranjero, entre el que es muy importante el de origen oriental y en particular el de empresarios e inversionistas descendientes de chinos que radican en Hong Kong, Taiwan, Singapur y Japón. A juicio de *The New York Times,* "el ascenso del mercado legitima el quasi capitalismo que ha estado presente en los últimos doce años, y que gradualmente deviene menos quasi y más capitalismo". *Ob cit.*, pp. 244 a 263 y 285.

La creciente socialización, apoyada ahora en una base tecnológica-organizativa más moderna, hace crecer en general las fuerzas productivas, aumenta la productividad –más que la producción misma– e influye y es influída por unas relaciones de producción, en las que además se expresa el impacto del reforzamiento de la propiedad privada sobre todo monopolista, que al mismo tiempo que impulsa la producción y el crecimiento económico en ciertos países, áreas y procesos, los inhibe, frena y reduce en otros, lo que revela que el movimiento socialización-privatización es en sí mismo muy contradictorio y desigual. La creciente privatización, en particular, que en otros momentos fue restrictiva, en el marco de la trasnacionalización del capital, de una internacionalización sin precedentes y del repliegue del Estado, ahora suele no serlo y en ciertos casos aun tiende a suavizar la contradicción fundamental.

La mayor expansión tanto geográfica como económica del mercado, la creciente división del trabajo, el peso cada vez mayor del trabajo asalariado y las más altas tasas de acumulación de capital en que ese proceso descansa, influyen grandemente en el carácter social de la producción.

La propiedad privada no monopolista de tipo tradicional, que se movía en espacios pequeños y bien delimitados, a menudo no fáciles de ampliar, habría sido incapaz de llevar la producción a los nuevos escenarios. Incluso la propiedad monopolista anterior al desarrollo del capitalismo monopolista de Estado, a la trasnacionalización del capital y a la reciente privatización no habría podido hacerlo. Pero las nuevas formas de apropiación, pese a entrañar de un lado un nivel de concentración y en ciertos casos de centralización sin precedente, elevar los precios,

deprimir el nivel de empleo y oponerse en principio, por su carácter privado, a una producción cada vez más social –y aun podría decirse pública–, en la práctica, en no pocos casos, en vez de ser un obstáculo se convirtieron, acaso sobre todo debido a la profunda reestructuración del capital y del proceso productivo y al más rápido avance tecnológico, en nuevos cauces a través de los cuales pudo crecer, incluso con mayor rapidez que antes, la producción de ciertos bienes y servicios.

Lo que comprobaría que la propiedad privada no es, en sí misma y necesariamente un obstáculo insuperable para una mayor producción. No lo es porque si bien bajo el capitalismo el régimen de apropiación fundamental es siempre privado, éste cambia en respuesta a la socialización de las fuerzas productivas.[2] El surgimiento y desarrollo de la sociedad anónima, aun en la fase premonopolista, entrañó una ampliación y transformación de la propiedad. La empresa monopolista o, en rigor oligopolista significó otro cambio más profundo en la misma dirección; el CME modifica de nuevo las relaciones de producción y contrarresta la creciente socialización, y las gigantescas corporaciones y sobre todo el desarrollo del capital trasnacional, significa un cambio todavía más importante que deja muy atrás, resta significación y en ciertos procesos incluso vuelve inoperantes las formas de apropiación tradicionales.[3]

[2] Véase: S. Novosselov. *La contradicción fundamental del capitalismo y la época contemporánea.* Edit. Nuestro Tiempo. México, 1984, p. 55.

[3] Al respecto, el autor antes citado observa: "...el capitalismo monopolista de Estado deja las fuerzas productivas del capitalismo moderno fuera del alcance del propietario privado, individual, o aun de un monopolio privado aislado, haciendo progresar rápidamente el desarrollo científico y tecnológico y la socialización de la producción...". *Ibid.,* p. 79.

Mas así como el capital trasnacional acentúa la competencia e influye de manera contradictoria, inestable y desigual en la expansión de las fuerzas productivas, la empresa pequeña y mediana, desde luego no monopolista y que sigue siendo la más extendida dentro del sistema representa –habría que añadir– una forma de apropiación que en general limita la socialización de la producción y vuelve cada vez más difícil el crecimiento económico, bien porque el capital monopolista le impone condiciones en general desfavorables e inequitativas, o bien porque aun operando con cierta "autonomía", lo hacen en un mercado dominado por el gran capital, bajo una severa competencia, con limitaciones a menudo insuperables y de hecho sin tener acceso al menos en condiciones mínimamente razonables, a la demanda que podrían cubrir, al financiamiento institucional, a la nueva tecnología, a la preparación de su personal y a formas de organización adecuadas.

O en otras palabras, la contradicción fundamental, al igual que otras de aquellas que es preciso examinar para comprender la realidad, no se da en abstracto, y por ello cambia en el tiempo y el espacio. La medida en que la propiedad privada influye, de un modo u otro sobre la producción y en la que, a su vez, la socialización de ésta lo hace sobre el régimen de apropiación, depende de la forma en que opera el capital. Y desde luego el capital monopolista y con mayor razón el capital monopolista de Estado no lo hacen a la manera en que funciona el capital no monopolista y dentro de éste, sobre todo las empresas más pequeñas y con menores y a menudo ningunas posibilidades de crecimiento. Por lo que podría decirse que, en general, probablemente es en el ámbito

de estas últimas empresas donde, sobre todo bajo una severa crisis, más se agrava la contradicción fundamental, a la que desde luego también afecta la cada vez más contradictoria relación entre el capital monopolista y el no monopolista.

La globalización genera contradicciones económicas y, acaso sobre todo, sociales. El desarrollo capitalista es, en las palabras de Schumpeter, un proceso de "destrucción creadora". En las condiciones actuales esa "destrucción" significa un reparto cada vez mas inequitativo del ingreso, desempleo de trabajadores, despojo de ciertas comunidades, devastación del ambiente, disminución de la capacidad reguladora del Estado, debilitamiento del poder del pueblo y restricción de sus derechos y libertades, con el consiguiente empobrecimiento de la vida democrática.[4]

La internacionalización, históricamente fue acompañada en general de un mayor crecimiento; pero a punto de terminar el siglo XX, la "globalización" coincide con una definida tendencia al estancamiento que principalmente deriva de la falta de oportunidades de inversión, y de que el gasto tanto público como privado que podría estimular la demanda tiende a reducirse debido a desajustes financieros, al sobreendeudamiento, al oneroso servicio que éste reclama, y a la reducción de salarios.

"El gran poder militar de Estados Unidos parece ineficaz para mantener el tipo de estabilidad que se requeriría para una nueva fase de expansión." "La globalización neoliberal –extensión de un sistema sin suficientes medios de regulación– contribuye a la

[4] Véase: Arthur MacEwan. "Globalización and Stagnation." *Monthly Review.* Vol. 45, No. 11. Abril de 1994, p. 3.

inestabilidad y a debilitar, más que a fortalecer", la economía.[5] Lo que hace anticipar una fase de lento crecimiento, en que la globalización no parece capaz de contrarrestar los aspectos destructivos del desarrollo capitalista.

O sea que las formas de manifestación de la contradicción fundamental del capitalismo sufren profundos cambios. Por ejemplo es obvio que ya no se expresa con la intensidad de otros tiempos como contradicción capitalismo-socialismo, y que se modifica su signo debido a que el capitalismo es ahora el que más se expande, lo que hace que su importancia relativa sea mayor. Y como el socialismo y la lucha revolucionaria no están ya en ascenso, ello contribuye a suavizar aquella contradicción. Probablemente algo similar ocurre con la relación capital público-capital privado, pues a diferencia de lo que fue común bajo el Keynesianismo y el auge de los "Estados nacionales del bienestar" a partir de los años treinta y sobre todo en la postguerra, en que la creciente intervención del Estado y del capital estatal concitaron a menudo una también creciente hostilidad de los grandes empresarios privados, ahora parecería que esa contradicción se ha suavizado, pues a la inversa, el Estado ha cedido a los particulares –esto es en gran medida al capital monopolista privado– en condiciones a menudo muy ventajosas para los compradores, campos que antes controlaba, o en los que ejercía gran influencia, y directa e indirectamente ha reforzado el régimen de propiedad privada.

El cambio en la relación Estado-empresa privada y específicamente en la contradicción Estado-capital

[5] *Ibid.*, p. 9.

monopolista, sugiere nuevas modalidades en el funcionamiento del sistema. El capital monopolista de Estado, desde luego no sólo no desaparece sino que sigue siendo probablemente el eje central en torno al cual se desenvuelve el proceso de acumulación. Pero tanto el capital como el Estado sufren múltiples cambios, y mientras en otro momento el capital monopolista privado aceptó e incluso se benefició con una política macroeconómica de corte keynesiano que se caracterizaba por un alto nivel de inversión pública y por la expansión del capital estatal, sobre todo en campos que no interesaban a los particulares, por un también alto nivel de empleo, una directa y aun creciente intervención del Estado con fines de promoción y regulación, la utilización de mecanismos regulatorios destinados a complementar la acción del mercado, la fijación e incluso el control de ciertos precios, diversas formas de programación económica y la tendencia de la hacienda pública a operar con un saldo deficitario a consecuencia de una política monetaria expansiva, en años recientes, en los que de nuevo se han impuesto políticas ortodoxas, parecería que el Estado es cada vez más débil frente al gran capital privado y que, por encima de ciertas variantes, la política en boga es restrictiva y contraccionista, sobre todo del campo de acción del Estado; favorece la reducción de la inversión y el capital públicos, acepta como inevitable y aun ventajoso un alto nivel de desocupación, aconseja privatizar incluso campos estratégicos antes propios del Estado, objeta la regulación aun indirecta y se pronuncia abiertamente en favor de la llamada "desregulación", descarta de hecho la necesidad de una más equitativa distribución de la riqueza y el ingreso y revive la opinión conser-

vadora de que, a mayor desigualdad corresponderá un mayor nivel de ahorro, de inversión y de crecimiento económico, aunque los hechos demuestran lo contrario.

Aun cuando esos y otros cambios en el CME, al limitar la acción del Estado parecerían reducir también la capacidad para hacer frente a la creciente socialización de la producción y para suavizar la contradicción con la propiedad privada, el que ésta se internacionalice como nunca antes y extienda grandemente las relaciones capitalistas de producción, opera en cierto modo en la dirección contraria y contribuye a ampliar las posibilidades del capitalismo.

Esto es, lo que en principio parecería profundizar la contradicción, como antes dijimos no necesariamente es así, tanto porque la nueva propiedad privada trasnacional –contando ahora con un mayor apoyo del Estado– tiene más amplias posibilidades de acción que las formas monopolistas previas, como porque, en no pocos casos la propiedad estatal no era ya un vehículo adecuado para estimular la producción. A este respecto sería un error y una simplificación inadmisible, suponer que la relación producción social-propiedad estatal no es contradictoria. Incluso cuando la inversión del Estado es creciente, tiene un alto efecto multiplicador del ingreso y la propiedad estatal contribuye a promover actividades que los empresarios privados no están dispuestos a realizar, subsiste la contradicción Estado –empresa privada y Estado– sociedad, y la propiedad estatal se desenvuelve dentro de un régimen capitalista de propiedad privada. Y cuando, bajo el impacto de una larga crisis como la actual, las condiciones en que operan el Estado y las empresas estatales se vuelven más difíciles

porque declina la inversión, faltan recursos financieros y se arrastra un fuerte déficit, hay evidentes rezagos tecnológicos, se trabaja frecuentemente con pérdidas, se carece de personal calificado, se vuelve más pesada e ineficiente la burocracia y, desde el punto de vista de la competencia se está en condiciones muy desfavorables respecto a la empresa privada, la contradicción producción social-propiedad estatal se acentúa, y la privatización se vuelve a menudo incluso una forma de mitigar esa contradicción. Y más se acentúa cuando, aparte de sufrir limitaciones y desajustes económico-financieros, el Estado y el gobierno son conservadores y autoritarios, carecen de una base genuinamente democrática, propician la corrupción y entran a menudo en conflicto con la sociedad y sus más legítimas demandas.

Otras formas de manifestación de la contradicción fundamental se expresan de diferentes maneras. Por ejemplo, la contradicción producción-consumo, a mi juicio se agrava y tiende a la sobreproducción no obstante que debido a presiones recesivas la producción crece lentamente, y aun se estanca, en tanto que al consumo se le alienta de múltiples maneras, no pocas de ellas artificiales.

La sobreproducción, a la vez, sin embargo, no se da ya en la forma masiva e incontrolable propia de las crisis cíclicas tradicionales del capitalismo hasta la depresión de los años treinta. Ahora, disponiéndose de más y mejores medios de información y análisis, se controla el crecimiento de los inventarios, se conoce con cierta precisión el volumen de la demanda y se regula lo que se produce, y la sobreproducción se manifiesta sobre todo en las bajas –y aun nulas– tasas de crecimiento económico, de inversión productiva y

de utilización de la capacidad instalada, en la tendencia al estancamiento y en el hecho de que si bien los bajos salarios, el desempleo y ciertos impuestos limitan el consumo de amplios sectores de la población, al mismo tiempo, la concentración del ingreso, las nuevas formas de organización de la actividad comercial, la expansión del crédito al consumo, el uso de las tarjetas de crédito, la intensa publicidad y otros medios elevan el consumo y el poder de compra de la minoría rica y de amplios segmentos de las capas medias urbanas, no obstante lo cual, la demanda en su conjunto no aumenta el ritmo necesario para utilizar plenamente la capacidad de producción y hacer crecer, además, la inversión neta.

Probablemente algo similar –aunque con sus propias modalidades– ocurre con la revolución científico-técnica. El avance desigual que ésta entraña hace crecer con rapidez la capacidad productiva en ciertas actividades, lo que no significa que la producción se incremente globalmente al mismo ritmo y, menos todavía que lo haga el ingreso. Si la introducción de una nueva tecnología no representa beneficios y utilidades para el empresario, ello bastará para que no se la utilice. Y aun utilizándosela parcialmente, en la práctica ésto supone a menudo que se agravan contradicciones como la existente entre el avance tecnológico y el nivel de empleo, el que incluso en general decrece donde la modernización es más rápida; entre la creciente demanda y la escasez de mano de obra calificada capaz de manejar la nueva tecnología; entre una mayor capacidad de producción y un bajo coeficiente de utilización de esa capacidad, entre la posibilidad de usar tales avances con fines productivos y pacíficos, o sea de desarrollo económico-social, y su

utilización principalmente para fines militares, e incluso entre el cada vez mayor desperdicio de ciertos bienes y la escasez crónica de otros aun esenciales, que fácilmente podrían producirse.

En torno al papel del avance tecnológico en el comportamiento de la contradicción fundamental, si bien la apropiación privada, en particular monopolista, entraña un grado sin precedente de concentración y centralización que en principio representa una severa limitación, el cada vez mayor poder de los más fuertes consorcios no sólo sobre el mercado sino incluso sobre el Estado, sobre la sociedad en su conjunto y el sistema capitalista todo, abre posibilidades de aplicación de la nueva tecnología antes inexistentes o muy pequeñas, lo que también suaviza, en cierto modo, la contradicción fundamental, aunque a la vez intensifica otras, y el alto costo de la tecnología más moderna, la imposibilidad de que la adquieran las pequeñas empresas y aun la dificultad de que éstas se modernicen y eleven su nivel de organización y de eficiencia, ahondan el contraste entre ellas y los más poderosos consorcios, lo que hace que el crecimiento económico en conjunto, lejos de ser rápido, generalizado y medianamente estable, como lo fue por ejemplo después de la segunda guerra, hoy sea muy inestable, lento y cada vez más desigual.

Esos nuevos rasgos, esto es el desarrollo más inestable, lento, desigual e irracional, y él que las crisis sigan presentes ahora con fases de ascenso más cortas y débiles y bajo severas presiones inflacionarias y fases descendentes más prolongadas, en que el desempleo y la pobreza se extienden en forma dramática, constituyen algunas de las principales formas en que se expresa la contradicción fundamental.

3

LA CONTRADICCION CAPITAL-TRABAJO

La contradicción capital-trabajo conserva su lugar central, pues el desarrollo del capitalismo en medio de una profunda y persistente crisis favorece sobre todo a los capitalistas más poderosos y debilita a los trabajadores –e incluso a los empresarios pequeños y medianos–, cuyas condiciones se deterioran visiblemente en comparación a las de años atrás, lo que también ocurre a los millones de trabajadores de países antes socialistas y ahora reincorporados a la economía capitalista en condiciones desventajosas. A ello contribuye la reestructuración del capital y de los procesos productivos mismos, que se internacionalizan, reorganizan, reubican y fragmentan geográficamente como nunca antes, así como la "revolución tecnológica" y el debilitamiento del movimiento sindical, el crecimiento a veces explosivo de la "economía informal" y los cambios que sufe el mercado de trabajo a escala mundial, debido tanto a la mayor movilidad del capital trasnacional como de la mano de obra, pues millones de trabajadores pierden o no consiguen empleo y emigran desde algunos países

subdesarrollados hacia los más industrializados, lo que dada la debilidad y falta de organización, entre otras cosas deprime los salarios y eleva el desempleo y la tasa de explotación y de ganancia, sobre todo de los capitales más fuertes.

Todo ello hace que el capitalismo sea hoy, incluso en mayor medida que antes un capitalismo monopolista, y que la contradicción capital-trabajo y otras se desdoblen y expresen de maneras diferentes en distintos escenarios.

Al hablar de un capitalismo monopolista podría pensarse que si el carácter del sistema es esencialmente el mismo, su funcionamiento debería ser también muy similar. Mas lo cierto es que en años recientes se registra una profunda reestructuración del capital, que por sí sola trae consigo grandes cambios y, desde luego, altera la relación capital-trabajo. Y la propia fuerza de trabajo sufre cambios que la hacen muy diferente de como era.

Reestructuración del capital

No podría ocuparme aquí en extenso de este tema; pero creo que puede ser útil y aun necesario, recordar los principales cambios que experimentan los grandes consorcios trasnacionales.[1] Veamos:

–Más que ser empresas propiamente de un país, se internacionalizan como nunca antes en busca de mano de obra barata, costos más bajos y mejor localización;

[1] La mayor parte de los rasgos que enseguida se señalan, proceden del estudio de Robert Reich, *The Work of Nations*. New York, 1991.

–El objetivo central de la producción no es ya un gran volumen sino crear el más alto valor agregado posible;

–La producción de bienes pierde importancia frente a la de servicios, incluso en ciertas empresas consideradas como manufactureras;[2]

–La mejor combinación de los recursos disponibles se vuelve la clave de una buena operación;

–La velocidad y la agilidad son esenciales en la nueva empresa. Los altos activos y costos fijos no son ya indispensables, y los principales activos no son tangibles. "Lo que verdaderamente cuenta es la rápida identificación y solución de problemas".

–Buena parte de las instalaciones que antes eran propias, ahora se rentan, y para obtener otros productos se contrata o subcontrata con numerosas empresas independientes;

–La vieja empresa de tipo piramidal y altamente concentrada pierde significación; la nueva se descentraliza y forma parte de una tupida red o "telaraña", en cuyo centro están los corredores estratégicos.[3]

–En la empresa tradicional el crecimiento dependía de economías de escala que obligaban a concentrar

[2] En 1990, por ejemplo, la IBM ocupaba 400 mil trabajadores, de los que 20 mil estaban ligados directamente a la producción, en la manufactura tradicional. El resto prestaba diferentes servicios. Reich. *Ob. cit.*, p. 85.

[3] Gracias a la modernización y alta eficiencia de las comunicaciones y transportes, los "hilos de esta telaraña global son las computadoras, las fotocopiadoras, los satélites, los monitores de alta resolución y los modems, todos los cuales eslabonan a diseñadores, ingenieros, contratistas, concesionarios e intermediarios, en todo el mundo". *Ibid.*, p. 111. Unilever, por ejemplo, tiene una red electrónica que incluye a 500 distintas empresas en 75 países. *Ibid.*, p. 336.

la producción en un lugar, en la nueva, en cambio, el desarrollo depende de la capacidad y experiencia para descubrir mercados y eslabonar las necesidades y las nuevas tecnologías;

–En esta empresa se puede producir eficientemente en muy diversos y aun apartados lugares, entre otras cosas porque la mayor parte del comercio exterior se realiza en el seno mismo de las más grandes corporaciones y no consiste ya tanto en el intercambio de productos terminados como de medios para identificar y resolver problemas, y para poner en ejecución nuevos proyectos;

–La empresa de alto valor tiene relativamente pocos empleos permanentes con salarios fijos y pocos trabajadores ligados directamente a la producción.

Una alta proporción del personal, por otra parte, no es ya nacional sino extranjero,[4] y el mercado de trabajo se expande y tiende a ser mundial.

–Debido a ello la fuerza de trabajo tiene mayor movilidad, se desplaza con facilidad y su composición sufre también profundos cambios, que en buena parte responden a la reestructuración del capital y a las necesidades de las nuevas grandes empresas de alta tecnología.

El profesor Reich destaca algunos cambios, sin duda importantes, de los grandes grupos empresariales y en particular del capital trasnacional; pero, a fin de comprender mejor lo que acontece, conviene aclarar ciertos puntos y considerar otros cambios.

[4] En 1990, el 40% de los empleados de IBM eran extranjeros, y la proporción seguía creciendo. Sólo en Japón, IBM tenía 18 mil trabajadores. Whirlpool, a su vez, opera en buena parte en México y Holanda, y hace poco empleaba a 43 500 personas en 45 países, en su mayor parte no americanos. *Ibid.*, p. 120.

Del alegato de Reich parecería desprenderse la conclusión de que la base nacional del capital se ha debilitado y de que hoy es secundaria ante el alcance de la globalización; que mucho de lo grande ha fracasado o tropieza con obstáculos crecientes, lo que explica por qué las unidades de producción son hoy más pequeñas y eficientes y que las grandes empresas, antes altamente concentradas, se descentralizan cada vez más, en busca de mayor flexibilidad.

Sostener que, en sistemas de producción como los actuales, lo que más importa es crear el mayor valor agregado posible a escala mundial, y que por tanto la base nacional pasa a un plano enteramente secundario, es por lo menos discutible. Si bien algunos autores piensan incluso que la soberanía nacional es ya inviable y anacrónica, que el Estado-Nación no sólo se ha debilitado sino que está en vías de desaparecer o que el componente nacional en los nuevos flujos económicos es cada vez menos importante porque la producción misma es ya internacional, lo cierto es que el elemento nacional sigue influyendo, de una u otra manera –a menudo más de lo que se cree–, en la nueva economía.

El profesor, también de Harvard, Michael Porter, considera que no obstante la internacionalización, el origen nacional de las empresas sigue siendo significativo y acaso aun más que antes, que el grueso de la producción de las grandes empresas al menos en EU, Japón y Alemania se sigue dando dentro de las fronteras de cada país y que la solidez de la base nacional es uno de los factores que más contribuye a reforzar la "competitividad estructural."[5] En cuanto a la idea

[5] Véase: Paul Kennedy. *Preparing for the Twenty-first Century.* Fontana Press. London, 1993 p. 198.

de que "hay un divorcio del capital y las corporaciones multinacionales de los Estados o gobiernos", lo cierto, como señala Michael Tanzer, es que si bien las grandes empresas –Exxon, Bayer, Toyota–, operan "... en todo el mundo y tienen como propósito principal hacer dinero para sus accionistas, eso no independiza a cada uno de ellas de su país de origen...", o sea aquél "...en el que tienen sus oficinas generales y donde están los propietarios de la mayor parte de su capital".[6]

Tampoco parece que estemos en una fase en la que la tendencia tradicional hacia una mayor concentración en la actividad económica, concretamente en el ámbito de las grandes corporaciones, haya llegado a su fin o siquiera se haya debilitado, y que ahora se busque comprimir el tamaño de todo, y menos todavía que, como algunos autores sugieren, lo pequeño se esté imponiendo y demostrando su superioridad sobre lo grande. O como suele decirse, "que lo pequeño sea, per se, especialmente bueno y hermoso".

En un interesante y esclarecedor estudio, Bennett Harrison retoma y examina la tesis, tan socorrida en años recientes, de que mientras las "...grandes firmas fracasan bajo su propio peso..." las pequeñas empresas crean la mayor parte de los empleos en los países altamente industrializados" y son ya "el motor del crecimiento económico."[7]

[6] Michael Tanzer. "Globalizing the Economy: The influence of the international Monetary Fund and the World Bank." *Monthly Review.* Septiembre de 1995, p. 2.

[7] Bennett Harrison. *Lean and Mean.* The Changing Landcape of Corporate Power in the Age of Flexibility. *Ob. cit.*, pp. 12 y 13.

Harrison demuestra que en los Estados Unidos –y los datos que ofrece de otros países parecerían comprobar ese hecho– no es cierto que las pequeñas empresas sean las que crean más empleo. En EU, en 1987, el 1% de las empresas manufactureras –con 500 o más trabajadores cada una– ocupaba el 75% del personal de esa industria; y los ejemplos podrían multiplicarse. O sea que, "así como la idea de que las firmas pequeñas son fuente de casi toda la creación de empleo es un mito, la imagen popular del dinámico pequeño empresario como impulsor... de la nueva tecnología, es también eso, un mito." Lo cierto es que los mayores avances tecnológicos los están haciendo las grandes empresas, y que "...si bien éstas tienen recursos para incorporar las pequeñas tecnologías, ...no es igualmente cierto que las pequeñas firmas cuenten con los recursos necesarios para adquirir las grandes tecnologías..." La biotecnología ofrece una prueba de lo anterior; y no es difícil demostrar que la introducción de nuevos equipos en empresas controladas electrónicamente es mayor en las grandes que en las pequeñas empresas. Lo que se explica porque, como dice un experto: "los cambios en la tecnología de productos y procesos han incrementado el tamaño mínimo necesario para producir con eficiencia en industrias como la automotriz, química, de productos electrónicos de consumo, semiconductores y maquinaria".[8]

Tampoco es cierto que las pequeñas empresas tengan mayor agilidad que las grandes y que respondan más fácilmente a los cambios en las modas, la demanda y los gustos de los consumidores. En reali-

[8] *Ibid.*, pp. 73 y 74.

dad son las grandes las que también en tal sentido tienen mayor capacidad, entre otras cosas porque controlan casi la totalidad de la inversión en ciencia y tecnología. (Research and Development).

Las pequeñas empresas, además, con frecuencia no son independientes; dependen de las grandes. Gary Loveman hace notar al respecto que éstas "...a menudo tienen numerosas subsidiarias legalmente independientes; pero que de hecho son parte de la gran empresa; y así debieran considerarse." Incluso las redes de pequeñas empresas del tipo de las que caracterizan al centro-norte de Italia y al Valle de Silicon, en California, "...están, cada vez más, bajo el control de las grandes",[9] y a menudo incluso fueron creadas por ellas.

Concentración del capital y descentralización de la producción. O en otras palabras, si bien es cierto que el número de empresas pequeñas y medianas ha aumentado especialmente en los países industriales, lejos de que ello revele que tales empresas hayan pasado al primer plano, lo que fundamentalmente exhibe es que las grandes han modificado sus sistemas de producción y distribución, e impulsado a aquéllas para que jueguen un nuevo papel en esos sistemas.

La llamada "desintegración vertical", o sea "la práctica de ciertas grandes firmas de reducir personal de planta y adquirir fuera, esto es de otros, lo que antes producían ellas mismas...", modificó la relación entre empresas y significó multiplicar el número de proveedores y subcontratistas que dependen sin embargo de aquéllas..." Pero "son éstas y sus aliados estratégicos quienes actualmente dominan el proceso económico."

[9] *Ibid.*, pp. 20, 22 y 24.

El autor antes mencionado llama a este nuevo sistema en el que la producción se descentraliza y desenvuelve en un mayor escenario geográfico, "pero el poder, el financiamiento y el control permanecen concentrados en los directores de las grandes compañías... concentración sin centralización".[10]

Otro rasgo fundamental de ese sistema, que se advierte sobre todo en las más poderosas firmas, es la integración de tupidas redes internacionales de empresas que incluyen diversas alianzas estratégicas, y a las que la computación y las nuevas tecnologías han hecho posibles.

La respuesta de las grandes empresas a la "creciente incertidumbre, fragmentación y compresión del tiempo que caracteriza a la competencia industrial..." y a la "búsqueda de mayor flexibilidad", de un modo u otro ha consistido cada vez más en la creación de redes de productores. Los distritos industriales de Italia y del Valle de Silicon son un ejemplo de esas redes. Y también lo son las recientes alianzas estratégicas de Investigación y Desarrollo de corporaciones multinacionales gigantes como IBM, Toshiba y Siemens, o la relación jerárquica entre la empresa automotriz Toyota y sus anillos de proveedores cada vez más dependientes, o el grupo de corporaciones europeas y los cuatro gobiernos que para competir con la norteamericana Boeing, crean Airbus Industrie.

Las redes de producción son muy diversas, y van desde aquéllas que incluyen y asocian a industrias de tipo artesanal, hasta aquéllas en las que dominan claramente las grandes, y en las que la producción interna tradicional se encomienda ahora a abastece-

[10] *Ibid.*, pp. 131.

dores y subcontratistas dependientes, y hasta las propias alianzas estratégicas entre las más poderosas. Estas alianzas no son nuevas; pero como bien dice el geógrafo inglés Peter Dicken "lo nuevo es la escala actual, su proliferación y el hecho de que se han vuelto centrales en la estrategia global de muchas firmas, y no sólo periféricas a ellas". La mayoría de esas alianzas son entre competidores, y parecerían demostrar que en operaciones internacionales de alta tecnología, muy pocas grandes firmas pueden hoy operar solas.[11]

Son tan importantes esas alianzas como nuevas formas de organización y de integración de las redes de producción, que por ejemplo la firma alemana Siemens, tan sólo entre 1984 y 1987 estableció 23 de ellas en 5 áreas: telecomunicaciones, semiconductores, robótica, nuevos materiales y computadoras y software.[12]

Los grupos japoneses -kereitsu-, que según algunos combinan "las ventajas de la coordinación de la integración vertical de tipo occidental y la flexibilidad de la decentralización", aparte de cubrir cada uno de ellos múltiples campos de operación que a menudo se relacionan y cooperan estrechamente entre sí en materia financiera, industrial, comercial y tecnológica, al proyectarse crecientemente hacia el exterior establecen también poderosas alianzas con los grupos de otros países. Por ejemplo Toyota con General Motors, Toshiba con IBM y Siemens, Matsushita con la propia Siemens, Mitsubishi con Daimler-Benz y muchas otras.

[11] *Ibid.*, pp. 135-36.
[12] Véase: *Ibid.*, p. 137.

En las tecnologías de la información, la red de alianzas es ya muy estrecha. Entre los grupos Fujitsu e Hitachi hay siete alianzas o más, y lo mismo entre ATT y Sun-M, entre Motorola y Thompson y entre Phillips y Siemens, y cinco a seis alianzas entre Sumitomo, Mitsui y Mitsubishi; de Olivetti y Microsoft, entre Phillips y Bosh y entre Olivetti y Bull.

La principal red de alianzas involucra 20 grandes grupos norteamericanos, 16 europeos y 9 japoneses. Y tan sólo entre 1980 y 1989 había en vigor 4182 alianzas estratégicas de carácter tecnológico, la mayor parte de ellas en el campo de la información, en biotecnología, nuevos materiales, microelectrónica y telecomunicaciones.

La concentración en las telecomunicaciones es muy grande. Después de la fusión de la CGE con ITT, a la que a su vez se asoció Alcatel (francesa); de Siemens con la norteamericana GTE, y de Plessey con GEC, ambas inglesas, el mercado de las telecomunicaciones se reduce a ocho grupos, cuatro de los cuales controlan el 70% de las ventas. Los demás, que todavía en 1982 participaban con el 19%, en 88 sólo concurrían con el 2%.

Las alianzas son "la continuación de la competencia por otros medios, y no necesariamente se conciben para durar". Incluso suelen ser "la antesala de la absorción".[13]

En general hay acuerdo en que cuando se quiere tener acceso a cierta clase de información, es preciso penetrar y volverse parte de la empresa que dispone

[13] Véase: Francois Chesnay. *Ob cit.*, pp. 91, 101. 238. 139, 142, 143 y 152.

de ella. La forma tradicional de hacerlo es adquirir una fracción del capital o fusionarse; pero la menos costosa es aliarse con ella. Una alianza proporciona "eslabones de conocimiento" (knowledge links) y un tipo especial de red productiva.

Una red completa tiene, según Harrison, la estructura de una matriz de insumo-producto (un conjunto de unidades de producción de varios tamaños), un sistema de dirección (de autoridad y poder) y una territorialidad (dispersa o concentrada espacialmente). Según el propio autor "en todas partes encontramos hoy ejemplos de un desplazamiento desde sistemas principalmente de empresas pequeñas a otros de ejes y anillos, unos concentrados y otros dispersos, pero generalmente organizados en torno a poderosas empresas líderes". Este movimiento hacia redes en que numerosas empresas giran alrededor de un centro o eje formado por muy fuertes consorcios líderes se está convirtiendo en la tendencia dominate en el nuevo orden mundial, especialmente si se toman en cuenta operaciones financieras y comerciales y muchas otras instituciones que intervienen en esas redes.[14]

En resumen las grandes redes de empresas, de producción y de distribución, con múltiples variantes, son la nueva forma de organización con la que se consigue mayor flexibilidad.

Según un reciente estudio las empresas que se interesan en fortalecer su posición tecnológica, son las que más recurren a las alianzas estratégicas. Lo hacen, entre otras razones porque reducen y comparten tanto la incertidumbre como el alto costo que caracteriza a la investigación y desarrollo, por la cada

[14] Bennett Harrison. *Op. cit.*, pp. 139, 142 y 147.

vez mayor complejidad intersectorial de las nuevas tecnologías, porque es una manera de conocer y transferir tecnologías de otros, porque con ellas se pueden acortar los ciclos de producción, y en fin, porque ayudan a descubrir nuevas oportunidades, a internacionalizar, globalizar y entrar a mercados extranjeros y porque contribuyen a diversificar la producción y los mercados.

¿En qué medida esas nuevas formas de organización y el proceso de globalización alteran el movimiento histórico del capital, desde la fase premonopolista a la monopolista? Los apologistas del mercado libre, sin comprender la dialéctica de la relación libre competencia-competencia monopolista u oligopolista, probablemente piensan que la descentralización de la producción ha modificado grandemente la dirección del desarrollo. Como hemos visto, otros autores, en cambio, creen que el hecho principal sigue siendo la creciente concentración en los grupos más poderosos. "La prueba empírica parece mostrar de manera indiscutible –comenta al respecto Harrison– que el sistema global en evolución de las sociedades anónimas, cadenas de oferta y alianzas estratégicas, en ningun sentido constituye algo contrario –y menos aún la negación– de la tendencia de los últimos doscientos años hacia la concentración del control dentro del capitalismo industrial, aun siendo hoy la producción cada vez más descentralizada y dispersa".[15]

Las más grandes empresas son, estrictamente hablando, oligopolios y no pocas veces, de hecho monopolios. "La forma más característica de la oferta en

[15] *Ibid.*, pp. 166 y 171.

el mundo de hoy, comenta por ejemplo Chesnay, es el oligopolio... que más que mecánicamente una mayor concentración, (supone) una creciente interdependencia de firmas o un 'espacio de rivalidad'. "El oligopolio es un lugar de competencia feroz, pero también de colaboración entre grupos. Es por sí mismo, además, un importante factor de barreras a la entrada..." O sea que el carácter oligopólico de la competencia supone, a la vez, competencia o cooperación entre rivales, y concentración y descentralización.

Lo que en otras palabras significa que las nuevas formas de organización y en particular las alianzas estratégicas dan al capital y al oligopolio una nueva y mayor dimensión.

Hasta antes podía decirse que la empresa trasnacional –ligada casi siempre de un modo a otro al Estado y a otras organizaciones– era el signo de la mayor concentración del capital. A partir de las nuevas y tupidas redes de empresas, y concretamente de las alianzas estratégicas internacionales, surgen poderosas constelaciones que cubren nuevos campos e incluyen varias de esas gigantescas empresas, por lo que puede decirse que estas redes representan el más alto grado de concentración, y uno que anteriormente no se había alcanzado. Y en vez de que esa concentración se desenvuelva líneal o mecánicamente en el marco de una creciente integración vertical, a menudo se da en un proceso de "desintegración vertical" y de cada vez mayor desentralización en la forma de operar, y en lugar de crecer hacia dentro, a partir de cierto nivel se incorpora al nuevo sistema a centenares y aun millares de empresas, en su mayor parte pequeñas, y que aun siendo legalmente independien-

tes, dependen en realidad de las más poderosas que constituyen el centro de esos grupos y redes.

La relación de tales empresas no es ahora solamente con el Estado nacional sino incluso con otros Estados y gobiernos, y con otras instituciones y comunidades diversas. Todo lo cual refuerza a la postre la concentración y al mismo tiempo la descentralización y consolida la nueva forma de organización y funcionamiento del capital.

El oligopolio fue primero nacional y después, y actualmente, internacional. Por eso hoy son los grupos capaces de sostener una competencia 'global' en sus propios mercados, en los de sus rivales y en los de terceros países. Cuando las cuatro firmas más importantes controlan entre el 25% y el 50% de las ventas y de las cifras principales, ese oligopolio se considera débil e inestable. En cambio, cuando controlan del 65% al 75% y las ocho principales más del 90% del mercado, se consideran oligopolios altamente concentrados. Y hoy, las estructuras de oferta son especialmente concentradas en industrias de alta intensidad de I y D, y de alta tecnología, así como en numerosos sectores de producción en grande escala.[16]

La inversión cruzada responde a los imperativos clásicos de la competencia y a los nuevos, propios de la rivalidad en el seno del oligopolio internacional. Las posiciones de un grupo en el mercado privilegiado de sus rivales expresan su capacidad para sostener una competencia oligopolística propiamente "global".

En los años ochenta, aparte de sus alianzas internacionales, Toshiba opera con 500 empresas en torno a

[16] Francois Chesnay. *Ob. cit.*, pp. 71, 72 y 73.

ella, a las que provee ayuda financiera y técnica para mejorar su calidad y las intercomunica electrónicamente para hacer funcionar el kanban o sistema *"just in time"*. Matsushita tiene un arreglo similar con un gran número de proveedores y subcontratistas.[17]

Del fordismo a la producción flexible. Se conviene, en general en que a partir de los años cincuenta se modifica sensiblemente el sistema de producción, y en que la mayor parte de las nuevas actividades no son ya industrias manufactureras. El fordismo, entendido como "el matrimonio de la producción en serie basada en trabajo bien retribuido en la línea de ensamble y el consumo en masa de productos de bajo costo y estandarizados", hasta unas décadas antes en auge, empieza a perder importancia.[18]

Después de la segunda guerra, primero en la industria automotriz y más tarde en otras, los japoneses comienzan a introducir un nuevo sistema que se conoce como de producción "flexible", "magra" o de adelgazamiento de la producción *("lean production")*. Lo característico de este sistema es que usa "...menos de todo en comparación con la producción en masa: la mitad del trabajo en la fábrica, la mitad del espacio para la producción, la mitad de la inversión en herramientas, la mitad de horas de trabajo de ingeniería para desarrollar un nuevo producto en la mitad de tiempo. Y, además requiere mucho menos de la mitad de inventarios, resulta en menos defectos y produce una más grande y siempre creciente variedad de productos". Pues bien, este nuevo sistema que para algunos es fruto del avance tecnológico, para otros es

[17] *Ibid.*, p. 157.

[18] Barnet y Cavanagh, *Ob. cit.*, pp. 259 y 260.

"mucho más una innovación organizativa que tecnológica". "Depende no tanto de las computadoras y la maquinaria automática como de la destreza de los trabajadores, de la organización de la fábrica y de las relaciones entre fabricantes, proveedores y clientes".[19]

El nuevo sistema, aunque surgió en los Estados Unidos, se puso primero en práctica en Japón, sin duda porque este país atravesaba por una situación muy difícil, padecía una gran escasez de todo y tenía que eliminar desperdicios y lograr un mejor uso de sus recursos para poder reorganizarse, reconstruir su economía y avanzar. Taiichi Ochno, ingeniero en jefe de Toyota fue quien, a partir del funcionamiento de los supermercados norteamericanos, ideó este nuevo método de producción que reduce grandemente tiempos e insumos.

Dos de los elementos que más destacan en este nuevo sistema son la reducción de inventarios y otros gastos, al adquirir sólo lo que se requiere de inmediato y donde se le necesita, y el mejoramiento de la calidad a partir del método de "calidad total". Algunos autores contrastan esta nueva manera de operar, conocida en Japón como "Kanban" y en Estados Unidos como "JIT" *(just in time)*, con lo que podría llamarse "just in case", o sea la actitud previa consistente en adquirir incluso más de lo necesario, "por si acaso".

Ochno advirtió que los métodos de producción en masa tradicionales eran ineficientes y costosos, y que requerían "del 20% del espacio en la planta y del 25%

[19] William H. Davidow y Michael S. Malone. T*he virtual Corporation*, p. 116.

de horas de trabajo para corregir errores".[20] El nuevo sistema, al permitir reorganizar el flujo de abastecimiento, hizo posible reducir grandemente inventarios al llegar las partes "justo a tiempo" en las cantidades y lugares requeridos y ello, a su vez permitió reducir espacios, costos de almacenamiento y gastos por paros en la línea de ensamble, y por defectos y fallas.[21] La flexibilización de la línea de ensamble y el trabajo en equipo permitieron, además, cambiar modelos con mayor rapidez y elevar el nivel de calidad.

La práctica tradicional fordista en las grandes fábricas era que la línea de ensamble no debía pararse y menos por un trabajador de base. El nuevo sistema rompió con esa rigidez, y aparte de promover y organizar el trabajo no ya individualmente sino en grupos o equipos, amplió las facultades y responsabilidades de la calidad a quienes trabajan en la línea de producción, o sea "la calidad no es ya sólo tarea del diseño anterior a la producción o de la inspección posterior a ella, sino parte inseparable del proceso mismo de fabricación..."[22]

Entre las principales ventajas del trabajo en equipo se menciona, a menudo, que: "reduce la necesidad de capas y capas de administradores de nivel medio..." Y los equipos son tanto más útiles "si tienen mayor iniciativa e intervienen en las decisiones que afectan el proceso productivo".[23]

[20] Barnet y Cavanagh. *Ob. cit.*, p. 266.

[21] Véase: *Ibid.*, p. 267.

[22] William A. Davidow y Michael S. Malone. *Ob. cit.*, p. 124.

[23] *Ibid.*, p. 210.

En un estudio sobre la industria automotirz se compara la forma de operar de una planta tradicional de producción de General Motors, en Estados Unidos, con una de la firma japonesa Toyota. Para comprender mejor lo que es característico de ésta,

Como advertirá el lector, los cambios anteriores no sólo afectan al capital sino también al trabajo; pero la forma en que influyen sobre éste la examinaremos más adelante.

se hace notar que hay muy pocos empleados, o sea personas que no intervienen directamente en la producción; el espacio disponible es muy pequeño, lo que facilita la comunicación de los trabajadores y no hay campo para almacenar inventarios. Un trabajador puede parar la línea de ensamble, pero lo cierto es que ésta casi nunca para. Los materiales a disposición del trabajador representan sólo una hora de trabajo, o sea una pequeñísima fracción de los requeridos por GM. Gracias a todo ello la planta japonesa era 40% más eficiente y operaba con el doble de productividad y el triple de precisión y además podía cambiar con rapidez para fabricar un vehículo diferente.

El sistema de producción flexible no sólo ha tenido éxito en los países industriales sino también en algunos subdesarrollados como Korea y Taiwan y México y Brasil. Los autores de este estudio consideran que la planta de Ford, en Hermosillo, Sonora, es la planta de ensamble (de volumen)) de mayor calidad –mayor incluso que las de Estados Unidos y Japón–, además de muy eficiente, pese a su modesto nivel de automatización.

La facilidad de fabricación no es accidental. Es uno de los principales frutos del proceso flexible de diseño; y algo similar podría decirse de las ventajas de la automatización en el sistema de producción flexible. Ambas requieren una administración y manejo de alto nivel. La planta flexible *(lean plant)* tiene dos rasgos organizativos clave: "transfiere el mayor número de tareas y responsabilidades a aquellos trabajadores que añaden valor al automóvil en la línea de ensamble, y representa un sistema para descubrir defectos que rápidamente permiten dar con el problema, y una vez descubierto, con su causa principal." Y ello significa trabajo en equipo y un método eficaz de información, lo que constituye el corazón de la fábrica flexible. Los trabajadores de esos equipos responden cuando hay reconocimiento y estímulo al esfuerzo, así como un sentimiento de corresponsabilidad. James P. Womack, Daniel T. Jones y Daniel Roos. *The Machine that Changed the World.* The Story of Lean Production. Harper Collins Publishers. New York, 1991, pp. 76 a 103.

Capital productivo y capital financiero. La reestructuración del capital y la fragmentación geográfico-económica del proceso productivo modifican, además, el movimiento internacional de los ahorros y recursos financieros, canalizándolos hacia donde hay mayores posibilidades de inversión rentable, así sea ésta improductiva.[24]

Los mercados de valores juegan, en este sentido, un nuevo muy importante papel. Aun la banca comercial, tradicionalmente limitada al mercado de dinero y los préstamos a corto plazo, empieza a operar crecientemente con valores. Salvo casos como los de la Bolsa de Nueva York, la de Londres y en menor medida otras, casi todos los mercados eran básicamente nacionales, hasta hace pocos años. Pero a medida que la "globalización" cobró impulso, banqueros, empresarios e inversionistas empezaron a reclamar facilidades para mover libremente el dinero, a nivel internacional. Los Estados Unidos, que de principal acreedor se convirtieron en el mayor deudor del mundo, cubren anualmente sus fuertes déficits comerciales y financieros, con crédito del exterior; y para obtenerlo más fácilmente, a menudo elevan sus tasas de interés sin importarles las consecuencias de ello, sobre otros países. Alemania también recurre activamente al exterior en busca de fondos, y desde luego lo hacen inclusive no pocas economías subdesarrolladas.

[24] Según el profesor Reich, "...la capacidad competitiva de una nación depende menos de la cantidad de dinero que se ahorra o invierte, y más de la capacidad para contribuir al crecimiento de la economía mundial." Lo mismo ocurre con el nivel de vida "... que cada vez menos (depende) de si se es propietario o se controla (una empresa)..." *Ibid.*, pp. 133 y 154.

Ante la creciente presencia de Japón no sólo en el mercado internacional sino, concretamente, en Estados Unidos, éstos presionaron a aquél para que abriera las puertas de sus mercados financieros y mantuviera sobrevaluado al yen. El saldo, sin embargo, no les fue favorable. Antes de la pronunciada caída de 1990, la Bolsa de Valores de Tokio llegó a ser la primera en el mundo por el valor de capitalización de los títulos en ella negociados, y los bancos japoneses no quedaron atrás; empezaron también a ganar terreno, y la "desregulación" que otros reclamaban y que limita la capacidad de los Estados nacionales para influir en los desplazamientos de recursos financieros, acabó por favorecerlos.

En 1992, ocho de los diez bancos con mayores activos en el mundo eran japoneses, y el principal de Estados Unidos –Citibank– apenas ocupaba el vigésimo lugar. Entre 1981 y 1989 los bancos japoneses incrementaron su participación en los activos de los principales cien, del 25% al 46%, y en ese último año, la banca japonesa proveía ya el 20% de todo el crédito en California.[25]

Lo anterior deja ver varias cosas interesantes:

–Una muy obvia: que el capital se desdobla y proyecta de nuevas y muy diversas maneras, lo que hace que la empresa, desde la grande a la pequeña, funcione en formas muy diferentes entre sí, y de las tradicionales;

–Tales cambios revelan con frecuencia que, lejosde que las relaciones de producción y el régimen de propiedad dominantes entrañen un obstáculo insupe-

[25] Barnet y Cavanagh. *Ob. cit.*, p. 405.

rable para el desarrollo de las fuerzas productivas, de un modo u otro tienden a ajustarse a los cambios de éstas, lo que sin embargo no significa que la respuesta sea oportuna, uniforme y, menos todavía, racional y satisfactoria. Incluso suele ser de tal manera desigual respecto a cada una de las fuerzas productivas, que por ejemplo, al mismo tiempo que se impulsa en ciertos campos y bajo determinadas condiciones el avance tecnológico, en otros se le obstruye y a muchos trabajadores se les reducen y aun cierran sus fuentes de empleo y se les lanza a la desocupación o, si bien les va, a la economía "informal".

–Un siguiente cambio de gran importancia es que la economía capitalista, que hasta hace unos decenios giró fundamentalmente alrededor de la producción industrial, ahora lo hace en torno al comercio y múltiples servicios, entre los que adquieren cada vez mayor importancia los financieros, o sea que el sistema se desplaza de la esfera productiva a la de la circulación y propiamente financiera, antes de un modo u otro subordinada y que ahora ocupa el lugar central.[26] En la medida en que ello ocurre, el poder

[26] "De lo que hablo es del desarrollo que en los últimos veinte años –escribe al respecto Paul M. Sweezy– sufre una relativamente independiente superestructura financiera –en relación, esto es, a lo que fue antes y que ahora se ubica en la cima de la economía mundial y de la mayor parte de sus unidades nacionales, constituída por bancos centrales, regionales y locales– y un conjunto de intermediarios en una sorprendente variedad de activos financieros y de servicios, todos interconectados por una red de mercados, algunos de ellos estructurados y regulados y otros informales y no sujetos a regulación alguna. Tal entidad es multidimensional, y no hay unidad conceptual que pueda usarse para medir su dimensión". "The Triumph of Financial Capital". *Monthly Review*. Vol. 46. No. 2, junio de 1994, p. 7.

económico y político se desplaza en gran parte hacia los grandes y más poderosos grupos financieros, que operan a través de un circuito en cierto modo autónomo y una red mundial de mercados.[27]

Cambios en la rotación del capital. Los profundos cambios que sufre el sistema afectan, entre otras cosas el proceso de rotación del capital, o sea el ciclo del capital en su conjunto y en cada una de sus fases.[28]

Así, por ejemplo, el capital-dinero que abre ese ciclo no es ya lo que fue en otros tiempos. Ahora se trata de una enorme e incontrolable masa de dinero que no resulta directa y fundamentalmente de la producción y venta de bienes y servicios ligados a ella, sino de la actividad, en gran parte improductiva y aun especulativa que se realiza en los mercasdos financieros. En rigor es un "capital ficticio", sin arraigo en ningún país, al que fundamentalmente atraen los altos rendimientos que propicia la inestabilidad de los mercados de cambios, de las tasas de interés y de las cotizaciones bursátiles.

Es tal la desproporción entre la magnitud de esa gigantesca cantidad de dinero y la de la economía real, que mientras el valor del comercio internacional, por ejemplo, alcanza hoy alrededor de 2 billones de dólares, el movimiento internacional de capitales se estima en 50 billones.[29] Lo que por cierto vuelve incomprensible que, ante esa enorme suma de recursos financieros se señale a menudo que el ahorro es insuficiente y que a ello obedece el bajo nivel de

[27] Véase: *Ibid.*, pp. 9 y 10.

[28] Véase: M.W. Dowidar. *L'economie politique, une science sociale.* Francois Maspero. París, 1974, pp. 201 y 202.

[29] Véase: Samir Amin. "Fifty years is enough", en *Monthly Review.* Vol. 47., No 11. Abril de 1995, p. 18.

inversión, cuando en realidad es ésta la que más influye en aquél.

La fase del capital productivo se modifica también grandemente, debido a que en el capitalismo de hoy pierden importancia las actividades productivas –desde la agricultura y la minería a las manufacturas y la construcción– y la ganan, en cambio, el comercio y los servicios, el mercado de bienes raíces y en particular la actividad financiera. Por lo que podría decirse que si bien el capital productivo sigue siendo importante y necesario para convertir el capital-dinero en capital– mercancías, esto es en bienes y servicios, la cada vez mayor irracionalidad del sistema se expresa en el hecho, por sí sólo revelador, de que el grueso del dinero disponible no se invierte en la producción; se destina a actividades improductivas, en las que sin embargo el capital se valoriza de maneras muy desiguales, inestables y riesgosas, pero en general con mayor celeridad que en la esfera productiva.

–Lo que quiere decir que el capital –mercancías, o sea la última fase del ciclo de circulación del capital no es tampoco igual que antes. El capital productivo, esto es la utilización de los medios de producción por la fuerza de trabajo, crea a través de la transformación industrial, mercancías cuyo valor es superior al de lo que se requirió para producirlas, lo que quiere decir que contiene una plusvalía que se realiza al vender esas mercancías y convertirlas, de nuevo, en dinero, una parte del cual se gastará como renta, y otra se convierte en capital dinero y, en un siguiente momento, en capital productivo. "El ciclo del capital sólo se desarrolla normalmente mientras sus distintas fases se suceden sin

interrupción.[30] En la práctica, empero, en cada fase suele haber interrupciones que provocan altibajos y alteran su unidad y continuidad.

Acaso el principal cambio que sufre el capital-mercancías consiste en que si bien la suma de valor incrementado que representa y que se obtiene de su venta, procede del capital productivo, la diversidad de servicios, muchos de ellos no ligados ya directamente a la producción, en el capitalismo de hoy se vinculan más bien –como ya dijimos– al gasto improductivo y a la actividad comercial y financiera en buena parte de carácter especulativo, lo que hace que numerosas mercancías –es decir esos servicios– no sean propiamente capital-mercancías, y que el dinero resultante no sea, en un sentido estricto capital-dinero capaz de reiniciar el ciclo y convertirse en capital productivo,[31] lo que afecta gravemente el proceso de acumulación.

Las enormes cantidades de dinero inconvertible en circulación, por otro lado, no sólo se divorcian del proceso productivo, sino que a menudo rebasan con mucho la capacidad financiera del país en que ello ocurre, y expresan las nuevas y en cierto modo incontrolables e inestables formas en que se mueven los recursos financieros a escala internacional.

–En fin, el capital-mercancías sufre, sobre todo los cambios resultantes de los que se registran en las dos fases previas del ciclo, siendo acaso los principales

[30] Carlos Marx. *El Capital,* tomo II, Fondo de Cultura Económica. México, p. 59.

[31] "La magnitud del capital existente condiciona el volumen del proceso de producción y éste, a su vez, el volumen del capital-mercancías y del capital-dinero, allí donde éstos funcionan al lado del proceso de producción. *Ibid.,* p. 111.

que disminuye la proporción que en el proceso de valorización del capital representan las mercancías y aún los servicios más ligados a la producción, y aumenta grandemente la que corresponde a otros servicios, en particular financieros, aunque aquí, las rápidas y desmedidas ganancias que algunos suelen hacer, se compensan con las no menos cuantiosas pérdidas que otros sufren, lo que significa que se altera profundamente la distribución del ingreso, el que en general tiende a concentrarse en los países económicamente más poderosos y en los estratos más ricos de las clases dominantes, tanto en esos países como en los subdesarrollados.

Y más que demostrar su capacidad para crear un mayor valor agregado, la actividad financiera sustrae a menudo buena parte del valor creado por las actividades propiamente productivas. Por eso algunos consideran que los mercados financieros se han convertido en "el gendarme, el juez y el jurado de la economía mundial".[32]

"La esfera financiera representa la punta de lanza de la mundialización del capital y la capacidad del capital-dinero para valorizarse a sí mismo –como dinero que produce dinero– de manera autónoma y sin pasar por la inversión productiva, y descansa sobre la globalización del capital financiero, que para algunos equivale a "el fin de la geografía".[33]

El mercado de eurodólares, a partir de los años sesenta, fue un primer eslabón en la formidable cadena de los mercados financieros de hoy y en la determinación de la fuerza del capital-dinero, y a la vez

[32] *Financial Times,* 30 de septiembre de 1994.
[33] Francois Chesnay. *Ob. cit.,* p. 206.

contribuyó a reducir la rentabilidad del capital destinado a la producción. La liberación monetaria y financiera y el levantamiento de las restricciones y controles nacionales dieron a tales mercados un mayor impulso, los llamados "paraisos fiscales" lo hicieron también y en la misma dirección influyeron el aumento sin precedente del endeudamiento externo de numerosos países, incluidos esta vez los propios Estados Unidos, la dislocación del dólar, la "desintermediación" financiera y, más tarde, el aumento sin precedentes de las operaciones financieras de los grupos industriales, y en general, empresariales.

El que hoy se considere a las finanzas una "industria", "significa que el comercio de dinero y de valores es visto como una actividad trasnacional que es objeto de una competencia mundial..." En el caso de Inglaterra, señala por ejemplo un autor, la actividad financiera no pretende contribuir a usar mejor los recursos al interior de la economía británica, sino que, como industria de exportación, se interesa en obtener una parte del ingreso mundial, o sea que, como cualquier otra actividad, en ella debe valorizarse el capital en busca de utilidades que, sin embargo, dado el carácter de la moneda son utilidades estrictamentente financieras que remiten a la "economía de la especulación", en la que la volatilidad de un vasto sistema de transacciones financieras que se operan eletrónicamente, desborda la capacidad de acción de muchos países y, dada la alta proporción de capital especulativo, vuelve muy difícil controlar los movimientos de fondos.[34]

La globalización financiera ha hecho que el capital-dinero altamente concentrado y centralizado, en ma-

[34] *Ibid.*, p. 211. Paul Kennedy. *Ob. cit.*, p. 53.

yor medida que nunca antes participe con ventaja en el reparto de la plusvalía.

La gran diferencia entre la mundialización de las actividades financieras y las productivas en términos de tasas de crecimiento, burdamente da cuenta del grado de autonomía– o si se prefiere, de la dinámica propia de los mercados financieros.[35] Los mercados de cambios son el compartimiento del mercado financiero que más crece, y su actividad no depende de la del comercio de bienes y servicios, sino que excede con mucho a ella y a otros indicadores.

Chesnay recuerda que Keynes habló de la eutanasia del rentista, que correspondería a una fase de abaratamiento del dinero. Mas lo cierto es que, lejos de que actualmente estemos en tal situación, el capital rentista –y podría añadirse el capital especulativo y aun usurario– y su poder opresivo crecen como nunca antes, lo que según el autor resulta de la larga fase de expansión de la postguerra, de las contradicciones del proceso de acumulación y la baja de la rentabilidad del capital industrial en los años setenta y de que los capitales industriales mismos se lanzan a formas de valorización puramente financieras. Lo que por cierto se hace a menudo con la ayuda de los gobiernos.[36]

Y ello, además, contribuye a que los grupos industriales se conviertan en grupos financieros, que controlando importantes bancos o actuando a partir de holding companies, hacen de la actividad y de la utilidad financiera, un campo de operación fundamental. Lo que también influye sobre el ciclo del capital, por un lado internacionalizando de manera

[35] *Ibid.*, pp. 211 y 208.
[36] Véase: *Ibid.*, p. 215.

desigual cada una de sus fases, y por otro, reforzando al capital comercial frente al industrial, que tiene que ceder una parte de la plusvalía mayor que antes. O sea que el capital-dinero "reafirma su autonomía total frente al capital productivo, y crea una situación en la que el movimiento propio de esa fracción del capital imprime su marca al conjunto del capitalismo contemporáneo.[37]

Vistos así sea de prisa algunos de los principales cambios que sufre el capital, consideremos en seguida lo que ocurre con la fuerza laboral, pues así tendremos mayores elementos para comprender los cambios que se registran en la contradicción capital-trabajo.

[37] *Ibid.*, p. 265.

4

CAMBIOS EN LA FUERZA DE TRABAJO

Un primer factor que influye en la magnitud de la fuerza de trabajo es el crecimiento de la población. Pues bien, en nuestros días como en los inicios de la primera revolución industrial y la economía clásica en Inglaterra, en que autores como Malthus temieron que la producción, concretamente de alimentos resultara insuficiente para ese cada vez mayor número de habitantes, la población crece con tal celeridad que con frecuencia se señala que estamos frente a una explosión demográfica sin precedentes.

Todavía en los años cincuenta el mundo tenía 2600 millones de habitantes. A partir de entonces, pese a que en los países industriales la población crece muy lentamente, en conjunto y sobre todo en las naciones subdesarrolladas lo hace con gran rapidez. En 1990 alcanzaba ya 5.3 mil millones y para el año 2000 se estima que llegaría a 6 mil millones.

China, India, Brasil e Indonesia exhiben en décadas recientes un aumento espectacular de su pobla-

ción, y países como México, Nigeria y otros no se quedan muy atrás.

Mientras la economía mundial y sobre todo la de los países industriales crecieron rápidamente, como ocurrió entre los años cuarenta y principios de los setenta, si bien se trató de reducir el crecimiento demográfico mediante el control de la natalidad, la explosión demográfica no se consideró tan grave como lo es hoy. Pero a partir de mediados de los años setenta en que la producción en casi todas partes creció lenta e inestablemente, y en que al mismo tiempo el avance tecnológico se intensificó, en parte a consecuencia de una cada vez mayor y más profunda internacionalización, el problema ha sido objeto de explicable y creciente inquietud.

Los años de expansión posteriores a la segunda guerra mundial, fueron sobre todo en los países industriales un periodo de altos niveles de empleo. Desde que la crisis hizo caer la inversión, la producción y el ingreso, y nuevas tecnologías permitieron reestructurar la organización de la producción, en cambio, la desocupación abierta y el subempleo se volvieron problemas cada vez más graves, y la migración de mano de obra, ahora desde ciertos países subdesarrollados a otros de más alto ingreso, modificó grandemente las condiciones del mercado de trabajo y dejo ver dramáticamente que hoy son muchos más los hombres y mujeres que buscan empleo, que las plazas que el mercado puede abrir y, por tanto, las posibilidades de ocupación.

En los últimos decenios se reduce rápidamente la proporción de la población rural, a no más del 10% del total en los países industriales, al 5% y aun al 3% en algunos de ellos como Estados Unidos, y al 25% y

menos incluso en no pocos países subdesarrollados. Junto a la menor importancia relativa de la población del campo, disminuye también la de los trabajadores manuales, la de los obreros y otros trabajadores ligados directamente a la producción de bienes, la de quienes realizan tareas rutinarias de baja calificación, la de quienes pertenecen a sindicatos y la que corresponde a trabajadores nacionales, o sea del país en el que la empresa tiene su sede principal. Como es fácil comprender, los cambios que sufre, por una parte el capital y por la otra la fuerza de trabajo, alteran la estructura social, la composición de cada clase y las relaciones entre ellas.

Si bien en ciertos momentos y en determinados países –como ocurrió con la fuerte emigración de trabajadores europeos a Estados Unidos hacia fines del siglo XIX y principios del XX–, la fuerza de trabajo se modificó debido a esos desplazamientos internacionales de población, nunca se habían dado movimientos migratorios de la dimensión y caracteres de los actuales. En los Estados Unidos, por ejemplo, la entrada legal e ilegal de trabajadores mexicanos y otros latinoamericanos alcanza cifras muy elevadas. En el Pacífico y ciertas regiones del sur, e incluso en Nueva York y otros centros industriales del noreste, se advierte un gran número de koreanos y de vietnamitas, e incluso de personas de otros países orientales, lo que en conjunto representa una rápida expansión de la fuerza de trabajo, en general de bajo nivel de calificación, que sin duda favorece al capital.

Los Estados Unidos se han beneficiado además, en años recientes, por la afluencia de trabajadores calificados y con altos niveles de educación. Se estima que tan sólo en los años ochenta llegaron a ese país más

de 1.5 millones de graduados de colegios y universidades.[1]

En los países europeos más industrializados, la escasez de mano de obra y los altos salarios se compensan asimismo con la contratación de trabajadores extranjeros, que van desde argelinos y otros del norte de Africa, hasta turcos, griegos, yugoslavos e incluso españoles y portugueses. Y a Japón y los nuevos países industriales de Asia Oriental afluyen cada vez más trabajadores filipinos e indonesios.

El caso de la ExUnión Soviética y de los países de Europa Oriental es diferente, pero influye de manera similar. En esos vastos territorios, el capital empieza a encontrar oportunidades de inversión antes inexistentes, y a utilizar una mano de obra excedente, en general barata y de buen nivel de calificación. Y, desde luego, la reorganización y creciente tecnificación de múltiples actividades, sobre todo en los más poderosos y modernos consorcios capitalistas, en la medida en que implica el despido de numerosos trabajadores, libera mano de obra que por diversas razones no es, sin embargo, la de más fácil reabsorción en el mercado de trabajo. Pero sobre todo en condiciones recesivas, la afluencia de mano de obra barata no basta para hacer crecer con rapidez la economía y el nivel de inversión y de empleo, entre otras cosas porque los países más desarrollados requieren, cada vez más, de trabajadores mejor preparados.

Refiriéndose concretamente a los Estados Unidos, el profesor Reich señala como fundamentales tres categorías de trabajo, a saber: la prestación de servi-

[1] Véase: Barnet y Cavanagh. *Ob. cit.* p. 309.

cios rutinarios ligados a la producción, los servicios interpersonales y los servicios sinbólico-analíticos.

La primera categoría corresponde a trabajadores de base que predominan en las empresas de alto volumen, aunque también incluye a empleados en niveles intermedios. Consiste en trabajos repetitivos, a partir de los cuales se producen artículos terminados para el comercio mundial, y en los que compiten, por un lado la mano de obra barata de los países subdesarrollados y por el otro la automatización.[2]

Los servicios interpersonales son también a menudo simples y rutinarios, pero se prestan de una persona a otra, y no se venden a escala mundial. En ellos se trabaja individualmente o en pequeños grupos. Aunque tales servicios se reducen más lentamente que los de tipo rutinario, tampoco tienen mayor perspectiva. Con quienes los prestan, compiten los trabajadores rutinarios desplazados, que en la economía "informal" se vuelven prestadores de múltiples servicios, y, sobre todo, compiten las máquinas que ahorran trabajo, los equipos automáticos, computarizados.

La demanda de personal simbólico-analítico, en cambio, o sea el tercer grupo está aumentando, en

[2] "Los robots empiezan a jugar el papel de las manos de los trabajadores en las líneas de ensamble".

"Bajo las condiciones modernas el trabajo enajenante en las fábricas y en las estructuras burocráticas deviene trabajo fragmentado. Los individuos realizan sólo funciones momentáneas repetitivas y sin significación en cuanto al trabajo total, sobre el que no tienen control alguno... El hombre es reducido a un instrumento de su propia existencia, lo que despoja a esa existencia de sentido". Branko Horvat. *The Political Economy of Socialism.* M. E. Sharpe Inc., Armonk, N.Y., pp. 407, 97 y 98.

particular en las actividades de más alto nivel tecnológico. En este nuevo y cada vez más amplio campo trabajan científicos, investigadores, ingenieros de diseño, de sonido y computación, ejecutivos en relaciones públicas, banqueros de inversión, abogados especializados, promotores de bienes raices y ciertos contadores. Y aunque la oferta de estos analistas ha crecido en Europa y Asia oriental, los Estados Unidos siguen siendo el país que cuenta con mayor número de ellos, con más experiencia y con una mejor infraestructura. Hacia 1990 se estimaba que ese personal representaba alrededor de la quinta parte del total, y que seguramente seguiría creciendo con rapidez. Al respecto un autor comenta: "...mientras el resto de la nación depende económicamente cada vez más de la afortunada quinta parte, ésta depende a su vez menos de aquél y más del mercado mundial, (es decir), no de la productividad, poder de compra o limitaciones a los sueldos de las otras cuatro quintas partes..."[3]

O sea que la contradicción capital-trabajo se da hoy en un nuevo escenario, mucho más amplio, desigual y complejo que el previo y en nuevas formas que resultan de los cambios que uno y el otro sufren. Por ejemplo, sobre todo en las grandes empresas aumenta el capital por trabajador y el nivel de productividad del trabajo, ante el cual se rezagan los salarios reales y en particular los salarios en relación a la productividad; al concentrarse cada vez más la riqueza y el ingreso se eleva la parte del valor de la producción y del ingreso global que absorben las utilidades y disminuye la que corresponde a sueldos y especialmente a salarios; y una mayor inversión no significa necesa-

[3] Robert B. Reich. *Ob. cit.*, pp. 250.

riamente mayor nivel de empleo. A diferencia de lo que aconteció en las revoluciones industriales "clásicas" y en general en la fase premonopolista, en que la creciente inversión trajo consigo rápidos y sustanciales aumentos de la producción y la ocupación, bajo la reestructuración capitalista de hoy el empleo no aumenta en forma sensible y aun tiende a disminuir. Todavía más, hoy no se acepta –como se hacía bajo el Keynesianismo– que el desempleo exhiba un desequilibrio resultante de una insuficiente demanda efectiva, que sin embargo el Estado podía elevar, sino que según la nueva ortodoxia monetarista "...el desempleo masivo es una condición necesaria para que la economía esté en equilibrio. (Y) en ausencia de suficiente desempleo, la inflación se acelerará, los mercados financieros dejarán de funcionar adecuadamente, y los más diversos problemas se multiplicarán...[4] Lo cierto es que en años recientes, aun habiendo estancamiento económico y altas tasas de desempleo, tasas que exceden con mucho a la que Milton Friedman consideraría una "tasa natural", la inflación estuvo presente y en cierto momento aun fue en ascenso.[5]

El capital que opera con tecnologías más modernas, estructuras organizativas más eficientes y altos niveles de productividad, utiliza cada vez menos trabajadores por unidad de producción y de inversión. En múltiples procesos decrece, en particular, el número de trabajadores que los anglosajones llaman de "cuello azul" y aumenta ligeramente, aunque en cier-

[4] Review of the Month. "Unemployment: Capitalism's Achilles Heel". *Monthly Review*. Vol. 46 No. 7, diciembre de 1994, p. 3.

[5] *Ibid.*

tos casos también se reduce el de los de "cuello blanco", esto es empleados, técnicos y profesionistas que proceden de las capas medias; y ello es así tanto por el avance tecnológico como por el desplazamiento que se da desde la industria hacia el comercio y sobre todo los servicios.

La creciente importancia de los servicios, a los que en Estados Unidos se atribuye hoy la mayor parte del empleo y más del 70% del PIB, ejerce gran influencia en los cambios que sufre la relación entre empresas y trabajadores y los que experimenta el mercado laboral. Sobre todo en los países industriales de altos niveles de ingreso y de consumo se tiende a impulsar actividades "altamente intensivas en servicios" por varias razones: en parte porque el costo de realización se eleva y el comercio, ahora a partir de grandes y modernos centros comerciales, cobra cada vez mayor importancia; en parte porque la propia industria, que antes se limitaba en gran medida a producir bienes, actualmente es más compleja y ofrece nuevos productos que se vinculan estrechamente y aun se acompañan de servicios diversos, los llamados "productos-servicios".

El sólo hecho, además, de que los mercados financieros, la informática y las telecomunicaciones se extiendan como lo hemos visto en años recientes, da a los servicios una nueva dimensión. "En la informática, por ejemplo, los constructores de ordinadores han desarrollado su actividad de fabricación conjuntamente con la prestación de servicios..." A ello contribuye también la política de desregulación y privatización hoy de moda, al impulsar el desarrollo y dar mayores facilidades a ciertos servicios antes públicos, lo que según algunos autores abre incluso la

única "nueva frontera" a la expansión del capital. El desplazamiento de la inversión de los grupos industriales hacia los servicios obedece, además, a que "el dominio de la cadena del valor es fundamental", y a que sólo entrando a los servicios pueden ciertos grupos industriales competir eficazmente con otros que han cobrado fuerza en ese campo.[6]

Pues bien, al volverse en gran parte las economías industriales y aun muchas subdesarrolladas, economías de servicios, cambia grandemente como ya se dijo la estructura de la fuerza de trabajo, y si bien se crean numerosos nuevos empleos, los de carácter "simbólico-analítico" o sea los de más alto nivel de preparación y de ingreso, no crecen con la rapidez que sugiere el profesor Reich. Los que más aumentan son los de niveles muy bajos de la escala, que no requieren calificación y que incluso a menudo se encomiendan a trabajadores extranjeros inmigrantes, que aceptan las condiciones más desfavorables.

"La gran mayoría de los puestos creados por la revolución de la información no tienen el glamour de las operaciones globales"; numerosos nuevos trabajos también suelen ser repetitivos y rutinarios, como ocurre concretamente en el manejo de las computadoras. Y "la producción, procesamiento y venta de información es la industria que más crece en el mundo..."[7]

En los Estados Unidos, durante ya muchos años la tendencia dominante en el mercado laboral es que

[6] F. Chesnay. *Ob. cit.*, pp. 156, 157, 159 y 160.

[7] Barnet y Cavanagh. *Ob. cit.*, pp. 337 y 334.

aumentan sobre todo los empleos de más bajos salarios, y en mucho menor medida los de muy altos sueldos, mientras que se reduce la importancia relativa de los sueldos medios y de quienes los ganan, lo que se expresa en mayor desigualdad y creciente polarización en el reparto del ingreso. Se mantienen, además, altos niveles de desempleo, se debilitan los sindicatos e inclusive cobra importancia la economía informal, aunque desde luego no en la medida en que lo hace en los países subdesarrollados.

Según algunos analistas, a consecuencia de los cambios que sufre la economía y sobre todo las formas de organización de la producción, el mercado se segmenta y el "dualismo" se acentúa. Antes de tales cambios el llamado mercado "primario" estaba dominado por las grandes empresas que obtenían una utilidad superior a la media y pagaban mejor a sus trabajadores, y en particular a los sindicalizados. El mercado laboral "secundario" correspondía a las empresas pequeñas y a los trabajadores en general no organizados, que ganaban menos. Hoy, en cambio, al formarse redes de empresas que rebasan las fronteras nacionales y los límites sectoriales, al avanzar el proceso de "desintegración vertical", al reducirse costos, concretamente salariales y al sustituir a numerosos trabajadores antes de la empresa por proveedores y contratistas que aun siendo dependientes, desde un punto de vista legal no forman parte de ella, los trabajadores se dividen entre los que están dentro y los que quedan fuera ("insiders" y "outsiders"). Y aun en las muy poderosas empresas, las oportunidades de los segundos son muy reducidas y los empleos en ese mercado "secundario", a menudo de tiempo parcial

crecen mucho más que los empleos estables y bien remunerados.

Lo cierto, en realidad es que en las condiciones actuales lo que caracteriza al mercado de trabajo es la inseguridad en el empleo, incluso de quienes en otros tiempos consideraban su trabajo muy estable.

Con frecuencia se señala que en el nuevo sistema de producción flexible el contraste que se advierte en las condiciones de trabajo incluso en una sola empresa, es sorprendente. Fiorenza Belussi observa que bajo el "fordismo decentralizado" de la firma Benetton, por ejemplo, se combinan diseño y desarrollo de alto nivel en el norte de Italia con la producción en pequeños e inadecuados talleres en el sur de Europa y en otros países. En la región de Venecia, unas cuantas grandes plantas representan el centro y el control del grupo, y desde ahí se manejan la producción de las principales líneas y el logro de la mayor calidad, las finanzas, la informática y la comercialización. Pero el grupo, que sin duda es trasnacional, en forma descentralizada se abastece por 450 pequeñas empresas, que dependen en gran parte de altos exfuncionarios de Benetton, y en las que, en general en malas condiciones trabajan 25 mil personas. Y las ventas al menudeo se realizan a través de una red de 4500 tiendas que operan bajo franquicias en 52 países.[8]

El caso de la empresa fabricante de zapatos deportivos, NIKE, es aún más revelador de una red cuyas principales unidades, estando muy alejadas unas de otras geográficamente y operando algunas de ellas en forma descentralizada, se coordinan sin embargo es-

[8] Véase: F. Chesnay. *Ob. cit.*, p. 87 y Bennett Harrison. *Ob. cit.*, pp. 196-199.

trechamente y funcionan como partes de un todo. Aquí, el sistema de "concentración con descentralización" se expresa en una producción que procede de los más diversos sitios, pero que se desenvuelve bajo el control técnico y financiero de quienes, en el centro del grupo dirigen unas cuantas grandes corporaciones multiregionales, multisectoriales y multinacionales, y sus aliados estratégicos.

La empresa que antecede a NIKE, entre 1964 y 1978 sufre diversos cambios y aun al fin de ese periodo es muy diferente de la actual. A partir de entonces, su nueva estructura se caracteriza por operar en dos planos o "franjas". En el primero de ellos, los "socios desarrollados" (proveedores y contratistas), principalmente de Taiwan y Corea del Sur trabajan en estrecho contacto y se corresponsabilizan de ciertas cosas, con personal de alto nivel, de Oregon, para hacer los mejores zapatos, y al mismo tiempo subcontratan ciertas actividades en Tailandia, Indonesia, Malasia y China, a manera de periferia, a los precios más bajos posibles.

En un segundo nivel se adquieren materiales y diversos componentes que pueden proceder de empresas que forman parte del grupo en varios países y aun continentes, y aquellos que requieren trabajo altamente calificado se obtienen en Oregon y lugares vecinos, de las empresas que forman el centro del grupo, el que como se ha visto funciona a través de un sistema dual que combina altos y bajos salarios, producción especializada y estandarizada, y central y periférica.[9]

[9] Véase: Bennett Harrison. *Ob. cit.*, pp. 206 a 209.

Según los propios empresarios, "la flexibilidad de ese sistema reside en la combinación del bajo costo, la dispersión del riesgo y, sobre todo, la velocidad a la que un nuevo diseño de calzado se transforma en un producto en el mercado". Pues bien, la utilización de trabajadores altamente disciplinados y de técnicas de producción en masa, a partir de simplificar ciertos procesos y mejorar la maquinaria significan la continuación de los métodos fordistas. "Los únicos elementos del sistema de NIKE que podrían considerarse "maquinaria flexible" son el CID y el CAE (computer aided design y computer aided enginneering) usados en Bevetton (EU) como parte de la investigación y desarrollo, y el control electrónico de ciertas máquinas moldeadoras utilizadas por algunos subcontratistas en Corea del Sur.

La segmentación del mercado de trabajo que las nuevas formas de organización de la producción acentúan, debilita a los sindicatos y reduce los salarios de numerosos trabajadores. En Estados Unidos, sólo el 12% de éstos pertenecen a los sindicatos –que en los años ochenta perdieron a medio millón de miembros–, y para el 2000 se estima que se reducirán al 5%.[10]

En esa década, además, en Estados Unidos se perdieron entre 32 y 38 millones de empleos, la mayor parte de ellos en la industria, debido a las nuevas tecnologías, a la creciente importancia del trabajo a tiempo parcial y la existencia de un fondo realmente global de mano de obra, creándose a la vez muchos nuevos empleos en los servicios, pero en escalas en general inferiores. La feminización de la fuerza de

[10] Véase: *Ibid.*, p. 213 y Barnet y Cavanagh. *Ob. Cit.*, pp. 312 y 310.

trabajo, que entre otras cosas significa pagar menos que a los hombres por trabajo igual, la inmigración masiva de trabajadores poco y aun no calificados, el trabajo de niños y adolescentes y desde luego el desempleo, contribuyeron a hacer más difíciles las condiciones del mercado laboral, y aun en los países más ricos aumentó el número de pobres.

A menudo se sugiere que en el sistema de producción flexible, el trabajo de equipo resulta menos difícil y más estimulante que el que se hace de manera individual, en forma aislada. Aunque en parte ello puede ser así, la rotación en el trabajo, o sea el que los trabajadores puedan realizar simultáneamente diferentes operaciones, el que se responsabilicen en mayor medida del proceso de producción, de asegurar calidad y dividir mejor lo que ha de hacerse, si bien tiene interés, "las presiones de la alta velocidad... hacen que el trabajo sea tan duro como siempre y aún más", y "el énfasis en eliminar movimientos innecesarios y en llenar tiempos no aprovechados, significa que hay que trabajar con mayor rapidez y más intensamente..."[11]. Lo cierto es que tal sistema eleva la productividad, la competitividad y las utilidades, y que aun así, sobre todo cuando la actividad se contrae, se despide a numerosos trabajadores y se exige a los que conservan su empleo trabajar más por menos dinero. E incluso cuando la economía se recupera, se mantiene esa política, supuestamente para seguir siendo competitivos. "Mas las ganancias y la competitividad de las empresas no garantizan la seguridad en el empleo.[12]

[11] Barnet y Cavanagh. *Ob. cit.*, p. 315.

[12] Véase: James Rinehart. "The ideology of Competiveness. *Monthly Review*. Octubre de 1995, pp. 18 y 19.

Por ello no es extraño que los trabajadores, en particular, no entiendan a menudo cuál es el verdadero alcance de la competitividad y cómo se pueden beneficiar de ella. "El trabajador canadiense –comenta un funcionario del partido conservador de ese país– puede elegir entre trabajar más duro por menos dinero o perder su empleo. Eso es lo que significa la competitividad";[13] y ello no contribuye a elevar la eficiencia. Como bien dicen los economistas ingleses Deakin y Wilkinson: "La dependencia de una fuerza de trabajo subvaluada facilita a los productores ineficientes y a las técnicas obsoletas, sobrevivir y competir. Y las empresas caen en trampas de baja productividad, de las que hay muy pocos incentivos para escapar".[14]

En las nuevas condiciones numerosos trabajadores de los países subdesarrollados competirán con los trabajadores de los países industriales, pero "...cientos de millones de otros seres humanos en este mercado de trabajo global nunca encontrarán empleo... Sin ser productores ni prestadores de servicios... tampoco serán consumidores de los productos globales. El ciclo de desempleo, pobreza, subconsumo y estancamiento en las economías nacionales está ya sacudiendo al nuevo mundo de las grandes corporaciones..."[15]

La carrera hacia abajo, que produce cada vez más desempleo, menores salarios, mayor pobreza, creciente desigualdad social, deterioro del ambiente, rezago en la infraestructura y a menudo estancamiento y recesión, no puede continuar. La búsqueda de

[13] *Ibid.*, p. 23.
[14] Cit. por Bennet Harrison. *Ob. cit.*, p. 212.
[15] Véase: Barnet y Cavanagh. *Ob. cit.*, p. 338.

"mayor competitividad" por ese camino resulta suicida y sumamente costosa para los trabajadores y aun para numerosos empresarios. "Se dice a menudo que la globalización nos conduce a una aldea global" (global village). Sería quizás más adecuado decir que la globalización en su forma actual está llevando al pillaje –global pillage– del planeta y sus habitantes.[16]

El que con frecuencia disminuya el nivel de ocupación y sobre todo el que numerosos trabajadores que pierden su empleo no puedan permanecer en la economía formal –como parte de la fuerza de trabajo organizada– y tengan que recurrir a la economía "informal", a menudo ya no propiamente como trabajadores asalariados sino como vendedores de las más diversas mercancías, frecuentemente con ingresos inestables y muy bajos, y a veces mejorando su posición, son hechos que modifican sensiblemente la relación capital-trabajo.

Como ya se dijo, la creciente movilidad tanto del capital trasnacional como de la mano de obra, abre también nuevos frentes que amplían y modifican el mercado de trabajo, y cuyo rasgo característico es que ponen en contacto, de nuevas maneras, al trabajador nacional con el capital extranjero. Cuando éste se introduce en otros países industriales, emplea mano de obra calificada, y en los subdesarrollados, sobre todo semicalificada en ciertos procesos, y adiestra técnicos y trabajadores locales –a veces especialmente mujeres jóvenes– para sus nuevas actividades. En cambio, cuando son los trabajadores quienes emigran a los países industriales –salvo tratándose de la llamada "fuga de cerebros", que probablemente tiene ma-

[16] Jeremy Brecher y Tim Costello. *Ob. cit.*, pp. 25 y 32.

yor significación de la que se cree–, se ofrecen en múltiples actividades, en general poco y aun nada calificadas, rutinarias y mal retribuidas, en las que a menudo no se interesan ni los trabajadores más pobres de esos países.

Lo que quiere decir que incluso en mayor medida que en otras épocas, la relación capital-trabajo enfrenta hoy directamente a las grandes empresas con una cada vez más amplia y heterogéna gama de trabajadores de muy diverso origen y habilidades, en la que destacan y contribuyen en mayor medida a hacer crecer el ingreso aquellos que tienen mayor preparación y capacidad, e indirectamente, con una fuerza laboral en buena parte desocupada o subempleada, que contribuye a que la pobreza extrema se extienda dramáticamente. Al nivel de las empresas más pequeñas que resisten a la crisis, esa relación es más difícil para el capital, y ni qué decir para los trabajadores.

A punto de concluir el presente siglo, si la economía crece en general tan lentamente como lo hizo en los últimos años, el nivel de empleo no aumentará en forma significativa. En Estados Unidos, sin embargo, se estima que entre 1988 y 2000, los empleos que más se demandarán en cifras absolutas serán de vendedores ambulantes, enfermeras registradas, personal de restaurantes, técnicos de salud, ejecutivos de alto nivel y empleados de oficina, y que aquellos en que la demanda aumentará porcentualmente más serán puestos de abogados y trabajadores paralegales, asistentes médicos y de enfermería, técnicos radiológicos, reparadores de equipo, procesadores de datos y técnicos en registros médicos.[17]

[17] Véase: *America's Changing Workforce.* Nuventures Consultants, Inc. California, 1990, pp. 162 y 179.

Quienes trabajan en las empresas del futuro, que en muchos casos ya están en proceso de desarrollo, deberán contar con educación superior a la secundaria, tener ciertos conocimientos de matemáticas, campo en el que ahora hay un grave rezago; saber comunicarse y trabajar en equipo, tener iniciativa y estar dispuestos a adiestrarse mejor. Tales personas deberán "ser aprendices de tiempo completo...", "...equiparse con la destreza conceptual requerida para hacer frente al cambio permanente, y estar armados con la tecnología necesaria para poner en práctica su capacidad..."[18]

Lo que en otras palabras significa que si en los últimos años las cosas no fueron fáciles para los trabajadores, en los próximos acaso sean aún más difíciles, pues el rápido cambio tecnológico, la reestructuración del capital, la reorganización institucional y la competencia de los propios trabajadores, ahora no sólo en cada país sino entre unos y otros, puede resultar, en mayor medida que hasta aquí en creciente desempleo en actividades en las que muchos podrían trabajar, y en demanda de nuevos servicios en campos nuevos de desarrollo, de alta tecnología, en los que, quienes buscan trabajo carecen a menudo de la preparación que la prestación de esos servicios y el manejo de la nueva tecnología requieren.

De no haber otros factores en juego, seguramente la contradicción capital-trabajo se intensificaría y en ciertos casos aun sería explosiva. Pero lo que tiende a mitigarla es la ideología dominante, el bajo nivel de organización de los trabajadores, el que pese a todo,

[18] William A. Davidow y Michael S. Malone. *Ob. cit.*, p. 195.

la condición de algunos segmentos mejora, y ciertas situaciones políticas. Los medios de difusión, con toda la enorme influencia que hoy ejercen, contribuyen sin duda a que aun los problemas económicos y sociales más graves se acepten como algo natural e inevitable y a que lo que se hace bajo el capitalismo se considere no sólo lo mejor, sino a menudo lo único posible.

El bajo nivel de organización de los trabajadores incluso en actividades importantes en las que hace años había fuertes sindicatos, y de hecho la inexistente organización en la economía "informal", aunque en general no impiden que se exprese en múltiples formas el descontento y aun el interés en que las cosas cambien, mantienen sin embargo confusa o dispersa a una gran masa y limitan seriamente su capacidad de acción y de respuesta oportuna y eficaz.

El que, por diversas razones ciertos elementos no sólo no sufran un deterioro en sus condiciones de trabajo y de vida sino que incluso obtengan alguna mejoría, contribuye a que ellos, y también muchas otras personas no comprendan la naturaleza y alcance de los problemas que más les afectan, a que se confundan e incluso no adviertan claramente los aspectos más negativos de una situación determinada, y a que su apreciación de las cosas sea parcial y aun errónea.

Y desde la política, de una u otra forma se busca que el descontento no se convierta en acción y que los trabajadores, lejos de dudar del sistema, del Estado y de las estructuras de poder existentes, acepten la propaganda de que sus intereses, por ser de la mayoría, supuestamente son los que más importan a la clase dominante. Unos y otros medios tienen éxito en su empeño de confundir, dispersar e inmovilizar

a los trabajadores. Pero, a la vez, los viejos y autoritarios sistemas políticos empiezan a exhibir cuarteaduras y a mostrarse incapaces para resolver ciertos problemas y desajustes.

Contradicción burguesía-trabajadores

Los cambios anteriores influyen grandemente también en la lucha de clases y en particular en la contradicción burguesía-proletariado. El peso de la gran burguesía y en particular de lo que podría considerarse la oligarquía, esto es las fracciones dominantes de aquélla, aumenta considerablemente. En cambio decrece la importancia relativa y en conjunto se debilitan los segmentos burgueses medios y bajos. En cuanto al proletariado, disminuye el peso de la clase obrera y desde luego del campesinado y cobran creciente importancia los empleados de diverso tipo, principalmente en el comercio y los servicios.

Por todo ello, lo que en otros tiempos fue el centro de la lucha de clases, es decir la confrontación entre la burguesía industrial y los obreros, ahora sigue presente pero ya no como el eje, sino como un elemento que se reinserta en una estructura social más amplia, compleja y cambiante; y aunque ese no es el único factor, en parte a él obedece que, sin dejar de estar presente el contenido de clase, en numerosos conflictos y luchas e incluso en no pocas de las fundamentales, los nuevos reagrupamientos desborden a una u otra clase e incorporen fuerzas de muy diverso origen, ocupación y condición social. Así ocurre hoy en América Latina, por ejemplo, en tratándose de la necesidad de impulsar y reorientar el desarrollo, de promover la integración regional y

mejorar los niveles de vida, enriquecer la democracia y preservar la soberanía nacional. Pero aunque a veces no se aprecie a primera vista y fácilmente, el carácter de clase subyace también a menudo en múltiples luchas. El contraste cada vez más dramático entre ricos y pobres es una expresión de ello, y aun demandas populares muy concretas y a la vez bien modestas que no se dan como enfrentamiento abierto a la clase dominante, suelen tener ese carácter.

El hecho de que el número de burgueses tienda a crecer y de que incluso en mayor medida lo hagan los trabajadores, amplía el espacio y modifica las formas que adopta la contradicción de que hablamos. En cuanto a la burguesía, lo que en otros tiempos fue una clase que en parte procedía de la agricultura, y en mayor proporción del comercio y la industria, podríamos decir tradicionales, hoy es casi exclusivamente urbana, se asienta y desenvuelve en particular en las grandes ciudades, y a su vieja relación con la industria en los países más desarrollados –la que se moderniza y refuerza con el avance tecnológico–, ahora añade un estrecho contacto con los nuevos grandes consorcios comerciales y con múltiples servicios incluidos los financieros, en los que con frecuencia se opera a escala realmente internacional.

Aun entre los grupos empresariales más poderosos es fácil advertir que el nivel al que funcionan no es el mismo, y que aun en cada uno de ellos se advierten diferencias significativas. Y abajo de esos fuertes grupos hay millares y aun centenares de miles de empresas medianas y pequeñas cuyos dueños o principales accionistas suelen ser también burgueses, aunque muy diferentes de los grandes magnates, y cuya rela-

ción con los trabajadores tiene sus propias modalidades.

Formando parte también de la clase dominante hay muchas otras personas que aun no teniendo relaciones directas con ciertas empresas mercantiles, son ricas y viven en condiciones privilegiadas. Tal es el caso de numerosos altos funcionarios públicos, de muchos militares de rango también elevado, de ciertos prominentes miembros de la iglesia, de no pocos terratenientes y dueños de costosas propiedades urbanas, de gentes vinculadas al narcotráfico, y de otras.

Lo que confirma lo ya expresado, de que la contradicción burguesía-proletariado, con la concentración de riqueza sin precedentes y el hoy enorme y muy diferenciado conjunto de trabajadores manuales e intelectuales, es más compleja y se desenvuelve de nuevas y muy diversas maneras en escenarios también muy distintos entre sí.

Entre las nuevas formas de lucha en muchos países cabría mencionar las múltiples acciones y esfuerzos organizativos que se advierten en la sociedad civil, y el movimiento social o popular, y que si bien en su mayor parte se desenvuelven de manera espontánea y dejan ver escasa articulación y bajos niveles de organización, en ciertos momentos y ámbitos son importantes e incluso no es extraño que ejerzan mayor influencia que las formas de lucha tradicionales de la clase obrera. En tanto que el ejercicio del derecho de huelga, por ejemplo, se ha vuelto cada vez más difícil y sus resultados son ya, en general, muy limitados y pobres, otras acciones y protestas de grupos de trabajadores muy amplios suelen tener mayor impacto e influir más para que las cosas cambien.

Al menos en algunos países, en el marco de la sociedad civil y del movimiento social han surgido esfuerzos ciudadanos de nuevo tipo que son también formas de organización y de luchas interesantes. En esos esfuerzos tienden a participar hombres y mujeres de capas sociales intermedias con mayor preparación y más alto nivel de politización, que en general no están organizados políticamente, tienen reservas y aun desconfianza hacia los partidos, consideran que éstos actúan como parte del orden establecido y de las actuales estructuras de poder o no están de acuerdo con sus métodos de trabajo y formas de militancia, por lo que prefieren trabajar de nuevas maneras y en forma independiente. Desde luego esos grupos son muy heterogéneos, a menudo se hallan dispersos, muchos de ellos exhiben un pragmatismo desmedido, no actúan de manera sistemática, se ocupan de cuestiones coyunturales inmediatas –casi siempre reivindicativas–, no se interesan en problemas y acciones más importantes, de mediano y largo plazo y operan con muy bajos niveles de organización y ante contradicciones no fáciles de resolver, y pese a su inconformidad con el estado de cosas prevaleciente, a menudo apoyan a las fuerzas más conservadoras y los procesos de derechización. Pero, a la vez son nuevos frentes de lucha que con frecuencia tienen mayor influencia y capacidad de movilización que los partidos políticos.

5

CONTRADICCIONES ENTRE LOS PAÍSES INDUSTRIALIZADOS, Y OTRAS

Actualmente no hay entre tales países las rivalidades de otros tiempos, que incluso llevaron a la guerra y a la destrucción masiva de riquezas materiales y de vidas humanas. No obstante, la competencia tecnológica, comercial y financiera de tales países es más severa y no sólo se da entre los principales bloques regionales sino incluso en el seno de cada uno de ellos. Estados Unidos sigue teniendo la economía más poderosa y la que ejerce mayor influencia, y militar e ideológicamente es, sin duda, la principal potencia. Japón y Alemania –derrotados en la segunda guerra mundial– son los dos países que más han crecido y más se han fortalecido en los últimos decenios, y económica, financiera y tecnológicamente han dejado atrás a otros antes de primera línea como Inglaterra y Francia. El grupo de los siete, que reune a los principales países industriales, es un nuevo mecanismo que ejerce gran influencia en la comunidad internacional. Pero junto a acuerdos en campos y cuestiones importantes hay también desacuerdos que

hacen ver que el equilibrio logrado hasta hoy entre las grandes potencias es precario e inestable. Aun entre tales países el desarrollo sigue siendo muy desigual, y ello, por sí sólo expresa y acentúa contradicciones reales que si bien usualmente se resuelven por vías comerciales, en cualquier momento pueden desbordar los marcos institucionales establecidos o al menos provocar fuertes tensiones. Entretanto la cada vez mayor interdependencia no excluye, desde luego, la dominación de los países más poderosos y la dependencia de los más débiles, como en realidad sucede en los tres grandes bloques regionales, en que el peso de potencias como Estados Unidos, Alemania y Japón, supera con mucho al de países como México, en el TLC, Portugal en la CEE, o Malasia en la Cuenca del Pacífico.

Entre los propios países más poderosos, recientemente vimos los desacuerdos que se exhibieron, por ejemplo en la Unión Europea, entre Inglaterra y otros, y en lo que ahora es el TLC, entre Estados Unidos y Canadá.

A propósito de desacuerdos y fricciones entre grandes potencias, hace unas semanas afloró en la prensa mexicana el reclamo que hace el gobierno de Estados Unidos a Japón, de que los automóviles norteamericanos puedan entrar en mejores condiciones al mercado japonés, para compensar así en alguna medida las cuantiosas ventas de vehículos japoneses en los Estados Unidos.

Y si bien, como antes se dijo, la rivalidad entre los países más industrializados no es hoy tan explosiva como en otros tiempos, lo que es indudable es que la competencia entre ellos está presente y suele ser muy severa; y aun cuando verbalmente todos exaltan las

virtudes del libre comercio, en los hechos practican a menudo una u otra forma de proteccionismo, sobre todo bajo condiciones recesivas como las que han privado en años recientes.

La competencia de que hablamos no sólo se da en planos estrictamente comerciales sino incluso, podría decirse, a nivel macroeconómico. Cada país, en efecto, trata de crecer económicamente más que que el otro, de elevar el nivel de empleo a través de una mayor producción interna y crecientes exportaciones, de avanzar tecnológicamente, sobre todo a partir de un mayor gasto en investigación y desarrollo; de acelerar el proceso de globalización mediante movimientos de mercancías, de capitales y recursos financieros que permitan ampliar mercados y posibilidades de inversión. No deja, pues, de ser interesante y revelador que no obstante que a menudo se da la impresión de que el mercado libre es el mejor mecanismo de asignación de recursos, lo cierto es que aun en el marco de políticass ortodoxas o "neoliberales", los Estados, y concretamente los de países industriales, intervienen de una u otra manera en sus economías. En un reciente estudio se señala que, entre 1986 y 1989, 22 países de la OCDE pusieron en marcha programas para fortalecer su desarrollo económico, de los que 879 se proponían:

-Fomentar la competitividad en sectores específicos;

-Apoyar a empresas en crisis;

-Aumentar el gasto en investigación y desarrollo;

-Contribuir a la disminución del costo del capital;

-Promover el desenvolvimiento de ciertas regiones con problemas;

–Ayudar a empresas medianas y pequeñas, y

–Promover la exportación y la inversión en el exterior.[1]

Desde luego se advierten no pocos cambios en el carácter, alcance y orientación de tales programas, que en su mayor parte manejan los propios gobiernos. En el estudio antes citado se hace notar que para promover la inversión se utilizan "créditos fiscales, subsidios a la tasa de interés y préstamos especiales; inversión pública directa en infraestructura, especialmente sistemas de comunicaciones..., financiamiento gubernamental (a empresas privadas) y revisión del marco legal..."[2]

Llama la atención la importancia de los subsidios, con propósitos diversos y las formas también diferentes en que se apoya a las empresas pequeñas y medianas; y aunque la política de cada país tiene modalidades propias, se advierten asimismo rasgos comunes o similares. Por ejemplo para estimular la inversión es frecuente que se reduzcan impuestos, se autorice la depreciación acelerada de inversiones en planta y equipo, se creen y apoyen fondos de desarrollo, se otorguen créditos preferenciales, a largo plazo; se impulse la modernización de la infraestructura básica, etc.

En lo que hace a investigación y desarrollo, a menudo se promueve cierto tipo de estudios, se crean centros especializados, se fomenta la innovación y la transferencia tecnológica, se subsidia la investigación

[1] Véase: Fernando Sánchez Ugarte y otros. *La política industrial ante la apertura.* México, 1994, p. 185 y siguientes.

[2] *Ibid.*, p. 187.

científica, se prepara personal de alto nivel, se constituyen fondos especiales de apoyo, se protege la propiedad intelectual, facilita la introducción de nuevas tecnologías, eleva el gasto público con tales fines y se respalda financieramente la introducción de nueva tecnología, con préstamos y subsidios en actividades determinadas.

Tanto en los países industriales como en los subdesarrollados el nivel de empleo es actualmente, como se sabe, insatisfactorio. Incluso en no pocos casos se observa un desempleo cada vez mayor, y aunque con frecuencia se sostiene, aquí también, que es el mercado el que al asignar de mejor manera los recursos disponibles, podrá contribuir a elevar la producción y la ocupación, lo cierto es que los gobiernos mismos, agencias semioficiales y desde luego las empresas y sobre todo las grandes, prestan cada vez mayor atención a capacitar y adiestrar personal, al reestrenamiento, reubicación, educación para adultos, orientación vocacional, compensación a desempleados, ajustes de salarios conforme a productividad y alzas de precios, programas de becas, creación de empleos temporales, bolsas de trabajo y otras medidas.

Casi todos los países apoyan además, en una u otra forma, a empresas pequeñas y medianas que son importantes fuentes de empleo y, a la vez, las que más resienten la crisis y la dura competencia de las más poderosas, incluido en primer lugar el capital trasnacional, lo que permite comprobar que aun la llamada "desregulación" no significa que el sistema y concretamente el Estado y el gobierno se desentiendan de algunos de los problemas que afectan a dichas empresas. Lo cierto es que a través de exenciones u otras medidas fiscales, otorgamiento de créditos especiales,

articulación de esfuerzos y creación de asociaciones estratégicas, programas de capacitación, promoción de exportaciones, fondos de apoyo, acceso al mercado de valores y otras fuentes de financiamiento, reorganización en busca de reducir ciertos gastos y elevar el nivel de eficiencia, otorgamiento de avales u otras garantías, facilidades a la adquisición y transferencia de tecnología, reestructación de carteras vencidas, reducción de tasas de interés, introducción y extensión de la computación y otras medidas, se apoya al menos a numerosas empresas pequeñas y medianas, aunque también es cierto que la mayoría de ellas carece de esos apoyos y opera en condiciones muy precarias.[3]

Lo que hemos querido destacar es que las políticas económicas y en particular industriales de los países de mayor desarrollo exhiben buena dosis de intervención estatal y aun de proteccionismo que complementa y a menudo modifica la acción del mercado, y que a la vez deja ver que cada país trata de fortalecer ciertas posiciones, lo que sin duda afecta las relaciones entre unos y otros, y por tanto sus contradicciones en diversos planos.

Aparte de la intervención directa e indirecta de Estados y gobiernos en el mercado y la política económica, las empresas y sobre todo las grandes y más poderosas juegan también un papel muy importante –con frecuencia el principal. El centro de lo que suele ser no sólo una severa competencia sino a veces una

[3] Muchas de las medidas antes señaladas proceden del resumen que, sobre la Política Industrial de los países industrializados, se hace en la obra ya citada de Sánchez Ugarte y otros autores. *Ibid.*, pp. 175 a 247.

abierta confrontación –e incluso una guerra comercial y financiera no declarada– entre los más fuertes capitales trasnacionales es la búsqueda de una mayor productividad y más alta eficiencia y competitividad.

En el marco de la transformación tecnológica de los últimos decenios, que muchos consideran una verdadera revolución, la competencia se despliega en los más variados planos, empezando con el tecnológico. Pero la incorporación de una nueva y sofisticada tecnología no es sencilla: requiere saber elegir la más apropiada para el uso al que ha de destinarse; a menudo exige cuantiosas inversiones; reorganizar las empresas y procesos en que ha de utilizarse, contar con personal que sepa manejarla y otras condiciones. La utilización de las tecnologías controladas electrónicamente, tales como la robótica, los procesos de diseño y fabricación CAD-CAM ("computer aided design" y "computer aided manufacturing") y otras innovaciones que rompen con la vieja tecnología es especialmente compleja y reclama profundos cambios en las formas de organización y funcionamiento de las empresas.[4]

Precisamente en torno a la relación: tecnología-organización se advierten hoy nuevas contradicciones. "Nuestra capacidad técnica –señalan los autores antes citados– siempre superará a nuestra capacidad organizativa. Nuestra habilidad para desarrollar innovaciones tecnológicas siempre rebasará nuestra habilidad para desarrollar los ajustes sociales y organizati-

[4] Donald D. Davis and Associates, *Managing Technological Innovation*. Jossey-Bass Publishers. San Francisco, 1986, pp. 2 y 3.

vos que aseguren la rápida y cada vez más extendida utilización de aquéllas..."[5]

Los países industriales se caracterizan como es sabido, entre otras cosas, por tener una alta productividad. Pero como ésta es una variable en continuo proceso de cambio, lo cierto es que aun en esos países –esto es en cada uno de ellos, entre unos y otros y en diversos sectores y actividades– se advierten niveles de productividad muy diferentes. En los Estados Unidos, por ejemplo, hasta principios de los años ochenta ciertas líneas de alta tecnología como computadoras, productos químicos, "misiles", fabricación de aviones y otras mantenían muy buena posición; en cambio la industria del calzado, los productos electrónicos de consumo, el acero, llantas, cemento y otras áreas de baja tecnología, tropezaban con una cada vez mayor competencia extranjera y algunas de ellas aun estaban en proceso de desaparición.[6]

En un estudio más reciente se hace notar que al comparar el desempleo de Japón, Estados Unidos y Alemania en nueve industrias seleccionadas, se encontró que Japón tiene el liderazgo en cinco de ellas –automóviles, autopartes, productos electrónicos de consumo, metalúrgica y acero. Estados Unidos ocupa el primer lugar en cuatro: –computadoras, alimentos procesados, jabón y detergentes y cerveza–, en tanto que, "sorprendentemente", Alemania no está al frente en ninguna y sólo alcanza un distante tercer lugar en seis de ellas. Y al combinar las nueve industrias, debido a que en la producción de alimentos Japón emplea más personas que en el conjunto de cuatro de

[5] *Ibid.*, pp. 23 y 24.
[6] *Ibid.*, p. 44.

aquéllas en que es líder mundial, la productividad por trabajador resultó ser de 100 en Estados Unidos, 83 en Japón y 79 en Alemania.[7]

Y lo que es interesante es que, a juicio de los autores de esa investigación, las diferencias y concretamente los altos niveles de productividad, más que resultar de las tecnologías de producción, de economías de escala, del costo de las materias primas o de la destreza de los trabajadores productivos "...obedecen principalmente a la habilidad de la dirección de las empresas para inventar nuevas y cada vez más eficientes formas de producir y a la capacidad de los ingenieros para diseñar productos fáciles de hacerse..."[8]

No sorprende, en tal virtud, que uno de los campos en que se compite hoy con mayor empeño sea, precisamente, el de la dirección y administración, que las empresas tratan de mejorar. Lograr ésto no es fácil y reclama serios esfuerzos. Es importante, por ejemplo, tener claros los objetivos y saber cómo alcanzarlos, conocer con precisión el nivel de productividad al que se trabaja así como los obstáculos a que es preciso enfrentarse; tener capacidad de comunicación dentro de la empresa y hacia afuera; disponer de formas eficaces de supervisión y control; entender que para aumentar la productividad, debe empezarse desde arriba; aligerar la burocracia y reducir personal innecesario, sobre todo en los niveles medios, y, desde luego trazar una estrategia para ser más eficiente y competitivo.

[7] Willian W. Lewis y otros. "The secret to competitiveness-competition." *The Mckinsey Quarterly.* Number 4, 1993, p. 29.

[8] *Ibid.,* 31.

"Mantenerse tecnológicamente al día es hoy necesario, así como asegurar que las nuevas inversiones incorporen una alta tecnología (y) adiestrar al personal para que use adecuadamente las nuevas herramientas". El uso de la computación, concretamente, contribuye a elevar la productividad. Mejorar la calidad de bienes y servicios es hoy muy importante también, y todo ello depende en buena parte de la relación con los trabajadores, de su preparación, de la forma en que se organice y divida el trabajo y de la medida en que se logre estimular a los trabajadores.[9]

En el esfuerzo por mejorar formas de dirección y administración se sugiere con frecuencia a quienes trabajan todavía en áreas de baja tecnología, avanzar desde las formas mecánicas de organización, hacia las mecánico-orgánicas, lo que entre otras cosas supone contar con especialistas en diversos campos, incluyendo ingenieros y otros especialistas familiarizados con tecnologías de proceso avanzadas, crear departamentos de investigación y desarrollo que permitan introducir nuevos productos; llevar la investigación de los productos a los procesos; preparar mejor a los administradores; descentralizar la toma de decisiones y operar con mayor flexibilidad; interesar y adiestrar a los trabajadores para el trabajo en equipo; impulsar la automatización, en la medida en que los recursos disponibles y la fuerza de trabajo lo permitan, y crear una nueva cultura que haga posible elevar al máximo la calidad.[10]

[9] L. William Seidman y Steven L. Skancke. *Productivity.* The proven path to excellence in U.S. Companies. Simon & Schuster, New York, 1991, p. 69.

[10] Véase: Donald Davis and Associates. *Ob. cit.,* pp. 65 -68.

La competencia, cualesquiera que sean su forma, nivel y otras modalidades, es un mecanismo propio de una economía de mercado, y concretamente de una economía capitalista. En ella se expresan múltiples contradicciones, o sea no sólo cómo cada empresario hace frente a sus problemas sino a otros productores y, en general, a aquellos agentes –proveedores, acreedores, consumidores, clientes, competidores, etc.–, con quienes está relacionado. De ahí que podría decirse que los caracteres que adopta la competencia, y en el seno de ésta cada estrategia para elevar la productividad, reducir costos y gastos, introducir nuevas tecnologías, aumentar la inversión, reestructurar y reorganizar, lograr mayor calidad, etc., exhiben también cómo se desenvuelven ciertas contradicciones, sobre todo al nivel de los países más industrializados.

La competencia entre las "industrias globales", o sea entre los más poderosos oligopolios internacionales es especialmente severa y, a la vez se expresa en ciertas formas de cooperación y supone ser capaz de operar a nivel realmente mundial.

Tres planos en los que esa competencia y las diversas estrategias se manifiestan son el de las ventajas propias del país de origen, el del aprovisionamiento a nivel mundial y el de las actividades corrientes de producción y sobre todo de comercialización, y hoy, los grandes conjuntos regionales o comunidades de los países industrializados constituyen "el cuadro geopolítico de la integración industrial" y el "lugar principal de la rivalidad por inversiones cruzadas".[11]

[11] Véase: Francois Chesnay. *Ob. cit.*, pp. 94 y 95.

En los años ochenta, el crecimiento del comercio industrial dependió principalmente del intercambio intrarregional, lo que parecería una contradicción con una verdadera mundialización.[12] Pero simultáneamente algunos grupos y empresas se proyectaron en otras direcciones, y en particular hacia países de menor desarrollo que ofrecían mano de obra barata, mercados atractivos y posibilidades de crecimiento. Sin duda, la relocalización de multiples actividades es una nueva forma en que se manifiesta la competencia y la rivalidad –y por tanto, a la vez, ciertos conflictos entre los grandes grupos empresariales.

Con frecuencia se da la impresión de que el avance tecnológico es acaso el principal rasgo del proceso de modernización y globalización en marcha, y que de un modo u otro aunque en forma desigual, el mundo en su conjunto se inserta en ese proceso. Lo que ocurre en realidad, empero, es algo muy distinto.

La tecnología y las cuantiosas inversiones que se hacen en ella –en general crecientes respecto al valor de la producción– exhiben un muy alto grado de concentración y contribuyen a afirmar el dominio que ejercen ciertos países y grupos empresariales. En 1988, por ejemplo, de los gastos en investigación y desarrollo efectuados ese año, Estados Unidos participó con el 48%, los países de la comunidad Europea con el 27.7%, Japón con el 17.9% y el conjunto de los demás solamente con el 6%. De la inversión norteamericana, el 50% fue financiado por los veinte grupos más poderosos. Y una concentración también muy

[12] *Ibid.*, p. 196.

grande se advierte en Japón, Francia, Inglaterra y otros países industriales.[13]

Ante tal situación, algunos autores consideran que en virtud de ser muy pequeña la parte de la inversión que se destina a investigación y desarrollo por los principales países en el extranjero, ello revela que la tecnología es "un caso importante de no globalización"; y aunque es indudable que su desplazamiento hacia el exterior no se compara al de la producción, desde otra perspecitva la tecnología tiende también a internacionalizarse. Chesnay destaca las cinco modalidades siguientes de la internacionalización de la tecnología:

1) La producción privada de tecnología sobre base multinacional;

2) La adquisición de tecnología en el extranjero;

3) El intercambio cruzado de conocimientos y de tecnologías con otros países;

4) La protección de conocimientos e innovaciones (patentes) en el exterior; y

5) La globalización del capital tecnológico fuera del país de origen o sobre una base multinacional.

En general, entre los agentes de esa internacionalización destacan las empresas trasnacionales, aunque también suelen intervenir universidades, centros de investigación y otras instituciones o asociaciones, y el proceso se realiza a través de la inversión privada extranjera, de acuerdos de cooperación, de redes de empresas y otros mecanismos.[14]

[13] *Ibid.*, p. 116.

[14] Véase: *Ibid.*, pp. 121 a 123.

La internacionalización de la tecnología, cualesquiera que sean su alcance y las formas que adopte –incluyendo las alianzas estrategicas–, no significa que deje de estar presente una severa competencia entre los más poderosos grupos, y que aun cooperándose entre ellos se resuelvan o superen ciertas contradicciones. Persisten y aun se acentúan la concentración, una u otra forma de proteccionismo, las barreras a la entrada –ahora de nuevo tipo–, el fortalecimiento de los oligopolios y la reestructuración y recomposición del capital, todo lo cual comprueba que la tecnología, en particular, es un "espacio de rivalidad" a nivel internacional, que con frecuencia se considera estrechamente ligado a la seguridad y al ejercicio de la soberanía nacionales, y por tanto de indudable significación estratégica. Y si entre quienes controlan la tecnología, junto a acuerdos y formas de cooperación sigue habiendo rivalidad y desacuerdos, en mayor medida ello se da entre tales grupos y quienes, careciendo de tecnología y no pudiendo competir con esos poderosos grupos, dependen cada vez más de ellos.

Contradicción entre países industriales y subdesarrollados

Las relaciones internacionales siempre han sido desiguales, en gran parte porque el desarollo histórico es también un proceso muy desigual. En efecto mientras algunos países disponen de vastos recursos, tienen un alto grado de desarrollo y economías complejas muy diversificadas, participan en forma destacada en el mercado mundial de mercancías y capitales, y su población y fuerza de trabajo son en general preparadas y de buen nivel educativo, otros, en cam-

bio, que con mucho son la mayoría se caracterizan por ser países atrasados tecnológicamente, con bajos niveles de productividad y de ingreso, cuya industrialización adolece todavía de múltiples limitaciones y fallas, en los que la escolaridad es muy baja y que arrastran una dramática desigualdad social y deformaciones estructurales que les impiden usar mejor los recursos de que disponen, que acentúan la dependencia del exterior y limitan las posibilidades de desarrollo.

Desde luego, con cambios de diversa magnitud y naturaleza tales rasgos se advierten en las economías subdesarrolladas. Pero su relación y por tanto las contradicciones con los países industriales adquieren nuevas modalidades desde fines de los años setenta y, sobre todo, desde principios de los ochenta.

Hacia mediados de esa década los países del tercer mundo, concientes de que su posición en la economía mundial es muy desfavorable y de que la severa crisis de esos años agrava las cosas, profundiza sus desajustes y angosta las perspectivas de crecimiento, despliegan mayor iniciativa y proponen un Nuevo Orden Económico Internacional, que contribuya a crear un escenario menos adverso. El Nuevo Orden y el correspondiente plan de acción se aprueban en la ONU, y aunque desde un principio Estados Unidos se opone a él y otros países lo ven con reserva, al menos se abre una posibilidad de que, en un marco diferente se busque resolver ciertos problemas. Mas a partir de 1981 en que toma posesión del gobierno de Estados Unidos, Ronald Reagan, la oposición a los justos reclamos que el NOEI representaba, se vuelve evidente, y en vez del nuevo orden de cosas que proponen los países pobres, se impone el que, a partir de una

nueva división internacional del trabajo y una política ultraconservadora y profundamente inequitativa, establecen los países más ricos.

Hasta poco antes la ampliación e internacionalización de los mercados financieros permitieron a algunos países subdesarrollados tener acceso a recursos que hasta entonces absorbían casi en su totalidad las principales naciones industriales. La creciente disponibilidad de fondos y la dificultad para invertirlos en forma productiva, incluso auspició en cierto momento que se ofrecieran con liberalidad a gobiernos y empresas que pudieron así contar con recursos adicionales, aunque a menudo al precio de endeudarse a niveles sin precedente. Y cuando el pesado servicio de la deuda externa se volvió aún más oneroso debido a la baja de precios del petróleo y otras exportaciones, a devaluaciones monetarias, altas tasas de interés y cuantiosas fugas de capitales, los principales acreedores, que en realidad eran también los gobiernos y banqueros más ricos del grupo de los siete, impusieron a los países subdesarrollados los "programas estructurales de ajuste", también conocidos como políticas o "terapias de choque", que hicieron del pago de la deuda externa el objetivo central a alcanzar, sin importar que ello llevara a la postración y el estancamiento a esas economías, redujera severamente salarios y niveles de empleo y empobreciera a millones de personas.

Conforme a esa política, que en realidad responde fundamentalmente a los intereses del capital trasnacional, actuaron a partir de entonces el FMI, el Banco Mundial, el GATT y otros organismos internacionales, y al precio de enormes sacrificios, entre 1982 y 1990, los pueblos latinoamericanos remitieron al

exterior alrededor de 200 mil millones de dólares por concepto de pagos de intereses y dividendos, –y entre 1980 y 1989 el número de pobres en la región aumentó de 136 a 183 millones.[15]

No repetiremos aquí lo que esa brutal política y los programas de ajuste han significado. Añadiré solamente que al fortalecer económica y políticamente a una minoría de suyo poderosa y debilitar a los trabajadores de todo tipo y en general a la mayoría, tal línea de acción auspició el autoritarismo, la antidemocracia, la violencia y la dependencia del exterior.

La dura y rígida política a que hacemos referencia no fue siempre, claro está, bien recibida. Sobre todo los grupos populares más afectados reaccionaron, en más de una ocasión, vivamente frente a ella. En 1989 la gente salió a la calle en Caracas y otras ciudades de Venezuela a protestar contra la política del FMI y del gobierno, y el saldo fue de 250 muertos. Al año siguiente, en Marruecos, una huelga masiva demandó aumentos salariales. En 1992, millones de trajadores se manifestaron en la India, contra la nueva política económica adoptada bajo presión del FMI. Lo mismo ocurrió una vez más en Venezuela, en 1993, y unos meses más tarde en Bolivia. Y el estallido del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas, México, sin duda fue otro revelador signo de violencia y de inconformidad, con las conservadoras políticass en acción.[16] Y en uno y otro país se multiplicaron las

[15] Véase: James Petras y Steve Vieux, *¡Hagan Juego!*. Barcelona, 1995, pp. 50 y 56.

[16] Véase: Jeremy Brecher y Tim Costello. *Ob. cit.*, pp. 83 y siguientes.

medidas represivas que, como en el Perú de Fujimori, en 1992, violaron el orden constitucional.

De hecho cada uno de los principales organismos internacionales condicionó de uno u otro modo su intervención y su posible apoyo, a que se aceptaran y pusieran en marcha los programas de ajuste. Y, a la vez, usaron en ocasiones ciertos mecanismos de intermediación. El Banco Mundial, por ejemplo, si bien por un lado se opuso a cualquier aumento del gasto público incluso para servicios sociales básicos al mismo tiempo se vinculó a un buen número de organismos no gubernamentales interesados en combatir la pobreza, pero dentro del marco de la restrictiva política autorizada a los países subdesarrollados, y aun como una manera de apoyar esa política.

¿Por qué interesan esas organizaciones al Banco Mundial? "...el interés de las ONG –observan Petras y Vieux– se valora en función de su complementariedad con los programas de ajuste estructural: suministran recursos a una parte de la población que recibe las consecuencias negativas del ajuste..." Pero "los programas de las ONG se basan en los mismos parámetros ideológicos del ajuste (y) son especialmente hostiles a las medidas de asistencia social promovidas por el Estado..." "Los programas de las ONG tienen un atractivo más para el donante: inmovilizan a un sector de la intelectualidad nacional..." al "...que se convierte en funcionarios bien pagados..." "Las ONG practican la retórica antiestatista de las multinacionales, el FMI, el Banco Mundial y las élites económicas..." y ponen el acento "en las fuentes privadas de financiación y en la autoayuda". Las ONG han tenido un impacto negativo en los movimientos populares y desatienden "las causas estructurales de la pobreza,

que se encuentran en las políticas macroeconómicas dirigidas por las élites",[17] extienden y profundizan la dependencia.

La dependencia, en particular, se acentúa sobre todo a partir del momento en que, en condiciones profundamente asimétricas e inequitativas los países más fuertes imponen el llamado "modelo" neoliberal y obligan a los más débiles a adoptar una política restrictiva, y a abrir sus puertas a las mercancías, dinero y capitales de fuera, así generen éstos mayor inestabilidad y graves desequilibrios. En los países subdesarrollados ahora más sometidos al capital, el comercio, la tecnología, la demanda de mano de obra, la banca y los mercados financieros internacionales se ahonda objetivamente la contradicción capital-trabajo, en particular capital (trasnacional)-trabajo (nacional), y en un sentido más amplio nación-imperialismo, la que se agrava no sólo por la mayor fuerza de éste sino porque las grandes potencias actúan conforme a sus propios intereses, que en general no corresponden a los de las naciones subdesarrolladas.

La dependencia de estas naciones –no sólo la interdependencia– es uno de los rasgos estructurales que limitan y condicionan su desarrollo. Pero, a propósito de cambios, el que aquí se ha sufrido es sin duda profundo. Ahora no sólo se entrelazan y refuerzan las diversas formas en que esa dependencia se expresa: económico-financiera, tecnológica, cultural, ideológica, política, entre otras, sino que la subordinación adquiere en cierto modo una nueva calidad. La reestructuración del capital y en conjunto del capitalismo,

[17] Véase: James Petras y Steve Vieux. *Ob. cit.*, pp. 65-73.

en el marco una severa crisis trae consigo una nueva y más compleja división internacional del trabajo. Esto supone nuevas formas y mecanismos de integración, así como una reinserción subordinada de las economías subdesarrolladas, que a veces entraña cambios y aun avances significativos que sin embargo no rompen sino profundizan la dependencia.

Aunque la inversión extranjera sigue canalizándose primordialmente hacia los propios países industriales, en mayor medida que antes se desplaza también hacia ciertas economías subdesarrolladas, sobre todo de aquellas que en años recientes han mostrado mayores posibilidades de crecimiento. Campos que tradicionalmente fueron privativos de las grandes potencias, excepto en procesos de ensamble y otros que requerían bastante mano de obra –como ocurre en la industria automotriz–, ahora tienen cierta significación en otros países. Y aparte del control directo y no pocas veces total que grandes empresas trasnacionales ejercen de ciertas actividades, el capital extranjero se ha expandido notablemente a través del régimen de franquicias en ropa, restaurantes, refrescos, servicios y muchas otras líneas.

La mayor presencia del capital extranjero en ciertas industrias, en el comercio y numerosos servicios ha hecho crecer considerablemente las exportaciones y aun cambiado la composición de éstas, que –como sucede en el caso de México– ahora son fundamentalmente manufactureras, y también ha aumentado la participación de ese capital, el que además suele ser fuertemente importador, y en rigor uno de los causantes de la creciente dependencia comercial del exterior y de cuantiosos déficits en la cuenta corriente de la balanza de pagos.

En ciertas actividades en las que el capital extranjero es minoritario, su influencia es también a menudo muy grande, bien porque aporta la nueva tecnología, bien porque facilita un mejor financiamiento o porque contribuye a tener acceso a mercados más amplios.

En el aspecto financiero, concretamente, la dependencia de los países subdesarrollados –y por tanto la contradicción entre deudores y acreedores– se ha acentuado como nunca antes. En realidad en no pocos casos se advierte que el ahorro interno sólo cubre una parte relativamente pequeña de la inversión, la que en proporción creciente se financia a partir de recursos externos que afluyen vía inversión directa o de cartera o créditos bancarios o de otro origen, a menudo con fines especulativos.

Pero donde se aprecia más claramente la dependencia es en el hecho de que, en vez de una estrategia y política propias que pese a limitaciones, fallas y errores expresen una posición fundamentalmente nacional, de hecho se renuncia ahora a esa estrategia y la política económica en boga es de corto plazo y alcance muy limitado, y además no procede en rigor de los Estados y fuerzas nacionales sino que fundamentalmente es diseñada por los organismos financieros internacionales –FMI, Banco Mundial, GATT, BID y otros–, conforme a un patrón inspirado a su vez en una ortodoxia monetarista que en general sólo repara en aspectos secundarios ligados a la estabilidad monetaria, más que al desarrollo y a los problemas más importantes, de largo plazo. Según los defensores de esta política, si hay "libre" comercio, privatización y "desregulación" el mercado se encargará espontáneamente de asignar los recursos como más

convenga, y aunque el crecimiento es muy desigual y no pocos países no logran ninguno, entre otros nuevos rasgos de esa mayor dependencia respecto a los grandes países industriales se advierte que aumenta la importancia relativa del comercio exterior y sobre todo de las importaciones; crece lenta, inestable y desigualmente el mercado interno; se vuelve más difícil crear los nuevos empleos que demandan quienes entran al mercado de trabajo; se modernizan desigualmente las instalaciones y la organización de los grupos empresariales más fuertes; se estrecha la relación entre el capital nacional y el extranjero y éste cobra mayor importancia; se rezaga gran parte de las empresas pequeñas y medianas, y muchas de ellas se vuelven inviables; se depende cada vez más del financiamiento externo incluso en el mercado nacional; la inversión productiva pasa, en general, a un segundoplano; el servicio de las crecientes deudas, y en particular de la externa, resulta muy oneroso, y los cuantiosos, rápidos e incontrolados movimientos de dinero y capital de un país a otro crean condiciones muy inestables, y todo ello genera frecuentes e inesperadas fugas de capital, onerosos servicios y desequilibrios comerciales y financieros que ocasionan fuertes devaluaciones monetarias y bruscas elevaciones de precios.

No obstante todo ello, la mayor dependencia y el peso de la ideología dominante contribuyen a que la contradicción nación-imperialismo se exprese en general debilmente, pues el nacionalismo burgués y pequeño burgués pierde impulso, y aun es sustituido por posiciones que aceptan como inevitable la lesión a la soberanía y al derecho de autodeterminación de los pueblos, y que sostienen que el "libre" comercio

y la integración subordinada a las economías industriales son hoy condición del desarrollo, ante la cual no hay alternativa.

Debido a la influencia cada vez mayor del proceso de internacionalización, al hecho de que muchos consumidores de aquellos con más poder de compra prefieren artículos extranjeros, a los que debido a la apertura tienen hoy fácil acceso, y al peso de una publicidad profesional en verdad eficaz y masiva, es probable que numerosas personas en los países subdesarrollados –seguramente podría hablarse de millones– incluso hayan sido ganadas a la idea de que nuestra independencia es utópica y de que la subordinación que hoy padecemos no sólo es un "mal necesario" o algo inevitable, sino deseable. Y como a menudo se trata de personas que ignoran o menosprecian sus más profundas raíces históricas y los más altos valores de su cultura, ni siquiera se da en tales casos el doloroso proceso de tener que renunciar a una identidad propia.

Cierto, desde luego, que acaso especialmente en las capas medias se advierten asimismo tradiciones y posturas nacionalistas que rechazan las formas más burdas o más dañosas de subordinación a lo extranjero, que objetan las líneas y actitudes entreguistas, que muestran inconformidad y aun indignación ante la debilidad y falta de honradez de quienes parecen dispuestos a negociar con todo, a fin de obtener algún beneficio, así sea éste mezquino, y que incluso son muchas las personas que, en su posición y sus acciones dejan ver que les anima un sentimiento patriótico. Pero aun entonces, mientras la imposición de lo extranjero se realiza a partir de fuerzas internacionales cuyo poder es enorme, que se entrelazan con

grupos también muy fuertes de los países subdesarrollados a los que se intenta someter cada vez más, el esfuerzo de quienes defienden intereses fundamentales y la soberanía misma de esos países, suele ser en gran parte desarticulado, disperso, desigual, espontáneo, y que carece o tiene muy bajo nivel de organización.

En cuanto a los trabajadores y concretamente a la clase obrera, el debilitamiento sindical, la presión del cambio tecnológico y el temor de perder el empleo, la tendencia a moverse en planos fundamentalmente reivindicativos, el corporativismo antidemocrático y desmovilizador, la fata de organización e independencia política, y desde luego la masiva y enajenante publicidad, a través de la cual a toda hora y por todos los medios de comunicación se diseminan y difunden los valores más convencionales, y se refuerza el orden prevaleciente, abaten sus niveles de conciencia y limitan su capacidad de acción.

Contradicción capitalismo-socialismo

Los cambios anteriores fortalecen sin duda al capitalismo, y a la vez lo enfrentan a nuevos problemas.

La contradicción capitalismo-socialismo y sobre todo imperialismo-socialismo es acaso la que sufre un cambio más profundo, aunque en rigor no desaparece. Si bien no tiene ya la intensidad de los peores momentos de la "guerra fría", sigue presente, ahora bajo un indudable dominio capitalista. El enfrentamiento entre los dos sistemas no es ya, desde luego tan directo y violento, ni tiene la significación de antes. Ahora el capital trata más bien de someter a los países exsocialistas a la lógica del mercado, de la

competencia, la explotación de la fuerza de trabajo y la ganancia. Pero aun así no es difícil advertir la forma absoluta y tajante en la que, sobre todo en los circulos del capital se rechaza al socialismo como sistema, como aporte a la ciencia social y teoría revolucionaria, como concepción de la vida y de la historia y aun como anhelo y aspiración de un cambio que haga posible la igualdad y justicia de que hoy se carece.

Quienes piensan que la contradicción capitalismo-socialismo no tiene ya razón de ser o es del todo secundaria, se desentienden de que al menos en el último siglo su esencia fue la oposición imperialismo-revolución; y de que mientras haya imperialismo y luchas revolucionarias, habrá una realidad histórica que alimente ese antagonismo. Actualmente, la derechización imperial y aun capitalista –o sea del viejo sistema en conjunto–, explica no sólo la hostilidad al socialismo y el comunismo, sino a cualquier intento de cambio apoyado por fuerzas democráticas y progresistas, así sean éstas muy amplias y difieran entre sí, en aspectos importantes. La agresividad del imperio del norte hacia Guatemala, Bolivia, Chile, Granada, Nicaragua, El Salvador, Panamá y desde luego hacia Cuba y otros países en los últimos decenios, comprueba lo anterior. Pero ese, por fortuna no es como aseguran los más pesimistas, el fin de la historia. El avance de numerosas luchas populares todavía desarticuladas y aun dispersas, la creciente presencia de la acción ciudadana, la importancia de algunos partidos y organizaciones políticas progresistas, el cada vez mayor descontento de amplios sectores de la población y los triunfos recientes del Frente Amplio en Montevideo, –por segunda vez consecutiva–, de Causa R en Caracas y del movimiento antiendarista en

Panamá, y desde luego la histórica victoria de Nelson Mandela en la Unión Sudafricana, que por primera vez permitió a la mayoría negra de ese país, votar y participar en el gobierno, son hechos que demuestran que, pese a todo, el avance nacionalista, popular, antirracista y democrático no es imposible.

Lo que no debiera significar el menosprecio de las dificultades de todo orden con que tropiezan los esfuerzos en favor de la soberanía y la democracia; y la resistencia que los grandes imperios oponen a ellos.

La liberación nacional, sobre todo en Africa y varios países de Asia, cobró gran importancia después de la segunda guerra mundial. Bandung fue el símbolo de una lucha libertaria que despertó interés y simpatía en prácticamente todo el mundo. La independencia política de pueblos que hasta entonces habían sido víctimas del coloniaje, de la servidumbre y el atraso, fue esencial en el proceso de integración nacional. Desde un primer momento trataron de hacerse las cosas de nuevas maneras, y el clima internacional parecía propicio para crear nuevos Estados, que pese a la escasez de recursos y los múltiples problemas a que se enfrentaban, nacían comprometidos con sus pueblos y dispuestos a impulsar el desarollo y elevar el nivel de vida, a partir de planes que movilizaran a las principales fuerzas y merecieran la cooperación de las grandes potencias, empezando con las metrópolis de las que se había dependido. Pero pronto pudo advertirse que del viejo colonialismo no se pasaría facilmente a nuevos regímenes políticos libres y soberanos. Lo que ahora surgía se llamó a menudo "necolonialismo", porque era el intento de las grandes potencias de poner al día sus métodos de dominación, de sustituir lo que ya era

inviable, inconsejable y hasta peligroso, por otras formas de intervención económica, ideológica y cultural. En tales condiciones lo que en un principio fue un prometedor avance hacia nuevos sistemas de organización social y política, a la postre casi siempre resultó en un reacomodo de fuerzas, en el que los viejos imperios acabaron por prevalecer.

Años más tarde, cuando el desplome del socialismo europeo significó en cierto modo el triunfo del capitalismo y el fin de la "guerra fría", muchos pensaron de nuevo que se abría una etapa histórica en la que los reclamos más justos de los pueblos atrasados serían atendidos, pues nadie podría ya, como tantas veces se hizo bajo la influencia del anticomunismo, asociarlos y aun atribuirlos a la ingerencia de Moscú o de los países socialistas. Ahora podría demostrarse que eran demandas propias, resultantes de las condiciones prevalecientes en cada país, legítimas y genuinamente populares y aun nacionales, que expresaban la convicción de los pueblos subdesarrollados de que si las fuerzas internas más conservadoras y la comunidad internacional comprendían la razón de ser, la justeza y la viabilidad de tales demandas, se abriría la posibilidad de que esos pueblos empezaran a superar el atraso y la pobreza.

Pero una vez más las cosas no fueron como muchos esperaban. A los problemas tradicionales de bajos precios, difícil acceso a otros mercados, falta de personal preparado y de recursos financieros necesarios para impulsar el desarrollo, atraso tecnológico, se agregaron enormes deudas y un oneroso servicio para pagarlas, fuertes desequilibrios comerciales, devaluaciones monetarias y gobiernos, instituciones financieras internacionales, en una palabra, acreedo-

res, empeñados en imponer rígidos, asfixiantes y recesivos programas de "ajuste", que a muchos hicieron pensar que la contradicción Este-Oeste y socialismo-capitalismo, pasaba en gran parte a ser una contradicción Norte-Sur, dado el interés de los grandes imperios en preservar su dominación e imponer a los países subdesarrollados un papel subordinado dentro de la nueva división internacional del trabajo, lo que de hecho significaba postergar indefinidamente el nuevo orden económico internacional que las Naciones Unidas aprobaron desde los años setenta.

Otras Contradicciones

En fin, las múltiples contradicciones secundarias presentes en el proceso social también son hoy más profundas que antes. Lo son sobre todo porque, además de lo dicho hasta aquí, en los últimos años se ahonda una crisis ya larga y que en la medida en que agrava los principales antagonismos, vuelve también mayores –aunque desde luego no mecánicamente– las divergencias y más difícil el acuerdo en el seno de cada clase y aun segmentos y grupos sociales.

El que un desarrollo muy desigual e inestable favorezca al menos en ciertos momentos a los grupos empresariales más fuertes y en cambio perjudique y aun lleve al borde de la quiebra a numerosos agricultores y pequeños y medianos empresarios urbanos, y el que los grupos propiamente industriales entren a menudo en conflicto con el comercio y con la banca y otros intermediarios financieros, hace surgir desacuerdos y contradicciones no antagónicas, pero reales y no fáciles de resolver. El sólo hecho de que la crisis y la política de apertura hagan más severa la compe-

tencia, influye también y vuelve más difíciles las cosas para los más débiles.

Son muchos más los desacuerdos que se advierten en el seno de las clases dominantes. Entre otros podrían mencionarse los que se dan entre empresarios nacionales y extranjeros, entre quienes están estrechamente vinculados al Estado y el gobierno o a la empresa privada, entre viejos políticos y jóvenes tecnócratas, entre quienes militan en ciertos partidos o lo hacen en otros, o incluso no pertenecen a ninguno, y en fin, entre quienes mantienen posiciones todavía básicamente nacionalistas y quienes, ganados por un internacionalismo que en realidad no comprenden, han caido en el extremo de pensar que todo lo nacional es ya anacrónico e inviable.

En las capas medias se advierten asimismo condiciones muy diversas que explican los desacuerdos. Quienes trabajan en los grupos empresariales más fuertes y tienen un empleo estable, suelen estar en mejores condiciones que antes o al menos en una situación satisfactoria, a lo que se suma a menudo una posición ideológica subordinada y apologética, que acepta y aun exalta y difunde los valores mercantiles del capital, y en particular del capital extranjero, como si fueran preceptos esenciales de un código moral. Quienes, en cambio, dentro de esos propios grupos han perdido su empleo y no pueden reubicarse en buenas condiciones, se muestran descontentos y escépticos, y dudan del discurso empresarial.

Y, desde luego quienes dependen de millares de empresas pequeñas y aun medianas, a las que la crisis afecta gravemente, se mueven en el marco de una contradicción capital-trabajo cada vez más profunda y desfavorable, pues tales empresas pierden impor-

tancia relativa, operan en general con altos costos y resultados negativos, carecen de recursos y de capacidad para modernizarse, surten mercados que se angostan, tienen un bajo nivel de organización y de eficiencia, no pueden preparar adecuadamente a su personal e incluso tienen que despedir a menudo a numerosos trabajadores, que o bien engrosan el desempleo o se incorporan de un modo u otro a la economía "informal" o "subterránea".

A medida que el Estado se "adelgaza", reduce sus gastos y aun la inversión pública y vende grandes empresas a inversionistas privados, muchos empleados son despedidos y otros reacomodados en condiciones desventajosas.

Quienes trabajan como obreros y en general en puestos de bajo nivel y calificación lo hacen en condiciones muy diversas, según dependan de empresas grandes y aun de consorcios poderosos o de negocios pequeños siempre en problemas, y según mantengan o no su empleo y cuenten o no con salarios remuneradores. Pero lo que es un hecho es que la clase obrera pierde importancia relativa. Y aunque sigue siendo fundamental en ciertos procesos productivos, en el conjunto de la economía pasa a un segundo plano, a consecuencia de la reestructuración tecnológica y de la cada vez mayor significación del comercio y los servicios, actividades en las que actualmente trabaja la mayor parte de los obreros, y en las que éstos no desempeñan, sin embargo, el papel que antes jugaron en la industria.

Entre unos y otros sectores se advierten también desacuerdos y aun enfrentamientos, los que tienden a ser mayores y más significativos cuando a las dificultades propiamente económicas se añaden problemas

sociales y, sobre todo, situaciones y luchas que en realidad dan cuenta de una crisis política. Y cuando, como ocurre hoy en México y otros países ésta es profunda, las diferencias y contradicciones se multiplican incluso en el seno de cada uno de los partidos y organizaciones políticas, sin excluir al partido oficial, en el que como alguien ha dicho aun los desacuerdos secundarios se resuelven, si es preciso, con asesinatos.

Entre otras contradicciones, de aquellas hoy más reveladoras de una crisis social y política podría mencionarse la existente entre lo que se dice en los círculos dominates y lo que se hace, esto es entre las palabras y los hechos; entre teorías inaplicables y la realidad; entre el Estado y la llamada "sociedad civil"; entre elementos más o menos politizados; entre quienes tratan de participar de alguna manera en asuntos que les incumben y quienes se abstienen de hacerlo y entre las múltiples organizaciones y fuerzas que se consideran democráticas, en las que a menudo se da la impresión de que pesan más ciertas discrepancias menores que sus amplias e importantes bases de acuerdo, que también están presentes; entre los dirigentes y los miembros de base de múltiples organizaciones, entre quienes trabajan y quienes carecen de empleo, entre quienes pese a todo están organizados y pueden ejercer ciertos derechos y los que, en cambio, son trabajadores marginados y superexplotados que carecen de organización, y entre quienes al menos formalmente viven en el marco de la ley y aquellos que debido a la corrupción y la influencia de nuevas actividades tan exitosas como el narcotráfico, lo hacen, en realidad, al margen de ella.

El sólo hecho de que en países en que en otros tiempos funcionó mejor que hoy la democracia y,

desde luego en aquellos cuya vida democrática ha sido, en general, pobre, la mayoría de la gente no participe en la toma de decisiones y el que incluso derechos y libertades de los que se habla a menudo, se desconozcan y violen en la práctica, es fuente también de no pocas contradicciones. Una muy obvia, por ejemplo, es la existente entre una minoría poderosa y activa que detenta el poder, y una mayoría pasiva y sometida, o sea entre quienes deciden y mandan y quienes se limitan a obedecer y convierten la voluntad popular en una frase sin contenido.

Las elecciones no bastan hoy para corregir las más graves fallas. El gobierno y aun el Estado son controlados por una minoría estrecha y bastante cerrada, lo que hace que la democracia representativa sea cada vez menos real. Aun en países con tradiciones democráticas, una alta porporción de los ciudadanos no ejerce su derecho a votar. No lo hace porque desconfía de la política y los políticos y porque de ese modo rechaza la manipulación y el engaño. "Los que se abstienen –dice un autor– votan contra el sistema; y si se da un poco más de ello, el sistema no funcionará", "...la política ciudadana –añade– está separada de toda estructura formal de poder político y, por lo tanto, es muy débil". Y, criticando el carácter clientelista de las elecciones, sostiene: "El dinero en la política de los Estados Unidos es poder y siempre lo ha sido..." Por ello "el debate en la política norteamericana siempre ha sido un drama dinámico de dinero organizado y gente organizada..."[18]

[18] William Greider. *Who will tell the people.* Simon & Schuster, New York, 1992, pp. 22, 24 y 28.

Todo ello revela que una contradicción subyacente a las anteriores y a otras que se dan en muy diversos ámbitos, es la que se advierte entre dos posiciones características del mundo de nuestros días, y que si bien se expresa de múltiples y muy diferentes maneras, juega sin duda un papel central. Me refiero a la existente entre los defensores del orden de cosas imperante, y entre quienes postulan la necesidad de un cambio, e incluso de un cambio profundo.

Es tal la importancia de éste, que aun quienes desde posiciones conservadoras defienden el statu quo, de palabra se muestran partidarios de que las cosas sean distintas. Pero en la práctica los cambios en los que están de acuerdo son sólo ciertos ajustes menores, necesarios para que todo siga más o menos igual. Y entre quienes están realmente convencidos de que el mundo en el que vivimos puede y debe ser diferente y mejor, a menudo se tiende a sobreestimar la fuerza de quienes apoyan esa posición, sin reparar en que millones de personas que no pocas veces representan la mayoría, tienen hacia el cambio una actitud que en rigor entraña más bien un obstáculo, pues lejos de que contribuyan eficazmente a lograrlo, le temen, no lo comprenden, no saben por qué es necesario y cómo pueda darse, muchos lo consideran no sólo difícil sino imposible e incluso muchos también están conformes, pese a todo, con la precaria e inaceptable situación en que viven y aun con el hecho, en verdad dramático –que sin duda expresa otra grave contradicción–, de que, en la forma cada vez más irracional en que funciona el sistema hoy dominante, no producir es mejor que producir, y mantener crónicamente desempleados a millones de trabajdores –que en cierto modo son ya supérfluos– es mejor también a que

trabajen, contribuyan a crear nuevas riquezas y puedan vivir dignamente.

Lo que quiere decir que para poder avanzar y superar ciertas contradicciones, es todavía mucho lo que falta por hacer, empezando por entender mejor lo que acontece y encontrar nuevas y mejores maneras para que la gente cobre conciencia de sus condiciones y su papel, conozca los problemas que más la afectan y sepa que aun los más graves no son insolubles, en tanto haya la decisión y la capacidad para organizarse y hacerles frente.

6

UN NUEVO TIPO DE CRISIS

El funcionamiento del capitalismo no es desde luego uniforme ni, menos aún, uniformemente ascendente. Como ya vimos, es un proceso desigual y contradictorio, y que desde los años setenta se da en el marco de una crisis profunda y persistente. Quien haya pensado que los problemas del sistema provenían principalmente del enfrentamiento y la rivalidad –que la política de "guerra fría" acentuó–, entre el capitalismo y el socialismo, estaba equivocado. El socialismo real o irreal y sobre todo el socialismo europeo que a lo largo de gran parte del presente siglo encabezó la ex Unión Soviética, cayó en una crisis sin precedente, y cuando muchos pensaban que se abriría una nueva y dura lucha para asegurar su supervivencia, se desplomó. El capitalismo, en cambio, quedó en pié; pero también ante serios problemas, viejos y nuevos, muchos de los cuales le son inherentes.

Podrían señalarse algunos de esos problemas, y aunque el término crisis suscita dudas y es a menudo visto con reserva, lo cierto es que el conjunto de tales

problemas exhibe, precisamente, una severa crisis, una crisis distinta de otras y de ya larga duración.

Las crisis, concretamente económicas, acompañan al capitalismo en gran parte de su historia, sobre todo desde principios del siglo XIX, o sea cuando Inglaterra, el país entonces más avanzado había vivido ya una primera revolución industrial. La crisis actual no es como las de antes; no sólo es cíclica ni meramente económica sino social, cultural, ideológica y política, o sea estructural, aunque este carácter por sí sólo no define su naturaleza ni explica la forma en que ahora se desenvuelve.

En su aspecto económico la crisis tiene, entre otros rasgos, los que siguen:

--El crecimiento económico es hoy en general más lento y desigual, y en los últimos veinte años no son pocos los países cuya economía ha estado, incluso en períodos prolongados, estancada;

--Las tasas de inversión suelen ser bajas e insuficientes, a menudo inferiores a las de años previos, y buena parte de la inversión no va a la producción sino al comercio y a servicios, en gran parte improductivos ;

--La inversión productiva real, y sobre todo la inversión neta, esto es la acumulación de capital propiamente dicha, se debilita pese a estímulos como el consumismo y el armamentismo;

--Lejos de que el nivel de empleo se acerque a la ocupación plena, el desempleo aumenta y aun se vuelve crónico;

–Las fases de ascenso del ciclo económico se debilitan y acortan, en tanto que las de descenso se prolongan;

--La inestabilidad, que se expresa en los altibajos de la producción y del ingreso, en la inflación y en graves

desequilibrios comerciales, monetarios y financieros, y a la vez en frecuentes y pronunciadas tendencias recesivas, es en general mayor que antes;

–Aumentan la especulación, las deudas impagables, la moneda inconvertible en circulación y los movimientos financieros de hecho incontrolables, y que debido a la revolución en las comunicaciones provocan súbitos desplazamientos de fondos no sólo de unas ciudades y regiones a otras sino de un extremo a otro de un continente y aun del mundo;

–A consecuencia de todo ello se vuelve cada vez más desigual tanto el desarrollo como el reparto de la riqueza y el ingreso, y se amplía la brecha entre los países industriales y los subdesarrollados.

Bien dice Keynes que la especulación puede ser un serio problema, y que "cuando el desarrollo del capital de un país deviene subproducto de las actividades de un casino, lo más probable es que las cosas vayan mal".[1]

No podría detenerme a considerar aquí lo que caracteriza la actual crisis. Pero además de lo antes señalado, cabría decir que en años recientes algunos de sus nuevos rasgos son el surgimiento o fortalecimiento de poderosos bloques económicos regionales, la cada vez más severa competencia oligopolista, los fuertes desajustes comerciales, cambiarios y financieros de muchos países, el predominio de tendencias recesivas con el consiguiente mayor desempleo incluso en actividades que operan con altas tasas de ganancia, una cada vez mas profunda irracionalidad y el

[1] John Maynard Keynes. *Teoría General. . .*, p. 159. Citado por Paul M. Sweezy, en " Economic Reminiscences". *Monthly Review*. Vol. 47, No. 1. Mayo de 1995, p. 90.

hecho dramático de que aun en los países industriales, pero sobre todo en los subdesarrollados, crecen el número y la proporción de quienes viven en condiciones de "extrema pobreza".

La crisis social es hoy tan profunda que lo dicho hasta aquí no da una clara idea de su verdadera dimensión.

Acaso su expresión más dramática consiste en la creciente desigualdad entre ricos y pobres. En los propios países industriales se advierte hoy una polarización antes desconocida, pues si bien siempre hubo riqueza y miseria, la dimensión de una y otra era diferente. En parte porque muchos trabajadores proceden de países subdesarrollados, porque son trabajadores no calificados que carecen de documentos legales y, sobre todo, de arraigo en los lugares y tareas en que laboran. En los propios Estados Unidos hay actualmente signos de pobreza impresionantes. Lo cierto es que esa pobreza no sólo afecta a los llamados "hispanos" sino también a la población negra, a los muy pocos indígenas que quedan en ese país y a otras minorías discriminadas.

Del lado de la riqueza, o sea en el otro extremo la situación no es menos grave, pues lo que ahí se da es una concentración y monopolización sin precedente que hace posible que unas cuantas decenas de gigantescos consorcios trasnacionales se adueñen de gran parte de la propiedad y de la actividad económica no sólo ya en sus países de origen sino en muchos otros, incluso lejanos y de aquellos con los que históricamente no tenían relaciones estrechas.

El que prácticamente ningún país pueda hoy crear suficientes empleos para que los jóvenes, hombres y mujeres cada vez mejor preparados que entran al

mercado de trabajo, encuentren ocupación y los trabajadores, en general, vivan dignamente, bastaría para mostrar la gravedad de la crisis social. Y hay otros hechos no menos reveladores: el aumento de la mendicidad, la pobreza que aqueja a quienes son lanzados a ciertos segmentos de la economía "informal", la miseria y el abandono de los marginados, el analfabetismo, las grandes cantidades de niños sin escuela y en no pocos casos, sin esperanza; la desnutrición, la todavía alta mortalidad infantil, la insalubridad y la insuficiencia de los servicios de salud y el enorme déficit de viviendas, gracias al cual millones de personas viven en condiciones deplorables, sobre todo en los países más pobres del llamado "tercer mundo", la discriminacion v sometimiento de la mujer, especialmente en las ocupaciones más modestas. De hecho casi no hay ya países, además, en los que la inseguridad, la corrupción, el crimen, la violencia no estén presentes y aun entrañen problemas cada vez más graves. Algunos conflictos raciales, religiosos, de nacionalidades en el seno de múltiples Estados, regionales e ideológicos, ponen en peligro no sólo la unidad nacional sino incluso la integridad territorial de ciertas naciones. Y tales conflictos no afectan únicamente a los países subdesarrollados más pobres. Como hoy es fácil comprobarlo lo hacen, de una u otra manera, a prácticamente todos.

La crisis ideológica es acaso más difícil de advertir, pero está también presente y deja ver otros problemas y contradicciones.

Aunque la ideología dominante se maneja, reproduce y difunde como si fuera la verdad misma, esto es algo evidente e incontrovertible, y desde luego influye en millones de personas que en rigor no

piensan por si mismas sino que repiten lo que oyen en la televisión, el radio, cine y otros medios, también es cierto que cada vez más gente no cree ya en el discurso convencional de los grupos que ejercen el poder. El que la realidad no corresponda a lo que se dice, el que la situación sea cada vez más difícil, el que quienes son víctimas de ciertos problemas no puedan resolverlos, el que el tiempo pase y las cosas no mejoren sino que para muchos, empeoren; todo ello contribuye a que lo que antes parecía inobjetable, ahora suscite dudas, reservas, desconfianza y aun sea visto como propaganda engañosa y demagógica.

La persistencia y la acentuación de la crisis influyen en esas nuevas actitudes. Por ejemplo, posiciones reformistas de carácter socialdemocrático que en otros tiempos resultaban atrayentes porque, no obstante sus limitaciones, a menudo se traducían en mejores condiciones para amplios sectores de la población, bajo las conservadoras y antipopulares políticas en boga no están ya presentes o no tienen perspectivas.

Aunque ciertos autores reiteran que nuestros días se caracterizan porque estamos ante el fin de las ideologías, la verdad es que éstas, ante dificultades cada vez mayores siguen en acción y cumplen su cometido. La ideología dominante, en particular, no sólo se advierte en la parcialidad de la información que difunden los medios masivos, sino en la política del gobierno, en la posición de las empresas, del movimiento sindical y de otras organizaciones, empezando con los partidos. La ideología está presente en la academia, en las iglesias, en las diversas disciplinas científicas y, acaso sobre todo en la ciencia social, cuyos planteos más comunes tanto apologéticos como

relativamente críticos, con frecuencia se apartan de las realidades que pretenden explicar.

En el seno mismo de las llamadas fuerzas democráticas, aunque a menudo se señala que tales fuerzas ofrecen una alternativa coherente y unitaria, la verdad es que exhiben posiciones ideológicas muy diversas y discrepantes, que se expresan en líneas de acción también diferentes, que sin duda las debilitan y limitan su capacidad para contribuir a que las cosas cambien.

Y aun cuando algunos observadores no lo advierten porque en la mayor parte de los casos no tienen un carácter explosivo, la actual crisis es también una crisis política, lo que vuelve más difícil hacerle frente con éxito.

A riesgo de caer en un inevitable esquematismo pues las condiciones políticas sueles diferir grandemente de un país a otro, podría decirse que entre los rasgos de este aspecto de la crisis, destacan:

--El debilitamiento y aun la ruptura de alianzas que, bajo otras condiciones permitieron mayor estabilidad y un mejor entendimiento, entre fuerzas hoy en abierto conflicto;

–El peso cada vez mayor que los grupos económicamente más poderosos ejercen en la vida política, y el manifiesto debilitamiento que, en tal sentido, sufren a su vez el movimiento sindical y en general los trabajadores y las capas medias sobre todo no organizadas;

–La tendencia al autoritarismo de múltiples estados y gobiernos que convencionalmente hablan de una democracia que no practican y de derechos y libertades que no respetan, y que incluso se expresan

en frecuentes violaciones a la ley e incluso en medidas represivas;

–El que las elecciones no atraen ya a millones de personas que se abstienen de votar, porque piensan que en realidad no son los ciudadanos quienes eligen a sus gobernantes y que los resultados electorales, cualesquiera que sean, no bastan para cambiar las cosas;

–El que el poder de decisión se concentra cada vez más en una minoría, y que el legítimo reclamo de millones de personas, de participar al menos en los asuntos que más les afectan, es desoido y queda sin respuesta;

–El que aun en países en los que hay cierta democracia electoral las diferencias en lo social y lo económico son enormes, lo que sin duda atenta contra una genuina democracia;

–El que la corrupción, acaso siempre presente, adopte nuevas y más peligrosas formas y adquiera una dimensión que la vuelve no sólo un problema moral sino económico, social y concretamente político que influye en la conducción del Estado y el gobierno, en la multiplicación de fortunas que se hacen al vapor ilegalmente, en la impunidad, en el rechazo de la gente a la política y en el creciente divorcio entre la autoridad y los ciudadanos;

–A propósito de la corrupción y de lo que hoy significa en la vida social, aun sin conocer su verdadero alcance ni poder precisar la forma en que opera a escala internacional, el narcotráfico es un elocuente ejemplo de lo que antes decimos. Nos sorprenderíamos seguramente de que millares de personas se vinculan de un modo u otro a esa actividad, en la que se mueven miles de millones de dólares que bancos y

otros intermediarios financieros siempre dispuestos a colaborar con los traficantes, se ofrecen a lavar, pero que sigue siendo dinero sucio que procede de la ilegalidad y aun el crimen.

–El que, en tales condiciones la democracia "representativa" tradicional pierda fuerza y credibilidad, y en buena parte sea sustituida por una tecnoburocracia conservadora y cada vez más alejada de los problemas reales y de la mayoría a la que más afectan esos problemas, y

–El que, bajo la influencia de las grandes potencias, en años recientes en que la crisis ha tendido a acentuarse, se produzca y cobre fuerza una derechización que adopta las más variadas formas: derrota de gobiernos socialdemocráticos por largo tiempo dominantes en algunos países europeos, reorganización de grupos neofascistas, triunfo de partidos y fuerzas ultraconservadores, tendencia a desconocer derechos y prestaciones laborales que incluso eran viejas conquistas de los trabajadores, políticas de privatizacion que debilitan al Estado y la gestión pública y refuerzan a grupos monopolistas privados, aceptación de diversas formas de ingerencia extranjera en los asuntos internos de numerosos países, así lesionen el derecho de autodeterminación y la soberanía nacional.

En resumen, el que dentro de la llamada globalización, y en particular en los países donde están de moda las políticas neoliberales a ultranza, el Estado-nación pierde fuerza, se retrae y deja de intervenir aun en campos que eran en cierto modo privativos de la acción pública, se subordina al capital privado y sobre todo a los más poderosos imperios y a los organismos financieros internacionales, renuncia en gran medida a su función reguladora y de hecho a su

soberanía, que en otros tiempos ya lejanos reivindicó con decisión como uno de los atributos fundamentales de un Estado Nacional republicano y democrático.

La forma en que se entrelazan las múltiples manifestaciones y los diversos aspectos de la actual crisis, muestra, a la vez, que se trata también de una crisis cultural, esto es que afecta desde los procesos de trabajo y la manera como la gente se inserta en ellos, hasta las relaciones interpersonales, la vida familiar, el régimen institucional, el quehacer cotidiano, los patrones de consumo y, en general, de comportamiento; la educación y la preparación de los recursos humanos, así como viejas costumbres, hábitos, tradiciones y valores culturales ahora sometidos a una creciente y a menudo negativa influencia extranjera. Y la crisis cultural propicia la violencia y aun el crimen.[2]

¿A qué obedece la crisis?

A menudo se atribuye la actual crisis a la conservadora política conocida como "neoliberal"; y si bien ésta juega un papel importante y tiene innegable responsabilidad en lo que acontece, la crisis va más allá de la política y tiene sus raíces en deformaciones

[2] "... ¿Qué pasa con los millones y millones de jóvenes latinoamericanos condenados a la desocupación o a los salarios de hambre, pregunta Eduardo Galeano? Entre ellos, la publicidad no estimula la demanda, sino la violencia; entre ellas, estimula la prostitucion... y así, la cultura del consumo imparte clases para el multitudinario alumnado de la Escuela del Crimen. "... El crimen es el espectaculo más exitoso de la pantalla chica. Golpea antes de que te golpeen, aconsejan los maestros electrónicos de niños y jóvenes. *Estas solo, sólo cuentas contigo*... tu también puedes matar... *La Jornada*. México, octubre 14 de 1995.

y contradicciones más profundas, propiamente estructurales.

Vista en perspectiva histórica la crisis sucede y en cierto modo es consecuencia de la larga fase de expansión que sigue a la segunda guerra mundial, en la que la producción se reestructura e internacionaliza, la competencia se intensifica y que concluye con una creciente inestabilidad monetaria y una fuerte caída de la rentabilidad del capital. En el curso de ese período las economías crecen como siempre desigualmente, pero en general a tasas significativas y con bastante estabilidad. Al respecto suele decirse que la producción industrial capitalista se desenvuelve entonces dentro del marco y bajo la influencia de la regulación fordista, sistema de producción y consumo en gran escala, desarrollado principalmente en los Estados Unidos desde décadas atrás. Otros hechos que sin duda influyen por entonces en la acumulación del capital y el desarrollo son el régimen de paridades fijas establecido en Bretton Woods y la relativa estabilidad monetaria y cambiaria, el aumento del comercio internacional y de la inversión extranjera directa, la política de corte keynesiano que, entre otras cosas estimula la demanda y ayuda a corregir ciertos desajustes y la acción del Estado con fines de promoción y de regulación.

Pero el hecho es que, desde fines de los años sesenta y sobre todo en los setenta, la larga prosperidad de la postguerra llega a su fin y anuncia una nueva crisis. Los Estados Unidos, convertidos ahora en la potencia hegemónica, no pueden estabilizar la economía internacional. A partir, sobre todo, de 1971, aún las monedas fuertes –incluyendo al dólar– empiezan a devaluarse. En 1973 termina la época de la energía

y el petróleo baratos, y los precios, hasta poco tiempo antes relativamente estables comienzan a subir e incluso en paises cuyo crecimiento es muy lento y en los que hay cada vez más desempleo, la inflación se hace presente.

La mano de obra abundante y barata parece agotarse, y ante costos a menudo cada vez más altos y mercados declinantes, sobre todo a partir de 1974, en que cae sensiblemente la actividad económica y se contrae el comercio internacional, el proceso de "globalización" se acelera, el capital se reestructura con mayor rapidez y numerosas empresas se desplazan hacia otros países en busca de menores costos, mejor localización y más altos rendimientos.

Todo ello deja ver claramente que las llamadas políticas neoliberales no son la causa de la crisis, aunque más adelante contribuirán a acentuarla. Lo cierto es que la crisis se hace presente cuando están todavía en acción las políticas expansivas de corte keynesiano, pero que ahora tropiezan con obstáculos difíciles de superar y se expresan en crecientes desajuestes que afectan negativamente el proceso de acumulación. Lo que fundamentalmente está en juego es tanto la reestructuración del capital, con marcada tendencia a incorporar nuevos avances tecnológicos, y a la vez a reducir la inversión y en un sentido más amplio la demanda y el empleo, como la internacionalización --y en los años setenta transnacionalización– que limita la capacidad de acción y concretamente de regulación de los Estados-naciones, aumenta grandemente la cantidad de dinero en circulación y desata nuevos e incontrolables movimientos financieros.

Según R. Boyer, la fase siguiente se caracteriza por una crisis "del sistema mismo de regulación" –o sea

no ya meramente cíclica–, en la que "los mecanismos asociados a la regulación en vigor muestran ser incapaces de contrarrestar los encadenamientos coyunturales desfavorables. . ."[3] Chesnay hace notar que los regulacionistas han prestado poca atención a los efectos de la internacionalización del capital sobre la crisis del modo de regulación fordista, aunque Michalet y De Bernis plantean la hipótesis de una contradicción entre las formas de regulación nacionales y las fuerzas que operan a escala planetaria; pero en pocos trabajos se explora la posibilidad de que la raiz de la crisis del sistema de regulación consista en "la dislocación de las formas institucionales del Estado-nación frente a la mundialización del capital".[4]

El propio Boyer considera que desde la perspectiva de la regulación, un tercer nivel es el de las crisis "del modo de desarrollo", que él define como aquellas en las que se extreman las contradicciones. . . en el seno de las formas institucionales esenciales, o sea las que condicionan el régimen de acumulación. . .". La crisis "del modo de desarrollo" se caracteriza y aun se inicia por la destrucción o al menos la muy seria erosión de las tres formas esenciales de regulación, esto es un nivel de empleo y de salarios suficientes que hacen posibles la estabilidad social y los mercados necesarios para la producción masiva, un nivel monetario y financiero y un ambiente monetario internacional estable, ligados a tipos de cambio fijos y que el sistema financiero sirva principalmente a la industria, y el más importante: la existencia de Estados nacionales capaces de influir sobre el capital y de

[3] Francois Chesnay. *Ob. Cit.*, pp. 250 y 25.

[4] *Ibid.*, p. 252.

disponer de recursos para compensar la insuficiencia de la inversión privada y, de estimular la demanda.[5]

Tales crisis, y concretamente la actual, generan un masivo "desempleo estructural" y al dejar que el capital-dinero se vuelva de hecho incontrolable, se debilita la producción y la economía es cada vez más inestable.

Según algunos autores la presente crisis se da en el marco de, y a la vez propicia, una depresión prolongada debido a que las empresas crecen sobre todo gracias a la adquisición-fusión de otras y sin hacer nuevas inversiones, a la "financiarizacion" de los grupos industriales y al efecto también depresivo del capital-dinero sobre la acumulación.

De todo lo cual resulta que la mundialización del capital y el avance tecnológico se traducen en más destrucción que creación de empleo, en baja de salarios, del gasto público y, en general de la demanda que procede de la mayoría de la población. Y a la vez, al bajar los salarios y los precios de numerosas materias primas, tales hechos elevan la rentabilidad de la inversion privada y la posibilidad de contrarrestar la caída de la demanda, aunque en la práctica ello se hace de manera muy limitada, sobre todo a partir de que el Estado deja de actuar en tal direccion".[6]

La dimensión fundamental de la "crisis del modo de desarrollo" consiste,para Chesnay, en que si bien antes se pensó que el patrón de desarrollo propio de los países industriales podía extenderse en los demás, ahora es claro que, por razones económico-financieras, ecológicas y otras ello es prácticamente imposi-

[5] Véase: *Ibid.*, pp. 253 y 254.
[6] Véase: *Ibid.*, p. 260.

ble, y a que los hechos demuestran que el capital productivo tiende a reestructurarse y a concentrarse principalmente en los países industriales, con la excepción de los NIC's, del sureste de Asia. Y sobre todo el capital-dinero, un capital rentista incluso usurario, con su cada vez mayor autonomía "imprime su marca al conjunto de las operaciones del capitalismo contemporáneo".[7]

O sea que no estamos ante desequilibrios pasajeros ni leves sino ante una situación que da cuenta de una profunda y larga crisis, de la limitada capacidad para hacerle frente e incluso de la imposibilidad de superarla a partir de las condiciones imperantes y las políticas en acción. Como a menudo se señala, si bien ciertos hechos influyen sobre la producción y la oferta y otros sobre la demanda, los desajustes entre una y otra siguen presentes y aun tienden a ser mayores, la tendencia a la sobreproducción que expresa una contradiccion de fondo persiste y aun se acentúa.

Según los defensores del neoliberalismo, supuestamente el "libre comercio", la privatización y la "desregulación" serían los nuevos motores de la estabilidad y el crecimiento. Mas si bien los viejos mecanismos de regulación operan en forma cada vez más limitada y defectuosa, en parte porque en ello se expresa la crisis del sistema de regulación y en parte porque la política en boga los rechaza e impide utilizarlos, su abandono o sustitución no resuelve el problema. Operando espontáneamente, y ni que decir bajo la influencia decisiva del capital monopolista, como ahora acontece, las fuerzas del mercado no asignan racionalmente los recursos ni aseguran un

[7] *Ibid.*, p. 265 y 266.

rápido crecimiento económico o siquiera cierta estabilidad en un país y menos todavía en el conjunto de la economía internacional.

Como dice Samir Amín, los "mecanismos de regulación implican la intervención del Estado", en parte porque no hay "un sistema de regulación internacional". La redistribución del ingreso en favor de los países subdesarrollados desde hace dos decenios como la proponía el Nuevo Orden Económico Internacional habría sido una solución a la actual crisis, pero lo que se hizo fue imponer mayores cargas y empobrecer a esos países, y ello contribuyó a agravar la presente crisis.[8]

Reparar en el desgaste del sistema fordista de regulación al tratar de entender el origen y caracteres de la actual crisis es, sin duda, importante y útil. Pero no todo es atribuible a ese hecho. Incluso en la Europa más industrializada y en Japón, el fordismo no llegó a tener el desarrollo ni la significación que adquirió en Estados Unidos, y en los países subdesarrollados, en donde la crisis capitalista ha sido especialmente severa, tal sistema nunca fue el dominante.

Lo cierto es que en los países más industrializados, los mecanismos de regulación de que se echó mano en diversas crisis fueron muy variados. Frente a la gran depresión de los años treinta, por ejemplo, Estados Unidos recurrió a las reformas de corte Keynesiano del gobierno del presidente Roosevelt, en tanto que la Alemania hitleriana prefirió el armamentismo, la preparación y el estallido de la segunda guerra mundial, que a un precio enorme en riquezas

[8] Véase: Samir Amín. *Re-Reading the Postwar Period.* An Intelectual Itinerary. Monthly Review Press. New York, 1994, p. 96.

materiales y sobre todo en vidas humanas destruidas, permitió superar las más graves contradicciones e hizo posible la reconstrucción y el rápido crecimiento económico del siguiente cuarto de siglo. Más adelante, en particular en Estados Unidos, el armamentismo de tiempos de paz que caracterizó a la política de "guerra fría", el consumismo y la creciente importancia del consumo de bienes suntuarios como forma de utilización del excedente, contribuyeron también a lograr cierta estabilidad. Y en la misma dirección influyeron la política monetaria y fiscal, la acción del movimiento sindical y, en un sentido más amplio, la respuesta reformista de los estados socialdemocráticos del "bienestar".

"La regulación –señala Samir Amin– era estrictamente nacional. Se construyó dentro de sistemas productivos autocéntricos todavía en gran parte autónomos, no obstante su interdependencia con un mercado mundial. Funcionó sólo en la medida en que el Estado Nacional ejercía un control efectivo sobre los medios para manejar la economía nacional y el intercambio con el exterior al comerciar los flujos de competitividad, capital y tecnología. Esto sólo pudo aplicarse en los estados capitalistas centrales..." Lo que significa que, a escala mundial, "...la regulación en el centro implica la reproducción de una relación centro-periferia desigual..."[9]

El rápido avance tecnológico y las nuevas formas de organización de la producción limitan grandemente las posibilidades del fordismo y favorecen nuevos métodos –como la computación y la robótica– para elevar la productividad. La introducción de las nuevas

[9] Samir Amin. *Ibid.*, pp. 207-208.

tecnologías, además de reducir el nivel de empleo, es menos intensiva de capital que las revoluciones previas (ferrocarriles, electrificación, automóvil, urbanización), y junto con la globalización financiera y el traslado de capital de los países subdesarrollados a los industriales, contribuye a profundizar el desequilibrio entre el ahorro disponible y la demanda de inversión productiva y refuerza la tendencia a la sobreproducción.[10] Todavía más: como observan el propio Amin y Michel Beaud, "...la creciente interdependencia de los sistemas productivos centrales y el desplazamiento, por primera vez en la historia, de una economía internacional a una mundial...", "...anula la eficacia de las políticas nacionales tradicionales y entrega al sistema en su conjunto a los dictados y errores del mercado mundial, que no puede ser regulado porque no hay genuinas instituciones supranacionales.

Resumiendo: aparte de debilitarse y aun de no estar ya presentes los mecanismos que bajo otras condiciones permitieron actuar sobre las contradicciones del proceso de acumulación, en la actual crisis se registran o cobran gran importancia otros hechos frente a los que las políticas en boga no ofrecen respuesta satisfactoria.

Uno de esos hechos consiste en que el nivel sin precedente de la internacionalización en proceso, sobre todo de las comunicaciones y de los mercados financieros, cuando baja la rentabilidad del capital productivo y a la vez se incrementa con inusitada rapidez la cantidad de dinero y se abren posibilidades

[10] Véase: *Ibid.* p. 210

[11] *Ibid.* pp. 210 y 211.

como nunca antes de obtener pingües beneficios en la esfera financiera internacional, se canaliza hacia ésta a menudo en operaciones especulativas y se vuelve una fuente de inestabilidad prácticamente incontrolable, lo que afecta la acumulación de capital.

Un segundo factor que sin duda influye también de manera análoga, o sea negativa, es el peso cada vez mayor que en la política económica de todos los países y en particular de los más débiles tienen las decisiones de los más poderosos y de los organismos financieros internacionales, que favorecen políticas monetarias ortodoxas y contraccionistas, que postulando que la estabilidad financiera es la condición del desarrollo, con frecuencia no logran ni una ni el otro.

El debilitamiento del Estado-nación, ante las fuerzas globalizadoras, en todo el sistema pero especialmente en los países subdesarrollados es otro hecho que agrava la crisis. Aun en países en los que la inversión pública era en general muy inferior a la privada, el Estado intervenía en la economía de manera importante en la construcción de obras y la prestación de servicios digamos de infraestructura, y en la promoción y regulación, campos en los que la acción estatal es ahora muy limitada.

Y no sólo eso. Llevado de un antiestatismo enfermizo, el neoliberalismo no únicamente ha debilitado el sistema de regulación sino que ha llevado las cosas al extremo de sostener que no hay mejor regulación que la llamada "desregulación", –o sea ninguna–, es decir que el mercado "libre" se encargue espontáneamente de señalar el ritmo y el rumbo en que la economía deba crecer y ponga las cosas en su sitio. Curiosamente, mientras la crisis de 1929 y la gran depresión de los años treinta exhibieron la incapaci-

dad de las políticas liberales de resolver tales problemas y el intervencionismo keynesiano fue una respuesta lógica al mito de que el *laissez-faire* y el mercado libre corregirían los más graves desajustes, seis décadas después, a punto de concluir el siglo XX resurgen las posiciones más conservadoras, y ahora, ante las limitaciones del desarrollismo y el intervencionismo, una nueva versión del liberalismo se abre paso e incluso pretende ser la solución, aunque lo cierto es que los problemas no se resuelven y la crisis, concretamente, sigue presente.

Otro hecho incluso fundamental que influye en la crisis es la reestructuración del capital y en particular de los grandes grupos empresariales. La competencia oligopolista cada vez más severa modifica en años recientes, como ya vimos, las formas de organización de la producción y de funcionamiento del capital, el que se moviliza y desplaza de unos países y campos de actividad a otros. Las formas tradicionales de integración vertical y horizontal se vuelven a menudo inadecuadas. Y aunque la concentración del capital sigue presente y aun se refuerza, la búsqueda de mayor flexibilidad y mejores condiciones de operación aconsejan modificar y descentralizar la producción y la distribución, y suponen menores inventarios e insumos y por tanto menor demanda de toda clase de bienes.

"El adelgazamiento de la producción (o producción flexible), la carrera hacia abajo (para reducir costos al máximo), la sustitución de trabajadores por proveedores externos, o sea hacer fuera de la empresa lo que antes se hacía dentro, y la cada vez mayor importancia de extensas redes de producción que operan en múltiples lugares y son manejadas por las

firmas centrales y sus aliados estratégicos... son la respuesta a la competencia global...",[12] así como una indudable causa de mayor polarización y desigualdad. Y en la medida en que tales sistemas significan menores ingresos y con frecuencia despidos masivos de trabajadores, reducción de los puestos de planta mejor remunerados y aumento de los eventuales de tiempo parcial, desempleo, disminución de salarios y de la demanda y aliento a las tendencias recesivas, aun en los casos en que contribuyen a elevar la productividad y la producción, dichos sistemas resultan en profundos desajustes, lo que sugiere que las economías del lado de la oferta no bastan: se requieren, además, economías que refuercen también la demanda, la inversión productiva y la posibilidad de utilizar el excedente por ahora desaprovechado.

Desintegración del sistema-mundo

La explicación de la crisis y de sus causas, desde luego, cambia según la perspectiva desde la cual se examine el problema. Viendo el proceso histórico del desarrollo y la globalización de otra manera. I. Wallerstein, por ejemplo, sostiene que lo que se desarrolla no son los países y menos los subdesarrollados, sino "únicamente la economía-mundo capitalista... que es polarizadora, y que lo hace "...con tanto éxito que se está destruyendo... o sea estamos ante "la desintegración de este sistema-mundo..."[13]

[12] Véase: Bennett Harrison, *Ob. cit.*, p. 190.

[13] Immanuel Wallerstein. "La reestructuración capitalista y el sistema-mundo". Conferencia en el XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. México, D.F., 2 al 6 de octubre de 1995. (Mimeógrafo) p. 1.

Según el autor, ".. desde hace por lo menos 500 años los capitalistas reubican sus centros de producción de acá para allá, cada 25 años más o menos, en correlación... con los ciclos de Kondratieff. En las fases "A" predominan los costos de transacción y hay centralización; en las fases "B" pesan más los costos de la fuerza de trabajo y hay fuga de fábricas."[14]

A partir de los años setenta el crecimiento económico, que en general ha sido lento e inestable, se apoyó en la "reducción del nivel de vida de los pobres, sin perjuicio de mantener e inclusive aumentar las posibilidades de acumulación para una minoría..." Y en una fase "B" del ciclo, en la que la rentabilidad del capital productivo disminuye, "el gran capitalista se vuelve hacia el sector financiero para sacar ganancias de la especulación..."[15]

Wallerstein piensa que hasta hace unos años los pueblos confiaron en que, de una u otra manera se produciría una transformación social que los beneficiara. Pero la fe en el cambio se ha perdido y el "sistema mundo-capitalista está desagregándose". El problema más serio no es la tecnología ni la imposibilidad de crear nuevos empleos, ni tampoco que los Estados resulten caducos debido a la revolución en la informática y la globalización. Los mayores problemas para los empresarios, "... casi imposibles de resolver (son) la desruralización del mundo y la crisis ecológica".

La desruralización en marcha hace pensar al autor que en unas décadas, de hecho no habrá gente dis-

[14] *Ibid*, p. 8.
[15] *Ibid*, p. 20.

puesta a trabajar con los más bajos salarios, lo que hará que los costos laborales se eleven. En cuanto a la crisis ecológica, si la capacidad de los Estados para sostener la infraestructura se reduce, las empresas tenderán a no pagar el costo ecológico, lo que agravará la crisis. Aun si la economía-mundo crece, la brecha entre los países industriales y los subdesarrollados se ampliará y habrá un fuerte aumento de la migración, legal e ilegal, del sur hacia el norte, que no será posible detener. Las zonas de conflicto no serán los países más pobres y atrasados sino "las Francias y los Estados Unidos." Y, por si fuera poco a ello se agregará "el problema de la democratización, "que en cierto modo responde a la profunda polarización socioeconómica que acompaña a la globalización. "La ola de la modenización, en el Norte y en el Sur –será dice Wallerstein-- el último clavo en el ataud del Estado Liberal. . ."

Lo que le hace concluir que los próximos treinta a cuarenta años será el momento de la desintegracion del sistema histórico capitalista ". . .Será un período negro, lleno de inseguridades personales, incertidumbre. . . y odios. Al mismo tiempo que un período de transición hacia algún otro sistema o sistemas. . ." "Las perturbaciones aumentan. . . Están fuera de control. Todo parece caótico. . . Nadie puede prever lo que resultará. . . El desafío para quienes luchemos por la democracia,por una democracia "igualitaria" es mostrarnos tan imaginativos y tan audaces como los poderosos. . ." ¿Cómo hacerlo? Es esto lo que debemos discutir . . .Es posible hacerlo, pero no existe certidumbre . . .La historia no garantiza nada. . . Luchamos, recordémoslo, con grandes posibilidades de perder. . . La esperanza reside, ahora como siem-

pre, en nuestra inteligencia y en nuestra voluntad colectiva".[16]

Podríamos recordar otras versiones de la crisis; pero me limitaré a comentar brevemente la que ofrece el historiador Erich Hobsbawm, en su último y excelente libro:

The Age of Extremes.

Hobsbawm conviene con quienes consideran que la presente es una larga crisis, una que se inicia desde 1973-1974, que aún no concluye y que hasta después del colapso de la URSS y los países socialistas europeos se acepta que es global.

Entre los nuevos rasgos de la actual crisis podría señalarse una creciente tendencia a acortar los ciclos de producción y a reducir inventarios y por tanto la demanda, así como mayor inestabilidad, mayor desigualdad social y dramática extensión de la miseria incluso en los países más ricos, en los que centenares de miles de personas carecen de un techo bajo el cual vivir.

Los gobiernos socialdemócratas reformistas que tuvieron tanto éxito en la larga fase de expansión económica de la postguerra, desde fines de los años sesenta y sobre todo después de 1970, tropezaron con crecientes dificultades. Lo que probablemente más les afectó sin embargo, según el autor, fue la globalización que por entonces se inicia y que deja a todos los gobiernos, salvo quizás el de Estados Unidos a merced de un incontrolable "mercado mundial". A partir de ahí como lo demuestra el fallido intento de Francia en 1980, se vuelve cada vez mas difícil actuar unilateralmente a escala nacional, con una política expansionista. Y a la vez los gobiernos neoliberales de

Thatcher y Reagan, pese a atribuir todo al mercado libre no dejan de intervenir en la economía de un modo u otro y al terminar 14 años de gobierno de la señora Thatcher en Inglaterra, por ejemplo, se pagan impuestos más altos que bajo los gobiernos laboristas.[17]

A partir de los años sesenta "el sistema de producción se transformó por la revolución tecnológica y se globalizó o "transnacionalizó" en gran medida", y al sustituir "trabajo humano por fuerzas mecánicas", lanzó a numerosos trabajadores a la calle, sin que las nuevas actividades fueran capaces de crear suficientes nuevos empleos. Lejos de ello, lo que aumentó dramáticamente fue el desempleo ya no meramente cíclico sino estructural, debido a que la producción despedía a más trabajadores que los que la economía de mercado podía absorber.

Las principales víctimas de la crisis no son sólo los trabajadores sino los partidos y gobiernos reformistas. La derrota electoral de esas fuerzas en varios países lo comprueba. Según Hobsbawm, aun la acción de ciertos segmentos del nuevo movimiento social o popular que a menudo está contra la política, y en particular contra la "vieja política", contra los partidos y los gobiernos, contribuye a la derrota de esas fuerzas y a que nuevos grupos de derecha cobren importancia.[18]

"El principal efecto de las "décadas de crisis" es ampliar la brecha entre los países ricos y los pobres". "En tanto la economía trasnacional domina al mun-

[17] Erich Hobsbawm. *The Age of Extremes.* A History of the World 1914-1991. Pantheon Books. New York, p. 412.

[18] Véase: *Ibid.*, pp. 413, 414 y 417.

do, debilita a una institución mayor y desde 1935 virtualmente universal: el Estado-nación territorial, toda vez que ese Estado no puede ya controlar sino una parte cada vez menor de sus asuntos". Mientras organizaciones muy diversas que operaban nacionalmente, son desplazadas, aquellas que rebasan las fronteras nacionales, como las firmas trasnacionales, el mercado internacional de divisas y los globalizados medios de comunicación, se imponen y triunfan. Los "teólogos del mercado libre" van aún más lejos y desmantelan actividades manejadas hasta entonces por organismos públicos, y las dejan "al mercado".

El debilitamiento de la capacidad reguladora del Estado-nación y la ausencia de mecanismos internacionales de regulación eficaces, contribuyen a que se multipliquen las organizaciones que intentan cumplir alguna función en ese campo. Desde luego son importantes en tal sentido los bloques regionales y sobre todo el llamado grupo de los siete y los organismos financieros y comerciales internacionales, mas lo cierto es que al finalizar el siglo no hay un sistema internacional capaz de hacer frente a problemas que en verdad nadie sabe cómo resolver. Tales problemas, desde luego no son sólo económicos o financieros; son también sociales y políticos, y entre éstos, como lo reveló la guerra del golfo Pérsico y más recientemente la trágica situación de la ex Yugoeslavia, el "peligro global de una guerra" no ha desaparecido.

A diferencia de otros autores que asocian la actual crisis a hechos muy recientes y que incluso suelen verla como consecuencia de la política "neoliberal", Hobsbawm, a mi juicio con razón, repara en el papel muy importante que en tal sentido juega el proceso de internaccionalización, así como la reestructura-

ción y las nuevas formas de organización de la producción.

Los años y aun las décadas previas a la crisis que se inicia en los setenta son, como se sabe, de rápida expansión económica. Hobsbawm les llama, "the golden years". Entre los años cincuenta y setenta, en efecto, se cuadruplica la producción de manufacturas y el comercio exterior de ellas aumenta diez veces. En toda esa fase la energía es sumamente barata, la tecnología avanza con celeridad, hay estabilidad, crecientes recursos financieros y una abundante disponibilidad de fuerza de trabajo, todo lo cual hace posible que la producción crezca y se diversifique como nunca antes.[19]

El desarrollo tecnológico de esa larga época de prosperidad deja ver tres aspectos fundamentales: 1) transforma totalmente la vida cotidiana sobre todo en los países industriales; 2) en la medida en que se introducen tecnologías más complejas, se vuelve más difícil también el proceso que va desde el descubrimiento o la invención hasta la producción, y más costoso recorrerlo, y 3) las nuevas tenologías son en gran medida intensivas de capital y (excepto por lo que hace a científicos y técnicos altamente calificados) ahorradoras y aun reemplazadoras de mano de obra. Las cuantiosas y pesadas inversiones que requiere el desarrollo, por otra parte necesitan de la gente cada vez menos, excepto como consumidores.[20]

[19] Vease: *Ibid.*, p 261

[20] *Ibid.* p. 266. "La tendencia general de la industrialización ha sido sustituir la destreza humana por la destreza de las máquinas, trabajo humano por fuerzas mecánicas y asi es como ha lanzado a los trabajadores al desempleo". *Ibid.*, p. 413

"En esos años (además) hubo una sustancial reestructuración y reforma del capitalismo y un avance espectacular de la globalización e internacionalización de la economía".[21]

En un principio el desarrollo industrial se basa, podría decirse, en las tecnologías tradicionales, aunque en industrias como la quimica y la farmacéutica se registran tempranas e importantes innovaciones. En los años sesenta la economía internacional empieza a convertirse en transnacional, esto es, "... en un sistema económico para el cual los territorios estatales y las fronteras estatales no son ya el marco de referencia básico... Hacia mediados de esa década, "...los principales productores de artículos electrónicos empiezan ellos mismos a globalizarse".

"El control central del proceso productivo a través de la nueva tecnología de la información hace posible dividir la producción..." incluso entre países muy alejados unos de otros, lo que permite una nueva división internacional del trabajo en la que aumenta el comercio de manufacturas, y aun algunos países subdesarrollados se incorporan como nuevos productores y pasan a ser parte del proceso de transnacionalización de la industria. Para Hobsbawm esa fue incluso la innovación decisiva de los años dorados".

"...Después de 1973 hay un profundo cambio cuando se realiza el mayor avance en la teconogía de la información y la ingeniería genética ..." En adelante, o sea bajo la crisis, el proceso cobra mayor celeridad y la creciente internacionalización y globalización determinan los problemas de esa época.

[21] *Ibid.*, pp. 277, 270 y 280.

Hacia 1971-72, cuando muchos esperaban que la expansión seguiría adelante porque la economía no dejaba de crecer, empiezan a advertirse dificultades cada vez mayores para controlar la inflación, para mantener cierta estabilidad monetaria y cambiaria, sobre todo después de la devaluación del dólar y la caída del sistema de Bretton Woods y para elevar la productividad e impedir el alza de los salarios y el descenso de la tasa de ganancia, cuando la reserva de mano de obra empezaba a reducirse. La creciente inflación, el aumento sin precedente de la circulación monetaria, el cada vez mayor endeudamiento de Estados Unidos, los cuantiosos déficit presupuestales, los desajustes comerciales y financieros y las devaluaciones monetarias, exhiben una inestabilidad que anuncia una crisis, que poco tiempo después se iniciará con una fuerte caída de la actividad económica y que incluso será el rasgo dominante en los siguientes dos decenios.

En síntesis –escribe Hobsbawm– el siglo termina en un desorden global cuya naturaleza no es clara, y sin contar con un mecanismo preciso bien para terminar con él o para mantenerlo bajo control. La razón de esta impotencia radica no solamente en la genuina profundidad y complejidad de la crisis mundial, sino también en el evidente fracaso de todos los programas viejos y nuevos, para manejar o mejorar los asuntos de la especie humana".[22]

Para el autor los dos problemas centrales y, a largo plazo decisivos son el demográfico y el ecológico. El primero, dada la explosión de la población en el mundo atrasado y la masiva migracion a la postre casi

[22] *Ibid.*, pp. 562 y 563.

inevitable, que provocará fricciones, desajustes y mayor desigualdad. En cuanto al ecológico, sobre todo si las tasas de crecimiento económico vuelven a ser altas y la orientación del proceso no cambia, el daño al ambiente natural será irreversible y aun catastrófico. Bien dice Hobsbawm que "desde el punto de vista del ambiente, si la humanidad ha de tener futuro, el capitalismo de las décadas de crisis no tendrá ninguno".

"La creencia, de acuerdo con la economía neoclásica, de que un comercio internacional irrestricto permitiría a los países más pobres acercarse a los ricos, contradice tanto la experiencia histórica como el sentido común. Más bien parece que la creciente desigualdad llevará a cada vez mayores problemas futuros".

Tres hechos que hoy causan alarma son: 1) que la nueva tecnología expulsa de la producción a trabajadores a los que no da ya un empleo similar ni promueve un crecimiento económico capaz de absorber a los desocupados; 2) Mientras la mano de obra fue un importante factor de producción, la globalización movió a la industria desde lugares de altos costos salariales hacia países donde el trabajo manual e intelectual era barato. La consecuencia de ello fue que se trasladaran empleos de regiones de altos a las de bajos salarios o/y que los salarios declinaran en las primeras bajo la presión de una competencia global. Y 3) el triunfo de la ideología del mercado libre "debilitó y aun removió la mayor parte de los instrumentos para hacer frente a los efectos sociales de los trastornos económicos". Lo que volvió a la economía mundial "un motor cada vez mas poderoso e incontrolable".

[23] Véase: *Ibid.*, pp. 570, 571 y 572.

Hoy no sólo es común que se desemplee a numerosos trabajadores industriales; también empieza a serlo que se despida a muchos en los servicios incluso financieros y otros. La desigualdad que a algunos pudo haber atraido en un momento dado, produjo efectos del todo negativos. "Los seres humanos no están adecuadamente diseñados para un sistema capitalista de producción. Mientras más alta es la tecnología más caro es el componente humano de la producción, comparado con el mecánico. Aun siendo los seres humanos más caros que las computadoras, tienen derecho a trabajar y a vivir, y el reducir los gastos sociales y los impuestos en busca de mayores ganancias, a la postre sólo agravará otros problemas".[24]

Desde la segunda mitad del siglo XVIII el Estado cobró cada vez mayor importancia y fue un factor fundamental en el proceso de modernización. Lo cierto es que los "milagros económicos" del siglo XX fueron fruto no del laissez-faire, sino de la oposición a él. Al finalizar el presente siglo el Estado se halla a la defensiva y con frecuencia se muestra incapaz aun de realizar aquellas funciones que le fueron privativas. Concretamente se deterioran múltiples servicios sociales, lo que en gran parte obedece a la reducción del gasto y al retraimiento del Estado. Y el supuesto mercado libre, lejos de resolver tal problema, contribuye a agravarlo.

"El reparto social y no el crecimiento dominan la política del nuevo milenio. La asignación de recursos no por el mercado o al menos la severa limitación de lo que hace el mercado, es esencial para hacer frente

[24] *Ibid.*, p. 414.

a la crisis ecológica. De un modo u otro el destino de la humanidad dependerá, en el nuevo milenio, de la restauración de las autoridades públicas".

La toma de decisiones a nivel supranacional, seguramente avanzará con rapidez. En realidad lo hizo ya en los últimos decenios, pero a través sobre todo de organismos financieros que favorecieron la ortodoxia del mercado libre y la empresa privada que convenían a los Estados Unidos, como antes a Inglaterra, pero no necesariamente al mundo.

Las décadas de la crisis han debilitado el consenso político, así como verdades antes generalmente aceptadas. La gente se aleja de la política y deja los asuntos públicos a la "clase política". Las nuevas formas de consumo, de entretenimiento y de vida hacen a la política "menos importante y menos atractiva". Los medios de comunicación pasan al primer plano, juegan un nuevo papel y devienen a menudo más importantes que los partidos y los procesos electorales, y la gente, aun no siendo capaz de decidir, se moviliza de nuevas maneras.[25]

". . .las esperanzas o los temores –concluye Hobsbawm no son predicciones. Detrás de las opacas nubes de nuestra ignorancia y de la incertidumbre sobre desenlaces precisos, lo sabemos, las fuerzas históricas que conformaron el siglo, continuarán en acción. . ." No sabemos hacia dónde vamos. Sólo sabemos que la historia nos trajo hasta aquí. . . Pero una cosa es clara. Si la humanidad ha de tener un futuro aceptable, ello no podrá ser porque se prolongue el pasado o el presente. Si tratamos de construir el tercer milenio sobre esa base, fracasaremos. . ."[26]

[25] *Ibid.*, pp. 578 y 581.
[26] *Ibid.*, pp. 584 y 585.

La atención que ciertos autores prestan y aun el énfasis que, como hemos visto, suelen poner en fenómenos tales como la explosión demográfica y el deterioro ecológico son explicables, pues se trata de dos grandes poblemas no fáciles de resolver.

Aún confiando en que, como aconteció hasta ahora, el rápido crecimiento de la población no rebase la capacidad de la sociedad para producir suficientes alimentos y satisfacer necesidades básicas, el sólo hecho de que aumente el número de habitantes y la densidad de población como hoy lo hace, y se espera siga creciendo en los próximos decenios, entraña una severa presión sobre el ambiente y los recursos naturales. El que la población y la oferta de mano de obra aumenten con rapidez, además, precisamente cuando se imponen estructuras productivas y formas de organización que requieren cada vez menos trabajo humano, vuelve el problema más grave. Y el que la explosión tecnológica se concentre en las naciones industriales y ricas, lo complica aún más, pues si bien el capital y la fuerza de trabajo tienen en nuestros días una movilidad de la que tradicionalmente carecieron, el traslado de uno y otra no son fáciles y mientras la población excedente busca en particular trabajos sencillos y de bajo nivel de calificación, la alta tecnología de los servicios y de la información, en rápido desarrollo en las economías industriales, requiere de cada vez menos mano de obra, excepto por lo que hace a científicos y técnicos de alto nivel, que de preferencia ellas mismas pueden preparar.

7

LA CRISIS EN MEXICO

La crisis Latinoamericana

El que la crisis que hoy nos afecta gravemente sea global no significa, desde luego, que la forma en que se expresa en diferentes países sea la misma. La sola y sin duda profunda desigualdad del desarrollo, fruto de factores que históricamente influyen en esa dirección, bastaría para determinar situaciones distintas. En conjunto América Latina, como parte del mundo subdesarrollado, resiente la crisis con mayor intensidad que los países industriales, y aun en ese escenario regional se advierten diferencias significativas, en las que, en un examen riguroso sería preciso reparar.

Dada esa situación, considerar los aspectos fundamentales de la crisis que hoy aqueja a Latinoamérica, rebasaría lo que está a mi alcance intentar en las páginas finales de este breve libro. Me limitaré a mencionar algunos de los rasgos característicos de esa crisis, que en cierto modo representan un marco de referencia a partir del cual podemos examinar la crisis mexicana, no tanto para ahondar en ella sino para reapreciar la realidad y contar así con los elementos

indispensables para avanzar en el trazo inicial de una línea de acción que ayude a que las cosas cambien.

Al hablar de la crisis en cualquier país o región es preciso recordar que de un lado se expresan en ella fenómenos de mayor alcance, incluso de una dimensión a veces realmente mundial, y del otro que ninguna crisis es ya solamente económica sino también social, cultural y, en una u otra medida, política.

Pues bien, aunque incluso en momentos muy difíciles la actividad en algún país puede haber crecido apreciablemente, la economía latinoamericana, cuyos problemas se agravan desde principios de los años ochenta, o sea desde la que suele llamarse la "década perdida", deja ver que las tasas de crecimiento son muy inferiores a las de etapas previas, la formación de capital es del todo insuficiente, el desempleo y el subempleo aumentan; se registran profundos desajustes monetario-cambiarios, comerciales y financieros que propician la fuga de capitales, el endeudamiento y la inflación, –llegando los precios a niveles sin precedentes no sólo cuando la economía se expande sino también cuando permanece semiestancada. Todo ello coincide con una profunda desigualdad social y en particular con el hecho dramático de que aun en los países con mayores recursos y más desarrollo relativo, la miseria hace víctimas a millones de personas; y a diferencia de otras ocasiones no sólo los pobres se vuelven más pobres sino que aun amplios segmentos de las capas medias cuyas condiciones habían mejorado a lo largo de varios decenios, bajo la actual crisis sufren una severa reducción de ingresos reales y de poder de compra que afecta gravemente sus niveles de vida, y no pocas veces incluso son lanzados al desempleo o al subempleo.

Desde luego las condiciones y la forma en que se agravan los problemas sociales en cada país no son idénticas. Pero en general no es exagerado decir que, a consecuencia de la crisis y de las antisociales políticas imperantes, en casi todas partes se advierte un deterioro en la alimentación, salud, educación, vivienda, acceso a la cultura y otros servicios. Aparte de todo ello, acaso lo más revelador del nuevo carácter y el mayor alcance de la crisis consista en que no sólo las condiciones de vida se tornan más precarias sino que la cada vez mayor inseguridad, la violencia y la alarmante multiplicación de actos delictivos hacen la vida más difícil y riesgosa. Y como el empobrecimiento de los más coincide con la riqueza también cada vez mayor e indignante de una minoría privilegiada, el problema y en un sentido profundo la crisis social se expresan además en frustración, descontento, inconformidad, desacuerdos, fricciones, enfrentamientos y luchas entre los que nada tienen y los que tienen todo, e incluso entre quienes tratan de preservar lo que ya habían logrado, defienden algún derecho o reclaman lo que consideran que legítimamente les pertenece. En casi todas partes, además, la inestabilidad reinante agrava las cosas y vuelve más difícil resolverlas. La creciente importancia del narcotráfico como fuente de rápidas y sucias fortunas es un indicador de esa corrupción. Y en el clima creado por la inestabilidad, las devaluaciones, las oportunidades para especular y hacer dinero fácil, los gobiernos complacientes, el consumismo y el respecto a los ricos así sea del todo ilícito el origen de sus fortunas, la corrupción adquiere una dimensión que la vuelve un problema no sólo social y moral sino económico y político.

La crisis social tiene otras manifestaciones; una es la relación con la naturaleza y la dificultad para preservar el ambiente y una rica biodiversidad. La deforestación y en particular la destrucción de los bosques tropicales húmedos que amenaza con acabar en unas cuantas décadas lo que se creó en milenios y aun en millones de años, contribuyen al calentamiento del planeta –efecto "invernadero"–, a la contaminación, a la erosión del suelo y a limitar el volumen de agua disponible y las posibilidades de desarrollo agrícola.

Después de Estados Unidos y la ex Unión Soviética, Brasil es el país del mundo más afectado por la emisión de gases, sobre todo dióxido de carbono y metano, y México, con el décimotercer lugar y sólo abajo de los países industriales, exhibe también una situación muy desfavorable.

El rápido crecimiento de la población –en los países pobres una verdadera explosión demográfica– es otro serio problema de la crisis social que entraña severas presiones sobre la economía y los recursos disponibles e implica desplazamientos migratorios internos y con frecuencia internacionales masivos, difíciles de controlar y que afectan al mercado de trabajo, así como fenómenos de gigantismo urbano como el que ya representan ciudades como la de México y Sao Paolo, que influyen también negativamente sobre la ecología.[1]

En cuanto a la crisis propiamente política resulta más difícil destacar los rasgos que parecen comunes. En algunos países el proceso político tiene entre sus

[1] Véase: Paul Kennedy. *Preparing for the Twenty-First Century*. Fortuna Press. London, 1994, pp. 95 a 121.

principales características que en años recientes caen cruentas dictaduras que son sustituídas por gobiernos civiles aparentemente democráticos, que verbalmente declaran ser parte de Estados de Derecho, pero en la práctica violan con frecuencia los derechos y libertades que dicen respetar, proceden arbitrariamente, están encabezados por burocrátas deshonestos e incapaces más interesados en sus propios negocios que en el progreso del país, que deciden de arriba abajo y sin participación real de los ciudadanos incluso en lo que a éstos más importa, y cuyas políticas económicas y sociales, lejos de contribuir a que la mayoría de la gente mejore, propician el empobrecimiento de millones de hombres y mujeres, lo que sin duda atenta contra una vida digna y una genuina democracia.

Todavía más, bajo la influencia de la llamada globalización se debilitan la soberanía y el Estado-nación; se vuelven más conservadoras y rígidas las estructuras de poder; se recompone la llamada "clase política, ahora con cada vez mayor y más directa participación de los grandes empresarios y en general de hombres de negocios así como de jóvenes tecnócratas a menudo formados –y no pocas veces deformados– profesionalmente en el extranjero, y desde distintas organizaciones ejerce mayor influencia el capital trasnacional.

En el seno de los gobiernos se refuerza a menudo el poder ejecutivo y se debilitan en cambio los otros poderes y en particular el legislativo. En cuanto al Estado pierden importancia las viejas alianzas y ciertos mecanismos de mediación y de regulación; se debilitan especialmente el campesinado, la clase obrera y la organización sindical de los trabajadores, así como sectores de las capas medias que antes de la

presente crisis participaban en mayor medida en la toma de decisiones y al menos en ciertos aspectos de la política en vigor.

La influencia cada vez mayor de la publicidad, debido a su creciente difusión, al profesionalismo de los comunicadores y la eficacia de los nuevos sistemas, aunque también, sin duda, a la forma pontifical en la que se presenta el mensaje ideológico dominante como si fuera la verdad misma, contribuye a que millones de personas no acostumbradas a pensar se identifiquen con esa propaganda y sean fácilmente ganadas a las posiciones antiestatistas, individualistas, consumistas, extranjerizantes y desnacionalizadoras de lo que en conjunto podrían considerarse nuevos grupos de derecha: y la cada vez mayor fuerza de ésta se comprueba no sólo en las elecciones sino en múltiples aspectos de la vida cotidiana. Esta tendencia sin embargo no es desde luego absoluta, y aun en años recientes se enfrenta en ciertos países y procesos a fuerzas democráticas que también han hecho avances y logrado victorias significativas.

A consecuencia de todo ello se extreman ciertas contradicciones, afloran esciciones y desacuerdos incluso entre quienes forman parte de un mismo bando, se recurre a la represión y a la violencia para dirimir ciertos conflictos, los procesos electorales acusan múltiples y graves irregularidades y la capacidad del sistema político para resolver los problemas más graves se antoja cada vez más limitada, lo que en algunos casos exhibe procesos de descomposición que hacen pensar que la crisis política es cada vez más profunda y que incluso no pueda ya superarse dentro de los regimenes existentes.

La crisis en México

Pero en vez de reiterar generalidades y de hacer juicios muy parciales e imprecisos que no dejen claro en dónde, cómo y por qué se dan ciertas situaciones me referiré brevemente, en particular al caso de México, para tener una referencia más concreta y espero que más esclarecedora y útil.

México vive, sobre todo desde 1982, una profunda y persistente crisis que ya en los años setenta se deja sentir, aunque ciertos funcionarios no la advierten e incluso niegan que esté presente. Los desajustes monetario-cambiarios de principios de esa década y sobre todo la fuerte caída de la actividad económica internacional entre 1974-1976, influyen adversamente sobre la economía mexicana: en efecto se incrementa el déficit de la balanza comercial, se devalúa la moneda, suben los precios, se agranda el desequilibrio presupuestal del gobierno y empieza a aumentar como nunca antes la deuda interna y sobre todo externa, la que durante varios años compensa la insuficiencia del ahorro doméstico.

Simultáneamente –y este es acaso el principal factor que impide que la crisis sea vista con claridad–, entre 1978 y 1981 México logra una muy alta tasa de crecimiento económico –de 7,5% a 8% anual en términos reales– debido principalmente al rápido aumento de la producción y exportación de petróleo y a la expansión de la industria petroquímica, aunque también crecen de prisa otras actividades manufactureras y la construcción.

Lo que suele llamarse "el auge petrolero" genera, sobre todo entre algunos altos funcionarios del gobierno, un explicable pero infundado triunfalismo y

cuando los más graves desajustes se ahondan, la deuda llega a niveles demasiado altos y su servicio es ya muy oneroso, la inflación se vuelve incontrolable, el peso es cada vez más débil y no están ya presentes las condiciones que hicieron posible el crecimiento económico de los cuatro años previos, desde el gobierno se repite demagógicamente que todo va "viento en popa", que la deuda externa no entraña una carga excesiva y que la confianza y el crédito de que México goza en el exterior son muy grandes, que la posición económica del país sigue siendo sólida y que la producción y el ingreso continuarán elevándose de prisa incluso hasta el fin del siglo.

Pero los hechos se abren paso y acaban por prevalecer; y al aumentar la deuda externa, caer los precios del petróleo, fugarse capital hacia el exterior, elevarse las tasas de interés y los precios y suspenderse el crédito externo, el gobierno mexicano anuncia a sus acreedores extranjeros la suspensión de pagos, estallando así la llamada "crisis de la deuda".

La crisis económica

En toda esa larga etapa que arranca de la segunda mitad de 1982, la crisis económica se expresa como sigue:

–Un crecimiento muy lento, desigual e inestable, que en general no excede de 2.5% a 3% al año, y que a menudo es inferior al ritmo a que crece la población;

–Un rápido y sustancial descenso de la tasa de inversión bruta, que en los años más difíciles declina del 25% al 16% del PIB. Después se eleva de nuevo hasta 19%-20%, y cuando se habla de recuperar los

niveles de años anteriores, se desploma otra vez y vuelve a ser del todo insuficiente;

–Un bajo nivel de ahorro y de inversión, sobre todo productiva pues buena parte de ella es inversión financiera e incluso especulativa;

–Un rezago creciente de la infraestructura básica en múltiples campos que obedece al fuerte descenso de la inversión pública y que afecta el nivel de productividad;

–Un sensible aumento del desempleo y el subempleo, al que corresponde un crecimiento incontenible y anárquico de la economía "informal."

–Una severa inflación, en realidad la más intensa sufrida hasta ahora, que a mediados de los ochenta excede de 100% y aun de 150% en un solo año, y que si bien se reduce grandemente en los últimos años hasta llegar a menos del 10% en 1994, en 1995 vuelve a cobrar impulso y alcanza de nuevo alrededor de 50%;

–Un fuerte déficit financiero público que incluso en dos ocasiones representa el 16% del PIB, que más tarde baja a niveles razonables y que actualmente es muy pequeño y aun se convierte en un superávit;

–Durante varios años –sobre todo en 1982-87–, un saldo favorable de la balanza comercial que obedece a la vertical caída de las importaciones cuando la economía mexicana deja de crecer, y que representa el translado masivo de excedente que, debido a la elevada deuda externa, al pesado servicio de la misma y a la rigidez de los programas de ajuste impuestos por los acreedores, es preciso hacer al extranjero, aun a costa de sacrificar el crecimiento;

–Una creciente inestabilidad monetaria y financiera y un verdadero desplome del peso, que en el sexenio 1976-82 cae de aproximadamente 25 a 110

por dólar, y de ahí a fines de 1994 se derrumba en forma estrepitosa hasta unos 3 400, que al quitar tres ceros a todas las cifras en 1993, se convierten en un engañoso 3.40 nuevos pesos por dólar. Y como veremos enseguida, la devaluación monetaria no termina ahí sino que continúa y se agrava a partir de diciembre de 1994;

–Una política de apertura hacia el exterior –en general unilateral e indiscriminada–, que si bien se presenta como condición para que México oriente su desarrollo hacia la exportación y tenga mayor acceso al mercado mundial, lo que fundamentalmente trae consigo es un enorme déficit comercial y una creciente afluencia de inversiones extranjeras, que hasta 1993 permite compensar ese déficit y aun deja un saldo positivo en la cuenta de capital.

Desde 1981, además, la relación de intercambio es cada vez más desfavorable, lo que agrava el déficit comercial. En cuanto a éste, mientras que las exportaciones aumentan a partir de 1989, las importaciones lo hacen un año antes y con mayor rapidez.

En efecto, entre 1987 y 1991, las primeras se elevan de alrededor de 20 650 a 27 170 millones de dólares. En 1992 dan un salto hasta 46 200 millones; al año siguiente se acercan a 52 mil y en 94 alcanzan ya 60 882.2 millones. Las importaciones, sin embargo crecen mucho más, desde apenas unos 12 220 millones de dólares en 1987 a 38 369 en 1991, 65 367 en 93 y 79 345 millones en 1994. O sea que a partir de 1988 empieza a registrarse un déficit en la balanza comercial, relativamente pequeño en un principio y que entre 1991 y 1994 fluctúa entre un mínimo de -11 090 y un máximo de -18 464 millones de dólares, y que alcanza casi 60 mil millones, en esos cuatro años.

El que el déficit comercial aumente, es sin duda revelador; pero el desequilibrio mucho mayor que en conjunto exhibe la cuenta corriente, o sea la suma de transacciones de bienes y servicios que tan sólo en el trienio 1992-1994 excede la enorme suma de 76 mil millones de dólares, es todavía más significativo y da cuenta de la dimensión real del desajuste.

Se dice a menudo que el rápido aumento de las importaciones obedece a que la modernización y reestructuración de la economía mexicana reclaman crecientes adquisiciones de bienes de capital; mas a juzgar por la información disponible ello no es así. Si bien en valores corrientes las compras de esos bienes aumentan sobre todo después de la fuerte caída que sufren hasta 1987, lo cierto es que en 1991 se rebasa por primera vez a las de diez años antes. Y aun entonces, como proporción del total (23%) siguen siendo muy inferiores a las que en promedio correspondieron al periodo 1980-1986, de 26% a 32%.

Las cuantiosas compras de bienes intermedios son con mucho las que más influyen en el déficit comercial. Y aunque es entre 1983 y 1988 cuando representan una mayor proporción del total –67% a 72%–, después del descenso que experimentan en los años más difíciles, con posterioridad a 1987 superan ampliamente a las cifras de años previos.

Acaso el nuevo hecho que en el marco de la apertura vuelve más severa la competencia para numerosas empresas mexicanas, contribuye a agravar el déficit y es un signo más de la crisis, es el relativo a la importación de bienes de consumo. Esta, ya significativa en los años de auge y concretamente en 1980 y 81 al alcanzar en conjunto alrededor de 5 260 millones de dólares a precios corrientes, desde 1988 ad-

quiere cada vez mayor importancia y en sólo tres años –1990-1992– representa cerca de 21 500 millones de dólares, cifra en verdad muy grande y que incluso se acerca a la que corresponde a los bienes de capital. Lo que quiere decir que si bien el oneroso servicio de la deuda externa reclama a México cuantiosos recursos financieros e impide destinarlos a impulsar el desarrollo, y el rezago industrial y la ausencia de una verdadera estrategia para fortalecer, a largo plazo, la industrialización, se traducen también en crecientes importaciones, lo más grave son las cada vez mayores compras de bienes de consumo –muchos de los cuales se producen en el país–, que expresan el malinchismo de los sectores de más alto ingreso y representan el mayor desperdicio del excedente así como un serio obstáculo a la expansión del mercado interno.

–Desde luego hay otros hechos en que se manifiesta la actual crisis. Uno de especial significación es la inestabilidad financiera, y concretamente de los movimientos internacionales de capital y de dinero.

La deuda externa de México aumenta, sobre todo desde la segunda mitad de los años setenta. En los años ochenta se hacen varias renegociaciones y, ya reestructurada, alcanza 96 448 millones. Aunque a lo largo de más de un decenio se paga con frecuencia un enorme tributo de entre 9 y 10 mil millones de dólares al año tan sólo por concepto de intereses, en 1994 esa deuda no sólo no se ha reducido sino que ha vuelto a crecer, ahora hasta la estratosférica cifra de 136 270 millones, que en las difíciles condiciones de la economía mexicana se antoja del todo impagable.

Tanto la inversión extranjera directa como la de cartera aumentan también hasta niveles sin precedente en los últimos años, llegando en conjunto a un

máximo de 103 304 millones de dólares en 1994; y como ya se dijo, al contribuir a que el saldo de la cuenta de capital sea con frecuencia favorable, hacen posible que el país incremente con rapidez sus importaciones.

La creciente afluencia de capital del exterior tiene múltiples consecuencias; influye en la expansión de ciertas actividades; contribuye al avance tecnológico, sobre todo de aquellas empresas que controla o con las que está estrechamente vinculado; complementa, cuando su afluencia neta es positiva, el ahorro interno; compensa el déficit en cuenta corriente; facilita en ocasiones el acceso a otras fuentes de financiamiento y fomenta el comercio internacional y a menudo, sobre todo, la importación de múltiples bienes y servicios. Al mismo tiempo, sin embargo, intensifica la competencia y aun desplaza a numerosas empresas mexicanas, incrementa el desempleo y vuelve a nuestra economía más inestable, vulnerable y dependiente, no sólo por la volatilidad que caracteriza en particular a los movimientos de fondos a corto plazo que se hacen en los mercados financieros –esto es por la facilidad y rapidez con que entran y salen enormes sumas de dinero–, sino porque en la medida en que más se depende de la producción, el comercio y el financiamiento del exterior, de hecho son los organismos financieros internacionales, el capital trasnacional y los gobiernos de los países más poderosos con los que se tiene una relación más estrecha, quienes deciden lo que ha de hacerse y cómo, al menos en los campos en que su influencia es mayor. Lo que desde luego lesiona la soberanía nacional y la posibilidad de que seamos los mexicanos quienes decidamos nuestro destino.

Los movimientos internacionales de dinero no son el único factor que determina la inestabilidad finan-

ciera y afecta a la banca y el sistema financiero nacional; pero ejercen indudable influencia. A últimas fechas estos movimientos, junto a una ortodoxa política monetaria contribuyen a los altibajos del mercado de valores, a las fluctuaciones y en particular a la elevación desmedida de las tasas de interés, a la especulación y a las formas de funcionamiento y resultados de operación de la banca, que en general arrastra ahora cuantiosas carteras vencidas y reporta pérdidas en vez de utilidades, todo lo cual sin duda es también signo de la actual crisis.

Al concluir el gobierno de Salinas, los más altos funcionarios y sus voceros aseguraban con ligereza que la economía mexicana se hallaba cada vez en mejores condiciones, que había recobrado la estabilidad y estaba a punto de iniciar una fase de crecimiento autosostenido. Y cuando los más entusiastas reiteraban que el enorme déficit comercial, más que un dato negativo era el signo de la creciente confianza del capital extranjero que afluía en cantidades y a ritmos inusitados, la realidad volvió a abrirse paso y en sólo unos días el discurso oficial quedó en el aire.

A punto ya de concluir 1994, bajo el nuevo y recién instalado gobierno se anunció que se ampliaba la banda de flotación del peso en 15%. El ajuste fue del todo insuficiente y de hecho un día después, al retirarse el Banco central del mercado de cambios, el peso de devaluó en más de 40%. Unas semanas más tarde cayó a 5.50-6 pesos por dólar, y ante el peligro de una fuga de capitales incontrolable que se añadiera a la sangría de cerca de 20 mil millones de dólares sufrida en 1994, a principios de 1995 el gobierno mexicano gestionó y obtuvo, de la tesorería nortea-

mericana y de varias instituciones financieras internacionales la enorme suma de casi 50 mil millones de dólares para asegurar el pago de cerca de 30 mil millones de dólares en Tesobonos, títulos en gran parte en poder de inversionistas extranjeros, pagaderos en pesos pero al tipo de cambio que rigiera a su vencimiento. Dentro del rígido marco de los "programas de ajuste" el gobierno, además, llevó las tasas de interés a niveles increiblemente altos, contrajo la circulación monetaria y el crédito, congeló salarios, aumentó impuestos, redujo el gasto público, apoyó la exportación y trató por todos los medios a su alcance de comprimir la demanda interna –que dadas las presiones recesivas en juego fue como llover sobre mojado–, creyendo que así restablecería cierta estabilidad de precios que haría posible mantener el equilibrio financiero y que la economía empezara de nuevo, a crecer.

A principios de noviembre de 1995, empero, apenas unos días después de que el gobierno anunció un último pacto –ahora la Alianza para la Recuperación Económica–, y de que en el marco de la misma ya vieja política contraccionista se adpotaran algunas medidas –que de preferencia a través de incentivos fiscales y otras formas indirectas pretenden aumentar la demanda, la inversión y el empleo–, la reacción al programa oficial no fue la que se esperaba sino más bien la contraria. En efecto, mientras algunos funcionarios atribuían superficialmente la grave situación al "nerviosismo" del mercado, lo cierto es que la enésima y grave caída del peso; ahora hasta 8.50 por dólar –que en los viejos pesos serían nada menos que 8 500–; el que las tasas de interés se dispararan de nuevo a 70%, el severo impacto sobre los precios, que por

cierto invalidó las previsiones macroeconómicas hechas tan sólo unos días antes; el inesperado y sustancial aumento de costos de producción, distribución y financieros; una nueva caida de las ventas y el agravamiento del problema de las carteras vencidas, todo ello volvió a dejar ver que la crisis en México no es un desajuste financiero fácilmente superable sino un profundo y persistente desequilibrio que tiene causas estructurales y que afecta en forma grave a una economía cada vez más frágil y dependiente del exterior, a millares de empresas –incluyendo muchas de las grandes y desde luego a la mayor parte de las pequeñas y medianas que no pueden pagar sus cada vez más cuantiosas deudas–, a un gobierno ineficiente y también sobreendeudado al que la política neoliberal, la privatización, la no regulación y el capital especulativo han debilitado, y a millones de mexicanos trágicamente empobrecidos y que en general ni siquiera tienen ya la posibilidad de contar con un empleo modesto, medianamente estable.

A menudo se piensa que a lo largo de esos años de crisis la economía mexicana se debilita y en más de un sentido incluso se desmantela la planta productiva, que la tan socorrida modernización no está presente o al menos no tiene la importancia que se le atribuye, que se reducen el empleo y los salarios, se contrae el mercado interno, persisten graves desajustes comerciales y financieros y no se alcanzan las metas previstas en los planes de desarrollo ni se realizan los cambios anunciados.

Veamos qué es lo que realmente acontece.

Algunos cambios importantes en la economía mexicana

El crecimiento del producto interno, en efecto, en promedio es muy pequeño, muy inferior al logrado

en años previos y también al que se preveía para 1992-94, y entre 1982 y 1988 es incluso negativo. Según el plan de desarrollo correspondiente, al finalizar la gestión de Salinas el PIB crecería a razón de 6% al año, mas lo cierto es que en 1992 sólo aumentó 2.8%, en 1993, 0.5%, o sea casi nada, al año siguiente 2.5% y en el presente se anticipa una fuerte caída, según el Banco Central de 5% a 6%, y conforme a fuentes privadas probablemente del 7%, que en uno u otro caso sería el mayor retroceso económico sufrido desde la depresión de los años treinta.

En general, sin embargo, las manufacturas y –en ciertos años otras industrias–, a partir de 1984 crecen más que el PIB, lo que indicaría que la industrialización ha sido menos lenta que el crecimiento económico global.

PRODUCTO INTERNO BRUTO EN MEXICO
–Tasa media anual de crecimiento (%)

Año	*Total*	*Manufacturas*
1984	3.6	5.0
1985	2.6	6.1
1986	-3.8	-5.3
1987	1.7	3.0
1988	1.2	3.2
1989	3.3	7.2
1990	4.4	5.8
1991	3.6	3.7
1992	2.8	2.3
1993	0.6	-0.8
1994	3.7	3.6

Fuente: CIEMEX-WEFA y Banco de México. Los datos hasta 1991. proceden de la obra *Aspectos Tecnológicos de la Modernización Industrial de México*, p. 63.

Si se repara en las cifras anteriores se observará que aun en los muy difíciles años de 1984 a 1988, salvo en 86 que fue de fuerte retroceso, el crecimiento de las manufacturas no es desdeñable, y cobra mayor importancia en los siguientes años y sobre todo en 1889 y 1990, que fueron de activa reestructuración, aunque a partir de 1992 afloja de nuevo.

Incluso entonces el PIB global se eleva lentamente, lo que sin embargo no significa que, como algunos señalan a menudo, el mercado interno sufra entonces una severa contracción. La tasa de crecimiento de las manufacturas, cabe repetir, es significativa. Y si para estimar el consumo doméstico se añade el déficit de la balanza de bienes y servicios, las cifras anteriores se incrementan, o sea que el consumo aumenta más que la producción. Es cierto que algunos empresarios ahora sometidos a una severa competencia extranjera, venden menos, y que lo que se compra fuera es cada vez más. Pero así sea lenta e inestablemente el consumo nacional aumenta y las ventas de las grandes empresas, en particular, y sobre todo de aquellas que empiezan a exportar, lo hacen también, y aunque sujeto a múltiples limitaciones, el mercado en su conjunto sigue creciendo sobre todo hasta 1992. Es en 1993, cuando el PIB prácticamente se estanca y sobre todo en 1995, en que la caída del ingreso, de la inversión y del consumo se precipita, que el mercado interno sufre una fuerte contracción. En parte ello ocurre porque, a la caida de la demanda en que se expresa la crisis, se añade una política recesiva que contribuye a agravar la situación; por lo que bien podría decirse que el remedio ofrecido por el gobierno, concretamente en 1995, resulta incluso peor que la enfermedad.

Otro cambio significativo en la economía mexicana atañe al monto y composición de las exportaciones. Ya vimos que éstas aumentan, en general a tasas muy superiores a las del PIB; pero lo más revelador es su recomposición.

Al respecto es muy elocuente el cuadro que sigue:

ESTRUCTURA DE LAS EXPORTACIONES MEXICANAS
(%)

Exportaciones	1995	1987	1992	1994
Petroleras	55.2	31.3	18.2	11.8
Otras extractivas	1.9	2.1	0.8	0.6
Agropecuarias	5.3	5.6	4.6	5.8
Manufactureras	37.6	61.6	76.7	81.8
De Maquiladoras	19.0	25.7	40.4	42.2
Resto	18.6	35.3	36.2	39.6
Total	100.00	100.0	100.0	100.0

Fuente: Enero-Junio, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.

Personas no informadas, probablemente pensarían que México sigue siendo un país petrolero y otras incluso que las exportaciones mineras y agropecuarias tradicionales son muy importantes. Lo cierto es que si bien la producción de petróleo y derivados no ha declinado, su peso en la exportación total disminuye rápida y fuertemente, en sólo unos años, del 55.2% al 11.8%, y lo que tiene aún mayor significación es que, en ese corto lapso las manufacturas aumentan del 37.6% al 81.8% de la exportación total. Lo que habría sido imposible sin la reestructuración industrial y de no contarse con una planta productiva de cierto nivel.

El ser ya un exportador de manufacturas, para un país subdesarrollado como México es importante. Y no lo es menos el que la estructura de esas exportaciones se haya diversificado en favor de productos de más alto valor agregado. En 1980, por ejemplo, el 35% consistía en productos tradicionales como camarón congelado, plata en barras y petrolíferos, que para 1992 sólo representan el 2%.[2] En cambio, en los últimos años aumentan sensible y aun en no pocos casos grandemente el monto y la importancia relativa de la exportación de automóviles, motores y autopartes, productos químicos y petroquímicos, productos metálicos y en particular siderúrgicos, equipo eléctrico y electrónico, alimentos preparados y otras manufacturas.[3]

Cierto que el grueso de esas exportaciones procede de los más fuertes grupos empresariales y una alta proporción de ellas, de unas cuantas decenas de empresas trasnacionales cuya presencia en México se fortalece en años recientes. Pero aun así, exhibe un cambio importante en la estructura económica y en la planta productiva.

Otro aspecto en el que se registra un cambio ligado estrechamente y que en cierto modo incluso determina los del comercio exterior, es el que se refiere a la inversión extranjera, pues si bien ésta sigue realizándose fundamentalmente entre los países más industrializados, a partir de los años ochenta México se convierte en un importante receptor.

[2] Véase Fernando Sánchez Ugarte y otros autores. *La política industrial ante la apertura. Ob. cit.*, p. 146.

[3] Véase Revista Expansión. *Exportadoras e Importadoras de México*, Septiembre 28, 1994.

SALDO DE LA INVERSION EXTRANJERA
EN MEXICO
(Millones de dólares, al fin de cada año)

Año	Monto
1980	8 458.8
1985	14 628.9
1986	17 053.1
1987	20 930.3
1988	24 087.4
1989	26 587.1
1990	30 309.5
1991	37.324.7
1992	43.029.8
1993	47.930.5
1994	52 362.3

Fuente: Secretaría de Comercio y Fomento Industrial, Evolución de la inversión extranjera directa, 1994, México. Hasta agosto de 1994. No incluye mercado de valores. (Tomado de Fernando Sánchez Ugarte y otros. *La Política Industrial anotada Apertura...*, p. 156.

En años pasados, más de la mitad de la IED se canalizó hacia la industria manufacturera. Después, si bien ésta siguió siendo el principal destino, su importancia relativa decreció debido a que el comercio y los servicios adquieren creciente significación.

A la inversión extranjera directa se añade en años recientes la de cartera, que se realiza en gran parte a través del mercado financiero, no para participar en la dirección de las empresas o siquiera para asegurar el control de una fracción de su capital, sino para obtener mejores rendimientos a través de la compra-venta en operaciones secundarias. La forma en que se multiplica esa inversión es impresionante, estimándose que entre 1980 y 1994 su

valor se eleva de 8 458 a 52 362 millones de dólares; y dada su volatilidad, lo más llamativo no es sólo la facilidad y rapidez con que esos fondos entran sino también aquellas con las que, en una situación difícil o ante cualquier motivo de preocupación e incluso infundados rumores salen del país.

Incluida la inversión de cartera se advierte mejor lo que en conjunto significa la inversión extranjera en la economía mexicana. Sin embargo habría que tener presente que debido al régimen de libertad de cambios que el gobierno mantiene como un aspecto fundamental de su política, atraídos por las altas tasas de interés en pesos en los últimos años una parte significativa de esa inversión la hacen extranjeros, en títulos a corto plazo pagaderos en moneda nacional, pero que como ocurrió especialmente después de la devaluación de diciembre de 1994, a su vencimiento la retiran reclamando su importe en dólares, lo que en el caso de los Tesobonos significó una presión desmedida, a la que pudo hacerse frente gracias al multimillonario "paquete" financiero obtenido del gobierno de Estados Unidos, el Banco Mundial y otras fuentes.

Con frecuencia se sugiere que el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá es lo que explica la internacionalización de la economía mexicana, su integración y mayor dependencia de la del poderoso país vecino, la más severa competencia del exterior y la creciente importancia del comercio y la inversión extranjera; pero esa no es la verdad. Al margen de situaciones que, como el crecimiento de las empresas maquiladoras de la frontera se inicia desde los años sesenta, la crisis de los ochenta, la sujeción a los programas de ajuste del Banco Mundial y sobre todo

la política de apertura comercial y financiera seguida desde mediados de esa década, es lo que más influye. El TLC es más bien el acuerdo en que esa situación y esa política culminan, aunque a partir de que entra en vigor se vuelve un nuevo marco de referencia y un instrumento llamado a ejercer creciente influencia.

Podríamos reparar en otros hechos que, como los anteriores, confirman que incluso bajo la difícil etapa de la crisis que se recorre desde 1982, la economía mexicana sufre cambios importantes que sería un error dejar de lado o menospreciar. Acaso el eje central de esos cambios es la restructuración del capital, por lo que recordaremos algunos de sus principales rasgos.

–En una primera fase, a principios de los años ochenta, baja fuertemente –como ya vimos– el nivel de inversión y sobre todo la inversión pública, y aun muchas empresas de las más sólidas sufren cuantiosas pérdidas e incluso caen al borde de la quiebra;

–En un segundo momento se renegocian las deudas externas, y al no tener que amortizar de inmediato el principal de ellas o poder pagarlo en moneda local gracias al apoyo del gobierno a través de un fideicomiso que maneja el Banco central, se obtiene cierta liquidez y una transitoria holgura financiera que a veces genera inesperados y aun cuantiosos ingresos que compensan las pérdidas de operación;

–A fines de 1982 se nacionaliza la banca, quedando en poder de empresas privadas no sólo las inversiones que ella mantenía en diversos campos sino incluso en actividades de intermediación financiera que el gobierno no consideró propiamente bancarias, como casas de

bolsa y de cambio, sociedades de inversión, arrendadoras, empresas de bienes raíces, compañías de seguros, etc., y el conjunto de ellas, de las que solía hablarse como una "banca paralela", con abierto apoyo gubernamental creció mucho más de prisa que el sistema bancario y adquirió cada vez mayor importancia;

–Desde la segunda mitad de los años ochenta y sobre todo en los noventa, la política de privatización transladó grandes empresas públicas –no pocas veces a bajos precios– al sector privado, fortaleciendo a algunos de los más poderosos consorcios e impulsando su desarrollo y una más compleja integración.

Una primera medida consistió en permitir que hasta el 30% del capital de los bancos recién nacionalizados pudiera quedar en poder de inversionistas privados. A partir de entonces y más todavía en los años siguientes la privatización cobró gran impulso, y en un corto lapso el gobierno vendió muchas de sus más importantes empresas –entre otras dos siderúrgicas, su participación en las dos principales empresas de transporte aéreo, el consorcio industrial de Ciudad Sahagún que incluía tres grandes empresas, y cuantiosas inversiones en la industria petroquímica y muchas otras, su participación en Teléfonos de México, que hoy es el más importante consorcio privado, hasta llegar a la reprivatización de la banca a principios de los años noventa. La retórica salinista que acompañó a esa política fue que la creciente intervención del Estado en la economía, y en particular el que actuara como empresario lo habían vuelto obeso, pesado, torpe y aun injusto. Ahora era preciso tener un Estado "esbelto, ágil y justo", y para ello debían trasladarse al sector privado, de una u otra manera,

las empresas públicas. En un momento dado se dijo que dichas ventas habían permitido disponer de alrededor de 66 mil millones de nuevos pesos, que por entonces equivalían a cerca de 30 mil millones de dólares. Pues bien, lo cierto es que ello no fortaleció sino que debilitó al gobierno e incluso al Estado en su conjunto, pues aun cuando éste quedó con más dinero en su poder, perdió capital productivo, capacidad de promoción, de negociación y de regulación e incluso probablemente autoridad, prestigio y credibilidad para influir en el rumbo de la economía nacional, lo que en parte puede haber obedecido a que si bien el gobierno obtuvo de esa política una enorme cantidad de dinero, lo cierto es que nunca se precisaron ni ventilaron en público las condiciones de tales ventas ni la forma en que se utilizaron esos fondos que a la postre no se usaron como más convenía a la nación, sino más bien a una minoría privilegiada y en buena parte a las dos docenas de afortunados multimillonarios amigos del entonces presidente Salinas –cada uno de ellos con capital mínimo de mil millones de dólares– listados por la revista *Forbes,* en 1994.

–La apertura hacia el exterior y las facilidades al capital extranjero alientan a la industria maquiladora, en gran parte extranjera y a otras formas de inversión. Ya vimos la celeridad sin precedentes con que aumenta la inversión de otros países en México, sobre todo desde los años ochenta. Veamos ahora más de cerca algunos aspectos de la industria maquiladora.

Las maquiladoras empiezan a establecerse en México, como expresión del redespliegue industrial de los países más desarrollados, y en este caso sobre todo de

Estados Unidos, desde la segunda mitad de los años sesenta. De entonces a la fecha se multiplica el número de empresas en operación –hasta cerca de 2 200– y aumenta grandemente el nivel de empleo, que hoy se estima superior a 600 mil personas. Crece el tamaño medio de las plantas, las que en años recientes tienden a concentrarse de preferencia en Ciudad Juárez y Tijuana, aunque a la vez se extienden desde la frontera norte hacia el centro y otras regiones; se agregan a las empresas norteamericanas las de otros países; se desplaza la actividad de ciertos campos altamente intensivos de mano de obra a otros más complejos; se eleva la inversión y se modernizan tecnológica y organizativamente las principales empresas.[4]

Tales avances, sin embargo, ejercen una influencia muy limitada sobre las empresas mexicanas debido especialmente a que desde hace años éstas sólo participan con el 2% de los insumos de las maquiladoras. ¿Por qué? Según una reciente encuesta, principalmente porque no hay oferta local, porque el costo de los fabricantes mexicanos es alto, la calidad no es la mejor, los tiempos de entrega son lentos, o tales

[4] "Durante una primera fase, de 1965 a 1982 –se dice en un reciente estudio–, las maquiladoras eran plantas con tecnologías sencillas, procesos de ensamble cortos, intensivas en mano de obra y fácilmente relocalizables. En una segunda fase, de 1983 a la fecha, los cambios han sido más bien cualitativos, si bien el crecimiento ha proseguido..." El cambio principal ha sido en la tecnología, que puede resumirse así: "1) Líneas de producción más largas y complejas...; 2) desplazamiento de la tecnología sencilla del ensamble manual por nuevos elementos de la automatización flexible, como las máquinas-herramienta de control numérico (MHCN) y los robots industriales; y 3) ... nuevas técni-

compras no forman parte de la política de la empresa maquiladora.[5]

En ciertos casos la influencia tecnológica y organizativa de las empresas extranjeras es mayor.[6]

–La reestructuración y modernización de los más poderosos grupos empresariales mexicanos –digamos de cerca de un centenar de ellos– también tienen importancia, aunque desde luego son quizás treinta a cuarenta de los más fuertes los que más cambian y logran mayores avances. Entre éstos cabría mencionar a grupos como Carso (Telmex, Condumex, Sanborns y otras grandes empresas en varios campos),

cas de organización como el control de calidad total y el justo a tiempo". Alfonso Mercado G. "Implicaciones del desarrollo de la industria maquiladora en la modernización tecnológica de México", en *Aspectos Tecnológicos de la Modernización Tecnológica de México*, obra ya citada, p. 201.

[5] *Ibid.*, p. 207.

[6] En el estudio antes mencionado se señala el caso de la empresa Autonética, localizada en Mexicali, que produce microcircuitos electrónicos, y que habiéndose iniciado en 1969 con sólo 50 empleados, actualmente tiene más de mil. Entre otros cambios y avances en dicha empresa se hace notar que "la dirección de la planta se mexicanizó; aumentó la gama y complejidad de productos; se lograron altos niveles de eficiencia y calidad: se responde rápidamente a las órdenes de producción; se utiliza tecnología avanzada...; se adoptó una tecnología de automatización flexible, con el sistema de manufactura integrada por computadora; recientemente se establecieron vínculos con centros educativos; el desarrollo de recursos humanos es prioritario, y la planta busca ahora una red de abastecimiento local de insumos y los tiene bien identificados. "*Ibid.*, p. 208. A consecuencia de todo ello la automatización pasa en poco más de veinte años (1970-92) de 0 a 57%, la eficiencia de 80% a 95%, los turnos de trabajo de 2 a 4 y la relación entre ingenieros y operadores de 1 a 40, a 1 a 9. *Ibid.* p. 208 a 210.

Alfa, Vitro, Desc. Visa-Femsa, Minera México, Peñoles, Autrey, Bimbo, Kimberly, Mexicana de Aviación y Aerovías de México, Cydsa, Cifra, Liverpool, Ica, Tribasa y otros.

Respecto a tales grupos, y en general a las más grandes empresas habría probablemente que distinguir su posición hasta fines de 1994, y la posterior a la devaluación del peso en diciembre de ese año, o sea un nuevo momento de la crisis en que esa devaluación y el alza de las tasas de interés traen consigo un rápido aumento de las deudas, sobre todo en moneda extranjera e incluso en pesos, una fuerte caída de la demanda y de las ventas y otros problemas.

Hasta entonces sin embargo, y en algunos casos aun después, lo que caracteriza a la mayor parte de esos grupos es lo que sigue:

–Crecen más de prisa que la economía o la industria en su conjunto;

–Se incrementan, en particular, sus inversiones y el valor de sus activos;

–Se reestructuran productivamente, abandonándose las líneas menos atractivas y concentrándose en las que ofrecen mejores perspectivas;

–Se vinculan más estrechamente a firmas extranjeras, las que en general participan con una proporción minoritaria del capital, pero ejercen gran influencia tecnológica, comercial y financiera;

–Introducen nuevas tecnologías en procesos y productos, en escala cada vez mayor manejadas electrónicamente, y modernizan sus instalaciones y formas de organización;

–Reducen sensiblemente su personal tanto productivo como administrativo y mejoran su nivel de preparación y adiestramiento;

–Modifican sus formas de financiamiento, vinculándose más al mercado de valores y algunos a mercados del exterior;

–Se consolidan en el mercado interno y, asociados de nuevas maneras al capital extranjero, en ciertos casos se vuelven importantes exportadores.[7]

--Los grupos más poderosos ganan terreno en los campos en que operan, en tanto otros pierden significación; pero en general, el conjunto concentra más capital y, con miras a lograr mayor flexibilidad, se descentraliza la operación de algunos de ellos.[8]

La reestructuración industrial, en el caso de México, se da casi exclusivamente en las grandes empresas, principalmente a través de la modernización tecnológica y el uso de nuevos materiales, la mejor organización del trabajo y de la gestión y organización empresariales. La creciente internacionalización de

[7] Alfa, por ejemplo, aun en los años en que la recesión afectó a los países industriales, mantuvo exportaciones anuales superiores a 400 millones de dólares; en 1994 rebasó los 500 millones y en 1995 se estima que alcanzará 1 124 millones, o sea la cifra más alta hasta ahora.

Vitro, Cemex, Desc, los grupos minero-metalúrgicos y otros son también exportadores. Modelo, en los primeros meses de 1995 incrementó sus exportaciones de 633.4 a 1 277 millones de nuevos pesos, que representaron respectivamente 9.7% y 18.7% del total de las ventas. Grupo financiero Banamex-Accival. Departamento de Análisis. Alfa, tercer trimestre de 1995, p. 3 y GModelo p. 5.

[8] En general, se conviene en que la competitividad de la industra mexicana es baja, porque lo son también la productividad, el nivel de organización y la utilización de nuevas tecnologías.

algunas empresas en los años ochenta impulsa el proceso de reestructuración. El cambio tecnológico en algunas ramas es el siguiente:

En la industria automotriz, "la automatización de alto nivel sustituye parcialmente el trabajo directo por la máquina de control numérico y robots", lo que hace posible "la transformación más profunda que haya tenido lugar en México".

En la petroquímica "...el cambio tecnológico significa principalmente el control automàtico de sus procesos con la aplicación de computadoras como el centro..." "Las inversiones masivas con nueva tecnología permitieron crear una industria competitiva a

A partir de los años sesenta, como ya vimos, la introducción de la electrónica y otros factores modifican grandemente las formas de organización de la producción en los países industriales. Lo que fundamentalmente se busca con los nuevos métodos es flexibilizar la producción, reducir costos, responder con mayor oportunidad a los cambios en la demanda, poder hacer modificaciones con mayor rapidez en el proceso productivo mismo, intercontectar e integrar mejor las diferentes áreas, desde la investigación y el diseño hasta la administración y la distribución, y facilitar y hacer más fluidas las relaciones externas de las empresas.

"Las transformaciones verdaderamente significativas surgen de la interrelación entre las innovaciones... con lo que se tiende al concepto de manufactura integrada por computadora (CIM)" "La incorporación de equipo electrónico programable a las plantas industriales... eleva la calidad de los productos, a partir del proceso de producción: eleva la productividad del trabajo, diversifica la producción y aumenta la rentabilidad de la inversión..." Patricia Arrieta Robles. "Reestructuraciones tecnológicas de la economía internacional y algunas de sus implicaciones para el sistema productivo mexicano", en *La Competitividad de la Industria Mexicana frente a la Concurrencia Internacional.* Nacional Financiera-Fondo de Cultura Económica. México, 1994, pp. 40-41.

nivel internacional, que además posee la materia prima y una localización favorable..."

La industria de fibras químicas "...se cuenta entre... las que han incrementado fuertemente sus exportaciones," y su nivel técnico se compara al internacional.

Para la electrónica, que empezó a fortalecerse en 1985 "... el cambio tecnológico ha significado la sustitución parcial del trabajo directo por máquinas de control numérico y robots (automatización de alto nivel), que es màs evidente en la electrónica de la industria maquiladora."

–A mediados de los años setenta, la industria de hierro y acero se amplía y moderniza tecnológica nente; el uso del horno eléctrico y los convertidores de oxígeno le permiten alcanzar niveles internacionales. El cambio tecnológico se expresa, además, en una mayor automatización.

–En varias industrias importadoras, pero que exportan también, y en otras que son principal y aun casi exclusivamente importadoras, se advierten asimismo avances en su tecnología y organización.

–La industria del vidrio y sus productos "ha incorporado el control automàtico del proceso productivo" y mantiene un alto nivel.

–Desde 1983, los grupos cementeros impulsaron su modernización "Recientemente se ha generalizado la automatización por computadora...", aunque son las grandes plantas las que incorporan la alta tecnologia..."

La industria automotriz –comenta otro investigador– es, sin duda, de las que más se han modernizado, influyendo en ello "la automatización de procesos productivos, de sistemas administrativos y de control

de calidad..., el establecimiento de contratos de trabajo más flexibles... y la capacitación contínua de los trabajadores".[9]

La industria electrónica, como la automotriz, depende grandemente de empresas extranjeras, pero se considera que puede jugar un papel importante en la transferencia de nuevas tecnologías.

La industria del calzado adquiere en los últimos cinco años "... sobre todo maquinaria semiautomática y especializada, 60% de la cual cuenta con controles electrónicos rudimentarios..."

En la industria de celulosa y papel "... es todavía muy pequeña la proporción de plantas que tienen procesos medianamente automatizados..., y más pequeña la que tiene sistemas de control muy actuales..."[10]

La creciente introducción de nuevas tecnologías es, sin duda, necesaria para llevar adelante la reestructuración ya en proceso y para modernizar a la industria y a la economía mexicana; pero entre los principales limitantes están el bajo nivel de preparación de quienes pueden seleccionar, manejar y utilizar los nuevos equipos y métodos, los problemas de organización y de control y las cuantiosas inversiones que se requieren, los altos riesgos que con frecuencia entrañan tales inversiones y la falta de apoyo financiero adecuado.[11]

[9] *Ibid.*, pp. 44, 49, 50, 52, 53, 55 y 56.

–Fernando Ramos Quintana. "Economías realizadas en la manufactura flexible: posibilidades y obstáculos en México", en *La competitividad de la Industria Mexicana frente a la Concurrencia Internacional...*, p. 105.

[10] *Ibid.*, pp. 105 a 108.

A menudo se señala que si bien el cambio y el avance de las grandes empresas fue importante, por ser en realidad muy pocas no influye grandemente en el conjunto de la economía. El problema es más complejo. Si bien las grandes empresas son pocas, su influencia es cada vez mayor, entre otras cosas porque la conservadora política en boga, de privatización y no regulación y la cada vez más estrecha relación con el capital trasnacional, las ha favorecido.

No sería difícil demostrar que el peso de tales empresas y en particular de los grupos empresariales más poderosos en las líneas en que operan y en un sentido más complejo en el capital y la inversión, en el producto, las ventas y el comercio exterior y por tanto en la oferta y la demanda, es enorme. Y también incluso muy importante en los salarios y el nivel de empleo, variables que por inercia tienden a asociarse particularmente a las empresas pequeñas y medianas.

Según datos de la SECOFI y del IMSS, en 1990 las microempresas, pequeñas y medianas representaban en conjunto el 98% de los establecimientos y empleaban a poco menos del 50% del personal en la industria, en tanto que las grandes –o las que algunos suponen no creadoras de empleo–, pese a ser sólo el 1.2%, daban trabajo a más de la mitad del personal ocupado. Lo que hace comentar a la autora del artículo del que se recogen estos datos, que "los indicadores y su tendencia son contrarios a la tradicionalmente aceptada declaración de que en el proceso de industrialización, la micro, pequeña y mediana empresa han desempeñado un papel importante es

[11] Véase: *Ibid.*, pp. 110-11.

pecialmente en la generación del empleo". "Estas cifras –añade la autora– muestran, de manera consistente, un escenario de concentración en la gran industria del 50% del personal ocupado..., dando soporte a su papel como principal generador de empleo del sector industrial manufacturero en México".[12]

No dispongo de datos precisos, a partir de los cuales pueda afirmarlo, pero creo que hay bases razonables para sostener que debido al fortalecimiento y modernización de los grupos empresariales después de 1990 y al hecho, también importante, de que, por un lado un buen número de las empresas pequeñas y acaso sobre todo medianas mejor organizadas dependen de las grandes, y por el otro, a la vez muchas de las más pequeñas y con más bajos niveles de organización, en años recientes se han debilitado y aun han tenido que liquidarse, la importancia real de las grandes como fuentes de empleo debe haber aumentado en los últimos años; lo que permite afirmar que aun desde este punto de vista, son hoy las que más influyen en la economía mexicana.

Ahora bien, frecuentemente se señala que las grandes empresas y en particular los principales grupos empresariales se han modernizado, lo que les permite competir con los extranjeros. Y aunque en efecto la modernización les ha permitido fortalecerse y elevar su eficiencia y capacidad competitiva, les falta mucho por hacer para diversificar procesos y productos, y sin

[12] Victoria E. Erossa Martin. "Obstáculos y oportunidades para la Modernización Tecnológica de la Pequeña y Mediana Industria", en *Aspectos Tecnológicos de la Modernización Industrial de México,* pp. 154 a 156.

duda todavía van a la zaga de los más poderosos a escala internacional. Ello al margen de que la acentuación de la crisis, los nuevos desajustes causados por la última devaluación, el alza de los precios, la caída vertical de las ventas, la falta de liquidez y el endeudamiento excesivo debido al desproporcionado aumento de las tasas de interés, después de diciembre de 1994, así como factores tecnológico-organizativos, propiamente estructurales, pesan desfavorablemente sobre el capital mexicano.

Incluso en una economía altamente internacionalizada, desde luego no es lo mismo ser parte de un país desarrollado que de uno subdesarrollado, en el que el nivel de productividad y de ingreso es muy bajo. O en otras palabras, las condiciones propias de la economía de la cual se es parte, tienen sin duda una importancia que suele ser decisiva.

En el caso de México, por ejemplo, en ese sentido ejerce gran influencia el grado o nivel de desarrollo, concretamente industrial, y si bien en los últimos decenios se reduce el peso de las actividades primarias y aumenta el de la industria y los servicios, la significación de la industria respecto al PIB es todavía insuficiente, así como, dentro de ella, la de los productos metálicos, maquinaria y equipo y química y petroquímica, o sea las ramas más complejas y que reclaman mayor tecnología y capital.

En segundo lugar hay sensibles rezagos en la infraestructura productiva, sobre todo en el transporte de mercancías, telecomunicaciones y servicios de información y otros.

La preparación de los recursos humanos en todos los niveles, incluso los medios y superiores, sigue siendo inadecuada. Hacen falta científicos, ingenie-

ros y sobre todo técnicos de nivel medio. Las universidades y centros de educación superior están muy rezagados en la preparación del tipo de personal que México más requiere en esta etapa de su desarrollo, y sobre todo del que necesitará en adelante, es decir personal con "capacidad de innovación y generación de conocimiento".[13]

Las inversiones indispensables para un rápido desarrollo tecnológico siguen siendo del todo insuficientes y los sistemas y mecanismos financieros, inadecuados.

El sistema nacional de ciencia y tecnología es todavía muy pobre; no hay una relación estrecha entre el sector educativo y el productivo; y "sin una sólida educación en ciencias, el desarrollo científico y tecnológico se sustenta sobre bases muy débiles..." Se estima que en 1991, el gasto para investigación y desarrollo en México "fue de únicamente 0.33% del producto interno bruto total, mientras que en Estados Unidos fue de 2.75%, en Japón de 2.87%, en Alemania de 2.66% y en Corea del Sur 2%".[14]

Según convienen analistas, académicos, empresarios y en general estudiosos de nuestra realidad, acaso lo más grave es que hasta ahora ha faltado una política de desarrollo industrial, a largo plazo, que incluya como uno de sus principales componentes el quehacer científico-tecnológico, y tenga objetivos bien definidos y medios eficaces para alcanzarlos.

[13] *Ibid.*, p. 277. Al respecto es revelador el dato de que, entre 1981 y 1990, ...el número de patentes otorgadas a titulares mexicanos representó únicamente el 7,81% del total... Y aun esta cifra puede ser superior a la real. *Ibid.*, p. 342.

[14] *Ibid.*, pp. 325 y 347.

Si los problemas a que se enfrenta la economía mexicana en su conjunto y aun las grandes empresas son complejos, la situación de la pequeña y mediana empresa es mucho más difícil, sobre todo después de firmarse el TLC, que consolida la apertura al exterior y coloca al capital extranjero en condiciones de competir ventajosamente con las empresas mexicanas y sobre todo con aquellas más pequeñas y débiles, muchas de las cuales están incluso ya desapareciendo o en riesgo de hacerlo.

Salvo la empresa mediana, sobre todo aquella que se vincula a las grandes como proveedora o de alguna otra manera, que tiene cierta capacidad de exportación, que dispone de mejores formas de financiamiento, incorpora algún avance tecnológico y cuenta con personal más calificado y en general con una organización más adecuada, las llamadas micro y pequeña operan a menudo en condiciones muy desfavorables. Lo hacen, por ejemplo, con maquinaria y equipo obsoletos y poco eficientes y aun así con buena parte de su capacidad productiva desaprovechada, con inventarios superiores a los que realmente se necesitan y cuyo control es manual, con costos unitarios altos, sin acceso a la nueva tecnología y aun sin contar con personal propiamente técnico, dependiendo casi totalmente de sus recursos propios y sin disponer de financiamientos externos razonables, trabajando con métodos administrativos rutinarios y distribuyendo el grueso de su producción por canales inadecuados y formas de intermediación costosas para la empresa y onerosas para el consumidor, y ofreciendo, a partir de todo ello una producción cuya calidad es con frecuencia insatisfactoria, y que la vuelve poco o nada competitiva y muy vulnerable.

Ante tal situación, en años recientes se pusieron en marcha diversos programas de apoyo a la pequeña y mediana empresa. Entre 1990 y 1993 la Nacional Financiera otorgó, por diferentes conductos financiamientos por 73.3 mil millones de nuevos pesos a 228 426 destinatarios, de los que 101 322 fueron empresas manufactureras que recibieron el 44.6% de tales financiamientos.[15]

Para mejorar su organización y su posición en el mercado así como ampliar las posibilidades de financiamiento, uno de esos programas ofrece distintas opciones de organización interempresarial como la creación de sociedades de responsabilidad de interés público, empresas integradoras, uniones de crédito, uso de la subcontratación, centros de compras en común y sociedades cooperativas, cuestiones en torno a las cuales se imparten numerosos cursos de capacitación.[16] Con todo, el apoyo a la pequeña y mediana empresas es muy insuficiente.

Podemos concluir que aun bajo la crisis económica se registran múltiples cambios, algunos de ellos sin duda importantes; pero que en conjunto no logran que el país supere esa crisis, asegure cierta estabilidad y menos todavía que se abra una nueva fase de ascenso en que la inversión, la productividad, el ingreso, el nivel de empleo y las condiciones de vida de la mayoría de la población mejoren sustancialmente. Lo cierto es que después de la devaluación del peso de diciembre de 1994, aunque se incrementa la reserva monetaria y sobre todo aumentan sustancialmente las exportaciones –en poco más de 30%– y se obtiene

[15] *La política industrial ante la apertura... Ob cit.*, p. 96.
[16] *Ibid.*, pp. 97 a 100.

una balanza comercial favorable, persiste la salida de fondos, se elevan grandemente las tasas de interés, caen la demanda y las ventas internas, y como ya vimos se contraen como nunca antes la producción, la inversión, el empleo y el ingreso.

La crisis social y política

Los desajustes sociales, algunos de ellos cada vez más profundos, se advierten en México desde distintas perspectivas y en diferentes planos. Uno, acaso el más grave, es la creciente desigualdad social o sea una situación cuyos extremos exhiben, de un lado una extendida y dramática pobreza que aqueja a millones de personas, y del otro una enorme riqueza y un alto ingreso que se concentran en una minoría privilegiada. El problema no sólo consiste en que la pobreza y aun la llamada "extrema pobreza" afecte a amplias capas de la población sino en que contraste con una riqueza también desmedida y que claramente deja ver que las cosas son así no porque no haya recursos, capacidad de producción, ingresos y cierto desarrollo sino porque el fruto del esfuerzo colectivo, esto es de quienes trabajan, se reparte en forma del todo inequitativa.

Se señala con frecuencia que de una población de alrededor de 90 millones de habitantes, unos cuarenta pueden hoy considerarse en México pobres y cerca de veinte millones más pobres todavía, o sea que carecen prácticamente de todo.

¿Quienes son esos mexicanos que viven en condiciones tan penosas? Buena parte de los campesinos y jornaleros rurales de las regiones más atrasadas. Desde luego la mayor parte de la población indígena,

también fundamentalmente rural, y centenares de miles de trabajadores que abandonan sus atrasadas comunidades en busca de alguna manera de ganarse la vida, y que en sus recorridos hacia las grandes ciudades o hacia los Estados Unidos tropiezan con toda clase de dificultades hasta emplearse, a veces en el mejor de los casos, como trabajadores indocumentados perseguidos por las patrullas fronterizas y por la policía como si fueran criminales. Entre ellos están, además, los sin empleo, que sólo en el terrible año de 1995 aumentan en cerca de dos millones, para elevar el número de desocupados a la cifra sin precedente de ocho millones de hombres y mujeres aptos para trabajar.[17]

Están los subempleados que en la economía informal o subterránea prestan ciertos servicios a cambio de unas cuantas monedas; están quienes sólo reciben el irrisorio salario mínimo y, en fin, numerosos hombres y mujeres, muchos de ellos adolescentes y aun niños, que sin organización alguna que los proteja, a menudo todavía sin saber leer ni escribir y de hecho con ninguna preparación, se lanzan cotidianamente a la calle para obtener el pequeño ingreso del que dependen.

No muy arriba de esos millones de mexicanos están amplios segmentos de lo que podriamos considerar capas medias inferiores. Aquí se encuentra a numerosas personas temporalmente desempleadas o que sólo tienen trabajo de tiempo parcial, empleados que ganan muy poco y carecen de prestaciones e incluso un gran número de pequeños productores y aun microempre-

[17] Carlos Ramírez. "Archivo Político". *El Financiero.* México, noviembre 19 de 1995.

sarios a los que una prolongada crisis, la falta de recursos financieros, las altas tasas de interés y la baja de las ventas, los han llevado a situaciones sumamente precarias. En un siguiente nivel quedarían muchos otros trabajadores y productores diversos que aun disponiendo de empleo, en los últimos años han sido víctimas de una persistente y severa caída de sus salarios, sueldos u otros ingresos reales, de una limitación tras otra de prestaciones o compensaciones, del alza desmedida de deudas que no pueden pagar, y que aun teniendo a menudo mayor preparación y más necesidades familiares que satisfacer, han sufrido un vertical descenso en sus niveles de vida. Y ahí quedarían también inclusive numerosos profesionistas y profesores en escuelas de nivel medio y universidades y otros centros de educación superior, que conservan sus empleos pero obtienen ingresos reales muy inferiores a los que percibían hace diez o quince años.

No podríamos examinar lo que en particular ha ocurrido con las comunidades indígenas más pobres en prácticamente todo el país. Pero el estallido en armas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas, es un elocuente signo del malestar que priva en ese sector de la población. El que un grupo de campesinos chiapanecos haya recurrido a la lucha armada para defender sus legítimos intereses, no se explica solamente desde luego por el lamentable estado de pobreza en que viven. En esa decisión seguramente influyeron otros factores: el cansancio, el convencimiento de que reclamar por vías legales aquello a que tienen derecho, o sea hacer lo que siempre hicieron, no llevaba en la práctica a ningún lado, y menos aún confiar en promesas que nunca se

cumplen o esperar paciente e ingenuamente a que otros resuelvan sus más graves problemas. En la decisión de recurrir en última instancia a las armas después de intentar sin éxito otras acciones influyó desde luego la convicción, o sea la conciencia de que organizándose de esa manera podrían al menos ser oidos y lograr que se reconozcan sus justas demandas.

Pero la pobreza, la explotación y la injusticia, el abandono en que han vivido nuestros pueblos indígenas durante quinientos años; el hecho de que a ochenta y cinco de la revolución mexicana esos pueblos sigan en la miseria y aun siendo víctimas del hambre incluso en entidades tan ricas como Chiapas, que disponen de recursos suficientes para asegurar a sus habitantes un nivel de vida digno, jugó seguramente un papel fundamental en la decisión de rebelarse.

En el otro extremo de la escala social están los ricos, los ricos de siempre y los nuevos, en realidad un puñado de mexicanos, no pocos de los cuales han acumulado enormes capitales operando hábilmente en diferentes mercados en el curso mismo de la crisis, especulando más que produciendo, y haciéndolo precisamente cuando millones de personas sufrían el grave deterioro de sus niveles de vida. A menudo se sugiere que ese grupo privilegiado de mexicanos se reduce a dos docenas de empresarios cuyas fortunas son enormes. Mas si bien hay en efecto unas cuantas familias, quizás cincuenta a cien supermillonarias, alrededor y ligadas muy estrechamente a ellas hay otros centenares, y en varios círculos exteriores menos cerrados y exclusivos, incluso algunos miles de ricos también. Esto por lo que hace a empresarios e inversionistas privados, a lo que habría que añadir los ricos del sector público, es decir a un buen número

de altos funcionarios y exfuncionarios que aparte de recibir ingresos excepcionalmente elevados, en medio de la corrupción reinante se ingenian para ganar mucho más, para hacer negocios y para enriquecerse incluso tras exitosas y cortas carreras burocráticas.

Los anteriores son los extremos de pobreza y riqueza, y en verdad el contraste es impresionante. Pero al hablar de la desigualdad social sería necesario considerar, además, que incluso entre las capas medias acomodadas, sobre todo en un momento como el actual tan difícil para la mayoría, hay también un sector relativamente amplio –podría ser hasta del 15% a 20% de la población– que si bien no es desde luego comparable al de los más ricos, obtiene ingresos altos y vive con holgura envidiable, y al que una política redistributiva tendría que afectar en cierta medida para mejorar las condiciones de la mayoría.

La crisis social se expresa asimismo en el hecho de que en México, al menos, en los últimos años se reducen grandemente los salarios e ingresos reales de quienes trabajan. En ello ha influido el lento y en determinados momentos nulo crecimiento económico global, el cada vez mayor desempleo, la necesidad de reubicarse en puestos en los que se paga menos, la política de contención salarial y de fijación de topes máximos, el impacto desfavorable y a menudo incluso muy severo de la inflación y la restricción y aun cancelación de prestaciones en no pocos casos ya reconocidas en los contratos colectivos y en las leyes laborales.

A todo lo anterior se suma una política ortodoxa y restrictiva, que de una u otra manera limita el gasto público para servicios sociales y una parte del consumo de los estratos más modestos. De poco serviría comparar el gasto de cada año y hacer los ajustes necesarios

para estimar el monto real de diversas partidas presupuestales. Lo que es obvio es que, aparte del fuerte descenso de los salarios reales, el gasto público que hoy se destina a servicios sociales básicos es del todo insuficiente, lo que sin duda contribuye a que, en cantidad y calidad, ello incida desfavorablemente sobre la alimentación, salud, educación, vivienda, cultura y recreación de millones de mexicanos.

En un tercer nivel se entrelazan otros graves problemas sociales en los que también se expresa la actual crisis. Entre ellos destacan la deshonestidad, la corrupción, la inseguridad y la ausencia de respeto a libertades y derechos fundamentales, la represión, la ilegalidad y la violencia, y como resultado en cierto modo inevitable de todo ello, el descontento, la inconformidad y una gran diversidad de protestas y de acciones de la llamada sociedad civil, sobre todo en el ámbito popular y ciudadano.

A propósito tan sólo de corrupción, ilegalidad y violencia, la importancia que recientemente ha cobrado en México el narcotráfico, el enriquecimiento escandaloso de unos cuantos influyentes vinculados a la política, el capital extranjero y los grandes negocios, y el asesinato no ya solamente de ciertos militantes políticos modestos de la oposición sino de un prominente cardenal, del candidato del partido oficial nada menos que a la presidencia de la República, del secretario general de ese propio partido y de un exmagistrado del D.F., bastarían para dar cuenta de la gravedad de la situación y de la crisis social.

Los defensores del régimen imperante suelen reconocer que la crisis, es cierto, está presente; pero que lo que no hay es una crisis política. El sistema, sostienen, funciona adecuadamente y la gente lo apoya. El

país sabe hacia dónde va, y pese a problemas y obstáculos avanza en la dirección prestablecida, que por lo demás es la correcta.

En mi opinión todas esas son palabras cada vez más divorciadas de la realidad, y que por tanto carecen de fundamento.

Si por crisis política se entiende una situación en la que el sistema político deja totalmente de funcionar, la situación de México no sería ésa; pero crisis no significa muerte o paralización total sino descomposición profunda, creciente ineficacia e inestabilidad crónica y todo eso, y más, está presente.

Sin pretender hacer aquí un examen riguroso de lo que hoy es y de la forma en que se expresa la crisis política, enunciativamente podrían señalarse las que siguen, como algunas de sus manifestaciones.

–Hay una profunda crisis del Estado, el que en parte debido a la globalización del capital ha perdido soberanía, capacidad de acción e incluso autoridad, credibilidad y legitimidad;

–Hay una crisis del partido oficial, del autoritarismo y del régimen antidemocrático conforme al cual el presidente de la República, no los ciudadanos, impone de arriba abajo a su sucesor, y en general a los altos funcionarios del gobierno;

–Hay un creciente descrédito del gobierno porque procede a menudo burocrática y demagógicamente, como si se moviera en una órbita distinta cada vez más alejada de la realidad, y en particular hay oposición al presidencialismo, porque se considera que el jefe del ejecutivo tiene en la ley funciones exclusivas que lo colocan por encima de los otros poderes, y que en la práctica son aún mayores y propician la arbitrariedad y el abuso;

–Hay incluso una crisis de los partidos políticos en general, que la gente siente desvinculados y a menudo aun ajenos a sus más graves problemas y principales demandas;

–Hay un rechazo de millones de personas a la política, que en parte se explica porque la política en acción en efecto no resuelve ningún problema, y en parte expresa posiciones conservadoras según las cuales las cosas, quiérase o no, son así y la política no las cambiará;

–En la medida en que el Estado, el gobierno y el sistema de poder son menos representativos y más antidemocráticos, se divorcian más de la población y políticamente se vuelven más autoritarios y a la vez más débiles;[18]

–Hay un desgaste del sistema electoral, en el que la gente cree cada vez menos, y las elecciones exhiben múltiples fallas, irregularidades y aun fraudes, que refuerzan el abstencionismo y multiplican los conflictos posteriores a cada elección;

–Hay un creciente alejamiento de los últimos gobiernos, de los que por largo tiempo se consideraron posiciones vinculadas a la revolución mexicana y un debilitamiento y aun ruptura de las alianzas tradicio-

[18] "Hay una crisis profunda –escribe Adolfo Gilly–, una fractura de hecho entre el poder y la sociedad. Hay una ruptura de la relación normal de mando-obediencia entre gobernantes y gobernados. Nadie manda, nadie obedece y el poder real está en manos de grupos financieros y políticos que operan en las sombras, mientras se enriquecen fantásticamente a costa de todos los mexicanos, sea repartiéndose el botín de las privatizaciones..., sea especulando con el dólar o en la bolsa..."

"Referéndum Imprevisto", *La Jornada*, México, 19 de noviembrede 1995, p. 12.

nales que contribuyeron a la estabilidad política del país;

–Hay un debilitamiento, en particular, de los llamados sectores "populares", en los que el PRI y el gobierno se apoyaban, esto es del campesinado, obreros y otros trabajadores, organizaciones sindicales y empleados y pequeños y medianos productores y empresarios integrados en esos sectores;

–Hay una cada vez mayor intervención de poderosos consorcios empresariales extranjeros y de los grandes imperios, especialmente de Estados Unidos, en los asuntos internos de México, que lesiona la soberanía. Su influencia en la industria maquiladora, los mercados financieros y ahora cada vez más en la banca, en el comercio exterior y sobre todo en el carácter central de la política económico-social, bastaría para demostrarlo;

–En parte a consecuencia de ello y del reforzamiento de los grandes grupos empresariales mexicanos y su más estrecha relación con el Estado y el gobierno, del triunfo de los tecnócratas más conservadores sobre los políticos tradicionales y del debilitamiento de los sectores populares del PRI y el avance y los triunfos electorales del PAN, hay una bien definida tendencia de derechización en la vida política mexicana;

–Hay una situación en la que la política neoliberal se expresa en un mayor autoritarismo y en decisiones antidemocráticas que se imponen de arriba abajo, y debido a las fuertes restricciones y recortes que entrañan y al daño que causan a quienes los sufren, lesionan tanto la soberanía del pueblo como de la nación;

–Hay, a la vez explicablemente una creciente inconformidad, así como múltiples protestas y acciones a menudo fundamentalmente reivindicativas, pero cuyo eje central es la demanda de democracia, demanda que en ciertos casos se limita a lo electoral o a lo político, y en otros se expresa también en planos económicos y culturales, o deja ver como interés fundamental el deseo de participar en los más diversos ámbitos, en la toma de decisiones que a todos afectan, y no sólo en una elección cada tres o seis años;

–Hay no sólo desacuerdos y enfrentamientos de los partidos entre sí y con otras organizaciones, sino decisiones en el seno de cada una de esas fuerzas, que anuncian posibles desgajamientoss que harán más difícil la situación política.

–Hay, en fin, una estrecha interrelación entre lo económico, lo social, lo cultural y lo político, que hace que en cierta medida lo que ocurre en determinado campo se exprese también en otros, y que, cuando los más graves problemas en cualquiera de ellos no se resuelven, tiendan a volverse un problema propiamente político. A mi juicio esto es lo que acontece, pues la incapacidad para resolver los más graves problemas económico-sociales que más afectan a la mayoría, se convierte en causa de mayor inestabilidad, descontento, forcejeos y crisis política.

Y ¿qué hacer frente a todo ello?

8

PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS DE UN CAMBIO

Hacia nuevas propuestas y nuevos caminos

¿No se reitera a menudo que lo que hoy se hace es lo único viable y que en rigor no hay alternativa? Sí, se dice tal cosa, pero por fortuna no es cierta. Pretender que lo único posible a estas horas es mantener las conservadoras políticas que hasta aquí fracasaron, sugiere prepotencia y dogmatismo, pues si hay un campo en que por limitadas que sean las opciones nunca acontece que sólo haya una, es precisamente el de la acción política.

Desde luego hay alternativa. Lo que sin embargo no quiere decir que quienes postulan la necesidad de un cambio tengan ya claramente establecido qué hacer y cómo, en las más diversas condiciones, y asegurado el éxito del esfuerzo por desplegarse.

Veamos el caso de México. Bajo la política en boga –puede anticiparse– no serán resueltos los más graves problemas; el nuevo gobierno no es partidario de un cambio, y mucho menos, de fondo. En realidad considera que con el "libre comercio", la ayuda extranjera y las recetas neoliberales todo irá mejor, tan pronto

se alivie la presión ocasionada por la devaluación y la fuga de capitales, el alza de precios y de las tasas de interés y la fuerte caída de las ventas en el mercado interno, que en ciertas actividades es ya una verdadera depresión. Y lo más probable es que bajo un gobierno y en el marco de un Estado y un régimen de relaciones internacionales como los actuales, las cosas sigan siendo muy adversas. Pues bien, ¿cómo hacerles frente?

Desde luego yo no tengo la respuesta.

Pero aun así considero que en las propuestas que hoy se hacen desde diferentes posiciones, hay elementos que sin duda pueden ayudar en la forja de la estrategia alternativa que se requiere para un cambio, que por fortuna es viable.

Al pensar en esos elementos dejaré de lado aquellos que parecen secundarios –que en el trazo y puesta en ejecución de políticas concretas seria preciso incluir, no pocas veces en un primer plano–, y sólo mencionaré los que en una visión más amplia y de conjunto, parecen más importantes.

De este rango son, entre otros, los siguientes:

Modernización. Después de años de oir hablar tanto y tan demagógicamente de la modernización, soy conciente de que corro el riesgo de que no pocos lectores muestren reservas o sientan que, en todo caso ésta no es una cuestión fundamental. Mi punto de vista es otro, admitiendo desde luego que si nos quedamos en una modernización verbalista, parcial, tecnocrática, excluyente, neoliberal y neoporfiriana, las cosas seguirán como están.

En cambio, si convencidos de que el nuestro es todavía en muchos aspectos importantes un país atrasado, esto es cuya infraestructura productiva es insuficiente y débil, cuyo nivel de industrialización es

todavía bajo y por tanto bajos también la productividad y el ingreso global y sobre todo por habitante, inadecuado nuestro sistema educativo y el nivel de preparación de los recursos humanos, sumamente endeble la base científico-tecnológica en la que se sustenta nuestra economía, todavía muy pobres incluso los servicios básicos de que depende en gran parte el bienestar de la población y anacrónicos tanto el sistema como el discurso político dominantes, tenemos que convenir en que una verdadera modernización, es una de las condiciones del progreso.

En México hay muchas cosas viejas y ya caducas, que sin embargo se proclaman como si fueran vigentes. El neoliberalismo, en particular, ha desenterrado viejos dogmas ahora más divorciados de la realidad que nunca, que se repiten aquí y allá pese a carecer de todo fundamento. Tenemos, pues, mucho por modernizar y poner al día no como una moda caprichosa, convencional y pasajera sino como algo que es preciso actualizar y enriquecer si hemos de ser capaces de hacer frente con éxito a las nuevas realidades y desafios.

La modernización no sólo se requiere en la economía. La necesitamos también y en ciertos casos aún en mayor medida en nuestra vida social, cultural y acaso sobre todo, política. En un régimen autoritario como el que padecemos en México, modernización significa democratización, pues sólo una modernización que permita que la gente se prepare, participe en la toma de decisiones que más le importan y viva dignamente será capaz de superar el atraso, la pobreza y la desigualdad.

Organización. Este es un segundo elemento cuya importancia en una nueva estrategia difícilmente pue-

de exagerarse. Nuestros niveles de organización suelen ser muy bajos en el gobierno, en las organizaciones políticas, en el movimiento sindical, en las fábricas, en los esfuerzos ciudadanos, en las universidades y otros centros de estudios, en numerosas empresas inclusive grandes. Y un bajo nivel de organización significa ineficiencia, utilización irracional de los recursos disponibles, baja productividad y a la postre rezagos, fallas y defectos cuantitativos y cualitativos en lo que se hace.

La organización, es cierto, se consigue fundamentalmente con un mayor desarrollo; pero también es una condición para lograrlo. O sea que aun desde el subdesarrollo las cosas pueden hacerse mejor si se trabaja con mayor responsabilidad y disciplina, y se aprovecha en mayor medida lo que se tiene.

Internacionalización. La internacionalización es un proceso histórico al que ningún país puede sustraerse. La vida económica, la difusión cultural, la comunicación en los más diversos campos rebasan hoy con mucho las fronteras nacionales. Pero admitir la importancia de la internacionalización no quiere decir, en modo alguno, que lo único a nuestro alcance sea renunciar a todo lo nacional, aceptar como inevitables las nuevas estructuras corporativas y pagar el alto precio que la llamada globalización pretende imponernos.

Vivimos, es cierto, en un mundo rápidamente cambiante. Mucho de lo que antes hacíamos no es ya posible, y a la vez tenemos que prepararnos para tareas complejas que acometemos por primera vez. La nueva división internacional del trabajo tiene aspectos positivos y negativos, y entraña limitaciones y también posibilidades.

Muchos de los más graves problemas a los que hoy nos enfrentamos y desde luego los que se consideran "globales", no podrán resolverse desde ningún país aislado y con su solo esfuerzo. Se requieren acciones conjuntas propiamente internacionales, en las que se participe sobre bases de igualdad y en las que cada nación ejerza su soberanía. La internacionalización abre nuevos horizontes en tanto se respeten los derechos de todos, en tanto los países más fuertes no intervengan en los asuntos internos de otros y siempre que, en vez de dominación y dependencia, haya una verdadera cooperación internacional.

La reinserción de cada país en la nueva división del trabajo debe ser, no la que corresponda a supuestas y estáticas ventajas comparativas, sino las que su potencial, capacidad real, esfuerzo y creciente desarrollo y productividad permitan.

Integración regional. En un mundo en el que incluso las naciones más desarrolladas y poderosas se agrupan e integran regionalmente, los países subdesarrollados pueden y deben hacerlo también, lo que no significa dejar de relacionarse con aquellos con los que, por razones geográficas e históricas, mantienen vínculos estrechos.

México no es un país aislado; histórica y culturalmente forma parte de la comunidad latinoamericana y caribeña. Latinoamérica es nuestra gran patria. La articulación de acciones en los más diversos campos y la integración regional, por ello, son hoy para nosotros condición esencial del desarrollo.

Para llevar adelante la industrialización y ser capaces de producir más bienes intermedios y de capital, para utilizar mejor el potencial de que disponemos y contar con una mejor tecnología y recursos financie-

ros adecuados, mercados más amplios y un número cada vez mayor de personas bien preparadas, capaces de conducir los nuevos y más complejos procesos, y desde luego para superar la dramática pobreza que aqueja a millones, necesitamos conjugar esfuerzos, apoyarnos y unirnos.

Estrechar las relaciones entre nuestros países y fortalecer su integración es la mejor forma de responder a los retos globalizantes. Nuestra política debe incluso tener una proyección tercermundista y no sólo expresarse retóricamente sino traducirse en la práctica en un creciente intercambio, cooperación y unidad que refuerce nuestras posibilidades de desarrollo y nuestra capacidad de negociación a nivel internacional. La cooperación norte-sur es importante; la cooperación sur-sur, pese a múltiples limitaciones, lo es también –en algunos aspectos incluso en mayor medida–, y por ello no debiera menospreciarse.

Nacionalismo. Para algunos, el nacionalismo es algo sin perspectivas que pertenece al pasado. Aun problemas que tradicionalmente fueron propios de cada país y pretendieron resolverse dentro de sus fronteras tienen hoy, ciertamente, otra dimensión; se expresan de nuevas maneras y entrelazan a hechos y situaciones de alcance internacional, que reclaman actuar y desplegar esfuerzos en planos cada vez más amplios. O sea que intentar responder desde posiciones tradicionales a partir de un nacionalismo estrecho y aun chovinista, a los retos a menudo formidables que plantea una nueva realidad histórica, sería obviamente un error.

Pero también lo será e incluso más grave, despojar lo que hagamos de su contenido nacional más profundo y rico. Lo nacional no es un concepto mera-

mente formal; es una categoría histórica y por tanto un fenómeno siempre cambiante. Lo que procede no es renunciar a él sino revalorarlo, actualizarlo, enriquecerlo, hacerlo corresponder a las nuevas realidades. Lo internacional y lo nacional no son excluyentes; se interfluyen, se complementan y pueden reforzarse mutuamente. El aporte de cada país para resolver no sólo sus propios problemas sino los de todos, depende de la medida en que gracias al conocimiento de su cultura y su historia propias, redescubra sus raíces más hondas, se apoye en ellas y rescate sus valores más permanentes y altos. La identidad cultural, desde luego también cambiante es uno de esos valores, como lo es también la soberanía nacional, sobre todo cuando se apoya en la soberanía del pueblo y en una genuina democracia.

Preservación y mejoramiento de lo que tenemos

Hasta ahora no ha sido posible, bajo ningún régimen social, utilizar racionalmente los recursos de que se dispone. Pero en el subdesarrollo es donde más se dilapida la riqueza y se procede con menor racionalidad. El mejor uso de lo que se tiene es un aspecto fundamental de una estrategia y, a largo plazo incluso condición del desarrollo. Mas por su importancia, en vez de recoger esta cuestión como una de aquellas que no pueden faltar en esa estrategia, la destacaré como una actitud ante la vida, como un principio que debiera presidir y orientar no sólo lo que hacen el gobierno y las empresas, sino cada uno de nosotros en la vida cotidiana.

La primera exigencia en cuanto a la preservación y mejor uso de nuestros recursos atañe a la población,

a los recursos humanos. El que una población joven como la mexicana crezca de prisa es en cierto modo natural y difícil de evitar. Mas si hemos de proceder con un mínimo de racionalidad o al menos cierta prudencia, lo primero es reparar en que siendo un país pobre y con múltiples limitaciones, la conciencia de la pareja y la voluntad de la mujer son condición para que el crecimiento demográfico no sea explosivo, exceda nuestras posibilidades y condene a millones de niños a la miseria.

Si la población crece de manera razonable, la siguiente gran tarea es mejorar su calidad; y aquí, asegurar una adecuada nutrición, salud y viviendas dignas, y construir un sistema que permita darle la mayor educación, es fundamental. Educación significa entre otras cosas reducir el analfabetismo, elevar el nivel de escolaridad, lograr que todos los adolescentes tengan acceso a las escuelas intermedias, multiplicar las posibilidades de formar técnicos, sobre todo de nivel medio en muy variadas actividades; aumentar el número de profesionistas y en particular de ingenieros en diversas especialidades, y otros que actualmente y en los próximos años requerirá nuestro país; promover la ciencia y la investigación, apoyándolas mucho más que hasta ahora, y elevar grandemente el número de quienes tienen estudios de postgrado.[1]

[1] Como bien dice el doctor Mario Molina, Premio Nobel de Química en 1995: "México no debe tener miedo de buscar la excelencia en el campo de la educación y la ciencia, porque no es un lujo financiar el conocimiento, sino una necesidad contar, con profesionistas de alta calidad que permitan dar autonomía y elevar el nivel de vida en el país..." "Ojalá que cuando mejore la situación económica se dediquen más recursos al mundo educa-

Preparar a la población y sobre todo a los jóvenes, rebasa lo que puede hacerse formalmente en las escuelas y universidades. El rápido avance tecnológico plantea la necesidad y a la vez hace posible adiestrar a numerosas personas de nuevas maneras; el trabajo mismo es siempre una valiosa fuente de conocimientos, y cualquiera que sea el campo o la especialidad y desde luego si se trata de una carrera universitaria, una preparación que no sea meramente tecnocrática y formalista requiere y supone, además, cierta cultura y por tanto conocimiento de la realidad y de la historia.

La preservación, mejor uso y en su caso renovación de nuestros recursos naturales es también fundamental; sin embargo es de lo que más descuidamos. La forma en que han sido destruidos nuestros escasos bosques, explotados ciertos ricos yacimientos minerales hasta su total agotamiento, contaminados el agua, el aire y el ambiente, sobre todo en las más grandes ciudades y en la franja fronteriza del norte por las empresas maquiladoras, son signos de la grave situación que prevalece. Y aunque aquí también se requiere con urgencia una política responsable que reduzca y contrarreste el grave deterioro ecológico, la conciencia de la necesidad de proteger y mejorar

tivo y científico. Desgraciadamente en estos campos no hay rendimientos a corto plazo y por eso son decisiones difíciles." Entrevista de Emma Galvan, en *El Financiero*, suplemento especial de noviembre de 1995, p. 3.

El escritor Carlos Fuentes, a su vez, en una reciente conferencia en Caracas, Venezuela, afirmaba: "...los problemas de fondo que enfrenta América Latina no serán resueltos sin una inversión primordial en el área educativa..." La educación –agregó– se ha convertido en el principal factor de la producción, "... por encima del capital y el trabajo, ya que es la condición para que éstos funcionen adecuadamente." *La Jornada*, octubre 26 de 1995. p. 11.

el medio en que vivimos es responsabilidad de todos y debiera expresarse en nuestra vida cotidiana.

Un tercer recurso cuya mala utilización y aun desperdicio es otro gran problema no resuelto es el económico. Nuestro capital productivo: infraestructura, instalaciones industriales, maquinaria y equipos diversos, existencias de materias primas y materiales, es todavía muy limitado. No obstante, el uso que hacemos de él está muy lejos de ser el más adecuado: su mantenimiento suele ser insuficiente y defectuoso, lo que contribuye a que el desgaste del capital sea mayor y su vida útil más corta.

Algo similar ocurre con los recursos técnicos, que también son escasos en una economía subdesarrollada. Pese al espectacular avance tecnológico de las últimas décadas en los países más desarrollados, en México abundan todavía las actividades técnicamente atrasadas. Como ya vimos, el rezago en cuanto a ciencia, investigación, alta tecnología y preparación de gente especializada capaz de manejarla, es muy grande. Y a la vez ocurre con frecuencia que ciertos instrumentos técnicos se importen en mayor medida de la que realmente se necesitan y por tanto se utilizan, lo que por una parte significa gastar más de lo que es preciso, y por la otra, desaprovechar equipos y otros medios en los que se incorpora la nueva tecnología.

El desperdicio y la mala utilización de los recursos financieros, no son menores. Se repite con frecuencia que el ahorro interno de México es pequeño e insuficiente para hacer posible y asegurar una alta tasa de inversión. En parte ello es cierto, tan cierto sin embargo como que los recursos financieros a nuestro alcance, tanto los que proceden del ahorro doméstico

como los que obtenemos de fuera no se emplean debidamente. Abundan los gastos improductivos, las compras de artículos de lujo o innecesarios y las inversiones especulativas en los más diversos campos y ahora especialmente en el mercado de valores, que en vez de promover el desarrollo sustraen recursos y contribuyen a ahondar la inestabilidad y el despilfarro.

En fin, entre aquellos recursos esenciales que en conjunto constituyen el potencial de que podemos echar mano está un rico patrimonio cultural, que aparte de ser esencial para impulsar el desarrollo, es uno de nuestros principales medios de defensa frente a los grandes imperios. En ese acervo de valores hay principios, tradiciones, experiencias, enseñanzas, momentos estelares de nuestra historia, idioma, idiosincracia y un pensamiento que, lejos de ser meramente libresco, superficial o importado de fuera, expresa la capacidad de nuestro pueblo para enfrentarse a grandes problemas. En ese patrimonio cultural se resume mucho de lo más importante de nuestra historia y de lo que un pueblo con memoria debe saber utilizar para conocer y afirmar su identidad, pensar por sí mismo y enfrentarse, de nuevas maneras, a nuevas realidades.

Estado, mercado y sociedad

A lo largo del siglo XIX y de los primeros decenios del XX, el mecanismo de regulación de la economía por excelencia fue el mercado, salvo en la exUnión Soviética, en donde desde fines de los años veinte empezaron a elaborarse planes de desarrollo.

Bajo la severa depresión posterior a la crisis de 1929, aun en algunos países capitalistas comenzó a hablarse de planificación e incluso en aquellos en los

que no se recurrió a ella, el Estado intervino crecientemente en la economía, para reactivarla y acelerar la recuperación.

El desplome económico de esos años fue la mejor prueba de que la política neoclásica de "dejar hacer... dejar pasar" era punto menos que suicida. Aun quienes hasta entonces habían visto al Estado como un mero guardián, reclamaron su acción para elevar la demanda, la inversión y el empleo: y la publicación de la *Teoría General*, de John Maynard Keynes, en 1936, contribuyó a que las cosas se desenvolvieran en esa dirección. Pues bien, de hecho desde entonces hasta los años setenta el Estado jugó un papel muy importante, sobre todo como promotor, coordinador y regulador del crecimiento económico. Y ello llevó a menudo a posiciones estatistas erróneas, según las cuales aquél debía intervenir en cada vez un mayor número de actividades.

La fuerte caída de 1974-76 y los desajustes de los años inmediatamente anteriores que en cierto modo culminaron en ella, alentaron a su vez a los economistas más conservadores, que en realidad siempre objetaron las políticas intervencionistas de corte socialdemocrático. Los Von Hayek y los Friedman pasaron incluso a la ofensiva, y aunque de momento sólo reiteraron sin mayor eco lo que por años habían repetido en torno al mito del mercado libre, a partir de los gobiernos de Reagan y Thatcher, en Estados Unidos e Inglaterra, las posiciones antiestatistas cobraron fuerza y empezaron a ser un componente fundamental de la política del FMI, del Banco Mundial y de otros organismos internacionales.

México y otros países de Latinoamérica viven ese debate intensamente, pues sobre todo entre 1970 y

1982, desde una posición en cierto modo apologética se creyó que el Estado debía cubrir cada vez más campos, y a partir de la crisis "de la deuda", en 1982-83, hasta la fecha, con un entusiasmo digno de mejor causa, los últimos gobiernos mexicanos y sus funcionarios han acogido las tesis monetaristas ortodoxas y de "libre mercado", incluyendo desde luego los programas "de ajuste" del Banco Mundial y la apertura comercial y financiera indiscriminada, como si a partir de ellas pudiéramos resolver todos los problemas. Lo que en verdad equivale a convertirlas en un mito.[2]

A la fecha parece comprenderse que, a diferencia de lo que algunos pensaron hasta aquí, lejos de que Estado y mercado sean los términos de una disyuntiva, son mecanismos cuya acción no es excluyente sino que puede complementarse.

La Constitución Política de México establece en su artículo 25, que: "Corresponde al Estado la rectoría del desarrollo nacional para garantizar que ésta sea integral, que fortalezca la soberanía de la Nación y su régimen democrático y que, mediante el fomento del crecimiento económico y el empleo y una más justa distribución del ingreso y la riqueza permita el libre ejercicio de la libertad y dignidad de los individuos, grupos y clases sociales, cuya seguridad protege esta

[2] "El mercado por sí solo –escribe Jacques Attali– no hace que las materias primas produzcan ganancias, ni puede proteger el ambiente. Ni puede tampoco cerrar la inmensa y creciente brecha entre las regiones privilegiadas y la polarizada periferia. "El verdadero perdedor del siguiente milenio, si se deja que el imperativo del mercado se imponga abiertamente sin restricción alguna, será el planeta mismo..." *Millenium.* Winners and Losers in the Coming World Order. Random House. Inc., 1991. pp. 71 y 79.

Constitución." Y el artículo 26 dispone que: "El Estado organizará un sistema de planeación democrática del desarrollo nacional que imprima solidez, dinamismo, permanencia y equidad al crecimiento de la economía para la independencia y la democratización política, social y cultural de la Nación."

Bajo el auge del neoliberalismo de los últimos años, habría que aclarar, los preceptos anteriores de la Constitución se han relegado como si los más conservadores y tecnocráticos funcionarios no quisieran saber de ellos. Mas lo cierto, a la vez, es que están formalmente en vigor y que son fruto de realidades y experiencias que no pueden tirarse, impunemente, por la borda.

Que incluso en una economía capitalista y por tanto, de mercado, al Estado corresponde un papel muy importante en el proceso de desarrollo, es algo que confirma la historia sobre todo de los últimos sesenta años, y que desde luego no significa prescindir del mercado, del que dependen en gran parte el sistema de precios, el nivel de actividad y la asignación de recursos. El que sea difícil coordinar la acción de uno y otro no justifica que se proceda unilateralmente, eligiéndose a uno de ellos e ignorándose o descalificándose al otro. Lo cierto es que donde el propio desarrollo diversifica, enriquece y vuelve más compleja la vida social, aun la concurrencia de Estado y mercado resulta insuficiente, pues la sociedad civil, o sea los ciudadanos mismos, a través de múltiples nuevas formas de organización y de acción, reclaman participar en la toma de decisiones.

Por ello éstos son también elementos importantes a considerar en la perspectiva del cambio.

Desburocratización

En todos los sistemas sociales y políticos hay una dosis inevitable de burocracia; pero en los países subdesarrollados probablemente es mayor que en otros porque el nivel de organización es bajo, el Estado y en general los mecanismos institucionales son ineficientes, la vida democrática suele ser pobre, falta personal competente para realizar múltiples funciones y prestar ciertos servicios y quienes gestionan algo ante el gobierno no son exigentes, y en general, porque factores de muy diversa naturaleza promueven el autoritarismo y la arbitrariedad.

En los últimos años se habló mucho en México de la necesidad de modernizar y simplificar la administración pública. En algunos casos se lograron ciertos avances y hoy se requiere dedicar menos tiempo que hace años, digamos para obtener un pasaporte o una licencia para manejar automóvil. Algunos funcionarios gustan decir que el Estado, ahora más esbelto, funciona mejor y con mayor fluidez.

Lo cierto, sin embargo, es que la burocracia sigue presente y que es causa de pérdida de tiempo y de molestias, sobre todo para el ciudadano común y corriente. El burócrata es un funcionario o empleado que cree que su autoridad consiste en sentirse por arriba de los demás. Sus métodos predilectos son hacer esperar y aun no atender a quien reclama verlo, no oir a quien habla con él, hacer valer formalidades insignificantes; no aclarar con precisión lo que, en su caso deba hacerse, no turnar rápidamente el asunto de que se trate a quien proceda o demorar una y otra vez su terminación, y cuando es deshonesto, incluso tratar de cobrar ilegalmente por el servicio que presta.

Los pequeños empresarios se quejan a menudo porque los trámites para abrir un nuevo negocio son tantos que desalientan al más entusiasta. Y las cosas son aún más difíciles cuando quien hace la gestión es alguien más modesto.

La burocracia es sinónimo de ineficiencia, de autoritarismo, de arbitrariedad y antidemocracia, y no pocas veces incluso fuente de corrupción. Para el desarrollo económico es causa de gastos innecesarios y un obstáculo difícil de superar. Un genuino proceso democratizador y modernizador reclama y facilita combatir la burocracia. Pero al margen de ello es necesario hacerle frente de manera directa donde se manifieste, porque desde luego no es privativa del Estado o el gobierno. La burocracia suele estar presente en múltiples empresas, en la prestación de ciertos servicios y en el funcionamiento de numerosas organizaciones. A menudo significa decidir de arriba abajo, sin consultar a nadie y sin admitir apelación, en tanto que otras veces consiste en archivar --en realidad arrumbar– indefinidamente un asunto y negarse a resolverlo.

La burocracia es, pues inercia y rutina, rigidez, ineficiencia, incapacidad para descentralizar, fallas y vicios que es necesario corregir para abrir paso a un cambio en la sociedad.

Democratización

Legalmente, México es una república representativa y democrática en la que se respetan las libertades y derechos humanos. Pero la realidad es bien distinta de lo que postulan la Constitución y otras leyes.

A manera tan sólo de ejemplo podría recordarse que si bien legalmente son los ciudadanos quienes eligen a sus gobernantes, en la práctica, al menos desde hace varios sexenios, es el presidente de la República en turno quien impone de arriba abajo a su sucesor, que usualmente es un colaborador o amigo cercano. En la ley, las elecciones son procesos democráticos transparentes, en los que los ciudadanos participan y emiten su voto libremente y los resultados de la votación, cualesquiera que sean, se respetan. En la práctica, en cambio, abundan las irregularidades, la cooptación, la compra de votos, el gasto de enormes sumas de dinero en ciertas campañas y la violación y aun el robo de ánforas, el fraude y la alteración de los resultados, todo lo cual es profundamente antidemocrático. La existencia de un partido del gobierno, subordinado a éste, que opera en condiciones privilegiadas y que más que un verdadero partido es un instrumento que aquél utiliza como medio de control, atenta desde luego contra la más elemental democracia. Las garantías individuales que reconocen derechos humanos fundamentales, son violadas a menudo, lo que también ocurre con derechos de los trabajadores como el de huelga, el derecho al empleo y el de trabajar a cambio de un salario remunerador. Acaso lo más grave es que, reconociendo la Constitución mexicana la democracia "... no solamente como una estructura jurídica y un régimen político, sino como un sistema de vida fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo" (artículo 3º), lo cierto es que, sobre todo en los últimos sexenios se ha profundizado la desigualdad social, extendido dramáticamente la pobreza y aumentado el desempleo, por lo

que millones de mexicanos viven hoy en la miseria. En tales condiciones no es extraño que el sistema conforme al cual se toman las más importantes decisiones, es uno en el que las cosas se resuelven por unos cuantos desde arriba y a espaldas de los demás, de manera autoritaria y burocrática, y sin que ni siquiera los más afectados por esas decisiones participen de alguna manera en ellas. Por eso es comprensible que una de las demandas más sentidas por amplios sectores de la población mexicana es la de democratizar, de una vez por todas, la vida del país ¡Que no se hable más de una democracia que no se practica, y que sea la gente la que decida el tipo de nación que México ha de ser a partir de hoy!

Preparación de la mujer y defensa de sus derechos

La democratización supone preservar las libertades y crear condiciones que permitan ejercer sin cortapisas, los derechos de todos. Respetar e incluso ayudar realmente a los grupos más desvalidos y pobres, como es el caso de las comunidades indígenas, es hoy una exigencia a la que es preciso responder. Y aun cuando la defensa de los derechos y la satisfacción de algunas de las más justas demandas de la mujer podrían considerarse de aquellas cuestiones que una genuina democratización debiera resolver, preferí abrir este paréntesis y hacer referencia por separado a los problemas de la mujer mexicana, porque creo que desbordan incluso ese amplio marco y porque al pensar en los elementos que parecen fundamentales en la forja de una nueva estrategia, consideré que atacar resuelta y seriamente esos pro-

blemas es condición para logar el cambio a que aspiramos.

La sociedad mexicana se ha feminizado grandemente en los últimos decenios. La mujer está presente no sólo ya en el hogar y la familia sino cada vez más, en la fuerza laboral, en las escuelas de nivel medio y aun profesionales, en el arte y otros campos culturales, en ciertas actividades industriales y sobre todo en el comercio y múltiples servicios, e incluso en el gobierno y en la vida política, aunque aquí su participación es todavía insuficiente.

El que la mujer mexicana sea hoy mucho más preparada y activa que antes, entraña sin duda un progreso indudable; pero no basta. La mujer representa la mitad de la población, o sea de nuestro potencial humano, y la atención que reclama es por ello de máxima importancia. Son todavía muchas las mujeres que no saben leer ni escribir, cuya educación formal suele consistir en sólo unos años de escuela primaria, a las que es muy difícil estudiar secundaria o preparatoria y desde luego hacer una carrera universitaria; que son discriminadas y a quienes se paga menos que al hombre por trabajo igual; que tienen que repartirse entre el hogar y una ocupación remunerada, con cargas de trabajo agobiantes y sin que cuenten con guarderías para el cuidado de sus hijos menores, y en fin, a las que no se permite organizarse, cuyos derechos más elementales no se respetan, que viven como madres solteras sin apoyo de nadie y que a menudo son víctimas del acoso sexual, de la violencia y aun de violaciones que la ley sanciona, pero que en la práctica pasan inadvertidas, no se denuncian y menos castigan como debiera.

El problema de la mujer es, pues, uno de los grandes problemas, porque no sólo reclama reparar en lo antes señalado y defender derechos que aún no se respetan, sino cobrar conciencia de que en el umbral del siglo XXI, preparar adecuadamente a millones de mexicanas para las múltiples y complejas tareas que ya hoy son importantes, elevar su condición en todos los órdenes y estimular su participación, son requisitos esenciales para forjar un México nuevo, democrático y libre.

Lucha contra la corrupción

Podríamos extendernos y considerar otros elementos de aquellos que parecen fundamentales para hacer posible un cambio; pero sólo mencionaré uno más que si bien no es privativo de ningún país, aqueja a México gravemente: la corrupción.

Que la corrupción "...viene de muy atrás, que su origen se remonta a etapas tan lejanas que ya es difícil recordarlas, es indudable". La corrupción, sin embargo, no es "...un atributo inherente al mexicano o al ser humano en general. Pensar que el hombre es deshonesto por naturaleza, como puede ser frágil, inestable o imperfecto, más que tratar de entender la corrupción equivale a renunciar a explicarla como fenómeno social..."[3]

De la corrupción se habla a menudo en los más diversos medios, y casi siempre se promete combatirla hasta acabar con ella. Mas lo cierto es que no sólo sigue presente sino que en México es cada vez mayor.

[3] Guillermo Montaño, en el prólogo a *La Corrupción*. Editorial Nuestro Tiempo. México, 1970. p. 23.

La corrupción asume múltiples formas; el agio, la usura, el soborno, el cohecho, el robo, el contrabando, la evasión fiscal, el enriquecimiento ilícito e incluso ciertos tipos de represión, son algunas de ellas. La "mordida", o sea el pedir dinero de quien comete un acto ilegal o una infracción de cualquier tipo como precio para que la autoridad perdone la falta, y no sufrir la sanción que corresponda, sigue presente en múltiples actividades.

Pero la corrupción también se ha modernizado y crecido con el país. Aun en años recientes en que como hemos visto México atraviesa por una larga y profunda crisis, no son pocos los inversionistas y especuladores que se han enriquecido de la noche a la mañana, no por su trabajo ni su talento sino porque pudieron utilizar su influencia y hacer pingües negocios, a menudo incluso con la ayuda del gobierno. O sea que si bien algunos siguen haciendo dinero con artículos de consumo básicos, con bienes raíces u otros, son cada vez más los que incluso con técnicas sofisticadas, especulan en el mercado de dinero, de cambios y valores, con divisas y diferentes títulos, sin importarles el daño que causan a otros o al país mismo, lo que sin duda es una nueva forma de corrupción. La corrupción en el gobierno, y sobre todo entre algunos altos funcionarios que se valen del poder para enriquecerse ilegal y aun criminalmente, es en estos días motivo no sólo de preocupación, denuncia y justificada crítica sino de escándalo e indignación.[4]

[4] A partir del 25 de noviembre de 1995, de hecho todos los más importantes diarios y revistas de México, hicieron saber que la esposa del exfuncionario y conocido negociante Raúl Salinas de Gortari, hermano del expresidente de la República, Carlos Salinas, actualmente preso y acusado de ser autor intelectual del asesinato de José Francisco Ruiz Massieu, había sido detenida por

El narcotráfico, que se mueve a través de una vasta red internacional es desde luego una de las más graves formas de corrupción, y el conjunto de ellas una de las principales cuasas de que recursos que México y otros países podrían utilizar para impulsar su desarrollo y elevar el nivel de vida, auspicien la ilegalidad, la violencia y el crimen, y sean una riqueza que se desperdicia en beneficio de unos cuantos traficantes y quienes los sirven.

Enfrentarse resueltamente a la corrupción como a un cáncer que enferma a la sociedad entera es pues, sin duda, también indispensable para crear condiciones que permitan desarrollarse sobre bases sanas. Una genuina democratización puede contribuir grandemente a que se cobre conciencia sobre el problema y la necesidad de combatirlo.

la policía de Ginebra, Suiza al intentar, con una documentación falsa, retirar de varias cuentas bancarias secretas nada menos que 84 millones de dólares que según diversas fuentes pueden estar vinculadas al narcotráfico.

Y unos días después, Cuauhtémoc Cárdenas y los diputados del PRD pusieron publicamente en conocimiento de la Procuraduría General de la República diversos actos del espresidente Carlos Salinas, que pueden constituir graves delitos.

9

HACIA UNA NUEVA ESTRATEGIA DE DESARROLLO

Al pensar en cómo impulsar el desarrollo de México en los próximos años, alguien podría preguntar: Pero ¿no se cuenta ya con un Plan Nacional de Desarrollo que establece las metas principales a alcanzar, los medios que se utilizarán para lograrlo y la política económica y social con la cual se llevará adelante ese proceso?

Si, el Plan existe para el próximo sexenio, es decir para el periodo 1995-2000. En él se definen ciertos objetivos, y aunque falta precisión respecto a fines y medios, probablemente lo que más falta es objetividad , realismo y espíritu crítico y autocrítico, pues lo que en esencia se hace es sostener la conservadora política neoliberal puesta en marcha sin éxito hasta aquí por el actual gobierno y por los dos anteriores. Lo nuevo consiste, en todo caso, en creer e incluso prometer que lo que no se consiguió en esos ya largos años, ahora sí se logrará con la misma medicina-apertura, mercado "libre", privatización de empresas públicas, desregulación, desempleo, bajos salarios y creciente dependencia del capital extranjero. Y creer

todo eso significa, en realidad, ser más papista que el Papa.[1]

Lo que la teoría y la política del libre comercio no resisten son los hechos. La historia económica del siglo XIX y del XX lo demuestra, pues una y otra han exhibido sus fallas en la realidad misma. La globalización, en particular, al movilizar internacionalmente como nunca antes al capital trasnacional y la mano de obra, deja sin base a la teoría del libre comercio y las ventajas comparativas. Como dice Herman E. Daly, funcionario del Banco Mundial, "Cuando, tanto el capital como las mercancías tienen movilidad internacional, el capital buscará la ventaja absoluta en el país de más bajos salarios, antes de relocalizarse en su propio país de acuerdo con las ventajas comparativas que éste ofrezca..." Por eso puede decirse que una vez que el capital se moviliza internacionalmente "... la doctrina toda de las ventajas comparativas se vuelve

[1] "... lo cierto –comenta Noam Chomsky– es que toda esa palabrería sobre capitalismo liberal y sistemas de mercado son sólo fantasías ensoñadoras. Si miramos atrás en la historia de la economía hay algunas lecciones muy claras- todo país rico y poderoso, sin excepción, ha conseguido serlo violando esos principios... Esto ni siquiera es discutible. Todo país que ha seguido tales principios ha sido un completo desastre. En realidad, en el único sitio en que se siguen es en el Tercer Mundo. De hecho están destinados a él, para que resulte más fácil robar a la gente..."; "...de los 24 países más industrializados, 20 son más proteccionistas ahora que hace 30 años. Este es uno de los principales motivos de que la distancia esté creciendo entre el Tercer Mundo y el Primer Mundo; la otra razón principal es que el Tercer Mundo se ha visto sometido a lo que se llama fundamentalismo del FMI, políticas económicas neoliberales que han resultado destructivas, claro..." *Política y Cultura a finales del Siglo XX.* Editorial Ariel, México, 1994, pp. 69, 71 y 72.

irrelevante." La consecuencia de ello, como de la movilidad de la mano de obra, "es una fuerte tendencia a igualar salarios en todas partes." Y dada la sobrepoblación y el rápido crecimiento demográfico del Tercer Mundo, "es claro que la igualación será hacia abajo."[2]

Ahora bien, ¿qué es lo que ese Plan no incluye y debiera ser parte fundamental de una nueva estrategia?

Crecimiento y Desarrollo

–Lo primero es proyectar una tasa de desarrollo económico suficientemente alta, y al propio tiempo relativamente estable y sustentable.

Aquí conviene aclarar que el objetivo no sería crecer en un sentido cuantitativo, con la mayor celeridad y sin importar las consecuencias, sino lograr un mayor y mejor desarrollo, concebido no como un fin

[2] "From Adjustment to Sustainable Development." *The Case against free trade.* Earth Island Press. San Francisco, 1993, p. 126.

En tal situación los postulados del libre comercio, comenzando con el aumento del nivel de vida, no se dan en la práctica. Paradójicamente, "en la aldea global, una nación sobrevive llevando a su pueblo a no tener qué comer." La desigualdad entre y en la mayor parte de los casos, en cada país, es hoy mayor que antes." "La desigualdad dentro de un país es causa de la globalización porque reduce el número de gentes con suficiente poder de compra... Y es un efecto... porque las industrias de exportación emplean pocos trabajadores a los que pagan sueldos desproporcionadamente altos, y porque los países industriales tienden a extraer más capital de los países del Tercer Mundo, que el que invierten en ellos." David Morris. "Free Trade: the Great Destroyer." *Ibid.* pp. 144.

en sí mismo sino como un medio para vivir dignamente, a partir, y en el seno de una economía más diversificada y una nación socialmente sana, libre y democrática y mejor organizada, que mantenga estrechas relaciones con otros países, sin renunciar a su soberanía y a su derecho de autodeterminación.

Este objetivo no es utópico; pero tampoco fácil de alcanzar. No es fácil porque, entre otras cosas hasta aquí no logradas, supone crecer después de un largo periodo de semiestancamiento desde luego más que 3% o 4% al año, superar los altibajos que hacen que en un sólo año se pierda lo conseguido en los dos previos, hacer del desarrollo y no del mero crecimiento lo importante, pasar de un economicismo unilateral a una línea de acción múltiple en la que se integren y apoyen mutuamente lo económico, lo social, lo cultural y lo político; y lograr que el desarrollo sea sostenible, a largo plazo, lo que sólo es posible a partir de una contínua transformación social y haciendo un mejor uso de los recursos disponibles, renovando oportunamente lo que es agotable y preservando el ambiente con una política ecológica eficaz, que no se quede en las palabras y los buenos deseos.

–Para crecer más de prisa, sobre bases más sólidas y como expresión de un proceso que lleve adelante el desarrollo nacional, se requiere, entre otras cosas, de una alta y sostenida tasa de inversión, sin duda muy superior a la de los últimos dos sexenios, que fluctuó entre 16% y 19% del PIB.

Al respecto suele pensarse que esa inversión debiera ser productiva y que la más provechosa será la que impulse el desarrollo industrial. En mi opinión es cierto que esa inversión es la que más se requiere y la que más cuenta, pero ella es también hoy la más difícil

porque la inversión improductiva, financiera y aun especulativa compite ventajosamente y deja más dinero a quien la hace.

Lo productivo, además, no sólo es lo que se vincula a la industria. En México concretamente, dados el rezago y la pobreza de buena parte del campo, ahí debiera realizarse cuanto antes una inversión modernizadora tanto privada como pública. La inversión en la industria, en actividades que refuercen la estructura productiva y dinamicen el desarrollo, tengan mayores posibilidades, sean vehículos de integración interna y en general creen mayor empleo es, desde luego, muy importante. Y hay otros campos también significativos: uno es el de los servicios que dejan ya atrás la producción de múltiples mercancías, y otro el de la preparación de los recursos humanos, que se vincula estrechametne y al propio tiempo rebasa los servicios sociales. En la esfera económica hay servicios –transportes, comunicaciones, nuevas formas de distribución, informática, banca y otras actividades financieras, turismo, etc.– que reclaman y pueden absorber crecientes inversiones. Pero el desarrollo de esa nueva y más compleja economía requiere cuantiosos recursos, utilizar tecnologías avanzadas y contar con personal preparado para su manejo.

La preparación de los recursos humanos es fundamental en una estrategia de desarrollo. Esa preparación es un proceso de largo alcance que incluye desde la escuela primaria e intermedia, la multiplicación y mejoramiento de la educación técnica y universitaria, estudios de posgrado e incluso investigación y desarrollo, como condición para sentar las bases de una actividad científica y tecnológica propia, sin perjuicio de facilitar la asimilación y utilizar adecuadamente la

tecnología que se adquiere de otros países. Para preparar mejores cuadros de todo tipo en un país en rápido desarrollo, se requiere entre otras cosas reforzar y modernizar la infraestructura educativa –investigación, laboratorios, instrumental, bibliotecas, asesorías de alto nivel, servicios especializados, trabajo de campo–, modificar y enriquecer los planes y programas de estudios, crear nuevas carreras y asegurar que profesores e investigadores en los más diversos campos, desde la escuela elemental a los centros de estudios superiores, reciban sueldos que les permitan vivir dignamente.

Inversión, ahorro y consumo

Y ¿cómo asegurar esos altos niveles de inversión, cuando el ahorro interno es insuficiente y la inversión extranjera, en gran parte improductiva y muy inestable.

Sostener una alta tasa de acumulación de capital es difícil; pero no imposible, como lo demuestran los países más industrializados e incluso varios de los NIC –Corea del Sur y otros–, que durante ciertos periodos alcanzaron tasas de inversión bruta de 33% y más del PIB.

Para lograr una alta tasa de inversión es necesario:

–Que la producción y el ingreso aumenten con cierta rapidez y estabilidad;

–Que el ahorro interno lo haga también, sobre todo a partir de ciertos incentivos;

–Que el consumo en su conjunto, y en particular el consumo supérfluo y en general innecesario, a partir de ciertos niveles incluso relativamente altos

pero no excesivos e inaceptables en un país subdesarrollado, se reduzca de manera significativa;

–Que aumente la inversión productiva en cifras absolutas y en comparación con la inversión improductiva, lo que sólo ocurrirá si hay suficientes oportunidades de inversión que sean rentables,

–Que se atraiga a inversiones extranjeras que impulsen el desarrollo, y se desestimule, límite y aun no se permita a otras meramente especulativas y dañosas;

–Que todo ello haga posible ampliar el excedente –esto es la diferencia entre el ingreso y el consumo– y que a través de un mejor encauzamiento institucional y de aprovechar debidamente los recursos, ese excedente potencial se convierta en inversión productiva real;[3]

–Que la reducción y reestructuración del consumo y el apoyo a la inversión productiva pública y privada, nacional y extranjera, la creciente exportación y el aumento de los salarios y sueldos, de preferencia en donde sean más bajos o se hayan rezagado respecto a la productividad, permitan elevar el nivel de la demanda, pues éste es el motor del desarrollo en una economía que produce más de lo que consume y sobre todo en una como la mexicana hoy, en la que

[3] "...Si la palanca del crecimiento es la inversión productiva, la explicación de ésta no se reduce al ahorro. Este plan (Nacional de Desarrollo), tiene una teoría y una política de ahorro, pero no de la inversión..." Sobre ésta se limita a anunciar "... la continuidad de las privatizaciones, que es una simple transferencia de inversiones existentes, no de nuevas inversiones." Grupo Parlamentario del Partido de la Revolución Democrática. LVI Legislativo Federal. *Crítica al Plan Nacional de Desarrollo. 1995-2000.* p. 84.una alta proporción de la capacidad productiva instalada permanece ociosa, y

--Que la inversión se canalice hacia donde sea posible superar los obstáculos al desarrollo y pueda obtenerse un mayor rendimiento económico-social.

O sea que para lograr una alta tasa de inversión se requiere en resumen aumentar el excedente, lo que se consigue tanto elevando el ingreso como reduciendo el consumo; aumentar, en particular la inversión productiva y sobre todo aquella que tenga un mayor efecto multiplicador --lo que supone elevar sustancialmente y de manera sostenida la demanda; reducir el consumo no en forma indiscriminada sino en particular de artículos suntuarios y en general innecesarios que interesan especialmente a los estratos sociales de más alto ingreso, a fin de que tal reducción permita, a la vez, elevar el consumo de las capas más amplias y pobres, de bienes y servicios que contribuyan a mejorar su nivel de vida; y, a medida que se modifique el patrón de consumo, reestructurar también la producción a fin de hacerla corresponder a la nueva composición de la demanda.

Inversión, tecnología y empleo

La política de inversión se vincula estrechamente, en general, y con mayor razón debiera hacerlo en el caso de México, a lo que se haga en materia tecnológica y de empleo.

Ante la gravedad del desempleo algunos sugieren que debiera apoyarse de preferencia a las actividades que más demanden mano de obra y que estén al alcance de las empresas pequeñas y medianas. En mi opinión, siendo sin duda el desempleo un grave problema que reclama acciones eficaces inmediatas,

ese punto de vista es parcial e incorrecto; la realidad es más compleja.

Las empresas en las que se emplea una tecnología avanzada son las grandes. Pues bien, si son importantes para la economía y el desarrollo del país y requieren nuevas inversiones de alto nivel tecnológico, habrá que hacerlas aunque sean costosas y no generen directamente mayor empleo. En actividades sobre todo de nivel medio sería menos difícil combinar la modernización tecnológica con la ocupación, y en aquellas en que no se requiera o no sea posible utilizar una mejor tecnología, pero que puedan absorber más mano de obra, convendría también apoyarlas por su efecto positivo en el nivel de ocupación.

Lo que quiere decir que tecnología y empleo no son necesariamente excluyentes. Acaso el mayor reto que un rápido desarrollo tecnológico plantee es cómo utilizar la fuerza de trabajo desplazada, en beneficio de los propios trabajadores y de la sociedad. Pues bien, recuperar los viejos puestos de trabajo será a menudo incluso imposible; de ahí que lo más importante es prepararse para trabajar en las nuevas actividades –fundamentalmente comercio, servicios y ciertas industrias-- que el desarrollo promueve, y capacitarse para manejar las nuevas técnicas. Ello, sin perjuicio de conservar el mayor número posible de plazas que, sin caer en un eficientismo enfermizo, no afecten grandemente el gasto de operación o la calidad de lo que se produce.

Pero así como no es aconsejable por razones de empleo postergar el avance tecnológico donde éste es más necesario, tampoco se justifica caer en un tecnologismo desmedido y superficial que considere que las mejores técnicas son necesariamente las más

costosas y sofisticadas. Una política tecnológica seria supone no conformarse con imitar o trasladar mecánicamente lo que se hace en otros países sino proceder con creatividad, con conocimiento profundo del medio en que se actúa y de los problemas concretos que intentan resolverse, lo que en otras palabras significa que las mejores opciones tecnológicas suelen ser aquellas que responden a las necesidades, condiciones, limitaciones y posibilidades presentes en cada caso.

En resumen si bien tecnología y empleo se ligan estrechamente y a la vez no es fácil avanzar tecnológicamente con más altos niveles de ocupación, lograr una y otra cosa en la mayor medida posible, es algo que al menos debe intentarse seriamente. Aumentar el empleo en donde millones de personas aptas para trabajar carecen de él, es una cuestión de enorme importancia y no un asunto cuya solución pueda quedar como algo residual. Y lo mismo sucede con la incorporación de ciertos avances tecnológicos, y en un momento dado incluso científicos, en un país atrasado al que urge elevar sus niveles de preparación y de productividad.

Estado y empresa privada nacional y extranjera

–Definir con claridad el papel del Estado y de la empresa privada, es necesario y muy importante en una política de desarrollo.

La posición según la cual el Estado hace todo bien, es tan falsa como la de que todo lo hace mal. Lo cierto es que uno y otra pueden hacer las cosas bien o mal; y en consecuencia lo que importa es asegurar que el desempeño de ambos sea mejor.

Al margen de dónde empiece y termine su intervención –lo que depende de las condiciones de cada país– el Estado tiene funciones de regulación, coordinación y promoción de las que sólo puede despojársele a costa del desarrollo mismo e incluso de su soberanía, pues tales funciones no pueden ser eficazmente desempeñadas por una empresa aislada o por el conjunto heterogéneo de todas, y hasta hoy tampoco por una economía internacional que carece de las bases jurídicas e institucionales, el nivel de cohesión e integración, los mecanismos y la operatividad necesarios. Aparte de tales funciones, además, el Estado tiene otras no económicas –jurídicas, sociales, políticas y culturales–, a veces tanto o más importantes para impulsar y orientar un proceso tan multifacético y abarcador como es el desarrollo. Por todo ello un aspecto muy importante de una nueva estrategia es establecer con precisión, y a partir de un amplio acuerdo, lo que corresponde al Estado y la forma en que debe operar para cumplir su parte del mejor modo posible.

Respecto a la acción del Estado suele procederse de manera tajante y, por más de una razón, discutible. En México muchas personas piensan que las actividades de importancia estratégica debieran reservarse al Estado, fundamentalmente porque además de ser necesarias para el desarrollo, de ellas depende en buena medida la soberanía nacional.

A la luz de lo ocurrido en años recientes afloran, no obstante, explicables dudas. Lo cierto es que hasta ahora no se definió con precisión qué actividades y por qué son estratégicas; y al impulso de una incontenible y sospechosa privatización, el gobierno, incluso olvidándose de la Constitución de la República

vendió importantes empresas que operaban en campos considerados como estratégicos. Por lo que en el marco de una política económica como la que está en vigor y de un gobierno tan dependiente y antidemocrático, sería ingénuo esperar que las empresas que se conserven bajo su control, operarán, por ese sólo hecho como mejor convenga al país y a la soberanía nacional.

Si bien lo estratégico es cambiante en una perspectiva de largo plazo, no sería muy difícil y menos imposible convenir en algunas actividades que, por ser fundamentales para el desarrollo e incluso para la integración y soberanía nacionales, pudieran considerarse estratégicas. Por ejemplo hay bastante acuerdo en torno a que dos lo son la industria eléctrica y la petrolera, aunque es difícil saber dónde empieza y dónde termina cada una de ellas. El caso del petróleo es revelador, pues si bien desde 1958 una ley reglamentaria estableció que la nacionalización –y por tanto el control del Estado– comprendería desde la exploración y perforación hasta la producción de petroquímicos básicos, en la última década y sobre todo bajo el gobierno de Salinas, burocráticamente se resolvió que la mayor parte de los que por años se consideraron productos petroquímicos básicos serían en adelante "secundarios", y por tanto en ellos podría invertir libremente el capital privado nacional e incluso el extranjero.

Lo que hoy procedería es replantear el problema, reexaminarlo a partir de una nueva realidad y más que tratar de volver a toda costa a una situación que ya quedó atrás, redefinir democráticamente el régimen que en las condiciones actuales y en una perspectiva de largo plazo, más convenga a la nación.

Bajo nuevos criterios, probablemente podría haber campos estratégicos en los que sólo participara el Estado, otros en que pudiera hacerlo también la empresa privada nacional bajo ciertas condiciones, e incluso alguno o algunos más en que se admitiera capital extranjero en proporción minoritaria y sin participar en la dirección de la empresa. Pero todo ello habría que examinarlo con la mayor responsabilidad. Y en cualquier caso, para defender mejor la soberanía nacional y promover un desarrollo que refuerce nuestra economía, lo que sería muy importante es lograr el más alto nivel posible de organización en dichas actividades y empresas, apoyarlas para que su administración y dirección sean más eficientes y asegurar que la tecnología más adecuada y los recursos financieros necesarios estén siempre a su alcance, en condiciones satisfactorias. Porque mantener por inercia una situación como la que a lo largo ya de décadas ha privado en los ferrocarriles bajo el control estatal, ni impulsa el desarrollo económico ni contribuye a reforzar la soberanía. En rigor es más bien una traba al desarrollo, un signo de atraso y una expresión de grave debilidad en la infraestructura productiva básica y de evidente incapacidad para hacer las cosas mejor.

La empresa privada, como actor principal del proceso económico en una economía capitalista, juega un papel fundamental en la producción, la inversión, el empleo, la distribución, el financiamiento y otras variables. Pero no es un concepto abstracto ni unitario, sino expresión de las diversas formas de organización del esfuerzo de los particulares. La empresa privada es nacional, extranjera o mixta, grande o pequeña, y en uno u otro caso, eficiente o ineficiente.

Pues bien, una estrategia de desarrollo tiene que considerar a cada una de ellas, y a la vez su acción conjunta.

La empresa privada nacional, por múltiples razones –entre otras lo que significa en los campos en que opera–, debiera ser la fundamental, sin perjuicio de vincularse en diversas formas, en un momento dado, al capital estatal y al extranjero. De no ser así, en rigor sólo el Estado o el capital del exterior podrían tomar ese lugar. En cuanto al primero es obvio que en las condiciones actuales e incluso en el marco de la política proteccionista sustitutiva de importaciones de años pasados, en la práctica difícilmente podría jugar ese papel. En cuanto al capital extranjero, si bien la globalización actúa en favor de su creciente y más profunda inserción en las economías subdesarrolladas, aun no interesando a ese capital extenderse horizontalmente y cubrir la mayor parte del espacio económico, sí hay el riesgo de que se apodere de los ejes centrales del proceso, y desde ellos, y actuando a la vez con base en los principales organismos financieros internacionales, influya cada vez más e incluso determine el rumbo y las modalidades tanto del desarrollo como de la política en que éste se apoye. Lo que ya ha acontecido bajo la política en acción exhibe ese peligro, demuestra que el precio que México está pagando por esa subordinación atenta contra su soberanía y adquiere nada menos que el rango de un asunto de seguridad nacional, o sea de máxima importancia política.

Si la empresa nacional ha de ser por ahora el protagonista principal del desarrollo económico, ¿corresponderá tal papel a la empresa pequeña o a la grande?

Desde las fuerzas democráticas, a menudo se postula que el motor de ese desarrollo lo será la pequeña –incluyendo la micro– y mediana empresa. ¿Por qué? Porque son la inmensa mayoría, porque generan la mayor parte del empleo, porque influyen sensiblemente en la producción, porque a ellas están vinculadas de diversas maneras millones de personas y porque, además de su importancia económica, su significación social es también muy grande.

Sin menospreciar a tales empresas, y reconociendo que su papel es importante y puede serlo todavía más, en la economía actual de México las empresas que más pesan son las grandes, y en particular aquellas que forman parte de poderosos grupos empresariales. Bastaría recordar lo que ocurre en prácticamente cualquier rama de actividad para comprobarlo.

Lo que quiere decir que una estrategia de desarrollo no sólo no debiera ignorar a esas empresas o menospreciar su significación, sino definir claramente –incluso en primer lugar– lo que de ellas se espera y la forma en que actuarán. Cuestiones de tanta importancia como avanzar en el proceso de industrialización hacia planos superiores y más complejos, elevar la inversión productiva y producir sobre todo los bienes intermedios básicos y de capital que estén a nuestro alcance, articular acciones con el Estado, vincularse de diversas maneras al capital extranjero, impulsar y reorientar la integración regional, fortalecer los múltiples y en no pocos casos nuevos servicios que el país reclamará en los próximos años; vincularse sobre mejores, más equitativas y amplias bases a la empresa pequeña y mediana, y formar nuevas y más fuertes cadenas productivas, son cuestiones que sólo podrán resolverse si se relacionan por un lado a la

gran empresa y se logra, a la vez, que ni los intereses de ella o de otros grupos prevalezcan sobre el interés nacional. Sabemos que esto no es fácil, que lo "nacional" puede resultar un eufemismo que oculte intereses particulares diversos. Aun así, si aspiramos a una estrategia de desarrollo que responda a los intereses del pueblo mexicano y no de una minoría, cualquiera que ésta sea, tenemos que contar con mecanismos, desde los propiamente jurídicos hasta aquellos que en la práctica pueden ser económica y políticamente más importantes, y que, con base en la participación de la gente en un sistema y un Estado democráticos, permitan intentar lo que ahora es, de hecho, imposible.

Y así como es preciso asignar un papel a la gran empresa nacional, a partir de lo que cada una es y significa para el desarrollo del país, también es necesario hacerlo respecto al capital extranjero y a la empresa pequeña y mediana. Porque no es lo mismo producir que especular, producir lo que realmente se necesita y aquello de lo que podemos y aun debemos prescindir, operar eficiente o ineficientemente, aportar recursos adicionales o sustraerlos y enviarlos al exterior, y contribuir a afirmar nuestra independencia, en vez de subordinarnos cada vez más a intereses que no son los nuestros.

O sea que el forjar una estrategia y dentro de ella una política que se ocupe de todas estas cosas, el pasar de los planos generales a las realidades concretas, reclama capacidad para responder a tales problemas.

–La regulación de la inversión extranjera no es fácil. A juzgar por la política seguida en los últimos años, probablemente los técnicos más conservadores

en altos puestos oficiales consideran, a la manera que fue característica de Limantour y los "científicos" porfirianos antes de la Revolución de 1910, que toda inversión extranjera es buena, no importa de dónde proceda, en qué consista, hacia dónde se canalice y cómo entre y salga del país.

Lo cierto es que esa política, que en parte equivale a no tener ninguna, está lejos de ser la solución. Lo menos que un gobierno responsable debiera hacer es que el inversionista extranjero respete nuestras leyes y no actúe como si él estuviera en casa y los extranjeros fuésemos los mexicanos; que su inversión se proyecte hacia donde sea más útil para nuestro país, que sea productiva y no meramente especulativa, que de preferencia se haga a plazo medio y largo y contribuya a una mayor estabilidad; que signifique afluencia neta de recursos y no sólo la compra de empresas ya establecidas y menos, todavía, la pérdida de fondos; que se proyecte hacia campos en los que, por diversas razones, es muy difícil operar para las empresas nacionales; que contribuya a llevar adelante la industrialización del país; que sea creadora de empleos, sobre todo de nivel medio y alto y que incorpore nuevas tecnologías, que fije y eleve salarios en razón de la productividad del trabajo; que dé oportunidad a empresas nacionales para que lo provean de diversos insumos y sean eslabones de nuevas cadenas productivas, y que, lejos de auspiciar fugas de capital y movimientos especulativos de fondos que acentúen la inestabilidad monetaria y cambiaria e incidan desfavorablemente en la balanza de pagos, ayude a que México aumente y diversifique sus exportaciones de bienes y servicios y a que amplíe y refuerce su mercado interno. Para lograr todo eso el Estado ejercería

su irrenunciable función reguladora, estimularía a los inversionistas que actúen de mejor manera y en cambio, desalentaría, no apoyaría y aun sancionaria a quienes, por el contrario, operen en condiciones desfavorables e incluso inaceptables para el país.

En cuanto a las empresas pequeñas y medianas, más adelante señalaré lo que podría ser más conveniente hacer. Pero desde aquí debiera quedar claro que si bien son una importante fuente de empleo y en ciertas actividades incluso de producción, sin perjuicio de facilitar el desarrollo de muchas de ellas y de apoyarlas selectivamente más que hasta ahora, debiera a la vez comprenderse que incluso probablemente en cada vez mayor medida, en los próximos decenios serán las grandes empresas privadas y públicas, nacionales y extranjeras, las que más influyan en el desarrollo económico de México.

Desarrollo hacia adentro y hacia afuera

–En los años de la crisis de 1929 y la devastadora depresión que la siguió se discutía si en vez del desarrollo agroexportador hacia afuera debía optarse en Latinoamérica por un desarrollo hacia adentro, que a la postre fue el que se impuso y contribuyó en algunos países a impulsar la industrialización sustitutiva de importaciones.

La situación de hoy es diferente, en cuanto a que más que enfrentarnos a una disyuntiva, lo aconsejable parecería ser que el desarrollo se proyecte hacia adentro y simultáneamente hacia afuera. La posición que tiende a menospreciar la exportación porque el desarrollo debiera impulsar el mercado interno, se antoja unilateral y aun errónea.

Por su magnitud, por su importancia y por lo que representa para el país, el mercado interno y su expansión son, en efecto, centrales. Pero ello, y menos en una economía tan internacionalizada como la actual, no riñe con la posibilidad y la conveniencia de exportar más y de que la composición de esas exportaciones sea cada vez más diversificada y generadora de un mayor valor agregado.

Lo que hoy y en los proximos años se requerirá para impulsar y reorientar el desarrollo de México es un mercado interno y externo que crezcan con rapidez. Ello dependerá de que la producción, la inversión, el ingreso, el empleo, la división del trabajo, el comercio y desde luego la demanda interna y externa aumenten.

En el volumen y la configuración de la demanda juegan, como se sabe, un papel muy importante la inversión nacional pública y privada, la inversión extranjera, el consumo directo e indirecto y la exportación de bienes y servicios que contribuyan a un mayor desarrollo. Lo más deseable sería que el grueso de la inversión sea nacional, medianamente estable y a largo plazo, que el consumo sea en mayor medida de aquello que el país produce y que demanda la mayoría –y no sólo la minoría rica– de la población y que la exportación absorba una proporción cada vez más alta de insumos nacionales y no genere importaciones superiores a lo que se vende a otros países.

Política comercial interna e internacional

Un elemento importante de una política de desarrollo es la política comercial tanto interna como internacional. El comercio, como se sabe, es el mecanismo

o el puente que pone en contacto a productores y consumidores.

Durante mucho tiempo se dijo que en México el mejor negocio era revender, o sea no producir sino comprar y vender lo que otros producían. En años pasados el crecimiento espectacular de la ciudad de México y en menor medida, de otros centros urbanos, permitió ganar dinero fácilmente y aun hacer fortunas en el mercado de bienes raíces y en el comercio al por mayor de múltiples mercancías. Más recientemente, la bolsa de valores, el mercado de cambios, las sociedades de inversión, la banca y otros negocios de intermediación financiera han sido fuentes de enormes ganancias.

El desarrollo del comercio, como el de otras actividades, es muy desigual. Algunas líneas y en general el pequeño comercio no han registrado grandes cambios y siguen siendo a menudo mecanismos de intermediación rudimentarios, inadecuados y onerosos. Otras, en cambio se han modernizado y son hoy muy diferentes de lo que eran hace treinta o cuarenta años. Este es por ejemplo el caso de las tiendas de autoservicio, las nuevas cadenas y los grandes centros comerciales, que en lo fundamental se concentran en los más poderosos grupos empresariales.

En cuanto a la política de comercio exterior, el cambio más profundo en la última década consistió en la apertura, en la adhesión al GATT, en la creciente proyección hacia el mercado exterior tanto por lo que hace a exportaciones como a importaciones, turismo y otros servicios y, como expresión y resultado de todo ello, en la firma del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá (TLC).

Toda esa nueva política comercial, que se acompaña de crecientes facilidades al capital extranjero, sin

duda ha contribuido a internacionalizar a la economía mexicana, la que hoy exporta fundamentalmente manufacturas y sobre todo importa más bienes y servicios, recibe y a la vez reenvía más capital, de y hacia otros países, y depende en mayor medida de esos movimientos comerciales y financieros. El TLC, como algunos sostienen, puede en efecto contribuir a que ciertos productores y empresarios mexicanos exporten más y, acaso sobre todo –comc ya ha ocurrido– a que empresas trasnacionales de diverso origen se instalen en nuestro país atraídas por las ventajosas condiciones que México les ofrece para operar y vender, en especial a Estados Unidos y Canadá. En qué medida puede ese Tratado impulsar a la industria propiamente mexicana es más difícil saberlo, porque someterá a ésta a una competencia cada vez más severa, que la mayoría de las empresas no están en condiciones de afrontar.

La situación es difícil incluso para no pocas grandes empresas, de aquellas que consideran tener una buena posición competitiva. Por eso es necesario que México siga de cerca el funcionamiento del Tratado y que no sólo cuide aspectos en los que ese instrumento fue siempre inadecuado e incompleto, como el de la preservación del ambiente y las condiciones laborales, sino que repare en la medida en que dada la debilidad de nuestra economía frente a la de sus nuevos socios comerciales, el TLC puede causar serios daños en el ámbito propiamente comercial e incluso en otros aspectos más difíciles de medir y a la vez más importantes. Entre los principales de este tipo estarían: que el TLC represente una traba y un elemento de rigidez que, ante condiciones cambiantes y aun desfavorables limite nuestra movilidad: que la

política comercial se divorcie de la de desarrollo y deje de ser un medio que realmente sirva para impulsarlo; que las importaciones indiscriminadas –incluyendo múltiples mercancías que México puede producir–, entrañen una competencia no sólo severa sino en verdad ruinosa, que las facilidades para importar contribuyan a que se postergue y aun abandone la producción interna, sobre todo de ciertos bienes intermedios y de capital que pueden producirse en condiciones razonables y en los que se arrastra un déficit enorme que incide desfavorablemente en la balanza de pagos, y en fin, que el TLC auspicie un tipo de comercio que, lejos de contribuir a impulsar el desarrollo se convierta en un obstáculo más a superar, y que incluso no sólo la política comercial sino la política económica en su conjunto sea cada vez más dependiente y exprese los intereses del capital trasnacional más que los de México.[4]

La política comercial, en resumen, es fundamental no sólo para impulsar sino para reorientar el desarrollo y lograr un mejor reparto de la riqueza y el ingreso.

[4] Tienen razón los diputados federales del PRD, cuando señalan que: "Ante una apertura como la que se ha hecho en el último decenio –unilateral no negociada o negociada a posteriori, abrupta y generalizada– nosotros proponemos un proceso de liberalización comercial negociado, gradual y selectivo. La apertura comercial se debe racionalizar en función de preservar y desarrollar nuestra propia estructura productiva. La negociación con los países desarrollados debe partir del pleno reconocimiento del principio de asimetría; el trato igual entre países desiguales sólo lleva a incrementar la desigualdad ...El proceso de apertura debe ir acorde con el incremento de la productividad nacional, base de nuestra competitividad..." *Crítica al Plan Nacional de Desarrollo...* pp. 161-62.

Tanto en tratándose de la política interna como internacional, la articulación de lo propiamente comercial con lo productivo y el que el comercio sirva para lograr una mejor integración, es esencial. En uno y otro caso, al menos las empresas pequeñas y medianas que pueden satisfacer ciertas condiciones y operar con eficiencia, debieran incorporarse a las redes de abastecimiento y distribución, del mismo modo que las mexicanas vincularse a las extranjeras.

Bajo las difíciles condiciones que han acompañado a la presente y larga crisis, un comercio interno fluido y eficiente que facilite el intercambio de bienes y servicios, ayude a reducir el costo de distribución, no implique innecesarias duplicaciones y no imponga cargas injustificadas a productores y consumidores, es, aun en mayor medida que antes, necesario para el desarrollo. Y lo mismo podría decirse de un comercio exterior diversificado que, sin caer en una política mercantilista permita aumentar especialmente la exportación de manufacturas y ayude a adquirir en el exterior, sobre todo los bienes intermedios y de capital que por ahora no podemos producir, sin que, como ocurrió en los últimos años, se generen posiciones deficitarias excesivas que rebasen la capacidad de pago y sean fuentes de una inestabilidad incontrolable; que el comercio se realice a partir de una relación de intercambio equitativa, que esté menos sujeto a restricciones innecesarias para su desarrollo; que no sea –como ya está ocurriendo– discriminatorio ni desleal, y en el que los tratados de libre comercio sean nuevos y más anchos cauces que faciliten e impulsen el intercambio entre los países que los

suscriban, sin que ello afecte o restrinja sus relaciones comerciales con la comunidad internacional en su conjunto.

Colocarse ante el TLC en la actitud convencional de que todo en él es negativo o todo positivo es, en mi opinión inaconsejable y erróneo. Así como puede legítimamente aprovecharse lo que sea benéfico, con el mismo derecho –desde luego si hay decisión– puede objetarse y tratar de modificar lo que sea desigual, inequitativo e inaceptable. Lo que procede es mantener una actitud abierta, objetiva y dispuesta a negociar con responsabilidad e inteligencia.

Un tratado internacional es sólo un marco jurídico siempre susceptible de modificarse, no una exigencia o una servidumbre que implique renunciar a nuestra soberanía.

Financiamiento del Desarrollo

Un problema de siempre en los países subdesarollados consiste en que, por un lado es preciso acelerar el crecimiento económico y en un sentido más amplio el desarrollo, y por el otro faltan recursos, en particular financieros, para lograr tal cosa. Al respecto se repite a menudo que la escasez de tales recursos obedece a que tanto al ahorro interno como los fondos que se obtienen en el exterior son insuficientes.

En una economía de bajo nivel de ingresos el ahorro, en efecto, tiende a ser muy limitado. En cuanto a los recursos que vienen del extranjero también es cierto que, salvo excepciones, su aporte es restringido y aun no pocas veces negativo, en virtud de que a menudo hace salir más dinero del que entra. E igualmente cierto es, sin embargo, que una parte

considerable de los recursos financieros disponibles se desaprovechan y aun dilapidan, lo que sin duda agrava el problema. Un siguiente hecho que hoy vuelve más difíciles las cosas consiste en que, dada la gran movilidad, o como suele decirse "volatilidad" de los mercados financieros, aun aquellos países a los que fluyen cuantiosos recursos del exterior, en verdad no es mucho lo que pueden hacer para retenerlos e invertirlos adecuadamente.

No repetiré lo dicho ya en otros apartados de esta misma sección. Pero lo que conviene tener claro es que para financiar el desarrollo económico se requiere tener capacidad para captar, del ingreso disponible, el máximo de recursos procedentes de empresas e individuos, lo que a su vez supone contar con un buen sistema fiscal y bancario y con mercados financieros en los que se utilicen flexiblemente los más variados instrumentos. En cuanto a los recursos procedentes del exterior, sus principales fuentes son las exportaciones de bienes y servicios, la afluencia vía inversión directa o de cartera, los préstamos y la posibilidad de recuperar fondos de nacionales, que se mantienen en otros países.

El ahorro interno supone un excedente que representa la diferencia entre el ingreso y lo que de él se gasta en consumo. Un bajo ingreso y un alto nivel de consumo contribuyen a que esa diferencia sea menor; y en un país capitalista subdesarrollado ambos factores limitantes ejercen gran influencia, pues si bien hay una enorme desigualdad, salvo en una minoría privilegiada el ingreso no es alto y no son muchos los incentivos para ahorrar mientras, en cambio, hay toda clase de presiones y tentacio-

nes para gastar lo poco que se gana, incluso en lo que es innecesario.

El ahorro voluntario, en particular, se mueve en gran parte en respuesta a los estímulos que se le ofrecen principalmente por los intermediarios financieros, que como antes se dijo, en general son pocos, sobre todo para los pequeños ahorradores, por lo que muchos prefieren gastar que ahorrar. Los empresarios –que son los más importantes– ahorran e invierten si hay oportunidades de inversión y la rentabilidad es atractiva –que por cierto es lo que no está hoy presente en muchos casos–, y si su inversión es productiva contribuye a incrementar el ahorro disponible. En cuanto a los grandes inversionistas, entre quienes hoy abundan los que más que interesarse en ahorrar y hacer inversiones productivas prefieren especular, lo que les atrae es la posibilidad, desde luego no exenta de riesgos, de obtener muy altos rendimientos en la compra-venta, a plazos cortos, de valores y otros instrumentos en los mercados financieros.

El Estado, en particular, sustrae una parte considerable del ahorro a través de diversos mecanismos: el sistema tributario, la deuda pública y las utilidades de empresas paraestatales –a las que subyace la inversión–, pues en caso de generar pérdidas lo que originan es una disminución del ahorro.

En cuanto a los fondos procedentes del exterior, en el periodo de los ochenta en que México fue exportador neto de capitales, a costa de su desarrollo destinó gran parte de sus recursos a pagar una onerosa deuda externa –que sin embargo siguió creciendo. En años recientes, en cambio, como ya vimos, la afluencia de fondos del exterior superó todas las marcas previas, aunque, a la vez, en momentos difíci-

les como 1994-95, la salida de capitales rebasó con mucho a las nuevas inversiones.

Y ¿cómo explicar que aun en los periodos de mayor afluencia de fondos la inversión haya sido insuficiente –en general no superior al 18%-19% del PIB– y que el ingreso haya crecido muy lenta y desigualmente?

En mi opinión son varias las razones: 1), una alta proporción de esa inversión fue improductiva y se canalizó principalmente hacia los mercados financieros, incluso con fines especulativos; 2), el bajo ingreso, el lento crecimiento del mercado interno y la severa competencia extranjera angostaron las posibilidades de aplicación productiva y suficientemente rentable; 3), incluso la acción del Estado sustrajo recursos –como ocurre por ejemplo con los altos impuestos que gravan a la industra petrolera nacionalizada– que pudieron haberse empleado productivamente y se convirtieron en gasto corriente del gobierno que no aumenta la inversión pública ni privada, y 4), no sólo la recesión sino la ortodoxa política en vigor contribuyeron a un fuerte descenso de la demanda y de las ventas.

En 1994 y 1995 fue también muy importante –e incluso decisivo– que la deuda externa volvió a aumentar con rapidez, la fuga de capitales se intensificó y, dada la profunda dependencia de la economía mexicana del exterior, incluso una proporción considerable de la deuda interna y el 27% del valor de capitalización de los títulos inscritos en la Bolsa de Valores estaban en poder de inversionistas extranjeros que, bajo un régimen de libertad cambiaria irrestricta, ante los primeros nubarrones –como ocurrió con los tesobonos– reclamaron su dinero en divisas,

lo que no sólo desató fuertes presiones sobre el peso sino una devaluación más de éste y el encarecimiento de los recursos financieros disponibles.

Lo que parecería comprobar que un mejor financiamiento del desarrollo, sin duda esencial para el desenvolvimiento de la economía mexicana, lejos de que como algunos creen dependa de la estabilidad macroeconómica y de ciertas medidas monetarias y fiscales de corto alcance, reclama reformas y cambios profundos en diversos campos.

Entre otros podrían señalarse los que siguen:

–En primer lugar es necesario superar la crisis y abrir posibilidades de inversión productiva a largo plazo suficientemente rentable;

–Lograr cierta estabilidad monetaria y cambiaria;

–Estimular el ahorro interno, fundamentalmente a través de una política que permita aumentar el excedente tanto potencial como real, el ingreso y el ahorro, y que ofrezca al ahorrador múltiples y atractivas opciones y tasas de interés positivas que, sin embargo no estrañen presiones inflacionarias ni costos financieros excesivos para el productor;

–Hacer más eficientes los medios de captación financiera y fiscal; no gravar en exceso a empresas productivas dispuestas a elevar la inversión y en cambio aumentar los impuestos a las ganancias propiamente financieras;

–Modificar el régimen de inversión de la banca y otros intermediarios financieros, a fin de que los recursos que manejan se destinen en la mayor medida posible y sin que ello entrañe riesgos excesivos, a financiar actividades de las que en gran parte depende el desarrollo económico;

–Desplazar recursos con mayor flexibilidad y rapidez, de donde menos se necesiten –sea el sector público o privado–, a donde más se requieran y puedan utilizarse productivamente;

–Elevar la inversión pública, para atender sectores importantes que o bien corresponden al Estado o no son de interés para la empresa privada;

–Reestructurar las carteras vencidas de la banca y dar facilidades a quienes, operando con cierta eficiencia, de manera honesta y con una buena trayectoria, dejaron de cumplir sus obligaciones por el crecimiento súbito y desmedido de las tasas de interés y por el fuerte impacto negativo de la recesión sobre sus ventas, ingresos, resultados y capacidad de pago.

–Desalentar, por todos los medios posibles la inversión meramente especulativa, y tratar de reducir y contrarrestar la extrema movilidad de recursos financieros –sobre todo internacionales– a corto plazo, que acentúan la inestabilidad;

–Replantear a los acreedores, con la participación de otros países subdesarrollados fuertemente endeudados –de preferencia latinoamericanos–, la necesidad de renegociar la deuda externa, a fin de ampliar plazos de amortización, reducir tasas de interés y hacer menos oneroso el servicio de la misma, pues de no ser así, a la postre no habrá desarrollo ni capacidad de pago de esa deuda.

–Considerar la posibilidad y conveniencia de reducir también el costo del servicio de la deuda pública interna, y

–En general disminuir todos aquellos gastos, públicos y privados –por ejemplo las importaciones excesivas y a menudo, innecesarias–, y desde luego combatir eficazmente la corrupción, pues al margen

del enorme daño que ésta causa en todos sentidos, es obvio que sustrae cuantiosos recursos que debieran utilizarse en bien de la sociedad.

Un menos inequitativo reparto de la riqueza y el ingreso

Así como una estrategia y una política de desarrollo deben definir claramente lo que intenten hacer en cuanto al crecimiento económico, o sea al incremento del ingreso global y por habitante, también deben precisar lo que se proponen en cuanto al reparto de ese ingreso y aun de la riqueza acumulada. Y si el establecer un objetivo de crecimiento y lograrlo es todo menos fácil, conseguir que la riqueza y el ingreso se redistribvuyan en beneficio de los que menos tienen es más difícil.

Acaso el primer obtáculo que es preciso vencer es ideológico. Debido a la influencia de viejas y conservadoras ideas cargadas de prejuicios, se dice a menudo que si bien un mejor reparto de la riqueza puede ser social y moralmente aconsejable, desde un punto de vista económico no lo es porque se traduce en aumentos del consumo que reducen el ahorro, la inversión y el dinamismo de la economía. Esta opinión que a primera vista podría parecer razonable, no es comprobada por los hechos. Antes al contrario abundan hoy las pruebas no sólo en países subdesarrollados sino también en naciones industriales, que confirman que una muy desigual distribución de la riqueza y el ingreso no sólo no alienta el desarrollo sino que lo estorba y desvía. El caso de México es sin duda revelador. En los últimos tres lustros, concretamente, la desigualdad económica y social se ha acentuado hasta niveles realmente dramáticos; y lejos de

que ello haya impulsado el desarrollo, el ahorro, la inversión y el ingreso han crecido mucho menos que antes e incluso oficialmente se señala que la caída del ahorro es sin duda uno de los más serios problemas; la riqueza y la pobreza son, además, mayores que nunca y la concentración del ingreso en una minoría privilegiada se ha traducido en dilapidación de recursos, múltiples especulaciones, crecientes importaciones de artículos innecesarios y en general en gastos que deforman la demanda y la propia estructura productiva.

Otra opinión que es también un escollo es la de que en el proceso de desarrollo primero hay que crear la riqueza y después repartirla, porque de no ser así sólo se distribuye pobreza. Desde luego esto no es cierto porque cuando se redistribuye no se está en el vacío ni se parte de cero, sino de una situación en la que hay una masa de riqueza acumulada. Como los hechos comprueban es falso, además, que la concentración del ingreso signifique mayor desarrollo, y es incorrecto romper con la dinámica real del proceso y no entender que el desarrollo resulta, no de cómo se mueve linealmente una variable o indicador aislado sino de interrelaciones y contradicciones complejas, en las que crecimiento y distribución –como crecimiento y estabilidad– se interinfluyen.

No recordaré aquí las múltiples formas en que en México se expresa la desigualdad social. Baste decir que cualquiera que sea el método de análisis que se emplee, la conclusión a que se llega es básicamente la misma: pese a los cambios habidos en los últimos decenios la mayoría de los mexicanos son pobres –incluso más que antes– y buena parte de ellos, quizás más del 20% , extremadamente pobres. Los salarios

reales de los últimos años cayeron más de 70%, y tan sólo en el último trienio el desempleo ha aumentado en forma alarmante, todo lo cual explica que millones de personas sufran desnutrición, que enfermedades que se creían erradicadas hayan reaparecido, que el déficit de vivienda sea enorme, que numerosos niños y adolescentes no puedan ir a la escuela porque tienen que trabajar, que muchos mexicanos tengan que dejar su país y en las condiciones más precarias, busquen ocupación en Estados Unidos, y que haya hambre en las zonas rurales más atrasadas y en los barrios más pobres de múltiples ciudades. Y lo que vuelve más dramática esa penosa situación es que, en el otro extremo de la escala social, unos cuantos millones de personas –quizá no más de ocho a diez– que desde luego son una minoría, disponen de todo y aun en medio de una crisis tan grave como la actual pueden gastar sin medida, y una pequeña parte de ellos vivir de manera ostentosa y extravagante.

La desigualdad social es uno de los más graves problemas de México; un problema social, económico, político y moral, que afecta a la sociedad en su conjunto. La urgencia de atacarlo deriva no sólo de consideraciones éticas o de justicia, también del hecho de que redistribuir esa riqueza es condición para impulsar, reorientar y fortalecer el desarrollo.

Algunos piensan que un mejor reparto reclama especialmente medidas fiscales y sobre todo aumentar la carga tributaria que sigue siendo muy baja frente a la de otros países, reducir la evasión fiscal y elevar la progresividad impositiva, a fin de que los ricos paguen más y los pobres menos. Otros consideran que la clave para reducir la pobreza es una política antiinflacionaria que permita restablecer cierta esta-

bilidad. Esas y otras medidas pueden ser importantes; mas para modificar el patrón conforme al cual se reparten el ingreso y la riqueza se requiere de una nueva estrategia que ataque los problemas estructurales, o sea las verdaderas causas de la desigualdad.

La acentuación de la pobreza y la concentración de la riqueza y del ingreso no son dos cuestiones aisladas sino expresiones de un mismo problema, a las que hay que enfrentarse simultáneamente. La pobreza no puede combatirse con programas sociales de corto plazo, de alcance muy limitado y que sólo tiendan a mitigarla. En cuanto a la estabilidad, si bien es necesario lograrla; en cambio no lo es pensar que bajar la tasa de aumento de los precios debe preceder a la redistribución. La estabilidad, por sí sola no lleva a un mejor reparto del ingreso y la riqueza, como no conduce tampoco al crecimiento económico. La experiencia reciente de múltiples países muestra que el estancamiento e incluso la recesión pueden darse con inflación y también con relativa estabilidad, y que ésta no se consigue, a medio y largo plazo, con sólo una política monetaria.

En condiciones tan desfavorables para los trabajadores como las actuales, la primera condición de cualquier mejoría es superar la crisis y lograr que la economía crezca a un ritmo satisfactorio, así como reorientar el desarrollo a partir de actividades que eleven los niveles de empleo y de vida de la mayoría de la población. Hablar a estas horas de "pleno empleo" se antoja punto menos que utópico. Aspirar a elevar el nivel de ocupación, en cambio, es no sólo deseable sino factible. El empleo puede aumentar a partir de medidas que lo promuevan en forma directa e indirecta, como expresión de una política económi-

ca, de un mayor y mejor distribuido gasto público y de una política social que contribuya a corregir al menos las mayores desigualdades.

Aquí afloran varias cuestiones importantes. Si el aumento de los precios se reduce, pero los salarios e ingresos de la mayoría siguen muy a la zaga, las condiciones de la gente continúan deteriorándose, y algo similar ocurrirá si no hay una significativa elevación del empleo. Lo que quiere decir que aun en el marco de una política antiinflacionaria el aumento de la inversión productiva pública y privada y del gasto social en servicios básicos, es necesario, desde luego siempre y cuando se financie a partir del ahorro disponible y de prioridades que permitan gastar más en lo que es más conveniente y menos y aun nada en lo que no se necesita. O sea que la redistribución del ingreso supone la del gasto público y, desde luego, del gasto privado. Y si la propiedad misma –como acontece en México– está muy concentrada, también es preciso tratar de repartirla mejor, pues de no ser así persistirá una profunda desigualdad y será muy difícil modificar el patrón conforme al cual se distribuye el ingreso. En una sociedad medianamente democrática la propiedad debe tener una función e incluso una responsabilidad social.

En respuesta y a la vez como expresión de una prolongada crisis, el capital y la producción se han reestructurado en el marco de una creciente internacionalización y de una nueva división del trabajo, y tal hecho, como ya vimos, desborda las fronteras y los mecanismos de acción y regulación nacionales. Esa reestructuración, sin duda muy importante en los países industriales, también tiene significación en países subdesarrollados como México, aunque las

formas que adopta no responden a menudo a las necesidades ni a las aspiraciones de la mayoría de los mexicanos, porque no es fruto de una política propia, o sea de decisiones nuestras, sino de la acción del mercado –lo que equivale a decir de las fuerzas principalmente económicas que en él ejercen mayor influencia– y, sobre todo de una imposición desde fuera, como ocurre con los programas estructurales de ajuste que los organismos financieros internacionales y los grandes imperios han impuesto como condición para prestar dinero.

La fuerza de los trabajadores es minada por el persistente desempleo, por la reducción del nivel de ocupación de quienes están organizados sindicalmente, por la subcontratación y la tendencia a obtener fuera lo que antes se producía internamente, por el incremento de trabajos eventuales y a tiempo parcial y el empeño con que los empresarios buscan lo más barato, empezando con la mano de obra, en una carrera hacia abajo[5] que no sólo perjudica a los trabajadores sino que ahonda la inestabilidad y la crisis.

La reestructuración del capital y de la producción son necesarios para impulsar el desarrollo y para lograr un mejor reparto de la riqueza y el ingreso, pero lo son, en tanto respondan a los intereses de la mayoría y se expresen en aumentos de productividad y de empleo y en nuevas y más eficientes formas de organización. Lo que en México ha ocurrido casi sólo y aun así, parcialmente, entre las más grandes empresas.[6]

[5] Jeremy Brecher y Tim Costello. *Ob. Cit.* p. 153.

[6] "En nuestro país –se dice en un estudio sobre el movimiento obrero de México– esta flexibilización del trabajo se ha reducido al ámbito de las relaciones y de su regulación..., pero deja intacta en su mayor parte las viejas estructuras y vicios administrativos

Para que esa reestructuración y esa reorganización sean más amplias y profundas debiera repararse en particular en el mercado de trabajo, pues es ahí donde deben registrarse cambios que mejoren la relación capital-trabajo. Para producir a partir de las nuevas tecnologías se requieren trabajadores bien adiestrados y capaces, con mayor escolaridad, más productivos y que, a la vez dispongan de salarios reales remuneradores que les permitan consumir lo que producen. Y una fuerza de trabajo responsable y cada vez más calificada sólo es posible desde una política que realmente eleve la calidad de los recursos humanos, que permita repartir mejor el ingreso, aumentar el empleo, incrementar los salarios, modificar la composición y el origen social de la demanda y fortalecer la estructura productiva.[7]

Tal política es muy diferente y aun opuesta a la actual, y reclama la acción de todos, y en particular de los hombres y mujeres que con su esfuerzo crean la riqueza, y como dijimos ya en páginas previas; requiere de la democratización del Estado, de los organismos internacionales, de la información y de la sociedad en su conjunto, de una mayor y mejor organización, de la reconstrucción del sector público,

de las empresas... En el sector privado, las empresas están acostumbradas a la ganancia fácil a base del uso intensivo de mano de obra, del subsidio estatal y de la especulación financiera, antes de arriesgar en nuevos procesos productivos y en la innovación tecnológica como vía para lograr una mayor eficiencia y productividad. PRD. *Reestructuración y crisis del movimiento obrero.* Cuadernos Casa del Sol. México, 1991. p. 8.

[7] Véase, de José Marcio Camargo, el ensayo "Distribuir para Crecer", en *Idéias para uma Alternativa de esquerda a crise brasileira.* Relume Dumará. Río de Janeiro, 1994. pp. 103 a 121.

el uso racional de los recursos de que disponemos y que podamos crear, la aceptación de un mínimo de derechos que todos respetemos y la decisión de preservar y enriquecer la naturaleza y el ambiente y de asegurar condiciones de vida dignas para todos. Y que, como lo hacen las más poderosas corporaciones empresariales, cuando sea preciso dado el carácter y alcance de los problemas, la acción se realice en los más diversos niveles y no se limite al territorio de un país sino que se proyecte y despliegue a escala internacional.

Todo eso contribuirá grandemente a mejorar el reparto de la riqueza y el ingreso. Pero lograrlo supone vencer la tenaz resistencia al cambio de quienes se benefician del estado de cosas existente.

La primera tarea es organizarse, pues la mayoría de la gente está aislada y dispersa. Las formas de organización deben ser nuevas y no las tradicionales. Como lo hacen los empresarios, los trabajadores tienen que crear nuevas estructuras. La mera oposición a la reestructuración organizativa y tecnológica del capital no resuelve el problema y menos si lo que se defienden son viejos métodos ya invigentes e inaceptables. El movimiento obrero en su conjunto debe renovarse y convertirse en un movimiento social amplio, que se ocupe de todos los problemas que hoy afectan a los trabajadores.

Las formas de globalización y competencia que sólo desvalorizan y aun degradan el trabajo humano deben ser rechazadas, apoyándose en, y uniendo a, todos los que son afectados por ellas. La carrera hacia abajo es antihumana, irracional e inaceptable. La solución a los actuales problemas no puede consistir en que todo sea peor, sino mejor. Esta es hora de

dialogar, de cooperar –interna e internacionalmente– y de avanzar en la forja de una alternativa que asegure a todos una vida digna.[8]

Necesidad de una política industrial

Desde que volvió a ponerse de moda la vieja idea según la cual el mercado libre asigna los recursos como más conviene, y de que los acuerdos internacionales complementan ese mecanismo, se sostiene a menudo que no es ya necesario formular una política industrial, que incluso puede resultar un elemento distorsionador que entorpezca el desarrollo. Con frecuencia, a la vez, sobre todo en los países subdesarrollados se señala que tal política sigue siendo necesaria, pues sin ella no podrán superarse graves rezagos. Y lo cierto es que, pese a la alharaca sobre el "mercado libre", en los propios países más industrializados se recurre a múltiples formas de apoyo a la industria, que revelan que no se renuncia a esa política.

En México, salvo personas del todo sometidas a las consignas extranjeras de moda, se piensa que una política industrial es un componente fundamental e imprescindible en una estrategia de desarrollo. Según Carlos Gutiérrez Ruiz, vicepresidente de la Cámara Nacional de la Industria de Transformación,"... éste es el momento de establecer una verdadera política de fomento industrial clara y con alcances precisos..."

[8] Véase: *Propuestas del Partido de la Revolución Democrática para hacer cambiar el rumbo de la economía nacional y hacer frente a la crisis económica que actualmente vive el país.* México, mayo de 1995.

Jeremy Brecher y Tim Costello. *Ob. Cit.* pp. 169 a 184 y Dave Broad. "Globalization versus Labor". *Monthly Review.* Vol. 47 No. 7. Diciembre de 1995, p. 20-31.

Lo más importante hoy es quizás: "...integrar y fortalecer a la planta industrial como eje básico de un proyecto de país, en 'el que podamos sentirnos partícipes'."[9] En el mismo sentido, el presidente de la CNIT, V.M. Terrones López, comenta que la industria sufre un problema estructural resultante de "...la ausencia de promoción de política de desarrollo industrial y del sector productivo en los últimos años."[10]

En un reciente estudio el economista Guillermo Becker, coincidiendo con muchas otras personas expresa que "en México "...es indispensable una política industrial... (que promueva) este sector en su transformación urgente hacia una modernización..."[11] Y a la pregunta de si ¿Es necesaria en México una política industrial más creativa para los años 1990?, los investigadores Fernando Clavijo y José I. Casar, contestan: "La respuesta a esta interrogante es claramente positiva" y en seguida precisan las razones por las que piensan así.[12]

¿En qué puede consistir esa política industrial?

Guillermo Becker, en el estudio antes citado recoge, y hace, entre otras, éstas recomendaciones.

[9] *El Financiero.* México, 2 de enero de 1996, p. 19.

[10] *El Financiero.* México, 1 de enero de 1996, p. 16.

[11] Guillermo Becker. *Retos para la Modernización Industrial de México.* Nacional Financiera-Fondo de Cultura Económica. México, 1995. p. 14.

[12] Fernando Clavijo y José I. Casar. "Necesidad de una política de fomento a la competitividad", en *La Industria Mexicana en el Mercado Mundial.* Elementos para una política industrial. El Trimestre Económico. FCE. México, 1994. Segundo tomo, pp. 462 a 465.

–Facilitar la producción y, en su caso, la importación de materias primas, con calidad y precios internacionales;

–Fortalecer la educación y preparación en todos los niveles;

–Capacitar y adiestrar a los trabajadores, tanto para manejar la nueva tecnología como para preparse para los nuevos empleos;

–Ampliar y actualizar los programas de trabajo de investigación y desarrollo en la industria manufacturera; estrechar las relaciones entre la gran industria y los centros de enseñanza superior; otorgar mayor apoyo financiero y fiscal a programas de largo plazo; facilitar, en particular, la adquisición y transferencia de tecnología de punta; enriquecer el programa de becas para investigación; interesar a los empresarios en la innovación, la investigación y el empleo de tecnologías avanzadas y aumentar –al menos duplicar– la inversión en investigación y desarrollo;

--Establecer un "programa nacional de calidad total... sobre todo en los productos manufacturados de exportación..." "Fortalecer y difundir la metrología nacional; actualizar e intensificar el esfuerzo de normalización para productos y procesos..."; confrontar nuestras especificaciones con las de los países avanzados con los cuales comerciamos y apoyar la creación de un instituto nacional de calidad;

–Aumentar la productividad, del 5.14% anual en el último quinquenio, a 6-8%;

--Apoyar a las grandes empresas, no con estímulos por rama que en general ya no requieren, sino con infraestructura, desregulación, condiciones laborales, crédito, mercado de capitales, educación y capa-

citación, que las coloque en niveles semejantes a los de sus competidores extranjeros;

–Estimular no sólo la competencia internacional sino también la competencia interna, para evitar monopolios y oligopolios;

–Establecer un programa permanente para promover la integración de cadenas productivas de las que se obtengan mayores ventajas competitivas; teniendo presente que la industria auxiliar y el "flujo y reflujo de información" juegan un papel muy importante en ese proceso;

–Elevar el nivel de exigencia de los consumidores internos, porque ello contribuirá a mejorar la calidad y la posición competitiva;

–Fortalecer y modernizar la infraestructura, sobre todo en los campos en que sigue siendo atrasada y deficiente;

–Aumentar la exportación de manufacturas, para lo cual pueden dictarse medidas en diferentes planos;

–Evitar y, en su caso, responder con decisión a formas de competencia desleales que se empleen desde otros países;

–Sin perjuicio del TLC, promover acuerdos comerciales sobre todo con países latinoamericanos, prestar atención al comercio con China y redoblar esfuerzos para incrementar nuestras exportaciones a la Unión Europea y Japón, "pero sobre todo para atraer sus inversiones...";

–Que el Estado de a conocer con antelación el volumen, caracteres y especificaciones de sus compras, así como las facilidades que pueda ofrecer a sus proveedores;

–Apoyar financieramente a la industria;

–Aprovechar la cercanía al mercado de Estados Unidos, sobre todo mejorando la infraestructura y el servicio público y reduciendo y simplificando trámites;

–Estimular las inversiones en la industria, en particular aquellas que creen empleos y eleven la exportación de manufacturas.

En lo que hace a la micro y pequeña industria, se sugiere:

–Establecer mecanismos de transferencia y adquisición de tecnologías de punta en administración, procesos productivos y calidad;

–Crear centros o institutos que ayuden en el diseño, sobre todo donde éste es especialmente importante no sólo para responder a ciertos gustos y modas sino para resolver problemas de costo de materiales, de procesos, de proveduría y de comercialización;

–Considerar prioritario que el gobierno federal apoye y promueva un programa nacional en favor de la calidad industrial;

–Que el propio gobierno coordine y apoye un esfuerzo sistemático para mejorar la comercialización;

–Apoyar la creación y fortalecimiento de agrupaciones específicas en que los micro y pequeños industriales estén mejor representados y cuenten con asesoría y orientación en diversos campos;

–Fortalecer y ampliar los mecanismos de apoyo financiero tanto a través de crédito como de inversiones de capital;

–En fin, actualizar y poner en vigor un nuevo programa para la modernización de la micro y pequeñas empresas industriales.[13]

[13] Véase. Guillermo Becker. *Ob. Cit.* pp. 97 a 157.

La industria mexicana ha aumentado, en general, su competitividad en los últimos años, sobre todo si su posición se compara con la que privó en los años de alta protección arancelaria. El avance, sin embargo es desigual, en algunos casos insatisfactorio y en otros no ha habido ninguno sino más bien una pérdida de capacidad competitiva.[14]

Visto el problema de la capacidad competitiva de la industria en planos sectoriales, los investigadores Fernando Clavijo y José I. Casar consideran que las condiciones varían de un caso a otro.

Por ejemplo, en el sector agroindustrial, mientras en algunas actividades (azúcar, café, cacao, piña, etc.) se cuenta con materias primas, en otras el problema de abasto es serio. En tanto en industrias como la cervecera y de refrescos se dispone de personal suficientemente calificado, éste falta en otros campos. La infraestructura es inadecuada en transportes y alma-

[14] Considerando tanto el mercado interno como el externo "...se observa... un fuerte avance de competitividad en la industria automotriz, en la del vidrio y en el sector químico-petroquímico, así como en algunas ramas de la industria eléctrica-electrónica aparatos electrodomésticos y computadoras, y en la siderurgía, tanto de metales no ferrosos como de hierro y acero, en donde además ha habido sustitución de importaciones; en cambio, en las industrias textil, de equipo de radio, televisión y telecomunicaciones y de productos de plástico y de refinación de petróleo, la pérdida de mercado interno más que contrarresta las ganancias de mercado en el exterior..." En varias industrias de alimentos y en las prendas de vestir, hay pérdidas tanto en el mercado interno como en el exterior. Y en cuanto a bienes de capital, la baja producción interna entre 1980 y 1990 se suma a la pérdida de competitividad externa.

"En conjunto, y en la mayoría de los rubros en que se concentran sus exportaciones (la industria) es más competitiva que en el pasado..." Fernando Clavijo y José I. Casar. *Ob. Cit.* p. 438.

cenamiento. En resumen, "...el reto de la agroindustria (es)... elevar la producción y la productividad..., y aprovechar mejor "las ventajas comparativas naturales y las oportunidades que ofrece el TLC... lo que exige un gran esfuerzo de modernización empresarial... fundamentalmente... en cuanto al control de calidad y empaque, a... tecnología de procesos y... redes de comercialización..."[15]

En el sector textil la situación es difícil; salvo en fibras artificiales. En la última década la industria aumentó sensiblemente sus exportaciones y sobre todo sus importaciones, lo que revela una pérdida creciente de mercado interno, el que crece muy lenta e inestablemente. El ramo de prendas de vestir es uno de los más competidos, y acaso el principal reto parece ser "...impedir que la totalidad de las empresas de hilados y tejidos se conviertan en maquiladoras."[16]

La química industrial ha crecido y se ha modernizado. "Entre 1981 y 1992 sus exportaciones se cuadruplicaron en dólares corrientes, mientras que las importaciones aumentaron sólo el 80%, no obstante lo cual persiste un déficit comercial. "De 23 grupos de productos sobre los que se dispone de información, la industria mexicana aumentó su participación en el mercado mundial en 19..." El aumento de competitividad se basó en mayores escalas de producción y avances tecnológicos. A partir del TLC, si bien ciertos productos mexicanos son muy competitivos, también se resentirá la mayor presencia de grandes empresas norteamericanas. Recientemente bajó la rentabilidad, pero las perspectivas son satisfactorias.

[15] *Ibid.* pp. 446 y 447.
[16] *Ibid.* pp. 448 y 449.

"Aun así, la suerte del sector parece atada a que se realicen las inversiones en refinación, gas (que parece tener un lugar privilegiado en las tecnologías de avanzada) y producción de básicos en escalas competitivas..."[17]

Aquí conviene abrir un breve paréntesis sobre la industria petrolera y petroquímica. La petroquímica básica, cabe recordar, fue desde 1958 reconocida legalmente como parte integrante de la industria petrolera nacionalizada: y en los años siguientes Pemex hizo cuantiosas inversiones para desarrollar tanto la producción de básicos como de algunos productos petroquímicos secundarios, lo que permitió la diversificación y el desarrollo de la industria petrolera mexicana.

Hoy, conforme a la política de privatización en boga y después de haberse "rebautizado" a los productos petroleros básicos con el nombre de "secundarios", el gobierno de Zedillo pone en venta al mayor postor nada menos que una porción de Pemex y de lo que siempre debió ser parte de la industria petrolera nacionalizada o de actividades necesarias para integrar ciertas cadenas productivas, lo que significa admitir incluso al capital trasnacional sin restricciones, y por tanto que éste controle una actividad realmente estratégica.

Según algunas personas tal política obedece a un acuerdo con el Fondo Monetario, por los créditos que éste otorgó al gobierno después de la devaluación del peso en diciembre de 1994. El investigador Sergio Suárez va más lejos y piensa que "vender la petroquímica forma parte de un proceso de desintegración de

[17] *Ibid.* pp. 452 y 453.

la industria petrolera en general...", y en opinión del exfuncionario de Pemex, José Luis Manzo, "Estados Unidos presiona financiera, diplomática y comercialmente para que México abra las actividades petroleras... porque para ellos asegurar el abasto de petróleo en cantidad suficiente y oportuna es cuestión de seguridad nacional..."[18]

Dadas sus dificultades financieras, al gobierno le atrae la posibilidad de obtener de 18 a 20 mil millones de dólares por la venta de los diez complejos petroquímicos propiedad de Pemex. Mas lo cierto es que no sólo están en juego asuntos de dinero, sino una débil, desnacionalizadora y entreguista posición política que coincide con la del capital trasnacional. En múltiples círculos a la vez, sin embargo, se objeta esa política y concretamente la venta de la petroquímica. Esta es la posición del Sindicato de Pemex, de no pocos miembros del PRI, de numerosos profesionistas y técnicos y de varias organizaciones empresariales. Algunas personas advierten que la privatización cortará cadenas productivas importantes, lo que reducirá la competitividad de Pemex y aun de los empresarios privados que operan en ese sector, y la Canacintra sostiene que "...son 62 las ramas industriales que tienen relación con la petroquímica...", y que entre ellas hay "incertidumbre", pues en realidad desconocen el curso que la industria seguirá en el futuro.[19]

Otras personas ligadas a la propia Canacintra –César Conde y Gilberto Ortiz, éste presidente de la sección petroquímica y miembros del Consejo– ex-

[18] *La Jornada*, noviembre 17 de 1995, p. 33.
[19] *El Financiero*, enero 8 de 1996, p. 13.

presan que con la venta de la petroquímica "se corre el riesgo de que esa industria quede en manos de monopolios internacionales", pues el precio a que se vende reclama una muy cuantiosa inversión. Incluso temen que "las grandes empresas que compren los complejos podrán no sólo comercializar la materia prima, sino también transformarla, y eso provocaría el cierre de muchas empresas."[20] Y aun no se descarta que al ser parte de poderosos consorcios trasnacionales, algunos decidan cerrar las plantas mexicanas, sin importarles las consecuencias.

Volviendo al resumen de los investigadores Clavijo y Casar, "la industria automotriz constituye, sin duda, el caso más exitoso de adquisición de ventajas competitivas durante el decenio de 1980." "La capacidad competitiva y la eficiencia de algunas de sus plantas terminales, así como de algunos proveedores de autopartes, son reconocidos internacionalmente..."

"El reto actual de la industria en México consiste en *situarse en la red internacional de producción automotriz de manera que asegure un fortalecimiento de la competitividad de la cadena de valor agregado en el país...*, lo que supone "garantizar el flujo de inversión y elevar la competitividad de la industria de autopartes. Esto último es especialmente importante para la industria mexicana, pues de no lograrse "se convertiría en una mera actividad de ensamble de productos importados..."[21]

Después de 1985 aumentó sensiblemente la producción y exportación electrónicas, sobre todo en el áreade cómputo, aunque el déficit creció aquí hasta

[20] *La Jornada*, diciembre 19 de 1995, p. 53.
[21] *Ibid.* pp. 454 a 456.

800 millones de dólares en 1992 y a 3 500 millones, para el conjunto de la industria, en 1993. "La apertura a la competencia externa arrasó con la electrónica de consumo..., pues ésta fabricaba modelos obsoletos y las empresas extranjeras prefirieron ofrecer los nuevos mediante importaciones," lo que trajo consigo un marcado debilitamiento del proceso de integración. En la industria electrónica contrastan las grandes empresas extranjeras, como IBM y Hewlett-Packard, con las pequeñas empresas mexicanas que operan casi exclusivamente y en condiciones desventajosas en el mercado interno.

A falta de una política mexicana en este sector, lo más probable es que se consoliden las grandes empresas extranjeras con mínima integración y, dado el rápido aumento de la demanda interna, se amplíe el déficit comercial. "Pero quizá lo más grave sea... que el país no participe activamente en el desarrollo de una industria que crece con enorme rapidez y acapara buena parte de las rentas tecnológicas..." y que la situación se vea afectada "por la imposibilidad de interactuar con su sector electrónico competitivo."[22]

Lo anterior demuestra que en México, como en otros países, se requiere de una política industrial, de "una política industrial 'moderna' que, además de medidas horizontales de aceptación generalizada (para) paliar las fallas de los mercados (debería incluir) medidas verticales o sectoriales" destinadas a: la promoción del desarrollo, el control de una competencia excesiva en precios, la planeación indicativa para ciertas industrias y el apoyo a algunas actividades, sobre todo en materia de información.

[22] *Ibid.* pp. 457 a 460.

Para que esa política sea eficaz, entre otras cosas "la administración pública debe modernizarse" "Una reforma sistémica que garantizara la legitimidad de la política industrial y la existencia de verdaderos mecanismos de control democrático sobre los órganos que se encargan de la misma, parecen condiciones necesarias para su éxito."[23]

En otros estudios encontramos opiniones análogas que dejan ver un amplio consenso. "Se requiere –se dice en uno de ellos– de una política integral de fomento industrial dentro de la cual se enmarque una política de desarrollo tecnológico para el sector". Como parte de esa estrategia industrial "se necesita diseñar una política gubernamental, sin la cual ciertas actividades de gran importancia no se desarrollarán en México. Esto es claro en materia de ciencia y tecnología..." "...Cuando nuestro principal socio comercial ha planteado el desarrollo de una supercarretera de la información (information superhighway) como base de una estrategia de largo plazo, México no puede... permanecer al margen. De no actuar corremos un gran riesgo. Los cambios internacionales que ya se vislumbran... a partir del salto cualitativo que dicha estrategia implica, pueden dejar a México (como) un país permanentemente dependiente y con un bajo nivel de productividad..."[24]

A menudo son, sobre todo los propios industriales quienes con mayor claridad subrayan la necesidad y la importancia de una política industrial. Y en ello coinciden numerosos profesores e investigadores, pe-

[23] *Ibid.* pp. 480 a 485.

[24] Autores varios. *Aspectos Tecnológicos de la Modernización Industrial de México. Ob. Cit.*, pp. 351, 354 y 355.

riodistas y comentaristas, organismos no gubernamentales diversos y dirigentes sindicales y políticos.

"El Estado –expresa por ejemplo Cuahtémoc Cárdenas– debe fortalecer la banca de desarrollo" para brindar apoyo financiero a actividades fundamentales. "El Estado tiene la obligación de conservar y expandir la infraestructura productiva y de servicios, de educación, capacitación, investigación científica y tecnológica, complementar la inversión privada brindándole apoyos y en su caso compartiendo riesgos y sustituirla donde ésta se encuentra ausente o rehuya participar..."[25]

Cuando se habla de una política industrial se alude a dos situaciones distintas pero complementarias: a la necesidad de fortalecer concretamente ciertas líneas de la industria manufacturera, y en un sentido más amplio, a la de impulsar el proceso de industrialización en su conjunto, que en rigor es lo que más se requiere en un país subdesarrollado, y que supone modernizar el campo, esto es las actividades agropecuarias y la vida rural toda, apoyar a la minería y a la industria eléctrica y petrolera –petroquímica sólida y genuinamente nacionalizadas–, desde luego a las manufacturas y tambien a la construcción y a múltiples servicios que hoy se relacionan estrechamente con la producción de bienes. Las manufacturas, y sobre todo algunas de ellas son y serán muy importantes. Pero, cuando la economía mundial se desplaza cada vez más hacia los servicios, una política de industrialización tiene que considerar los transportes

[25] Cuauhtémoc Cárdenas, en Alonso Aguilar M. "Hacia una propuesta democrática. *Estrategia*, No. 114. México, Noviembre-diciembre de 1993, p. 9 y 10.

y las comunicaciones y en particular las telecomunicaciones, los servicios bancarios y financieros e incluso servicios sociales básicos, el turismo y, desde luego las nuevas formas de organización y la tecnología de la información. Todo ello es necesario para responder a los desafíos que una cambiante realidad nos plantea.

Lo anterior confirma que, en los más diversos ámbitos hay numerosas personas y organizaciones convencidas de que el mercado libre no hace milagros y de que una política industrial es no sólo conveniente sino necesaria para lograr mayor competitividad. Entre los propios organismos internacionales no todos mantienen la misma posición ortodoxa y rígida propia de los programas estructurales de ajuste, y aunque en general parecen convenir en ciertas líneas hoy en boga, a la vez reconocen que una política adecuada es una de las condiciones del éxito. En su último Informe (1995), la ONUDI, por ejemplo, señala que la competitividad a partir de bajos salarios está desapareciendo a medida que la nueva tecnología, las nuevas formas de organización de la producción y el aumento de productividad reducen la importancia del componente salarial en los costos. "La competitividad industrial dependerá cada vez más de las capacidades tecnológicas y la innovación, así como de la capacidad para aplicar nuevas tecnologías en la producción, organización y comercialización, y para establecer vinculaciones adecuadas como empresas mundiales..."[26] Entre las más importantes nuevas tecnologías se mencionan el CAD-CAM, la aplicación de

[26] *Desarrollo Industrial. Informe Mundial 1995.* Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (ONUDI). Fondo de Cultura Económica. México, 1995, p. 27.

las tecnologías de la información y la comunicación a las finanzas, contabilidad, personal y la comercialización; las nuevas técnicas de gestión (operaciones 'justo a tiempo', producción flexible y calidad total); la biotecnología, que entre otras cosas permite ahorrar energía y materias primas, y el uso de nuevos materiales. "En resumen, la utilización de tecnología influye en la capacidad de las industrias para modernizarse y competir en los mercados mundiales."[27]

El avance tecnológico para los países subdesarrollados no es fácil. Para lograrlo se sugiere utilizar mejor las tecnologías con que ya cuentan, adaptar y mejorar algunas de ellas, mantenerse al día respecto a lo que se hace en otros países y capacitar al personal. La mera importación de tecnología extranjera no basta. A partir de ciertas condiciones, la I y D se vuelve necesaria para crear una capacidad tecnológica propia. "... La necesidad de formación profesional y enseñanza técnica avanzada aumenta con el nivel de complejidad técnica de la industria."[28] Y como los cambios en la tecnología suelen ser muy rápidos, de hecho el adiestramiento debe ser permanente.

"... la intervención del Estado –en opinión de la ONUDI– es crucial en esferas –como la infraestructura– en las que es posible que... el mercado no produzca los resultados deseados." La infraestructura debe ser física e institucional. La intervención estatal tiene un papel decisivo en ciertos campos, incluyendo "...medidas de política para restringir la IED cuando ésta inhibe la inversión nacional en tecnología, para

[27] *Ibid.* p. 28.
[28] *Ibid.* p. 29.

superar... una infrainversión en formación o desarrollo tecnológico, y para corregir otras ...fallas del mercado..." En muchos países –agrega la ONUDI– el ajuste estructural no ha llevado al crecimiento industrial. Si la orientación exportadora coincide con "una liberalización radical de importaciones, puede acabar con industrias que aun no han construido la capacidad necesaria para soportar la violenta embestida de la competencia, incluso en países razonablemente bien dotados de capital humano..."[29]

Ya se ha dicho que en años recientes aumenta, en prácticamente todas partes el número de pobres. En la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social celebrada en Copenhague, en marzo de 1995, se subrayó que "la solución fundamental de la pobreza tanto en los países en desarrollo como en los desarrollados pasa por la creación de empleo productivo..."[30] La ONUDI comparte esa opinión y considera que por ello son muy importantes la enseñanza y la formación profesional, de un lado, y del otro las políticas macroeconómicas y sectoriales que promuevan "el desarrollo industrial con gran densidad de mano de obra a fin de maximizar el empleo de los pobres..." Hasta ahora –añade– las políticas más utilizadas se orientan desde el punto de vista de la oferta, fracasando a menudo debido a limitaciones en la demanda "como la falta de mercado... para los bienes y servicios producidos por los pobres." En adelante debiera prestarse más atención a la demanda, ayudando a la pequeña empresa a mejorar la comercialización y la promoción de ventas, dando asistencia técnica para lograr mayor

[30] *Ibid.*, p. 33.
[29] *Ibid.* pp. 30 y 31.

calidad y utilizando la subcontratación y el abastecimiento de empresas grandes. La migración de la mano de obra puede también contribuir a aliviar la pobreza. Pero "... una solución viable exigirá una planificacióm amplia e integrada a nivel nacional para lograr un crecimiento regional equilibrado."[31]

[31] *Ibid.*, pp. 37 y 38.

Entre los numerosos estudios que desde la perspectiva de una diferente estrategia examinan algunos de los problemas de que este capítulo se ocupa y que fueron consultados por el autor, cabría mencionar: *Una Alternativa al Neoliberalismo* (Editorial Nuestro Tiempo, 1995), de Fernando Carmona; *La Reestructuración Mundial de América Latina*, tres tomos (UNAM, 1994), coordinado por el propio F. Carmona y en el que participan varios investigadores; *Soberanía Herida*, Tomos 1 y 2 (Editorial Nuestro Tiempo, 1994), de Luis González Souza; *Integración Financiera y TLC* (Siglo XXI-UNAM, 1995), del que son compiladores Alicia Girón, Edgar Ortiz y Eugenia Correa; *La Reestructuración Industrial en México* (UNAM-Editorial Nuestro Tiempo, 1992), compilado por Josefina Morales; *Cambio Tecnológico y Modernización Industrial en México* (Editorial Nuestro Tiempo, 1995); del que es compilador Enrique Olivares y *Manufacturing Miracles.* Paths of Industrialization in Latin America and East Asia (Princeton University Press, 1990), editado por Gary Gereffi y Donald L. Wyman.

El autor revisó, además, varios artículos y otros materiales suyos publicados principalmente en la revista *Estrategia*, entre 1991 y 1993.

10

FUERZAS Y DINÁMICA DEL CAMBIO

Llegamos al fin de nuestro recorrido y por ello cabe hacer una pausa y preguntar cómo hemos de lograr, concretamente en México, los cambios esbozados sobre todo en los dos capítulos precedentes.

La internacionalización –cabe repetir de entrada– es un hecho histórico al que no podemos escapar. Pero la "globalización" que pretende imponérsenos, sobre todo por el capital trasnacional y que nos asigna un papel menor, pasivo y subordinado a otros intereses y aun pretende que renunciemos a nuestra soberanía, es inaceptable y por fortuna no inevitable. La historia de la sociedad se rige por leyes de carácter tendencial –o sea no inmutables– que operan en respuesta y como expresión de fuerzas cambiantes y acciones y luchas humanas individuales y colectivas. La idea de que lo que acontece es lo único posible y de que ante ello no hay alternativa, de que hoy todo debe ser uniforme y subordinarse a imperativos "globales"; de que "...ya no hay lugar para los valores tradicionales... que identifican a un pueblo y ...en los que se fundamenta la existencia de una nación..." –como bien dice el economista venezolano Maza Zavala– (corresponde a) "...una universalización que no

resulta del consenso... sino ...de un designio, de una matriz diseñada para que se ajusten a ella... todas las actividades."[1]

Quienes, desde un tecnologismo reduccionista y dogmático –que en rigor es sólo una ideología conservadora divorciada de la realidad y de la ciencia– piensan que la nueva tecnología, la globalización y la reestructuración del capital imponen condiciones que es preciso aceptar pasivamente, olvidan que aun siendo fenómenos muy importantes, no son fatales; son acciones humanas. Lo que quiere decir que si éstas resultan negativas y perjudiciales para la mayoría ello puede significar no que debamos aceptarlas con resignación, sino que ha llegado la hora de cambiarlas y sustituirlas por otras.

[1] Incluyendo "...una manera mundial de entender y aceptar la actividad del hombre, el hombre sin trascendencia, el hombre en el afán de lucro y del disfrute, el hombre que encuentra en eso el principio y fin de su razón de ser; más allá del pensamiento, la trascendencia, el sentimiento, el valor de permanecer, el de crear una continuidad a través de las generaciones, el tener una historia que se proyecte hacia el futuro. No. El hombre termina en el presente y a eso estamos actualmente sometidos... el futuro es apenas una lejana referencia; a eso hemos llegado con un concepto de globalización de valores, de comportamientos, de actitudes y de ideas...

¿Por qué leer a Cervantes si lo podemos reducir a una franja de muñequitos? ¿Por qué recrearnos en La Ilíada y La Odisea si las podemos meter en un cassette? ¿Por qué intentar la lectura y la escritura si tenemos las imágenes visuales sin esfuerzo? ¿Por qué tener bibliotecas, y archivos, y memorias, si todo puede ser enlatado, reducido al mínimo? En el futuro seremos iletrados, no tenemos razón para escribir. Todo puede ser manejado en una máquina procesadora, hasta el pensamiento. Entonces este hombre o mujer robot del futuro, es la imagen perfecta del fin de la historia. D.F. Maza Zavala. *Cambio y Transformación en América Latina.* Universidad del Zulia. Maracaibo, Venezuela. 1994. p. 21.

Objetivos a alcanzar

Los principales objetivos no son en esencia nuevos, y algunos están presentes incluso en toda nuestra historia moderna. Asegurar a los mexicanos una vida digna y libre, en una economía mejor estructurada y una sociedad democrática y sana, defender nuestra soberanía y convertir en realidad el viejo anhelo de conquistar mayor independencia; enriquecer nuestro acervo cultural y, sin perjuicio de mantener y aun estrechar relaciones con otros pueblos, reafirmar nuestra identidad, entendiendo que en las condiciones mundiales que hoy prevalecen la acción tiene que ir más allá del ámbito nacional, contribuir a reforzar la integración y la unidad latinoamericana y caribeña y proyectarse internacionalmente aun en planos más amplios, son en parte viejas aspiraciones y en parte nuevas formas de responder a nuevas realidades y desafíos. O sea que si se recogen tales demandas una y otra vez, ello obedece a que son fundamentales y no están satisfechas.[2]

[2] La dimensión de los problemas a que hoy nos enfrentamos obliga a verlos en otra perspectiva, a internacionalizar nuestra acción y, concretamente, a empezar a hacer realidad la unidad regional latinoamericana, a convertirla en condición de nuestro desarrollo y en una nueva y mejor arma de negociación y de defensa. Para algunos esto sigue siendo una utopía; pero piensan así porque no comprenden los nuevos desafíos y porque menosprecian el potencial de recursos a nuestro alcance. Los más derrotistas y débiles creen, inclusive, que "América Latina tiene que uncirse al carro del poder" y aceptar ser parte subordinada de tal o cual bloque. Yo comparto la opinión del doctor Maza Zavala cuando dice que "el siglo XXI debe ser nuestro siglo" y que podemos formar nuestro propio bloque. "...¿por qué no comenzamos por fortalecer nuestros vínculos internos y plasmar

Pero alguien podría decir, ¿no se habla de todo ello a diario? ¿No equivale a reiterar incluso lo que ya viene haciéndose? Y si es así ¿en qué consiste entonces lo nuevo y más importante?

El que los cambios que se proponen sean los anteriores no significa, en manera alguna, que sean fáciles. Aspirar a un mayor empleo cuando el desempleo es creciente, a una vida digna cuando la desigualdad y la pobreza son mayores que nunca, a la independencia cuando la dependencia es más profunda, a una verdadera democracia cuando el autoritarismo y la arbitrariedad se multiplican y a la reafirmación de nuestra identidad cultural cuando incluso muchos mexicanos se subordinan pasiva y algunos gustosamente a patrones extranjeros que a menudo poco o nada aportan, riñen con nuestra manera de ser y aun nos impiden pensar por nosotros mismos; conseguir todo eso reclama desplegar esfuerzos en verdad enormes.

Y las dificultades no terminan ahí. A diferencia, por ejemplo, de la situación que caracterizó a los decenios de prosperidad posteriores a la segunda guerra mundial, las cosas son hoy mucho más difíciles y la correlación de fuerzas desfavorable, para quienes luchan por ciertos cambios democráticos. En tanto que aque-

en realidad concreta la unidad de América Latina, hacer de esto un sistema de creación de riqueza y de poder? El sueño latinoamericano siempre se ha quedado en el terreno de la utopía. Frecuentemente América Latina es una imagen: una imagen ideológica..., filosófica, ... histórica..., cultural, una creación de nuestros propios deseos; pero no una realidad concreta; y desde luego, el poder se encarga de mantener esa ilusión, pero se cuida mucho también de propiciar o permitir que esta posibilidad se transforme en realidad." *Ob. Cit.* p. 12.

lla fue una época que se inicia con la victoria sobre el nazi-fascismo, de profundas transformaciones como el triunfo de la revolución, entre otros países en China, Vietnam y Cuba; de consolidación del socialismo y expansión económica de la Unión Soviética y de surgimiento de las "democracias populares" en Europa Oriental; de propagación y fortalecimiento de gobiernos socialdemocráticos en el seno de los "Estados del Bienestar", en que se elevaron como nunca antes los niveles de ingreso y empleo; de descolonización y liberación nacional en Asia y Africa y de industrialización y rápido crecimiento en varios países latinoamericanos, hoy la situación es muy distinta y casi nada de lo anterior está presente –ni la prosperidad ni los gobiernos socialdemocráticos ni el movimiento de liberación en ascenso o el rápido crecimiento económico de entonces, y en cuanto a la Unión Soviética y otros países socialistas, ni siquiera existen ya.

Llevamos largos años bajo una severa y profunda crisis y una reestructuración del capital que no sólo han hecho caer dramáticamente el nivel de empleo y de vida de millones de trabajadores, sino que han debilitado al movimiento obrero, a las organizaciones sindicales y, en general a las fuerzas populares y a los gobiernos progresistas; y desde los bastiones del capital trasnacional, desde las oficinas de los funcionarios gubernamentales más conservadores y ciertos sectores y grupos de las capas medias y altas, como en otros países, en México cobra hoy fuerza una derechización que favorece el estado de cosas existente y la antidemocrática, antipopular, débil y entreguista política neoliberal en boga.

Son tantos los cambios que se registran en las últimas décadas, que, como he insistido en este libro,

una precondición de lo que hagamos es entender y, a través de una labor sistemática de información y esclarecimiento, contribuir a que los ciudadanos comunes y corrientes, o sea los hombres y mujeres sin cuyo concurso no podrán realizarse los cambios a que aspiramos, entiendan la realidad en que nos movemos. Y esto, por sí sólo, no es sencillo.

La mera cuestión de establecer ciertas metas, plantea problemas. Algunos no simpatizan con que se incluyan determinados objetivos ni entienden la estrecha y aun indisoluble relación que suele haber entre ellos. Algunos tienden a jerarquizar, y sin mayor fundamento dejan de lado y aun excluyen lo que consideran secundario o menos importante. Algunos preferirían que sólo hubiese una meta, digamos la democracia, sin siquiera desdoblar o concretar ese objetivo para volverlo de más fácil comprensión y de mayor aceptación al ligarlo a los problemas e inquietudes más sentidos por mucha gente. Otros, en cierto modo a la inversa, consideran que mientras más concretos sean los objetivos, será más fácil alcanzarlos y podrá avanzarse más. Y seguramente no faltan quienes, a su vez, consideran que lo fundamental sería convenir en los aspectos centrales de una nueva estrategia de desarrollo, y quienes piensan que, cualesquiera que sean las metas que se elijan, el problema del cambio debiera verse en perspectiva histórica y desde una posición teórica.

Pretender a estas horas que la lucha debiera ser sólo por la democracia y no por la soberanía, o por la reforma del Estado y no por más y mejores empleos y salarios, o porque desaparezca el PRI o se separe del gobierno y se democratice, o porque se de preferencia o no a lo electoral, no sería constructivo ni útil.

Incluso entre quienes simpatizan y están dispuestos a contribuir de alguna manera al cambio, se está todavía lejos de llegar a un acuerdo en torno a cual debiera ser el objetivo principal. Y si ello es así, en vez de promover un debate interminable e inconducente acerca de lo que unos u otros consideran más importante, lo más razonable sería entender que el potencial de cambio incluye fuerzas muy amplias y heterogéneas, entre las que hay explicables desacuerdos y contradicciones, y que en tal virtud, en vez de destacar un objetivo –sin perjuicio desde luego de que cada quien ponga el mayor acento en lo que crea fundamental– la realidad, es decir la lucha y la vida misma se encarguen de dejar cada cosa en el sitio que le corresponda y de llevar al primer plano a aquellas que la propia gente coloque en ese nivel.

Entretanto, lo principal es que la inconformidad y el descontento ante el estado de cosas prevaleciente, ya muy extendidos, se conviertan en acción de un tipo u otro, en intentos organizativos, en cada vez mayor presencia y participación en los más diversos escenarios: que tales esfuerzos se desplieguen a través de múltiples cauces, tantos como sus propios participantes puedan abrir, y que todo ello haga posible que el gobierno amplíe y modifique su composición y su política, que la vida del país se democratice y que los ciudadanos sean en adelante quienes libremente alijan a sus gobernantes.

O en otras palabras, si aun siendo diversas, desiguales y de diferente rango las metas a alcanzar en el proceso de cambio, cada una de ellas expresa realidades y responde a demandas legítimas movilizadoras y aglutinadoras, capaces por tanto de ampliar y reforzar la lucha de todos, esas metas debieran ser bienveni-

das, aunque conviene tener presente que así como cada una de ellas puede expresarse y sobre todo desdoblarse de diferentes maneras en distintos espacios, aun situándose en un mismo marco estratégico, los objetivos cambian en cada fase de un proceso y, con frecuencia los más inmediatos son condición para alcanzar otros más importantes y de largo plazo.

En este momento, por ejemplo, acaso lo principal y más urgente sería:

–Reapreciar la situación con la mayor objetividad, a fin de comprender mejor lo que realmente acontece, superar planteos y explicaciones parciales muy insuficientes y aun erróneas, y contribuir a que se entienda que, pese a la gravedad de los problemas, si millones de mexicanos nos decidimos a actuar, las cosas pueden cambiar y ser mejores;

–Esclarecer los crímenes políticos cometidos sobre todo en los tres últimos años y castigar severamente a los responsables;

–Proceder resueltamente y de manera eficaz contra la corrupción en el seno del gobierno, empezando por aclarar si son o no fundados los cargos que organizaciones y personas responsables hacen a Carlos Salinas, José Cordoba Montoya y otros de sus principales colaboradores, y en caso de serlo, se les apliquen las sanciones correspondientes;

–Restablecer la paz en Chiapas, una paz digna y justa que tome en cuenta los más legítimos reclamos del EZLN y las principales propuestas del Foro Nacional Indígena;

–Aprobar cuanto antes una reforma electoral democrática que asegure a los ciudadanos el control de

todo el proceso electoral, así como avanzar en aspectos esenciales de la reforma del Estado, pues de no hacerlo, aun si se mejora legalmente el régimen electoral, las prácticas imperantes seguirían siendo antidemocráticas;

–Reducir al menos la inseguridad y la violencia que hoy prevalecen, sobre todo en ciertas ciudades y regiones del país, y que afectan, lesionan y aun ponen en peligro la vida misma;

–Encarar con responsabilidad el grave problema de la contaminación, en particular en la ciudad de México y otros lugares, modificar la débil política actual y poner en práctica nuevas y más eficaces medidas;

–Adiestrar y capacitar al mayor número posible de trabajadores, con empleo y probablemente sobre todo sin él, que deban prepararse mejor para las nuevas actividades y el manejo de las nuevas tecnologías;

–Considerar que, especialmente la educación y la salud son servicios sociales básicos que, por su importancia reclaman se les reconozca la más alta prioridad;

–Aliviar al menos las presiones más severas y los efectos más perjudiciales de la crisis sobre las condiciones de trabajo y de vida de la mayor parte de la población;

–Promover actividades que, a corto plazo incrementen el ingreso y el nivel de empleo;

–Tratar de que los salarios e ingresos de pequeños productores más rezagados y que han sufrido caídas reales mayores, recuperen parte del terreno perdido frente a los precios;

–Apoyar de nuevas y más eficaces maneras la reestructuración de carteras vencidas, sobre todo tratándose de deudores a quienes la crisis, el desplome de las ventas, la elevación desmedida de las tasas de interés y la propia política del Estado, volvieron imposible pagar lo que deben;

–Tratar de reducir y compensar los desajustes más graves resultantes de la apertura comercial indiscriminada y de la firma del TLC; y rechazar las medidas restrictivas y discriminatorias a que ya ha recurrido Estados Unidos, en violación al Tratado;

–Proyectar y poner en práctica nuevas formas de reestructuración de nuestra economía, diferentes de las impuestas hasta hoy por los organismos financieros internacionales, que realmente eleven la productividad, impulsen y reorienten el desarrollo y mejoren las condiciones de los trabajadores;[3]

–Poner en marcha, sin demora, acciones que contribuyan a articular esfuerzos, promover el intercambio y la cooperación y fortalecer y acelerar la integra-

[3] Como dice el economista José Moncada Sánchez, "la definición de una estrategia alternativa, tiene que ...partir del objetivo básico de afectar las causas esenciales de la desigualdad, esto es, debe proponerse alcanzar una mejor distribución del ingreso, no como fin en sí mismo, sino como medio para mejorar las condiciones de vida de la población..." Y aunque él lo refiere a su país, en México también sería indispensable que, "...conjuntamente con las medidas que se adopten para lograr esa mejor distribución del ingreso, se den los pasos ...enderazados a instalar las unidades productivas que hagan posible adecuar la nueva estructura económica a los nuevos perfiles de consumo y de la demanda compatibles con una distribución más igualitaria." *Desigualdad y Estructura Productiva en el Ecuador.* Colegio de Economistas de Quito. Quito. 1995, pp. 133 y 134.

ción regional latinoamericana, pues en el internacionalizado mundo de hoy es una de las condiciones principales de nuestro progreso.

El actuar de inmediato, en los planos más amplios a partir de esfuerzos realmente plurales, contribuiría a modificar la correlación de fuerzas en favor de los partidarios del cambio y, de lograrse tal cosa se podría detener el peligroso proceso de derechización actualmente en marcha, que sin duda es una de las tareas políticas más importantes a estas horas.[4]

Participantes en el cambio

Algunos piensan que los principales protagonistas serán la clase obrera y los trabajadores más concientes y mejor organizados; otros asignan probablemente tal tarea a los grupos más radicales –por ejemplo al EZLN, a la Convención Democrática ligada a él y –aunque aquí se observan discrepancias– al PRD; otros más consideran que el proceso de cambio es principalmente responsabilidad de quienes militan en las organizaciones de izquierda, digamos tradicionales, o en general, de los partidos políticos, y acaso no falten quienes crean que más bien pueden ser los jóvenes, los estudiantes, maestros, profesionistas y otros, –hombres y mujeres– principalmente en las

[4] Algunas de las acciones antes propuestas, presentadas de diferente manera junto a muchas otras se recogen tanto en el Referéndum por la Libertad realizado por Alianza Cívica y otras organizaciones, entre el 21 de septiembre y el 19 de noviembre de 1995, como en la Carta de los Derechos Ciudadanos, que surgió del Encuentro Nacional de Organizaciones Ciudadanas, celebrado en la ciudad de México a fines de junio de ese mismo año.

capas medios urbanas y los nuevos movimientos populares o ciudadanos vinculados a organismos no gubernamentales, los llamados a jugar esta vez el papel más importante.

El cambio no es un proceso que corresponda realizar a una clase social determinada y menos a sólo ciertos segmentos de ella, sino al pueblo en su conjunto, esto es a una suma de fuerzas heterogéneas y contradictorias que constituyen la mayoría, y a las que es necesario aunque muy difícil cohesionar y unir. Quien, a partir de esquemas simplistas hubiese intentado responder a problemas tan complejos como el de la dinámica del cambio social casi seguramente no habría pensado que, desde la selva chiapaneca un movimiento fundamentalmente indígena, cansado de no tener respuesta a sus más legítimos reclamos recurriría a las armas para hacerse oir y conmovería, con su llamado, a la nación entera. Lo que quiere decir que, dadas las penosas condiciones de la población indígena en toda la república y la miseria que aqueja a gran parte de los campesinos y trabajadores rurales, pese a ser México un país primordialmente urbano, el campo y quienes en él trabajan están y estarán presentes en el proceso de transformación social. Y si en este momento se reconoce la importancia y se discuten las demandas indígenas en un foro especial, sin duda ello obedece a que el EZLN y la sociedad civil, al menos por ahora obligaron al gobierno a debatir y negociar.

Los obreros son hoy menos y los salarios reales de la mayoría inferiores a los de hace unos años. Muchos no están sindicalizados o, estándolo, carecen de independencia para ser ellos quienes decidan lo que sus organizaciones deban hacer. Numerosos obreros han dejado

de serlo y se ganan la vida como pueden en la economía informal. Pues bien, aun estando limitados por el deterioro salarial y la reducción o cancelación de prestaciones, por el corporativismo y el control del gobierno o de las empresas, una significativa porción de los obreros participará en la lucha por un cambio que mejore sus condiciones, y aquellos con mayor educación y conciencia lo harán, además, por otros objetivos.

Dado el rápido proceso de urbanización y la creciente significación del comercio y los servicios, las capas medias son hoy muy importantes. Como se sabe su composición es heterogénea e incluye personas que se ganan la vida de muy diversas maneras –empleados y funcionarios públicos y privados de nivel medio, profesionistas y técnicos, estudiantes, maestros, intelectuales y artistas, profesores e investigadores y desde pequeños hasta medianos productores y empresarios, con una presencia cada vez mayor de la mujer. En el seno de estas capas sociales intermedias hay muchas personas conservadoras, reacias a lo que consideran la "política", inactivas y que incluso ven con reserva y temor ciertos cambios. En ellas se apoyan cada vez más las fuerzas actualmente en el poder y, en general partidos tradicionales como el PRI y el PAN, pero en su seno hay también segmentos muy amplios inconformes que aun no sabiendo con claridad qué hacer y cómo actuar, simpatizan con un cambio, desean que las cosas sean distintas, y a los que las fuerzas democráticas no han tratado hasta ahora seriamente de convencer y de ganar.

Incluso en los estratos de mayores ingresos, entre grandes empresarios e inversionistas, altos funcionarios, propietarios de bienes raíces y personas vinculadas a diferentes actividades, hay quienes no están de

acuerdo con la situación actual y que preferirían reorientar el desarrollo en respuesta a intereses nacionales y en busca de mayor independencia.

O sea que, en realidad el potencial del cambio es muy amplio y sólo excluye a quienes de una u otra manera se oponen a él, a quienes se sienten satisfechos con el orden prevaleciente, se benefician de él y se interesan en preservarlo. Lo que sin embargo no significa que, entre quienes simpatizan con el cambio, haya bases de acuerdo bien definidas y precisas. En el seno mismo de cada segmento y aun en cada organización hay muy diferentes maneras de pensar, y por tanto posiciones y puntos de vista muy diversos.

La amplitud y pluralidad de esas fuerzas vuelve sin duda difícil articular acciones, abrir cauces comunes, concertar alianzas y lograr cierta unidad. Mas en la medida en cada una de ellas pueda expresarse, desenvolverse y proyectar su acción hacia distintos objetivos, aun estando explicablemente presentes ciertas contradicciones, ello permitirá avanzar así sea inestable y desigualmente.

Podría decirse que la diversidad de elementos susceptibles de participar en el cambio deja ver que la sociedad no es ya la misma. No acepta ser sujeto pasivo y menos un mero objeto a manipular por quienes ejercen el poder. Mucha gente está ahora mejor informada, es más participativa y cuestiona líneas de acción del Estado que antes aceptaba.

Naturaleza del proceso

Modificar y concretamente mejorar el estado de cosas existente, hemos dicho, es muy difícil; y lo es más todavía si no entendemos la naturaleza del cambio.

La situación a que hoy nos enfrentamos no es casual ni expresa solamente hechos y problemas inmediatos. Es fruto de la historia y el cambio mismo, en tal virtud es también un proceso histórico de corto y, a la vez, de largo alcance.

Si bien ciertos avances pueden lograrse de inmediato y con relativa facilidad; otros requerirán mayores esfuerzos, constelaciones más amplias y una capacidad de la que aún se carece.

Reclamar con firmeza, a quien proceda, aquello a lo que se tenga derecho es importante; pero usualmente no basta. Pedir por ejemplo al gobierno y en general a quienes ejercen el poder que hagan tal o cual cosa, puede ser conveniente y aun necesario para conseguir lo que se pretende, empero, supone con frecuencia alterar una determinada correlación de fuerzas y crear una nueva situación que haga posible el cambio. Lo que quiere decir que éste no sólo consiste en reclamar lo que se considera justo, o en postular y aun convenir en lo que debiera hacerse. El cambio no es tampoco algo meramente académico o teórico sino un quiebre en la práctica, en la realidad misma, que generalmente sólo es posible a consecuencia de una lucha victoriosa en la que las fuerzas que lo promueven se imponen, primero ideológicamente y después desde el poder, a aquellas que resisten y tratan de impedirlo.

En otras palabras, si bien en ciertos momentos el cambio supone la negociación y el acuerdo, el centro del proceso es la acción misma, la lucha y el enfrentamiento entre posiciones diferentes y aun contrarias.

En un sentido profundo, el cambio social es un proceso político y, en una u otra medida, revolucionario. Político porque, sin menospreciar otros de sus

componentes, pretende un sistema democrático en el que el pueblo gobierne y ejerza realmente el poder, y revolucionario porque cualesquiera que sean sus métodos y formas de organización, lo que se propone no son meros ajustes o reformas palaciegas sino cambios de fondo que entrañen una transformación social; cambios, por otra parte, que no excluyen sino que incluso suponen ciertas reformas. Como lo comprueba el movimiento zapatista de Chiapas, aun el recurrir a las armas cuando ello es la respuesta a la violación de derechos esenciales, a la arbitrariedad, la represión y el despojo puede ser el medio que, bajo ciertas condiciones permita abrir paso el diálogo, la negociación, la tolerancia y el restablecimiento de la legalidad.

Cuando decimos que el proceso de cambio social es en el fondo político, ello no significa que en él no sean posibles y aun deseables las acciones más diversas, de carácter jurídico económico, social y cultural, en los más diversos planos. Al contrario, dada la diversidad de fuerzas y de formas organizativas que en él debieran participar, ninguna acción es desdeñable y aun las más modestas tienen un papel a jugar. Ante una crisis económica tan grave como la actual, la acción en ese plano puede ser por sí sola muy importante, y debido a la despolitización todavía presente y a la riqueza de nuestra cultura, múltiples esfuerzos de carácter propiamente cultural adquieren especial significación. De ahí que las posiciones estrechas, discriminatorias y sectarias que menosprecian y aun descalifican a otras, son un peligro y un obstáculo a vencer.

Con frecuencia se pone especial énfasis en que en la lucha por el cambio el llegar al gobierno y al poder, por una u otra vía, es lo esencial. Pero no se repara en que, antes de ello y como condición para lograrlo,

las fuerzas renovadoras tienen que convencer a muchos de la viabilidad, legitimidad y bondad de su proyecto, o en otras palabras difundir ampliamente su propuesta y conseguir que ésta no sólo se comprenda sino que conquiste prestigio, que incluso se vuelva hegemónica y rechace, desplace y venza a la ideología conservadora de quienes defienden el orden establecido.

Formas de organización

Si las fuerzas susceptibles de participar en el proceso de cambio son, como ya se dijo, muy amplias y plurales, las formas de organización deben, incluso en mayor medida, ser múltiples también. Al respecto afloran, sin embargo, posiciones en mi opinión incorrectas. Una obviamente errónea es creer que las principales y aun las únicas organizaciones dignas de tomarse en cuenta son aquellas a las que uno pertenece; digamos un partido político o los partidos en general u otras organizaciones, lo que obviamente es inaceptable. Otra menos estrecha pero también infundada y errónea limita el ámbito del proceso a quienes de preferencia militan en una u otras organizaciones políticas, y se desentiende de la gente no organizada, que en muchos países y en particular en México, es nada menos que la mayoría. E incluso no faltan quienes, no perteneciendo a un partido o una organización política, menosprecian a su vez a éstas y aun las ven como un obstáculo al cambio.

Lo cierto es que las múltiples organizaciones ya existentes constituyen el marco digamos institucional en el que se mueve el proceso de cambio. Y entre ellas hay desde acciones espontáneas casi siempre temporales, con objetivos muy concretos y bajos niveles de

organización, hasta partidos y otras de carácter permanente, mucho más complejas y que funcionan, al menos formalmente sobre bases más estrictas. Y, desde luego continuamente surgen nuevas formas de organización que comprueban que caben aquí las más diversas iniciativas.

Tan sólo en los últimos años en México, como en otros países, ha cobrado importancia lo que suele llamarse movimiento social, popular o ciudadano, y se han multiplicado las organizaciones que defienden ciertas libertades democráticas, los derechos humanos en general o específicamente algunos de ellos, la utilización racional de ciertos recursos o la preservación del ambiente y la necesidad de combatir la contaminación y el deterioro ecológico. Y en esos y otros campos ha crecido el número de organizaciones no gubernamentales que, trabajando de diferentes maneras se interesan en que las cosas cambien. Lo que tales organizaciones tienen probablemente en común es que se mueven en marcos más amplios que los tradicionales, admiten que en su seno participen personas con diferentes ocupaciones y maneras de pensar, hay mayor tolerancia ante las opiniones discrepantes, se interesan más por ciertos problemas sociales, económicos o culturales, que por los propiamente políticos, y en general, las formas de funcionamiento son más flexibles y la participación en ellas, por todo lo anterior, se aparta grandemente de los tipos de militancia, con frecuencia muy rígidos, característicos de algunos viejos partidos y otras organizaciones.[5]

[5] "O en otras palabras lo que parece indudable es que más que la sociedad civil en su conjunto, los segmentos o grupos que empiezan a interesarse en lo que ocurre, que tratan de participar

A propósito de la diversidad de nuevas organizaciones, bajo la dirección de Cuauhtémoc Cárdenas se creó recientemenjte en México la Fundación para la Democracia, asociación civil que a través del debate y la contribución a la forja de una alternativa, aspira a promover el cambio democrático. A iniciativa de personas y organizaciones diversas y del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, hace poco tiempo se organizó la Convención Nacional Democrática, y al empezar 1996, el propio EZLN, en la Cuarta Declaración de la selva lacandona, anunció la creación del Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN), que según el subcomandante Marcos es "una iniciativa de ejercicio por la democracia y una nueva propuesta de lucha contra el sistema de partido de Estado a través de vías legales y pacíficas."[6]

de una u otra manera en los asuntos políticos, que se organizan de nuevas maneras y cobran conciencia acerca de la importancia de ejercer sus derechos, que consideran que es inaceptable que millones de mexicanos vivan en la miseria y que, a la vez, por diferentes causas tienen reservas hacia los partidos y no simpatizan con formas de militancia más estrictas, constituyen un amplioo y prometedor espacio para la acción ciudadana, o sea para que, sin perjuicio de otros esfuerzos acaso más importantes, la gente que no está políticamente organizada compruebe que ella también, si se decide a participar con otros en acciones que estén a su alcance, puede hacer mucho más de lo que cree." Alonso Aguilar Monteverde. *Hacia un nuevo esfuerzo por la democracia y la libertad.* (Notas en mimeógrafo). México, 1995.

[6] En esa ocasión, el subcomandante Marcos añadió que el EZLN es para "preparar el paso de una organización armada y clandestina a una organización pacífica, civil y democrática; "para crear una nueva relación entre gobernantes y gobernados", y para que los ciudadanos mismos se organicen para resolver sus problemas, "porque ya se ha visto que el gobierno no los puede resolver". *La Jornada,* 10 de enero de 1996. p. 13.

De lo anterior se desprende que si bien las formas de organización pueden ser muy diversas, lo que sin duda es condición del éxito en el proceso de cambio es que la gente se organice, que supere la dispersión y cuente no sólo con la razón sino con medios que le permitan hacerla valer en el plano electoral, político y social, y en la vida toda de la república.

Dirección:

En rigor este es también un problema, incluso fundamental, de organización. La presencia de ciertas organizaciones no basta. Aparte de ello, de contar con numerosas personas honradas dispuestas a luchar, y de cuadros medios con capacidad organizativa, conocimiento del medio en que actúan y vocación unitaria, y de trabajar en equipo, lo que suele ser decisivo es quiénes y cómo dirijan esa lucha. La dirección de un esfuerzo de la dimensión y complejidad del que ya está en marcha, no se improvisa, y a la vez el derecho a dirigir no se adquiere por antigüedad ni a partir de un vanguardismo que supuestamente reserve a algunos la responsabilidad de la dirección. Lo cierto es que ésta se conquista con esfuerzo y con autoridad moral y política, fruto de una trayectoria consecuente y del reconocimiento y prestigio que, con base en ella se pueda ganar. Dada la diversidad de fuerzas en acción, los viejos y en cierto modo burocráticos métodos de dirección, resultan también ya inaplicables. A estas horas parece claro que así como numerosas organizaciones actuarán de manera independiente por sus propios cauces, los cuerpos que las dirijan no serán necesariamente parte orgánica de esfuerzos más amplios sino personas que asuman responsabili-

dades más concretas y modestas y que en todo caso, acepten articular acciones y cooperar con otros, pero no bajo una dirección formal única.

Lo que quiere decir que a propósito de la necesidad del cambio, las formas de dirección tienen también que cambiar, y entre otras cosas ser más colectivas, más flexibles, más representativas y democráticas, y que más que como organos de decisión en los que se resuelva con frecuencia en círculos cerrados y muy estrechos y de arriba abajo lo que ha de hacerse, actúen como mecanismos de enlace y coordinación que contribuyan a una mejor división de trabajo, a conjugar esfuerzos, a una más estrecha relación dirección-base-dirección y a promover la participación e iniciativa de todos, desde posiciones realmente unitarias.

Una condición fundamental de una buena dirección es que la gente confíe en ella. Y aquí es en donde el individuo suele jugar un insustituible papel en la historia.

Un mexicano que a estas horas satisface tales condiciones es Cuauhtémoc Cárdenas. Desde luego no es el único, pero en él se dan atributos nada comunes: decisión y firmeza, honradez, perseverancia, trayectoria de lucha, conocimiento de México y de sus grandes problemas, capacidad de convocatoria y actitud respetuosa hacia los demás.

Cuauhtémoc Cárdenas milita en un partido; pero como dirigente popular y figura pública es mucho más que un hombre de partido. Su reconocida madurez y amplitud de criterio le permiten recoger y aun hacer suyas las inquietudes y aspiraciones de muchos mexicanos de las más diversas posiciones sociales y maneras de pensar. Y a diferencia de quienes menosprecian y aun descalifican a unas u otras fuerzas en

uno y otro extremo de la escala política, Cárdenas comprende la significación de todas en la lucha que hoy libra el pueblo, y por ello es capaz de aglutinarlas, unirlas e impulsarlas hacia la victoria.

Cuauhtémoc Cárdenas mismo, sin embargo, se encuentra ante un reto. En su papel de impulsor y dirigente nacional de un nuevo y vasto movimiento tiene que demostrar su capacidad para trabajar muy de cerca con gente capaz y honesta del más diverso origen, que comprenda que ésta es una lucha de nuevo tipo que si bien no excluye a los partidos ni a otras organizaciones, desborda los marcos tradicionales en que hasta aquí se han movido, así como los métodos y prácticas que las han caracterizado. Los múltiples esfuerzos de diversa naturaleza que es necesario desplegar para conseguir el cambio a que se aspira deben expresarse en formas, estilos y lenguajes nuevos, frescos y convincentes; la lucha debe ser en verdad amplia, plural, generosa y ajena a todo sectarismo, y una en la que no sólo las fuerzas organizadas sino la gente común y corriente, el ciudadano en gran parte no organizado adquiera conciencia de su nuevo papel, de su responsabilidad, de sus deberes y derechos, y al decidirse a actuar, empiece a hacer su historia y tome en sus manos su propio destino.

El problema de la unidad

"El pueblo, unido –dice una consigna y un llamado que cobró fuerza en el movimiento estudiantil mexicano de 1968–, jamás será vencido." Mas lo cierto es que no pocos de los tropiezos y derrotas sufridos hasta ahora obedecieron, en parte al menos, a que no se logró tal unidad.

En realidad no es difícil comprender que "la unión hace la fuerza" y que divididos y dispersos, no importa la legitimidad y justeza de lo que reclamemos, seremos débiles. Pero si hay algo difícil en la práctica es cerrar filas, desentenderse de las discrepancias menores y a veces incluso de mayor monta, y conjugar esfuerzos para conseguir lo que centralmente se pretende.

A estas horas, como ya vimos, aun entre quienes parecen coincidir en ciertas demandas, reclamos y propuestas de cambio se advierten no pocas discrepancias. Y en el conjunto de lo que podrían considerarse las fuerzas democráticas, sorprende incluso advertir que no obstante sus amplias bases de acuerdo, a la hora de desplegarse esfuerzos y realizar acciones en planos más concretos, a menudo se vuelve difícil avanzar porque se multiplican las diferencias menores y secundarias que, sin embargo, fragmentan, estorban y aun impiden la acción.

Entre otros factores que sin duda dificultan la unidad, con frecuencia influye la tendencia a hacer prevalecer las opiniones propias sobre las ajenas, a discriminar y aun descalificar ciertas posiciones u organizaciones, a querer subordinar de un modo u otro a quienes reclaman plena autonomía, a actuar como si hubieara esfuerzos y aun ciudadanos de primera y de segunda, a proceder de manera sectaria y a no respetar a los demás, sobre todo cuando discrepan de aquéllos que pretenden tener el monopolio de la verdad y, en fin, a que cuando se intenta ganar a otros a participar en alguna acción conjunta, suele actuarse como si ahí empezará y terminará la unidad, lo que más que fortalecer a la causa unitaria, la debilita. La unidad no se puede decretar burocrá-

ticamente, de arriba abajo, sin la participación real y libre de quienes se proponen lograrla; no se puede ver sólo y aun principalmente como unidad orgánica en procesos en los que participan organizaciones y fuerzas muy diferentes, y a la vez no puede lograrse cuando, en vez de respetar todo esfuerzo constructivo y honesto cualquiera que sea su carácter, se empieza por objetar lo que otros deciden hacer con quienes comparten sus posiciones. En un movimiento tan amplio y heterogéneo como el que actualmente se desenvuelve en México y otros países en busca de un cambio, la unidad, más que orgánica e ideológica es "unidad en la diversidad", o sea una amplia confluencia de fuerzas, en que la composición misma no sólo del conjunto sino de cada una de ellas no es homogénea.

En estos momentos se despliegan en México distintos esfuerzos, en cada uno de los cuales hay junto a ciertas bases de acuerdo, diferencias que vuelven difícil su desenvolvimiento. La Convención Nacional Democrática, por ejemplo, apenas nacida exhibió discrepancias entre sus integrantes e incluso varios de los más entusiastas, por unas u otras razones, decidieron separarse de ella. Más recientemente, como ya recordamos, el EZLN decidió crear el FZLN, esto es un frente para operar como organización legal y pacíficamente en la lucha política. Y aunque la legitimidad de tal decisión es indiscutible y el nuevo instrumento básicamente pretende abrir a los zapatistas y a quienes trabajan cerca de ellos, un nuevo cauce para la acción civil y para participar con él en esfuerzos unitarios más amplios y de mayor alcance, apenas dio a conocer el EZLN el acuerdo de crear esa nueva organización, se multiplicaron las dudas y las críticas reveladoras de la complejidad del problema de la

unidad. No podría aquí recoger siquiera las principales observaciones que se hicieron a ese proyecto. Pero no exagero al decir que entre muchas otras objeciones se dijo que es "incongruente" que se aspire a ser una fuerza política, y a la vez no se quiera ser un partido ni luchar por el poder o que sus miembros acepten puestos de elección popular; que el desdén por lo electoral corresponde a una vieja posición de la izquierda, que el esfuerzo puede ser bien intencionado pero no tendría acogida entre el pueblo, que el no buscar el poder ni aceptar formar parte de éste es una "regresión" y en fin, que el proyecto es contradictorio, lleva a "confusiones" y da cuenta de una posición de "intolerancia".[7]

Algunas personas como Pablo Latapí, en mi opinión se muestran más comprensivos y respetuosos de la decisión del EZLN, de crear el nuevo Frente, sobre las bases antes señaladas. El propuesto FZLN, escribe, "...tiene un sentido que trasciende lo inmediato y revela un modo peculiar de entender la política..."[8]

[7] Véase el número 1001 de la Revista *Proceso*, del 8 de enero de 1996, sobre todo de la página 6 a la 15.

[8] Proceder como lo ha hecho el EZ al crear el Frente, puede –añade Latapi– verse como una invitación "a redefinir el 'servicio público', a asentar el oficio político sobre nuevas bases éticas, a edificar desde abajo las relaciones de gobernantes y gobernados y a constituir a la sociedad civil como instancia crítica efectiva del acontecer político cotidiano..."

Los zapatistas enaltecen "la palabra como afirmación cultural, rescate de la historia y expresión veraz..." "...el levantamiento armado recuperó la voz indígena; antes –dice la dirección del EZ– callados nos movíamos, sin palabras no existíamos; por esto 'luchamos para hablar contra el olvido, contra la muerte, por la memoria y por la vida'."

El propio subcomandante Marcos, unos días más tarde anunció que habría sorpresas para fines de este mes, pues se creará una nueva "gran fuerza social y política en México," la nueva organización podría llamarse "Movimiento de Liberación Nacional o Frente Amplio Opositor, y estará integrada por 500 organismos..." De un Movimiento de Liberación Nacional se habló ya en la Convención Nacional Democrática, en su reunión de Querétaro. Ahora se retoma esa idea. Según el subcomandante Marcos, el EZLN participará con su gente en esa nueva fuerza a través del Frente recién creado, como "fuerza política pacífica, civil, democrática (e) independiente".[9]

En los próximos días, probablemente, se decidirá si se constituye o no la nueva organización; pero en cualquier caso la reunión por celebrarse en Acapulco dejará ver con mayor claridad el carácter, la amplitud, los propósitos y posiciones, y a partir de todo ello y

Según los zapatistas, del gobierno sólo se han recibido "mentiras y engaños". Será la virtud de la palabra veraz la que despierte a la sociedad y promueva la participación y la unión". Pablo Latapí, "El EZLN ante la política.", número de *Proceso* antes citado, p. 43.

Y Luis Javier Garrido señaló, por su parte, que el EZLN pretende se sea la sociedad la que se organice y resuelva sus problemas y que la movilización popular es necesaria para que la situación política cambie... "...lo que vive el país es el ocaso del sistema presidencialista sustentado en un partido de Estado que envileció la vida pública mexicana y envileció la nación." Los zapatistas, con su histórico 'Ya basta' "...han dado un impulso definitivo a un proceso que es ya irreversible; el de la dignidad recobrada de los mexicanos... el del sentimiento de la patria. Los símbolos zapatistas están teniendo por eso un significado muy profundo, que los hombres del poder no aciertan a comprender..." *La Jornada*, 12 de enero de 1996. p. 17.

[9] *Proceso*, No. 1102, enero 15 de 1996.

sus planteos iniciales y bases de acuerdo, las perspectivas de este nuevo esfuerzo, que deseamos contribuya a reforzar la causa de la unidad.

Teoría y Práctica

Si el proceso de cambio es propiamente histórico, es decir de corto y largo plazo, y por ello requiere de una estrategia digna del nombre, pensar que a partir de una base endeble y meramente empírica se puede forjar una línea de acción correcta y de suficiente alcance, sería una ilusión y un error. Para entender –y con mayor razón para transformar– una cambiante y compleja realidad es preciso en primer lugar poner pies en tierra y, además, disponer de un instrumental teórico serio. Lo que en otras palabras significa que la teoría y la práctica son indispensables, y que tan cierto como aquello de que nada hay más práctico que una buena teoría, es que la práctica o sea la realidad misma y su conocimiento profundo, son el principal aporte a una teoría. O sea que ésta no puede basarse en el traslado mecánico ni en la reiteración dogmática de posiciones que, sin desconocer su importancia, hayan surgido de situaciones que no estén ya presentes o que incluso nunca se produjeron, y que, por tanto puedan carecer de vigencia. Poner al día y enriquecer el instrumental teórico supone, sobre todo, comprender los cambios que hoy más nos afectan, su naturaleza y alcance, y las acciones que se realizan ante ellos.

La actitud de algunos "marxistas" y aun de viejos liberales, de querere hacer valer ciertas categorías históricas como si fueran conceptos intemporales y abstractos o verdades absolutas, se asemeja a la de quienes, desde el bando opuesto –por ejemplo ciertos economis-

tas de corte neoclásico– intentan explicar y aun resolver los complejos problemas de nuestros días a partir de postulados que aun teniendo cierta coherencia formal, en rigor siempre estuvieron alejados de la realidad y, sobre todo de la de los países subdesarrollados.

La profundidad de los cambios registrados en los últimos decenios y el que la alternativa socialista europea y concretamente la surgida de la revolución de octubre y ligada al desarrollo de la exUnión Soviética haya fracasado, y el que el capitalismo recobre hoy de hecho su universalidad, obliga a replantear cuestiones fundamentales. El que, lejos de que la transición al socialismo esté a la vista y se desenvuelva como muchos esperaban, sea el capitalismo el que se esté abriendo paso de nuevas maneras incluso en lo que fue el socialismo "real" en Europa así como en China y otros países, reclama comprender lo que es a estas horas el viejo sistema, conocer las nuevas formas en qué funciona y la manera en que afecta tanto a las naciones industriales como a los países subdesarrollados, y también saber si recorre alguna de las fases previstas por los clásicos marxistas, o se desenvuelve de un modo diferente, en un nuevo e imprevisto contexto histórico.

El intentar tal cosa, desde luego no es fácil pues incluso gran parte de la ciencia social lo ignora y considera a esas y otras importantes cuestiones fenómenos ajenos que la desbordan o no le competen. En la lucha política misma es ya raro que se mencione al capitalismo, y el esfuerzo de ciertos medios de comunicación para que los grandes imperios, sus posiciones y aun sus intereses sean vistos no como obstáculos a superar y no pocas veces incluso como causas de nuestros tropiezos sino como condiciones del avance a que aspiramos, contribuye en no pequeña medida

a que, en particular, nadie entienda hoy qué es, como se desenvuelve y hacia dónde va el imperialismo.

Pretender explicar seriamente y desde una perspectiva teórica lo que acontece exige pues poner a prueba, ante los hechos, todo lo que hasta aquí pensamos; rescatar del pasado lo que, pese a todo nos sirva para entender el presente; recoger de las más ricas experiencias las enseñanzas que nos dejan y reelaborar y actualizar las pautas teóricas que bajo otras condiciones empleamos como guía; y procediendo con decisión, creatividad y sin temor a lo nuevo, sentar las bases que permitan proyectar el pensamiento y la acción hacia el futuro, en busca de un mundo mejor. Ahora más que nunca tenemos que pensar por nosotros mismos y hacerlo con audacia y con espíritu crítico y autocrítico; tenemos que aprender, en particular de nuestros propios errores al menos para no cometer los mismos otra vez.

Quisiera agregar que además de recurrir a las fuentes que se citan expresamente en este texto, me fue a menudo muy útil la lectura de numerosos artículos y otros materiales de múltiples autores, entre los que –en una lista incompleta— podría mencionar a Alejandro Alvarez, Oscar Alzaga, Sergio Bagú, Bernardo Bátiz, Víctor M. Bernal (+), Julio Boltvinik, José Luis Calva, Cuauhtémoc Cárdenas, Fernando Carmona, Juan Castaigns, Miguel Concha, José Angel Conchello, Jorge Fernández Méndez, Víctor Flores Olea, Carlos Fuentes, Rosa Albina Garavito, Luis Javier Garrido, Adolfo Gilly, Silvia Gómez Tagle, Pablo González Casanova, Luis González Souza, Elba Esther Gordillo, Miguel Angel Granados Chapa, Arturo Huerta, Emilio Krieger, Horacio Labastida, Bertha Luján, Ifigenia Martínez, Gastón Martínez,Joel Ortega, Fernando Paz Sánchez, Sergio de la Peña, Rodolfo F. Peña, Carlos Ramírez, Alejandro Ramos, Octavio Rodríguez Araujo, John Saxe Fernández, Rodolfo Stavenhagen, Alfredo Guerra-Borges, David Márquez Ayala y Lucio Oliver.

REGISTRADO 1996 ABR

Este libro se terminó de imprimir el mes de febrero de 1996 en Talleres Gráficos de Cultura, S. A. de C. V. Av. Coyoacán 1031, 03100 México, D.F. Su tiro consta de 1 000 ejemplares.